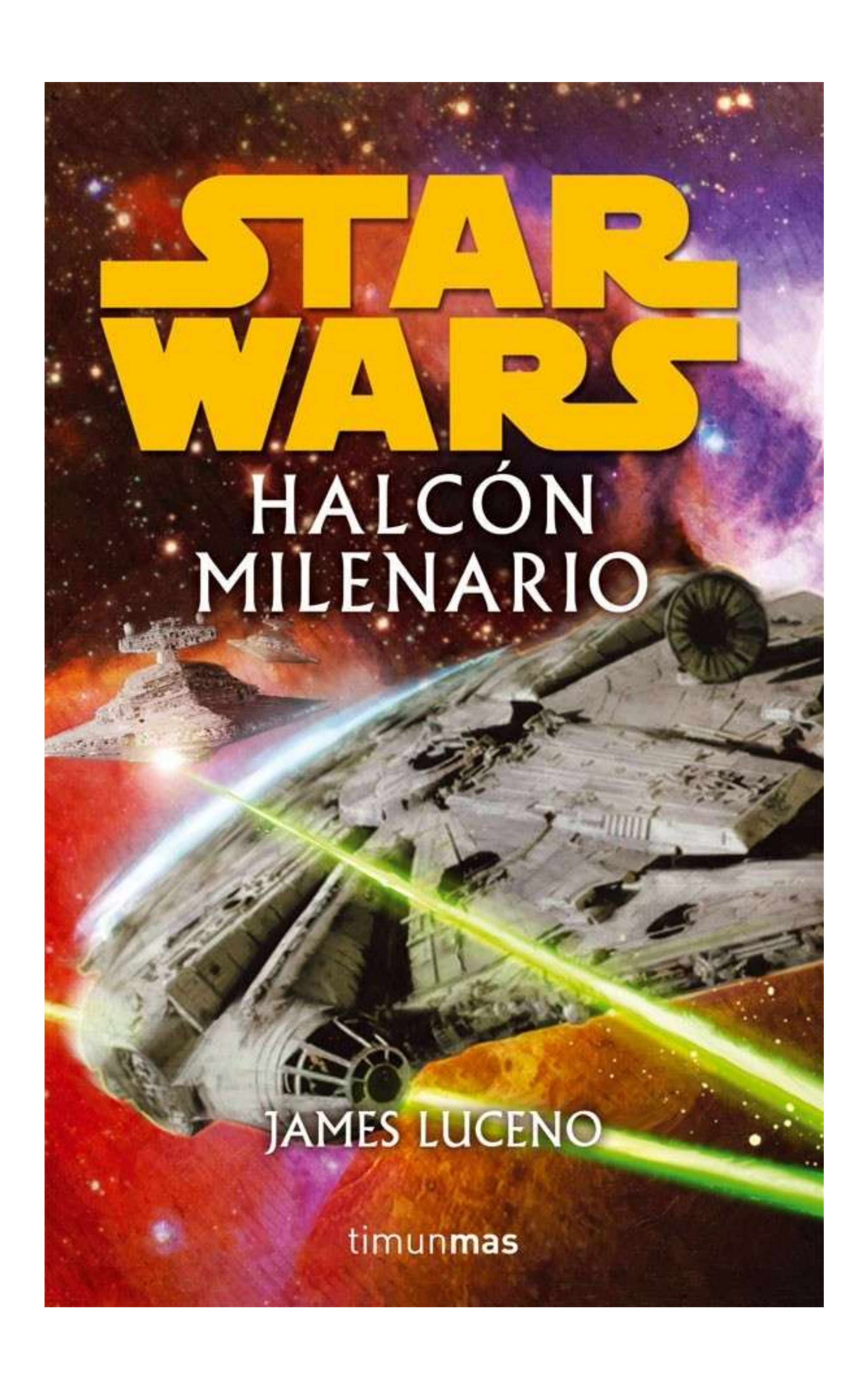

STAR WARS
HALCÓN
MILENARIO
JAMES LUCENO
timunmas

Una nueva e impresionante aventura a bordo del *Halcón Milenario*, la legendaria nave que tripulaba Han Solo.

Han pasado dos años desde la muerte del brutal Sith Lord Darth Caedus (conocido en el pasado como Jacen Solo). La Galaxia se recupera poco a poco de la guerra civil, mientras la familia de Jacen, y sus amigos lloran sus pérdidas en soledad. Han y Leia, aún afligidos por la pérdida de su hermano, ven en Allana, la hija de Jacen, la única esperanza. Será quien devolverá el espíritu de aventura a las vidas de sus abuelos cuando descubre un extraño artefacto escondido a bordo de *El Halcón Milenario*, descubrimiento que desencadenará una expedición para volver sobre los pasos de las personas, luegares y sucesos en la agitada historia de la famosa nave. Pero los Solo no son los únicos en esta búsqueda: los señores del Crimen, piratas de la Galaxia, políticos corruptos y cazarrecompensas de todo tipo recorrerán un mismo callejón sin salida por alcanzar un premio por el que algunos lo apostarán todo y pagarán por ello.



El Halcón Milenario

James Luceno



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Millennium Falcon*

Autor: James Luceno

Arte de portada: John Van Fleet

Traducción: Marta Iravedra / Traducciones Imposibles

Publicación del original: octubre 2008

43 años después de la batalla de Yavin

Digitalización: cnmcleod

Revisión: Holly

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.1

09.05.17

Base LSW v2.21

DECLARACIÓN

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

A mis hijos, Carlos, que me ayudó a pensar el argumento, y Jake, que a menudo suspendió su práctica de guitarra para que yo pudiera poner esto en papel.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Leland Chee y Pablo Hidalgo, a quienes en forma independiente se les ocurrió la idea del libro; a Shelly Shapiro y Sue Rostoni por mantenerme en el juego; y a Jason Fry por su buen ojo para los detalles. También gracias a mi agente, Eleanor Wood; a mi esposa, Karen-Ann por su apoyo perpetuo; a Troy, Aaron, y Christie por sus sugerencias; y a Lucia Robson, que me prestó el título para la autobiografía de Leia.

INTRODUCCIÓN

La primera vez que Han la vio junto a Lando en una de las pistas de aterrizaje de permacemento de Nar Shaddaa, unos años antes de unirse a la Alianza Rebelde, se fijó en el viejo cacharro no sólo por lo que era sino por lo que podría llegar a ser.

Se quedó mirando la nave como un cachorrillo enamorado: con los ojos como platos y la boca abierta. Pero enseguida recuperó la compostura; no quería que Lando se enterara de lo que estaba pensando y por eso la calificó de pedazo de chatarra. No obstante, Lando no era tonto y ya se había dado cuenta de lo que rondaba la cabeza de Han. Era uno de los mejores jugadores a este lado de Coruscant y sabía detectar cuando alguien se tiraba un farol.

—Es muy rápida —añadió mientras le brillaban los ojos.

Han no tenía la menor duda. Incluso ya por aquel entonces era muy fácil envidiar a Lando por todo lo que tenía; por ejemplo, su extraordinaria buena suerte. Sin embargo, en este caso la suerte no importaba. Simplemente, Lando no se merecía una nave así. Apenas era capaz de manejar un deslizador, así que mucho menos una nave tan rápida y ligera como ésa, que se merecía un buen par de pilotos al mando. Estaba claro que Lando no merecía tenerla.

Han no se consideraba una persona codiciosa ni un comprador compulsivo pero, de repente, quería esa nave más de lo que nunca había querido cualquier otra cosa. Tras muchos años de servidumbre vagando por el mundo, de peligros múltiples de los que había escapado por los pelos, de asociaciones que habían fracasado, de amores y desamores, de entradas y salidas de la Academia, de engaños diversos que anteriormente también él había practicado a otros… quizá esta nave era una oportunidad de permanencia.

Han la rodeó, casi orbitó a su alrededor, para observar sus siniestros diseños. La vieja nave lo abdujo por completo; estaba claro que mantenía rasgos de todos aquellos que la habían pilotado alguna vez y que le habían añadido su toque personal al casco del YT, a los diferentes aspectos tecnológicos que poblaban la superficie del aparato. Se impregnó del olor de la nave. Cuanto más la miraba, más claro tenía que debía curarla de los estragos del tiempo y de los vuelos espaciales: abolladuras, grietas selladas con epoxatal, manchas de pintura sobre estrías del carbono. Piezas genéricas encajadas de manera muy poco profesional. Totalmente oxidada, parcheada con tiras de duracero y recubierta de mugre, perdía carburante y otros lubricantes. No cabía la menor duda de que había vivido

momentos de acción, mucho antes de que Lando la ganase jugando al sabacc, pero Han no tenía ni idea de con quién o para qué. ¿Delincuentes? ¿Contrabandistas? ¿Piratas? ¿Mercenarios? Seguramente todos éstos y muchos más.

Cuando Lando la encendió para que pudiera inspeccionarla por dentro, se quedó sin respiración. Minutos más tarde, a los mandos de la nave, pudo disfrutar del sonido del motor y de su vuelo. Mientras Lando casi se muere de miedo, Han se dio cuenta de que estaba destinado a pilotarla. Llamaría a los hutts para que se la compraran, o para que la robaran si era necesario. Le añadiría una antena rectificadora militar y cambiaría los cañones láser por baterías cuádruples. Le instalaría un bláster retráctil en la parte de abajo para defenderse en medio de una huida; también añadiría un par de lanzaderas de misiles de impacto entre las bastas puntas de proa…

Por su cabeza no pasó, en ningún momento, la idea de que se la ganaría a Lando. Y mucho menos que Lando la perdería tras un farol.

Al mando de la SoroSuub modificada que él y Chewie le alquilaron a Lando, las ganas de pilotar la nave nueva no hacían más que aumentar. Se imaginaba de dónde procedería, en qué aventuras habría tomado parte. Tanto le llamó la atención que no pusiera reparo alguno, que se olvidó de preguntarle a Lando cómo o cuándo habían bautizado a la nave con el nombre de *Halcón Milenario*.

CAPÍTULO UNO

CORPORACIÓN COREILLIANA DE INGENIERÍA

INSTALACIÓN DE MONTAJE NÚMERO 7

60 AÑOS ANTES DE LA BATALLA DE YAVIN

EL TURNO DE SOLY KANTT estaba a punto de finalizar y su mirada se desvió lentamente, primero hacia el reloj colocado en la pared y después hacia la sección de noticias de la HoloRed: empate entre el Kuat y el Commenor en el partido de anoche; trifulcas entre varios alborotadores conocidos como mandalorianos. Soly Kantt, un humano desgarbado cuya familia vivía en Corellia y que llevaba diez años en el puesto, colocó las manos detrás de la cabeza y cruzó las piernas sobre la consola de mandos que constituía su dominio privado dentro de la CIC, la Orbital 7. Tenía una revista abierta en el regazo y un café frío a medias junto a otras dos tazas ya vacías en los sujeta-vasos del brazo de la silla. A través del transpariacero que coronaba el panel de mandos se movía una fila de naves YT-1300 recién llegadas de la reunión. Aún no las habían pintado y las rodeaban unas boyas orientativas atadas al capataz cibernético de las instalaciones.

Con treinta y cinco metros de largo y capaz de transportar cien toneladas métricas de cargamento, el YT lleva menos de un año en producción y ya ha demostrado ser todo un clásico. Fue diseñada con ayuda de Narro Sienar, el dueño de uno de los competidores más fuertes de CIC en el mundo de la construcción de naves y salió al mercado como una alternativa barata y fácilmente modificable de la genuina serie YG. Mientras que la línea de naves de la CIC estaba considerada como algo insulsa, los YT-1300 tenían un estilo utilitario. Lo que las hacía únicas era su núcleo en forma de platillo, adonde podían fijarse una inmensa variedad de complementos; entre ellos, una cabina flotante y diversos sensores. Venía de serie con unas mandíbulas que alargaban el diseño del casco y con una nueva generación de cerebros droides que supervisaban los potentes motores hiperespaciales y sublumínicos de la nave.

Kantt había perdido la cuenta de cuántos YT habían pasado por delante de él desde que se había puesto frente al escáner de seguridad de la 7 hacía ya ocho horas, pero el número tenía que ser dos veces mayor que el mes anterior. Aún así, las naves se estaban vendiendo a tal velocidad que la producción no lograba seguir el ritmo que imponía la demanda. Puso los pies de nuevo en el suelo y estiró los brazos por encima de la cabeza mientras bostezaba ampliamente cuando un ruido ensordecedor que procedía de la

consola de mandos terminó de despertarlo por completo. Con los ojos inyectados en sangre buscó el origen de la alarma por todas las pantallas disponibles cuando un técnico joven, ataviado con un mono de trabajo muy chillón y un intercomunicador, entró corriendo desde la estación contigua.

—¡La válvula de control de uno de los droides de carburante! —gritó.

Kantt salió disparado y se abalanzó sobre la consola para ver mejor lo que ocurría. A un lado, entre las luces brillantes de un montón de focos, vio que uno de los YT tenía un droide de combustible sujeto a la boquilla lateral mientras que en las demás naves no quedaba ya ni uno solo de esos aliados androides exactamente idénticos. Kantt se volvió bruscamente:

—¡Apagad el droide!

El técnico, de puntillas ante el panel de control, movía su afeitada cabeza negativamente.

—¡No responde!

—¡Anula el proceso de repostaje, Bon! —le gritó de nuevo.

—¡No funciona!

Kantt se acercó al panel de transpariacero; el androide aún no se había movido y seguramente siguiese echando carburante al YT 492727ZED. Era una especie de metal líquido que permitía a las naves alcanzar, en ocasiones, velocidades asombrosas y que había alimentado una fuerte polémica desde que el primer prototipo del carguero hizo su |aparición. Incluso había estado a punto de echar por tierra toda la línea de producción.

Kantt bajó la mirada hacia las pantallas y los indicadores de la consola de mandos:

—La reserva de combustible del YT sobrepasa el nivel de alarma. Si no conseguimos quitar ese androide de ahí antes del pre-arranque… —indicaba Kantt.

—¡Tenía que haberse soltado ya! —le interrumpía Bon.

Kantt pegó su cara al frío vidrio y exclamó:

—¡Se ha soltado! ¡Pero la nave va a arrancar! —Se volvió, echó a correr hacia la puerta opuesta a la que había usado Bon para entrar y dijo—: Ven conmigo.

Uno delante del otro, recorrieron dos de las estaciones de observación. Justo a continuación se encontraba el departamento de almacenamiento de datos y Kantt se dio cuenta, en el mismo instante en que entraron allí, de que todo iba de mal en peor. Aplastados contra el ventanal, los drall que trabajaban en ese departamento no paraban de saltar arriba y abajo, alterados, hablando sin descanso a pesar de los esfuerzos de la duquesa del clan por reinstaurar el orden. Kantt se abrió paso entre el montón de cuerpos peludos para echar un vistazo afuera. Lo que vio era mucho peor de lo que esperaba. El YT había entrado al área de pruebas de los propulsores de frenado y los repulsores de inclinación. Por el exceso de carburante, la nave se había propulsado hasta salir de la fila, golpeando y aturdiendo a los droides gravíticos que eran responsables de mantenerla en orden. Mientras Kantt miraba, otros tres cargueros escaparon de la línea. El responsable de los YT sujetó uno por la popa y lo hizo girar hacia delante. La nave, en pleno movimiento, hizo girar también la que estaba situada justo delante de ella pero en sentido

contrario, por lo que cuando las dos naves se encontraban en pleno giro se cerraron las mandíbulas y realizaron diversas piruetas hacia el muro interior de la estación de observación, al otro lado del callejón.

La secuencia de pruebas de fuego continuaba cuando el YT muy animado, esquivó los obstáculos hacia el puerto, después hacia estribor, se saltó la línea y por último se coló por debajo. Kantt se quedó observando sólo lo suficiente para darse cuenta de que su intención de volver a Corellia para la hora de la cena se había esfumado. Podría considerarse afortunado si llegaba a casa antes del fin de semana. Mientras los drall discutían cómo evaluar las pérdidas económicas, Kantt y el técnico irrumpieron en la siguiente estación, donde un grupo, mayoritariamente humano, de ejecutivos de nivel medio estaban a punto de tirarse de los pelos. Todos a una se volvieron hacia los recién llegados a la espera de buenas noticias.

—Hay un equipo de androides en camino —dijo Bon—; no se preocupen.

Kantt miró de reojo al técnico y se dio la vuelta hacia su improvisado público:

—Ya le han oído: no se preocupen.

Un hombre acalorado, con las mangas de la camisa remangadas hasta el codo, los miró:

—¿Que no nos preocupemos? —Extendió el brazo bruscamente y señalando el ventanal prosiguió—: Miren ustedes mismos.

Kantt no había movido ni un sólo músculo cuando otros dos hombres o agarraron y lo arrastraron. Ciertamente, acababa de llegar el equipo de androides, cuatro droides de anclaje de Cybot Galáctica que, con las pinzas y los brazos mecánicos extendidos, buscaban la manera de detener el YT. Pero la nave se estaba burlando de ellos cada vez que intentaban sujetarla por las escotillas que daban acceso al motor. Y aunque ya habían apagado la línea de producción, detrás de la 492727ZED, doce unidades idénticas se apilaban donde varias de las boyas orientativas habían terminado su viaje a la deriva. Y lo que era peor, la cadena de reacción había apartado a los androides de combustible de sus respectivas naves pero dos de ellos estaban a punto de colisionar.

Kantt entrecerró los ojos pero ni con ésas logró evitar el estallido de luz que deslumbró sus párpados y que le contó parte de la historia: uno, o puede que incluso los dos androides, había explotado. Su oído le contó el resto mientras gotas de metal fundido y trozos de aleación empezaban a salpicar el panel de transpariacero. Las alarmas retumbaban en todas las estaciones de control y desde las estructuras semicirculares que caracterizan el pasillo, salían chorros de espuma contra incendios a borbotones. Un quejido colectivo de consternación invadió la estancia y Kantt pensó que las ventajas con las que contaban desaparecían ante sus ojos; así como los pendientes para el cumpleaños de su mujer, la central de juegos de su hijo, las vacaciones en Sacorria que estaban planeando y el cajón de cerveza Gizer que tenía que llevar para la final de shockball.

Por un momento, Kantt pensó que la pesadilla había terminado o que, al menos, la explosión habría reducido el YT descontrolado a un montón de amasijos de hierros. Pero al abrir los ojos comprobó que la nave no sólo había evitado la tormenta y el fuego

antiaéreo, sino que también había conseguido escabullirse entre el caos y se acercaba peligrosamente al motor sublumínico de la estación de pruebas.

Kantt sacudió la cabeza en claro desacuerdo y apretó con fuerza el botón de comunicación del panel de mandos.

—Necesitamos refuerzos en el pasillo cuatro, en la estación de pruebas de fuego, ¡ahora!

Conteniendo el aliento, plantó su otra mano sobre la consola de mandos y se inclinó sobre ella a tiempo de ver una señal de emergencia de un carro en un pasillo superior. Poco más que un motor montado con palos horizontales y verticales, el carro deslizador transportaba a seis operarios equipados con trajes amarillos de EVA, cascos, y mochilas propulsoras. Todos ellos portaban diversos sopletes de oxicorte, llaves hidráulicas y detonadores de carga hueca que colgaban de sus cinturones como si de armas se tratara. Kantt tenía un amigo en el equipo que, al igual que los demás, se encargaba de las situaciones de emergencia, pero una nave desbocada era algo totalmente nuevo para ellos.

Inicialmente parecía que el piloto del carro tenía los mismos problemas que los androides para controlar las maniobras del YT. Los giros inesperados y repentinos de la nave se debían nada más y nada menos que a los intermitentes disparos de los propulsores. Sin embargo, en ciertos momentos Kantt se sentía maravillado por lo que estaba viendo. Era como si la nave esquivara conscientemente las embestidas o como si estuviera disputando una carrera por ver quién llegaba antes a la zona de pruebas que se encontraba más allá de sus obedientes compañeras.

La mente de Kantt se llenó de pensamientos nefastos sobre qué sucedería si la nave lograba llegar hasta allí antes de que la controlasen. ¿Explotaría hasta no quedar más que las cenizas? ¿Detonaría haciendo volar las instalaciones? ¿Se abriría una brecha por la que escaparía la nave?

De manera gradual, el piloto del carro logró adaptarse al ritmo de los disparos y logró acercarse con su esquelético vehículo al YT Desde el carro, los operarios abordaron la nave y se establecieron en puntos estratégicos del casco con sujeciones magnéticas y abrazaderas de succión. Levantado sobre la popa como si fuera un acklay victorioso en un espectáculo de fieras, el YT no quiso rendirse ante su presencia. Pero poco a poco y tras mucho empeño, uno de los operarios logró alcanzar la escotilla trasera y colarse en el interior de la nave. En ese momento, los ejecutivos gritaron de júbilo y Kantt pensó que a lo mejor se estaban precipitando.

Solamente cuando la nave estuvo ya paralizada Kantt se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento y lo exhaló despacio, con pequeñas paradas, al mismo tiempo que se limpiaba el sudor de la frente con la manga de su camisa La algarabía dio paso a las palmadas de alivio en la espalda y a rápidos intercambios sobre cómo habían de poner de nuevo en funcionamiento la línea.

Las listas de pedidos de YT aumentan cada día, por lo que la producción tendrá que reanudarse inmediatamente. Ya nadie podrá irse de vacaciones; es más, ahora las horas extra se pondrán de moda.

Kantt y Bon no se quedaron mucho tiempo.

—Está hecho un fuego —dijo el técnico mientras cruzaban la estación de los drall—. El YT —añadió cuando Kantt le miró—. Acabamos de presenciar el nacimiento de un héroe. ¿Te has fijado?

Kantt hizo una mueca:

—Sólo es una nave, Bon; una de cien millones.

Con una amplia sonrisa Bon sentenció:

—A mí me parece que es una entre cien millones.

CAPÍTULO DOS

CORUSCANT

DURANTE LA BATALLA DE CORUSCANT

19 AÑOS ANTES DE LA BATALLA DE YAVIN

—Tiene que encantarte esta nave —dijo Reeze.

—Hace bien su trabajo, sí. —Jadak se coló con la nave entre un transporte corelliano y una nave de pasajeros de Santhe/Sienar y se colocó al lado de ésta para abrirse paso entre el tráfico en su camino hacia las primeras filas.

Reeze apagó los altavoces de la cabina para no tener que escuchar a los pilotos y copilotos que echaban pestes contra ellos.

—A lo mejor nos ceden la propiedad al acabar este viaje.

—Sí, claro —contestó Jadak.

—Llevamos diez años jugándonos el cuello, Tobb. Deberían dárnosla por ley.

—Deberían, pero no hay ninguna ley que lo dicte. Además, yo me conformo con ayudar a mantener la galaxia en funcionamiento. ¿Y tú?

—Ya te lo he dicho, mi objetivo es que esta nave sea nuestra.

Ambos pilotos eran humanos; Jadak, un poco más alto y veinte años más joven, de complexión menos robusta y una barba corta que acentuaba su mandíbula cuadrada. Reeze empezaba a presentar canas en la zona de la sien pero sus ojos eran claros y estaba fuerte como un atleta. Lo último que esperaban encontrarse en Coruscant era un atasco pero el ataque de los separatistas en la capital galáctica había resultado tan inesperado que casi todo el mundo que entraba en la ciudad se había visto atrapado en él. Algunos llegaron a tiempo de escuchar por la HoloRed que habían secuestrado al canciller Palpatine y de presenciar la vuelta de los Cruceros de la República que conformaban la flota del Círculo Abierto. Conjuntamente con los cruceros de la Flota Local, los destructores de la clase *Venator* habían conseguido que la batalla no se saliera de los límites superiores de Coruscant. Unos cuantos pilotos muy hábiles habían logrado apartar sus naves de la refriega y regresar al hiperespacio. Sin embargo, había miles de cargueros, de todos los tamaños, formas y objetivos, aún en línea de combate, a la espera de que la batalla llegara a su fin de una forma u otra para poder continuar su camino, ya fuera hacia Coruscant o en dirección al Borde Exterior.

—Y aunque nos la dieran —prosiguió Jadak con la conversación—, ¿cómo íbamos a mantenerla?

—Pues como hasta ahora, pero en el sector privado.

—¿Un empleo remunerado?

—Yo me conformaría con un empleo, no soy tan exigente como tú.

Jadak frunció el ceño:

—He conocido a muchos contrabandistas. Créeme, su vida no es tan divertida como podamos pensar.

—Tampoco lo es la nuestra —contestó Reeze, gruñendo una sonrisa.

Jadak había llevado el YT a un punto desde el que podían disfrutar de una visión panorámica de la contienda. Era más un intercambio de golpes que una batalla organizada; los golpes enviaban a unas naves contra otras. Entre ellas latían guiones carmesís de aniquilación mientras el vuelo de los ARC-170, los droides tri-caza y los buitre retumbaban de tal manera que el ruido era ensordecedor. El telón de fondo del tumulto recibía la luz que llegaba del propio Coruscant, una luz urbana brillante que mostraba al planeta lugares desolados donde los escudos defensivos se habían roto y las naves estaban tiradas por tierra. La República tenía todo su arsenal en combate y la Confederación de Sistemas Independientes del Conde Dooku ya no tenía nada que perder más que un general cibernético y un ejército de droides. Reeze silbó de sorpresa:

—Sentados en primera fila para ver cómo desaparece nuestro concepto de civilización.

—No creo que llegue a tanto; pero sí es una buena razón para entregar nuestra carga lo antes posible.

—Si tú lo dices. —Reeze echó un vistazo al ventanal circular del YT y continuó—: Veo difícil que logremos llegar allá abajo sanos y salvos. Muy difícil, de hecho, y las palabras «cañón láser» tienen bastante que ver con ello.

—Si llegamos tarde, ya podemos darnos por muertos, Reeze. Dijeron que era muy importante —le recordó Jadak tras volverse hacia él sobre su silla.

Reeze le contestó, abatido, con un movimiento de cabeza:

—Por muertos nos vamos a dar si intentamos cruzar.

—Pues le diré a todos que has muerto como un héroe.

—Ah, ¿es que tú piensas sobrevivir? —preguntó Reeze con mirada incrédula mientras miraba a su compañero. Después, sonrió y dijo—: Sí, claro, tú seguro que sí.

Jadak se encogió de hombros y dijo:

—A ver si nos enteramos de cómo va la cosa.

Reeze se quitó los auriculares y marcó un código para entrar en la sala de comunicaciones. Se centró en la conversación que se estaba manteniendo allí, después estiró el cuello para ver qué ocurría a estribor y por último sintonizó una de las pantallas del tablero con la batalla que se estaba librando fuera. Con el dedo señaló sobre la pantalla el icono que representaba un gran crucero de batalla con una cubierta de vigilancia en popa y un puente desplegable.

Jadak levó los datos alfanuméricos que estaban bajo el icono.

—Pero ¿qué es eso? —La *Mano Invisible*.

—La nave comandante del general Grievous.

—Allí es donde tenían retenido a Palpatine.

—¿Tenían?

—Los Jedi lo han rescatado. Kenobi y Skywalker. Pero los tres siguen aún a bordo.

Jadak hizo girar un poco el YT para mejorar las vistas. A media distancia se veía cómo un crucero de la República atacaba la parte central de la *Mano Invisible*, en la zona donde su prolongada proa pasaba a convertirse en la protuberante popa. Quizá era una represalia por lo que había tenido que sufrir la nave de la República a manos de las baterías de la *Mano Invisible*. Jadak miró el monitor de nuevo.

—Parece que el capitán del *Guarlara* aún no se ha enterado de que el Canciller está a bordo.

—Seguramente se deba a un bloqueo de las señales. O a lo mejor es que le da igual.

Jadak frunció el ceño:

—La muerte de Palpatine tanto tendría de bueno como de malo.

Durante unos minutos, ambos compañeros observaron en silencio como el Guarlara sometía al buque insignia de los separatistas con los cañones láser de sus costados; cómo hacían saltar por los aires trozos del casco y cómo provocaban explosiones que barrieron la *Mano Invisible* de proa a popa. Jadak supuso que el cibernético Grievous no lograría sobrevivir a semejante ataque y mucho menos que lo hicieran Palpatine y sus salvadores.

Cuando el buque insignia ya no pudo aguantar más, escoró para acabar siendo víctima de la gravedad hundiéndose poco a poco en la atmósfera de Coruscant.

—Está en un buen aprieto —dijo Jadak.

—Y se está deshaciendo. Apuesto a que no aguantará.

—Acepto la apuesta.

Con una mano sobre el mando de control, Jadak activó el compensador de inercia y el YT salió disparado. Nadie intentó evitar que se acercaran al lugar de la masacre. Si se empeñaban en convertirse en una víctima más, era su problema.

Jadak respondió negando con la cabeza:

—Los separatistas han bloqueado todo el planeta. Ésta es nuestra mejor opción, ahora que se pierde el rastro de la *Mano Invisible*.

—¿La vamos a seguir hasta allá abajo? —preguntó Reeze con mirada asesina.

—Digamos que iremos hasta allá dentro.

Reeze asintió:

—Me gusta el «dentro».

—¿Aunque implique perder una apuesta? —Sí.

Si querían que la *Mano Invisible* regresara a la superficie, primero tendrían que darle alcance, lo que significaba que habían de abrirse paso entre las incontables cañoneras y fragatas que se encontraban por el camino, esquivar los cargueros que seguían volcando desde los KDY y las armas de los gigantescos *Lucrehulks* neimoidianos, y evitar el fuego

láser cruzado que invadía el espacio. Pero en ningún momento pusieron en duda la capacidad de su YT. La nave no los había decepcionado jamás, por lo que no había motivo alguno que les hiciera pensar que ésta fuese a ser la primera vez.

La nave YT se convirtió en blanco indiscutible de todas aquellas naves a las que adelantaron sin piedad, ya fueran amigas o enemigas. Al no disponer de armas propias, Jadak y Reeze no tenían más remedio que confiar en la característica velocidad de la nave y en su agilidad sobrenatural. Pusieron la máquina a tope y con movimientos helicoidales atravesaron peleas entre cazas y ejecutaron giros más propios de los Interceptores Jedi que de un carguero de cuarenta años, por muy mejorado y preparado que estuviera. La potencia que no consumía el motor se la tragaban los escudos deflectores con cada una de las sacudidas que iba dando la nave.

Con un salto desde detrás de uno de los espejos orbitales rotos, se abalanzaron sobre el deteriorado casco en llamas del buque insignia separatista que tenía la proa totalmente roma en dirección a Coruscant como en señal de rendición. Los escudos ablativos estaban al rojo vivo y las piezas del blindaje cambiaban como si se tratara de una serpiente en pleno proceso de muda.

—Han lanzado las cápsulas de salvamento del crucero —dijo Reeze.

Jadak amplió la imagen que tenía en pantalla y con las manos sobre los controles mientras el YT esquivaba partes y componentes de otras naves, observó, boquiabierto, cómo el buque de guerra se orientaba hacia el distrito gubernamental del planeta. Que la *Mano Invisible* caía era evidente pero también lo era el hecho de que alguien seguía al timón, alguien decidido a guiar la embarcación gracias a sus finas aletas y las escotillas exteriores; lo que hiciera falta para evitar que la nave se quemara en la atmósfera.

—¿Skywalker? —preguntó Reeze.

—Pues dudo mucho que sea Palpatine, a no ser que tenga poderes ocultos.

Cientos de buques de guerra demasiado grandes para ser aniquilados a manos de la artillería y los cohetes de Coruscant se habían colado en la zona e invadido el paisaje urbano. Sin embargo, resultaba demasiado obvio que el personal encargado de las armas de fuego había recibido órdenes de permitir el paso a la *Mano Invisible*, lo que al fin y al cabo facilitaba las cosas al YT. Todo lo que tenían que hacer ahora era permanecer lo más cerca posible de la nave sin ser vistos y lo suficientemente lejos como para no arder con ella.

Jadak tenía la mano puesta sobre el acelerador cuando la sección de popa de la *Mano Invisible* salió volando envuelta en llamas. Solo los reflejos de Reeze lograron que el YT no acabara pulverizado por culpa de la popa volante. Al mismo tiempo, Jadak logró enderezar el carguero y alejarse de la zona conflictiva. Sin embargo, la lluvia de escombros que golpeó los escudos resultó ser peor que todo lo que habían esquivado antes, y los deflectores mostraron su pesar *haciendo saltar todas las* alarmas del tablero de mandos.

Sin previo aviso, el YT giró bruscamente. El arnés de la silla del copiloto evitó que Reeze aterrizara sobre el regazo de Jadak. Los indicadores de posición se encendieron sobre la consola de mandos, al igual que otras varias cuyos sonidos inundaron la cabina.

—El acelerador se ha llevado un buen golpe —alertó Jadak mientras devolvía al YT a su posición habitual—, lo revisaremos cuando aparquemos. Reeze se ajustó de nuevo el arnés.

—El eterno optimista.

—Uno de los dos tiene que serlo.

Con la mitad del buque de guerra hecho trizas y sus partes perdidas en el espacio, quien fuera que tenía el control de la nave estaba intentando preparar la sección delantera para un choque controlado; seguramente en una de las viejas pistas de aterrizaje del distrito gubernamental. Los repulsores aullaban y el YT aún lo seguía sin importar ni la altitud ni la velocidad. Pero cuando sólo quedaban veinte kilómetros para llegar, los iconos empezaron a moverse en la pantalla y las sirenas de proximidad empezaron a ulular. Jadak vio como los buques se abrían paso con la intención de prestar su ayuda a la *Mano Invisible*.

—Naves de socorro —advirtió Reeze— y un par de cazas de los clones, también.

—Hora de esfumarse.

—Pero tenemos un código de autorización.

—Será mejor que lo guardemos para una ocasión en la que lo necesitemos de verdad. Salgamos de aquí.

—¿Circunnavegación rápida?

—Qué más da.

Jadak consultó el mapa topográfico y se alejó de la estela de destrucción a la que habían sobrevivido. Los propulsores principales protestaban y el calor los asfixiaba. Dos de los cazas intentaron darles alcance pero al final prefirieron dar vuelta y reunirse con la *Mano Invisible*, que se acercaba a la pista de aterrizaje.

El YT giró bruscamente hacia el oeste para esquivar la torre del puerto espacial y el templo Jedi. Después, sobrevoló Los Talleres entre columnas de humo negro que salían de los cráteres y fuegos provocados por los accidentes varios que ya se extendían a diversos distritos de la periferia.

—Parece que los sectores alienígenas están sufriendo de lo lindo —dijo Reeze.

—Hay mucha gente que lleva décadas intentando deshacerse de estas barriadas.

—¿Grievous del lado de un grupo de presión por la renovación urbana?

—¿Por qué no? —Jadak nunca había visto las vías aéreas tan vacías; aunque entre vehículos de emergencias y cruceros policiales también circulaban ARC-170 pilotados por clones que buscaban intrusos hasta que el planeta dejara de regirse por la ley marcial. En el tiempo que tardaron en traer el YT varios cazas mostraron su interés por el carguero.

—Ahora mismo nos tienen a tiro cerca de veinte artilleros —Reeze avisó a su compañero.

—Abramos las comunicaciones.

—YT mil trescientos —dijo una voz procedente del espacio comunicativo—, identifiqúese e indique su destino.

—Aquí el *Emisario Estelar* saliendo de Ralltiir —contestó Jadak a través del micrófono—. Destino: Anexos del Senado.

—El Senado se encuentra en un espacio aéreo restringido. Si tiene autorización, comuníquelo ahora o dé la vuelta. El incumplimiento de esta orden será castigado con la fuerza.

Jadak le hizo una señal a Reeze:

—Adelante.

Reeze giró sobre su silla e introdujo un código en el tablero de comunicaciones.

—Transmitiendo autorización.

—*Emisario Estelar* —dijo la misma voz de antes—, acceso permitido a las instalaciones del Senado.

CAPÍTULO TRES

Para esquivar las líneas del tráfico, el *Emisario Estelar* se ladeó casi completamente al acercarse al distrito gubernamental; un distrito delineado por la expansión descontrolada de la ciudad a su alrededor y un cañón de varios kilómetros de profundidad que lo rodeaba haciendo de foso. Algunas de las torres más características de Coruscant bordeaban la zona y se elevaban como agujas de arenisca erosionadas durante millones de años por el viento y la lluvia. Varios cañones aún más profundos rebosaban el tan aclamado círculo; y fue precisamente por detrás de uno de esos cañones por donde apareció el YT para encontrarse justo de frente con los Anexos del Senado, esa especie de champiñón achaparrado que albergaba la Rotonda del Senado.

Justo delante del *Emisario Estelar,* y girando lentamente hacia una de las bahías de amarre del piso superior de los anexos, se cruzó un bus deslizador del Senado con el morro chato y adornado en tonos violeta. El YT prosiguió su camino ascendente hasta alcanzar la base de anexo, donde se enderezó para buscar un muelle en el piso inferior de la cúpula.

Jadak pisó los propulsores y repulsores del freno pero, a pesar de todo su esfuerzo, la nave se estacionó bruscamente.

—Tenemos que arreglar la nave —dijo.

—Yo me encargo. —Reeze apagó el motor y los dos hombres se desataron de sus respectivos asientos.

Accedieron al estrecho pasillo que unía la cabina con el núcleo circular del carguero y Jadak accionó el botón que hacía ajar la rampa de estribor. La nave emitio un sonido estridente y continuo mientras los dos pilotos descendían por la rampa; Jadak llevaba un maletín de aleación en la mano. Los ventiladores de la nave chirriaban exhaustos al remover el aire rancio.

La iluminación en el muelle era muy tenue y no había nadie por los alrededores, ni siquiera los típicos androides que se pasaban el tiempo transportando cargas en los pisos superiores. Dos seres vestidos con togas senatoriales muy coloridas se apresuraban a saludarlos. Des'sein era un humanoide; Largetto, todo lo contrario. Ambos representaban dos mundos asediados muy distantes del Núcleo.

A un lado, se encontraba un Jedi Kadas'sa Nikto que, entre la capa, larga y marrón, y las botas altas parecía medir aun más de sus habituales dos metros. Tenía las manos en forma de garra cruzadas por delante y una espada láser colgada del cinturón. Saludó

solemnemente a Jadak. Su cara presentaba un color verde grisáceo que recordaba al cuero curtido y a sus pies había una especie de caja de herramientas.

Des'sein fue el primero en acercarse a Jadak.

—¿Lo tiene? —preguntó apresurado mientras Largetto miraba a todos lados nervioso.

Jadak levantó el maletín y se lo ofreció a su interlocutor.

—Está todo ahí dentro; todo lo que me pidieron.

Dessein aceptó el maletín y lo colocó sobre una pequeña mesa. Sus dedos huesudos temblaban mientras abría la cerradura. Largetto se inclinó sobre él y se le adelantó. Al levantar la tapa, los senadores activaron un aparato dentro del maletín y escucharon atentamente. Las luces intermitentes se reflejaban en los ojos negros de Largetto.

Dessein cerró el maletín e inspiró varias veces.

—Esto será de gran valor para nuestra causa, capitán Jadak.

Largetto mostró su acuerdo.

Sinceramente, capitán, temíamos que no lograran aterrizar.

—Se lo deben al código que nos facilitaron.

No sea tan humilde; un código no puede pilotar una nave.

Jadak inclinó su cabeza en señal de agradecimiento. Un tercer senador salió precipitadamente hacia la zona del aparcamiento por una puerta trasera. Un humano con un babero de barba blanca y un moño de pelo oscuro llamado Fang Zar intentaba hablar casi sin aliento.

—El Canciller ha regresado ileso. —Miró al Jedi y continuó—: Sus compañeros también han sobrevivido, maestro Shé.

Los pequeños cuernos que rodeaban los ojos del Jedi se retorcieron, pero no dijo nada.

—El canciller Palpatine y su partido llegaron justo antes que el capitán Jadak.

—El bus deslizador —dijo Reeze por detrás de Jadak.

—Se ha revocado ya la ley marcial —prosiguió Zar—, y el conde Dooku ha fallecido.

Largetto, con la emoción, agarró sin dudarlo el brazo de Dessein.

—Entonces, a lo mejor no tenemos que hacer nada con la información que tanto trabajo les ha costado al capitán Jadak y al capitán Reeze traernos hasta aquí.

—Que la Fuerza nos acompañe —concluyó Fang Zar.

—Sí, pero debemos continuar hasta que estemos seguros de las intenciones del Canciller. —Des'sein miró a Jadak—. Tenemos otra misión para ustedes.

Jadak y Reeze intercambiaron miradas.

—Somos todo oídos —dijo Reeze.

Dessein bajó el tono de voz y dijo:

—Nos gustaría que entregaran el *Emisario Estelar* a nuestros aliados en Toprawa. Jadak frunció el ceño. —¿Entregar?

—Exacto —dijo Largetto—, la ranger antariana que se hará cargo de ella se llama Folee. La encontrarán en Ciudad Salik, la capital de las regiones occidentales. Su código

para entrar será: «Restauremos el honor de la República en la galaxia». ¿Puede repetirlo, capitán?

Jadak no salía de su asombro. Se recompuso y tragó saliva.

—Restauremos el honor de la República en la galaxia. Pero… esa tal Folee, ¿se va a llevar la nave?

Dessein lo miró fijamente.

—¿Algún problema?

—Es que, bueno, ya le habíamos cogido mucho cariño, ¿sabe? —dijo Reeze—. ¿No podríamos, por ejemplo, comprarles el *Emisario* y encontrar otra nave para enviar a Toprawa?

—Imposible —dijo Fang Zar—, el *Emisario Estelares* crucial para esta misión.

Jadak apretó los labios intentando contenerse.

—¿El hecho de que tengamos que entregar la nave significa… que también nos van a retirar a nosotros?

—En absoluto, capitán —se apresuró a aclarar Des'sein—, a no ser que sea eso lo que quieren.

—No —contestó Jadak—, pero hasta Toprawa hay una buena tirada por la vía Hydiana. ¿Cómo se supone que vamos a volver al Núcleo?

—Les proporcionaremos los fondos necesarios para el transporte. Y lo que es más importante, habrá una nave mucho mejor equipada esperándoles a su regreso.

—Incluso puede que más rápida —puntualizó Largetto.

—Lo dudo —murmuró Reeze.

Jadak se tragó el nudo que se le había formado en la garganta y añadió:

—Espero que la misión sea digna de esa nave.

—Por supuesto que lo es, capitán —aclaró Fane Zar— se lo aseguro.

Jadak exhaló el aire que tenía retenido y asintió resignado Des'sein lo examinó un instante.

—¿Debo interpretar ese gesto como que está usted dispuesto a llevar a cabo esta misión? Jadak miró a Reeze.

—Sí, nos gustaría ser nosotros mismos quienes la lleváramos a cabo.

Des'sein se volvió al maestro Shé; éste levantó la caja de herramientas y se dirigió a la rampa de acceso del YT arrastrando la capa marrón por el suelo de permacemento.

—El maestro Shé tendrá que hacer algunos ajustes en la nave —explicó Fang Zar—, pero no afectarán en absoluto a su vuelo.

Jadak vio cómo el Jedi desaparecería dentro de la nave y luego se dio la vuelta hacia Des'sein.

—¿Con qué frase se identificará Folee?

Dessein se mostró confuso y añadió:

—No, se equivoca, capitán. Ella les está esperando. La frase que les hemos dado en una ayuda mnemotécnica que la ayudará a llevar a cabo la parte de la misión que le corresponde.

—Mnemotécnica —dijo Jadak.

—Un atajo para la memoria —contestó Largetto—, Folee lo entenderá. Y el *Emisario* se encargará del resto.

Jadak no solía hacer preguntas cuando le encomendaban una misión nueva, pero esta vez la curiosidad era más fuerte que él.

—¿Están programando el *Emisario*?

—Piense en la nave como si fuera una llave —explicó Fang Zar—; la llave que abre la puerta hacia un tesoro. Jadak aguardó.

—Un tesoro tan grande que ayudaría a restaurar el honor de la República en la galaxia —terminó diciendo Dessein.

El director del Servicio de Inteligencia del Senado, Armand Isard estaba examinando la multitud que daba la bienvenida al Canciller Supremo Palpatine cuando le sonó el intercomunicador.

El bus deslizador acababa de amarrar y el canciller y demás miembros de su partido, todos nombrados a dedo, descendían ahora por la alfombra roja entre la columnata en dirección a los turboascensores del atrio. Al pasar, Armand se percató de que el Jedi Skywalker se había quedado atrás para hablar en privado con la senadora Anúdala.

Armand Isard era un hombre robusto y fuerte capaz de pasar inadvertido entre la multitud a pesar de su altura. Vestía un uniforme gris sin ningún tipo de adornos. Su pelo negro combinaba con el brillo de sus botas, altas hasta la rodilla. Se alejó de la alfombra roja y se adentró en la relativa soledad del bosque de columnas ornamentadas; una vez allí presionó el botón de recepción del intercomunicador y echó un vistazo al aparato, cuya pantalla mostraba un primer plano del ayudante de dirección…

—Sólo quería advertirte de una pequeña confabulación que se está llevando a cabo en el piso de abajo —le comunicó su ayudante.

Los negros ojos de Armand seguían los movimientos del comité de bienvenida.

—Dime.

—Los senadores Des'sein, Largetto y Zar acaban de recibir un maletín de manos de los pilotos de un carguero YT bastante viejo.

Los tres senadores eran miembros distinguidos de la Delegación de los 2000, un grupo partidario del régimen que se opone a las fuertes medidas tomadas por el Canciller Palpatine desde que empezó la guerra.

—El Jedi J'oopi Shé también está presente.

—¿División técnica?

—Exacto.

Armand Isard reemprendió la marcha sin dejar de hablar.

—Resulta interesante que mantengan una reunión privada mientras varios de sus colegas se encuentran aquí arriba. —¿Quiénes?

—Danu, Malé-Dee, Eekway… los de siempre, vamos. ¿Puedes escuchar lo que dicen?

—No, han tomado medidas. Pero sí pudimos colar una cámara oculta en el sistema de ventilación del aparcamiento, así que las imágenes serán bastante buenas.

—El maletín…

—Demasiado pronto para saber qué contiene; el equipo está trabajando en ello.

—¿Se sabe algo de los mensajeros?

—De ellos aún no. En cuanto al carguero, está registrado en Ralltiir y como propietario figura una empresa llamada Grupo República.

—Interesante.

—Eso pensé yo también. Los pilotos emitieron un código de acceso válido a la torre de control del Senado. Armand se detuvo el borde del atrio, donde el canciller y los demás esperaban el turboascensor. La zona estaba atestada de senadores que acababan de salir de su refugio y querían felicitar a Palpatine. Armand se sorprendió ante la clara falta de seguridad. En los alrededores del anexo se había librado una batalla feroz durante la cual Palpatine había estado retenido; cabía la posibilidad de que los separatistas hubieran infiltrado droides asesinos o incluso alguno de carne y hueso. Y sin embargo, aquí estaba Palpatine, actuando como si sólo hubiera ido a dar un paseo, con un único par de guardaespaldas como toda protección. En realidad, era muy típico de él, no le importaba la presión que eso provocaba en el Servicio de Inteligencia.

De igual modo, era típico de él también permitir el acceso únicamente a los senadores partidarios al régimen, a sabiendas de su antipatía hacia los cambios bruscos que él mismo había impuesto, hacia las libertades que había erradicado. Al menos, Palpatine había aceptado la propuesta de Armand de retener a la prensa durante un rato en el muelle.

Armand no podía quitarse de la cabeza la reunión clandestina. Los senadores eran inofensivos, pero no le gustaba la idea de que hubiera un Jedi entre ellos. Últimamente, los miembros de la Orden ya habían fisgoneado más de lo que debían: habían escuchado a escondidas las reuniones de los senadores, habían investigado viejos túneles que discurrían por debajo de Los Talleres y los subsótanos del República 500. Había que pararles los pies.

—Envía un pelotón de agentes para que dispersen la reunión —ordenó—, y que retengan a los senadores para ser interrogados.

—¿Y qué hacemos con el maestro Shé?

—Invéntate cualquier excusa para la intromisión. No sé, órdenes de seguridad del Senado, una amenaza de bomba, lo que sea. Shé se mantendrá al margen.

—¿Y con los mensajeros?

—Detenlos por posesión de un código secreto de seguridad robado, por hacerse pasar por personal de emergencia y por violar un espacio aéreo restringido. —Armand pensó unos segundos y prosiguió—: Yo mismo me encargaré de interrogarlos.

—Supongo que aguantará —comentó Jadak por el micrófono del que equipo de comunicación que estaba bajo la mandíbula del YT—, pero deberíamos recoger algunos recambios en Kuat antes de dirigirnos a Toprawa.

Reeze estaba de cuclillas en uno de los muelles de acceso al borde de la mandíbula, evaluando el propulsor del freno desde dentro. Jadak escuchó su respuesta a través de los auriculares.

—Totalmente de acuerdo.

Jadak echó otro vistazo a la nave. Se estaba limpiando el carburante que le manchaba las manos mientras subía por la proa de la nave y casi choca con el maestro Shé, que bajaba apresuradamente por la rampa de acceso. Al parecer había terminado de instalar lo necesario y portaba la caja de herramientas en una mano. En la otra, el intercomunicador encendido.

—Van a enviar tropas para que arresten a los senadores —soltó sin detenerse—; yo los pondré a salvo. Ustedes enciendan la nave y salgan volando de aquí. —Se paró a unos metros de la rampa y se volvió hacia ellos para despedirse—: Buena suerte, capitán.

Desde la rampa, Jadak se despidió sin efusividad alguna.

—Gracias por el aviso —contestó. Levantó el micrófono del intercomunicador y le dijo a Reeze—: Vienen a nosotros. Sal de ahí inmediatamente.

Reeze estaba subiendo hacia la nave por una de las escotillas cuando entro Jadak.

—¿Clones?

—Tropas de choque.

Reeze frunció el ceño.

—Deberíamos cobrar más.

—Lo tendré en cuenta.

—Sobre todo ahora que nos vamos a quedar sin nave.

—Sabíamos que podía pasar.

—¿Y qué? Eso no lo hace más llevadero.

—¿Qué te parece si seguimos esta conversación más tarde? —Jadak extendió una mano hacia Reeze y le ayudó a entrar—. Comprueba que todo está en orden y enciéndela. Voy a ver si logro retrasarlos un poco.

Jadak se dirigió a la estación de ingeniería y sacó una pistola láser pequeña de un compartimento que estaba bajo la consola. Reeze puso las manos sobre la cadena y rió.

—Lo siento Tobb, pero lo más gracioso que he visto en mucho tiempo. ¿De veras vas a usar *ese* juguete contra los rifles DC-15?

Jadak lo miró enfadado y dijo:

—No tengo intención de enfrentarme a ellos; sólo quiero retrasarles un poco.

—Seguro que lo logras —se rió Reeze mientras volvía a la cabina.

Jadak bajó corriendo la rampa y se fue hacia la puerta trasera del muelle. Una vez allí disparó los mandos de la misma y regresó a la nave mientras las chispas y el humo

destrozaban los interruptores. Además, el olor a cortocircuito invadía el lugar. La puerta de carga no era más que una escotilla en el muro oeste del muelle; eso sí, más ancha y más alta. Jadak recargó de nuevo la pistola láser y ejecutó otros dos disparos sobre el panel de control de la puerta, uno de los cuales le pasó rozando la oreja derecha tras haber rebotado contra el panel. Se apresuraba ya a volver a la nave cuando varios puños empezaron a golpear el lado exterior de la escotilla. Una voz alterada, aunque ensordecida por la puerta de duracero, resonaba con fuerza.

—¡Seguridad del Senado! Abra la puerta y póngase en el centro del muelle con las manos sobre la cabeza. Ni se le ocurra intentar huir.

Una sonrisa de satisfacción se abría paso en la cara de Jadak cuando un fuerte ruido lo sorprendió desde arriba. Un haz de luz blanca estaba trazando un arco en el techo. Por suerte, logró colarse en el interior de la nave y tirarse sobre la silla del piloto tras subir a grandes zancadas la rampa de acceso.

—¿Les has dicho que se vayan? —le preguntó Reeze con la mirada puesta en las pantallas de estado.

—Chamusqué los controles de la puerta. Pero ahora están haciendo rápel desde lo alto del techo.

Reeze lo miró sorprendido.

—¿Por qué tanto empeño en cogernos?

—No vamos a quedarnos para averiguarlo.

Mientras Jadak intentaba ajustarse el cinturón de la silla, algo impactó contra el tejado de la nave. Los motores hacían mucho ruido al calentarse pero, aún así, ambos pilotos oyeron claramente cómo un soplete se abría paso.

Sin perder más tiempo, Jadak habilitó los elevadores de repulsión. El YT ya estaba a unos metros del suelo, pero los disparos de una pistola láser seguían quemando el casco.

—¡Cárgatelos! —dijo Reeze.

Jadak agarró los mandos y dio media vuelta con el *Emisario* confiando en que la fuerza centrífuga tirara a los soldados abajo. Uno de ellos, con una armadura roja, pasó justo por delante de la ventana de la cabina sacudiendo brazos y piernas.

Reeze hizo una mueca de dolor.

—*Eso* no va a contribuir a caerles mejor.

Obviando por completo el tráfico entrante, Jadak salió volando del muelle.

CAPÍTULO CUATRO

—Los tengo —dijo Armand por el micrófono que llevaba en el cuello del uniforme. De pie en el borde del muelle para autobuses, atravesó los macroprismáticos para no perder de vista el YT que intentaba huir. Bajo él, el carguero se sumergía en la enorme grieta en frente al Anexo del Senado.

—El escuadrón ARC del capitán Archer tomará el relevo en la persecución —le comunicó su ayudante a través del intercomunicador.

—¿Qué hay de Fang Zar y los demás?

—Cuando llegaron las tropas ya se habían esfumado. Alguien ha tenido que darles el chivatazo de que íbamos.

Armand bajó los macroprismáticos y echó a correr por la alfombra roja hasta el atrio.

—Los encontraremos a su debido tiempo. Ahora mismo, nuestra prioridad es ese carguero.

—¿Vivos o muertos?

—Que lo decida Archer. Pero ten un equipo de agentes listos para recuperar los cuerpos de entre los restos si fuera necesario.

Los disparos seguían afectando a la popa del YT y éste no pudo evitar caer en picado desde la planta superior. Casi choca con un bus deslizador que se acercaba, majestuoso, a uno de los muelles del piso superior. Dos deslizadores se acercaban desde el este de la cúpula silbando estrepitosamente y con las armas frontales preparadas para atacar. Jadak empujó el volante hacia el frente y el *Emisario* se abalanzó hacia uno de los cañones que rodeaban el círculo del Senado. Inclinó la nave para esquivar el tráfico y completó un giro para abrirse paso hacia el ciclo. Los deslizadores no tardaron en convertirse en un mal sueño, pero el *Emisario* aún no había ascendido a los niveles más altos del República 500 cuando el tablero de alarmas empezó a sonar.

—Alas-V y ARC-170 —alertó Reeze—, veo cinco… seis, siete. Se acercan a nuestras cuatro y a nuestras nueve.

Jadak presionó el acelerador y atrajo el volante hacia su pecho, creando el caos en varias líneas aéreas del nivel medio mientras el YT ascendía verticalmente varios metros, superando incluso su propio estruendo sónico. El panel de las alarmas no dejaba de sonar.

—¡Más ARC!

Jadak echó una ojeada a la pantalla principal del tablero de mandos. Los estabilizadores S, liberando calor, se colocaron en posición de ataque. Las naves que los

perseguían volaban a todo gas y sus armas láser y misiles protónicos parecían cobrar vida.

—¿Los has desbloqueado?

—Casi —contestó Reeze, girando la ruedecilla del equipo transmisor mientras escuchaba por los auriculares—. Las naves no se ajustan a los patrones habituales. Y la mayoría del tráfico entrante se ha desviado hacia los sectores 13 a 20.

Jadak hizo un cambio de sentido y se escabulló hacia el este exigiendo el máximo al motor de la nave. Las pantallas le dejaban ver que no había logrado despistar a los pilotos clon. El caza más próximo de los comandos de reconocimiento avanzado le envió una ráfaga de disparos que cruzaron la proa del *Emisario*.

—Parece que se lo han tomado en serio.

—Ya te dije que te habías pasado con ellos en el muelle.

—Coloca los deflectores frontales y no les quites el ojo de encima.

Delante de ellos volaban las naves de vanguardia, formando una fila de kilometros de longitud con buques deseosos de, por fin, llegar a su destino. Escoltados por vehículos de la policía y por alas-V, las naves se iban colocando a medida que reducían la veloadad. Jadak colocó el *Emisario* justo en el medio Circulaba en dirección contraria y se abría paso entre la multitud; Jadak se acercaba tanto a algunas de las naves que podía ver la expresión de sorpresa de los humanos, humanoides y alienígenas por el cristal. Y obviamente, esos pilotos no confiaban en la habilidad de Jadak como sí lo hacía él mismo Como si de un banco de peces se tratara, desconcertado por la aparición repentina de un depredador, las naves empezaron a desviarse de su camino original procurando no chocar con nadie. Sin embargo, se produjo algún que otro choque así como varias colisiones en cadena. Los ARC-170 intentaban, sin éxito, alcanzar al *Emisario*, por lo que no les quedó más remedio que seguirlos a distancia. Además, por miedo a afectar a naves inocentes tuvieron que mantener un alto al fuego.

La temeridad de Jadak provocó que la multitud se dispersara antes de que hubieran alcanzado los límites superiores de la atmósfera y los ARC aprovecharon para recortar distancias.

—¡Redistribuye la potencia de los escudos traseros! —gritó Jadak mientras el *Emisario* se separaba del campo gravitatorio de Coruscant.

El espacio local estaba lleno de escombros, de las cenizas de buques de guerra republicanos y separatistas, de piezas ennegrecidas de cazas aniquilados, de espejos orbitales hechos añicos. No había señales de los buques de la Federación de Comercio y del Gremio de Comerciantes que habían sobrevivido a la batalla, pero sí de los cruceros de la flota del Círculo Abierto y la Local, que todavía estaban desplegadas a la defensiva por si a los separatistas se les ocurría intentar entrar de nuevo en Coruscant.

Reeze hablaba consigo mismo mientras escuchaba las noticias sobre lo ocurrido: «Ya se ha dado aviso a todas las naves en primera línea; somos un posible objetivo».

Jadak puso la potencia al máximo hacia casa, pero en vez de intentar distanciarse de los enormes buques KDY con cabeza de flecha, se acercó cuanto pudo con el YT hacia

los cruceros de la República que guardaban formación cerrada. Rozaba casco con casco, iba como un rayo de hueco en hueco usaba las naves para esconderse con la intención de alejarse de Coruscant cuanto antes y así saltar a velocidad luz. Pero los ARC-170 no habían dado por concluida la persecución y ya no les importaba perjudicar a inocentes. Los escudos deflectores de sus naves desviaban los disparos láser que chocaban contra ellos.

El *Emisario* se tambaleó al primer impacto. Jadak ladeó la nave hacia estribor como siquiera mostrarles a sus perseguidores la panza de la misma.

—Tenemos que proteger el propulsor de babor…

Un ruido ensordecedor hizo callar todos los demás, y una maraña de energía azul retozaba sobre el tablero de mandos. Las luces de cabina y los indicadores parpadeaban; después volvieron a la normalidad. Jadak golpeó el techo con la mano para motivar a los pocos sistemas que se resistían a seguir funcionando.

—Arrancan el *Integridad*. Creo que quieren cogernos con un rayo tractor.

—Eres tú el que está al timón.

Jadak giró sobre su silla y se colocó frente al ordenador de navegación Rubicon, en el que solicitó cierta información.

—Podemos despistar a los alas-V —dijo Reeze—, pero los ARC (Comando de Reconocimiento avanzado) tienen hiperimpulsores de clase 1.5; nos seguirían hasta el infierno y más allá.

—Entonces nada de ir a Toprawa. Han de perdernos el rastro.

—¿Y adonde, entonces?

Jadak giró la cabeza para mirar a su compañero.

—Nar Shaddaa es la mejor opción.

Un disparo del *Integridad* desconcertó al *Emisario*.

—En plena tormenta, cualquier puerto es bueno.

Jadak esperó a que el Rubicon diera el visto bueno y el hiperimpulsor estuviera a punto. Las estrellas aún no habían salido del todo cuando otro poderoso estruendo hizo retumbar la nave entera. No es que el carguero se impulsara hacia el hiperespacio, sino que más bien lo empujaron a él.

Pasaron casi todo el viaje hiperespacial haciéndose hueco entre las entrañas de la nave para evaluar los daños y reparar lo que podían. Las armas que habían alcanzado la popa cuando saltaron habían dañado el motor sublumínico. Tras estudiar lo que tenían entre manos decidieron que debían poner la nave en órbita alrededor de Nar Shaddaa y confiar en los repulsores de frenado e inclinación.

Regresaron a la cabina para finalizar el viaje por las tinieblas del hiperespacio; ambos guardaban silencio. Reeze fue quien rompió el hielo.

—¿Que crees que instaló el Jedi?

Jadak giró sobre la silla y ojeó todo el instrumental a la vista.

—Ni idea.

—¿No te entraron ganas de preguntárselo?

—¿Por qué habría de hacerlo?

Reeze tardó unos segundos en contestar.

—No sé, bueno, podríamos seguir tal y como estamos; reparar la nave en Nar Shaddaa y proseguir hacia el Borde Exterior.

—Podríamos, pero no vamos a hacerlo. Reeze resopló.

—Para ti la misión siempre es lo primero. Aunque eso implique tener que entregar la nave.

—Los senadores están cumpliendo con su parte del trato; nosotros cumpliremos con la nuestra. Con un poco de suerte, al final todo saldrá bien.

—Pero, al fin y al cabo, se acabó ya, ¿no? El Conde Dooku ha muerto; ya oíste lo que dijeron. Lo más seguro es que ni nos necesiten a partir de ahora.

Jadak reflexionó sobre las palabras de su compañero.

—Vale, te prometo una cosa. Si cuando lleguemos a Toprawa vemos que es el final, tendré muy en consideración tu propuesta.

Reeze se incorporó en la silla.

—Entonces sí estás enfadado con ellos por tener que darles la nave, ¿no?

Jadak miró a su compañero y matizó:

—Dejémoslo en decepcionado.

Reeze esbozó una gran sonrisa.

—Decepcionado me vale.

—Te acabo de alegrar el día, ¿eh?

—Pues sí. Han sido muchos años, Tobb.

—Cierto, pero tampoco te hagas muchas ilusiones, ¿vale?

—Imposible si tú estás cerca.

Jadak sonrió sin llegar a mostrar los dientes.

—Entonces, dirección Nar Shaddaa, el territorio que solías pisar, ¿no?

—¡Querrás decir en el que me pisoteaban!

El ordenador de navegación Rubicon emitió un sonido y Jadak se giró sobre su silla.

—Iniciando reversión.

Un silencio incómodo se apoderó de la cabina mientras la nave emergía en el espacio real. Las estrellas iban tomando forma poco a poco y el *Emisario* iba dando sacudidas mientras circulaba a gran velocidad.

—No ha sido para tanto —rompió el hielo Jadak—, y la nave murió de pronto.

Reeze iba tocando interruptores a oscuras.

—No hay energía: ni luz ni comunicaciones. Los mecanismos de emergencia tampoco responden.

Jadak veía cómo Nar Shaddaa se agrandaba ante sus ojos.

—Seguramente la explosión de antes se haya cargado sistema eléctrico.

—¿Se te ocurre algún modo de exprimir la velocidad manualmente?

—Si tuviéramos tiempo, sí. Lo más lógico es que vayamos a donde Nar Shaddaa nos indique.

Reeze, de nuevo probando todos los interruptores, maldecía entre dientes.

—¿Hay alguna posibilidad de entrar en órbita?

—No sabría qué decirte. —Jadak se desató el cinturón de seguridad, se puso de pie y se inclinó sobre el ventanal.

—A esta velocidad y con esta dirección… a lo mejor la órbita sí nos devuelve al espacio. Pero lo que más me preocupa es el tráfico que sube del pozo.

—Y haces bien —dijo Reeze, que observaba el panorama con unos macroprismáticos—; veo una nave.

Guardó silencio un instante y prosiguió:

—Oh, no…

Jadak echó un vistazo a la nave que se acercaba.

—¿Que es eso?

Reeze bajó los prismáticos.

—Un carguero pesado corelliano, y de los grandes. En él caben un cargamento de hutts y una manada de banthas.

Jadak le quitó los prismáticos de la mano y se los puso ante los ojos. Era un rectángulo redondeado con un tren de aterrizaje enorme en forma de «V», y lo impulsaban tres motores cilindricos.

—Van directos hacia nuestra trayectoria. Están acelerando para hacer el salto. Sus sensores les advertirán.

—¿Advertirán? —Reeze no podía creer lo que estaba escuchando—. Esto es Nar Shaddaa. El más grande gana. Somos como una mota de polvo en el ojo. No nos va a ceder el paso.

Jadak veía cómo aquella nave gigantesca se hacía más grande que el propio planeta.

—Tú verás, Tobb —le dijo Reeze tras un largo silencio.

Jadak inclinó la palanca del todo y suspiró.

—De acuerdo, salgamos de aquí.

Los dos compañeros salieron corriendo a popa hacia una de las cápsulas de escape, que se soltaría de la superficie ventral del carguero, justo por debajo del hiperimpulsor y los motores sublumínicos. Reeze llegó primero y quitó la tapa que sellaba el interruptor manual. Jadak se escurrió por la escotilla y la cerró tras él. Reeze acababa de accionar la palanca cuando, de repente, el *Emisario* arrancó y una luz roja inundó el interior de la cápsula.

—¡Ha vuelto la luz!

Jadak abrió los ojos como platos.

—¿Ahora espabilas? ¿Justo ahora?

El motor sublumínico emitió un fuerte silbido y el YT se inclinó bruscamente, como para evitar una colisión. Como consecuencia, Jadak y Reeze se dieron un buen golpe contra la pared interna de la cápsula.

Un instante más tarde estaban dando vueltas por el espacio.

CAPÍTULO CINCO

NAR SHADDAA

18 AÑOS ANTES DE LA BATALLA DE YAVIN

Viss y Heet entraron en la sala de espera y se dirigieron direc tamente a donde estaba Bammy.

—De acuerdo, mecánico. Te recibirá ahora.

Bammy Decree conocía a Viss desde la escuela, antes de que a Viss lo expulsaran y empezara a trabajar como guardaespaldas para Rej Taunt. Bammy también conocía a Heet. Tras su breve paso por la escuela técnica, Bammy había trabajado en alguna ocasión con las barcazas y deslizadores de éste.

Bammy se levantó y fue hacia la puerta por la que habían entrado los dos guardaespaldas, pero Viss le interrumpió el paso y Heet le tendió un albornoz.

—Le están dando un masaje en la sauna —le explicó Viss mientras él miraba absorto el albornoz. Con un movimiento de barbilla le indicó una sala al lado de donde estaban—. Puedes cambiarte ahí.

Bammy era mucho más bajo que Viss y Heet y unos cincuenta kilos más delgado. Y como casi todos los que solían visitar a Rej Taunt eran de una complexión más similar a la de los dos guardaespaldas, a Bammy le sobraba albornoz por todos lados y lo arrastraba por el suelo. Se lo ajusto todo lo que pudo mientras dos klatooinianos que estaban sentados en la sala de espera intentaban no reírse en su cara. Viss señaló la ropa harapienta de Bammy y dijo:

—Déjalo todo en el vestuario y síguenos.

Al otro lado de la puerta, la villa de Rej Taunt era de peor gusto que la sala de espera, atiborrada de las típicas baratijas que tanto abundaban en las tiendas de Nar Shaddaa. Sin embargo, ya pesar de ser sólo diez, años mayor que Bammy, Rej Taunt era una gran promesa del crimen con un gusto exquisito por las cosas buenas. Bammy no dudaba que algún día, Rej Taunt viviría con la magnificencia de un hutt.

Bammy siguió a su antiguo compañero de clase por varias estancias tan grandes como vacías, por un patio adornado con follaje importado de Ithor y columnas de Coruscant y por varias secciones de escaleras de piedra que dieron acceso a una sala de juegos llena de ruedas antiguas, de mesas de sabacc y de varias jaulas de las que se usaban para bailar.

Unos seis humanos y alienígenas se afanaban en limpiar el local. Bammy no había visto un droide desde que se mostró ante el escáner de la puerta principal hacía ya dos horas.

Viss golpeó con la mano la jamba de una vieja puerta de madera y alguien abrió desde el otro lado. Del interior salían nubes de vapor. La ola de calor golpeó a Bammy como si una tonelada de bloques de permacemento le hubiera dado en la cabeza. El vapor era tan denso que no era capaz ni de ver su propia nariz y en menos de un segundo el sudor se le metía en los ojos y le resbalaba por la barbilla. Agitaba la mano junto a la cara como si quisiera apartar el vapor que le estorbaba cuando una voz grave retumbó en algún lugar del habitáculo.

—Por aquí, mecánico.

Bammy siguió el sonido de la voz hacia donde se encontraba Rej Taunt tumbado de lado sobre una mesa, mostrando un torso desnudo del que caían pliegues de grasa yunos brazos gruesos a los que tres hembras humanas muy atractivas estaban dando un buen masaje. Rej Taunt era askajiano y el primogénito de una familia tomuona de mercaderes de ropa. Había llegado a Nar Shaddaa de niño y ya nunca se marchó.

Rej Taunt le señaló la mesa contigua.

—¿Quieres un masaje?

Bammy iba a rechazar la oferta, pero el gran jefe del crimen se le adelantó.

—Claro que quieres. Quítate el albornoz y pon tu esquelético cuerpo sobre la mesa. Ya les he dicho a mis chicas que no se rían de ti.

Bammy ejecutó las órdenes recién recibidas; sólo tenía veinte años estándar y estaba en una forma física deplorable, pero estaba seguro de que el trío de masajistas ya habría visto cosas peores en sus años de profesión. Al menos, él no tenía ninguna cicatriz de herida por láser ni tatuajes elaborados como los que solían presentar la mayoría de los trabajadores de Taunt. Se despojó del albornoz y dejó al descubierto un vientre completamente plano. La verdad es que las manos hábiles de las masajistas estaban haciendo un gran trabajo sobre sus tensos hombros.

—La única razón por la que acepté recibirte —empezó diciendo Taunt— fue que Viss y Heet me lo aconsejaron. Dicen que eres bueno.

—Fuimos juntos a la escuela —dijo Bammy—; bueno, durante un tiempo.

Rej Taunt se colocó, no sin esfuerzo, sobre su enorme estómago.

—Mencionaron algo de una nave. —Corren rumores de que busca una.

—Debe de ser la primera vez que un rumor es cierto. ¿Qué tienes para mí?

—Un antiguo YT-1300.

Rej Taunt giró la cabeza para mirar directamente a los ojos de Bammy.

—¿Y por qué iba a querer yo un carguero?

—No se trata de un carguero cualquiera. Este en concreto tiene pedigrí.

—¿Qué año?

—Veinticinco.

—¿Antes de la sincro?

Bammy asintió.

—Todo un clásico.

Rej Taunt realizó varios cálculos mentales.

—Vale, y aquí mi pregunta: ¿por qué iba a querer un carguero de cuarenta años estándar?

—Porque busca algo de gama baja pero potente, de mantenimiento fácil y consumo eficiente.

—Digamos que es cierto, ¿cuándo podría verlo?

—Pues… primero tendría que hacerle algunos ajustes. —El silencio de Taunt le indicó que podía continuar hablando—. Hace un mes más o menos se vio implicado en una colisión.

Taunt entrecerró los ojos.

—No intentarás venderme el YT que se estrelló contra el *Valle Jendiriano III*, ¿verdad?

Bammy tragó saliva a oídos de todos los presentes.

—Así es.

Taunt suspiró con fuerza creando un remolino de vapor a su alrededor.

—Escuché algo de que los pilotos aparecieron incrustados en el casco del *Valle*.

—Yo escuché lo mismo. Al parecer salieron despedidos en una cápsula y el YT empezó a girar justo en el último momento, por lo que la cápsula quedó completamente aplastada.

—¡Ay!

—Seguramente sea la versión de los pilotos. —¿Y cómo quedó el YT?

—Los daños son importantes pero lo increíble de ese tipo de naves es que están diseñadas para desmontarse en pedazos. Lo mejor de todo es que hasta ahora ningún chatarrero se ha interesado por ella; de momento está allí amontonada con todas las otras naves que, por una razón u otra, no lograron bajar a tierra.

—Puede que sea lo mejor para la nave, y para Nar Shaddaa. Nuestro pequeño campo de asteroides.

—Habría que reconstruirla desde la parte media hasta la proa —continuó explicando Bammy—, pero el núcleo central está en perfectas condiciones. También podemos reparar el motor sublumínico y el hiperimpulsor sería fácilmente mejorable.

Taunt seguía madurando la idea.

—¿Un carguero? No sé… ¿Se podría reconvertir en una nave de pasajeros?

—¿La pilotaría usted?

Taunt se rió con ganas.

—¿Acaso te parezco un piloto?

—Simplemente estaba pensando en el tema de los asientos y demás.

Taunt se incorporó sobre un codo.

—Quiero disponer de un sofá y de una cama a mi medida; y lo mismo para mis posibles compañeros de viaje. También quiero una zona para transportar cargas, varios camarotes cómodos y algún compartimento secreto en el que pueda guardar lo que se me

antoje para que no lo encuentren los entrometidos oficiales de aduanas. No me importa su aspecto… puede parecer estropeada. Es más, cuanto más destartalada parezca, mejor. Pero por dentro tiene que estar impecable.

Bammy asentía y sonreía al mismo tiempo.

—Eso es lo mejor: que podemos reconstruirla como más le plazca. Por ejemplo, si quiere instalarle armas…

Taunt lo interrumpió bruscamente con la mano.

—No quiero ninguna arma que pueda llamar la atención de los piratas. Puede que un par de repetidores de emergencia ocultos en proa. Pero en caso de que haya problemas, yo me encargaré personalmente del material necesario —se detuvo a pensar un instante—. ¿Sería posible modificar el número de serie, la firma y el registro?

—Sí, claro. Usted podrá escoger el nombre. Si quiere puedo instalarle un transpondedor que confunda a quien usted quiera.

—¿Incluso a esas naves imperiales nuevas?

—Por supuesto. De momento, seguimos un paso por delante de los técnicos imperiales.

—¿Cuánto me va a costar todo esto?

—No podría decirle una cifra final. Primero hay que bajarla de ahí; después están las piezas… Si contamos con que el generador de energía y los motores sublumínicos se pueden reparar, lo más caro sería el hiperimpulsor, en caso de que lo necesite.

Taunt cambió de posición.

—Cuando puedas ofrecerme un presupuesto cerrado, avísame.

Un droide seguía a Bammy mientras éste evaluaba el YT-1300 492727ZED, que en algún momento de los últimos cuarenta años había recibido el nombre de *Emisario Estelar*. Las botas que llevaba puestas chapoteaban sobre los charcos de combustible que había en el suelo y él tenía que gritar a pleno pulmón para que hacerse oír entre servosoldadores, sopletes, llaves hidráulicas, ruedas de amolar y las máquinas de lavado a presión. Cuanto más inspeccionaba la nave, más se angustiaba. Lo que se suponía que iba a ser su primer gran trabajo estaba a punto de convertirse en una gran catástrofe. ¿Cómo iba a lograr ajustarse al presupuesto que le había dado a Rej Taunt? ¿Por dónde era mejor empezar?

En el pequeño taller del Sector Duros, lo que quedaba de la nave corelliana estaba colgando de una especie de cuna en el centro del muelle. Bammy esperaba poder permitirse, algún día, un elevador a propulsión, pero de momento tendría que conformarse con las grúas y los pórticos para sujetar las naves en proceso de reparación. Había contratado un equipo de operarios para que retirasen las dos mandíbulas de la nave, la cabina y todo aquello que estuviera suelto o destrozado. Al final, sólo quedaba un platillo abollado. Las siete patas que conformaban el tren de aterrizaje se habían

fusionado con el caparazón en el momento en el que el YT rozó el casco del *Valle Jendiriano III* antes de incrustarse bajo la cubierta blindada del carguero.

La nave estaba en unas condiciones mucho peores de lo que le habían dicho los del equipo de trabajo extravehicular, que fueron quienes se encargaron de la primera evaluación de daños. Bammy ya había llenado varios contenedores de escombros peligrosos y acababa de empezar. Las mandíbulas de repuesto las conseguiría de un YT-1300p que había colisionado contra un asteroide cerca de Nal Hutta. De allí sacaría también una bodega mucho más espaciosa, un generador de escudos deflectores y un par de cápsulas de escape con capacidad para seis seres. El hiperimpulsor, el centro Quadex y el ordenador de navegación, último modelo Rubicon del *Emisario Estelar*, estaban en perfecto estado; sin embargo, habría que reconstruir de cero los dos motores sublumínicos Giordyne.

Lo peor de todo era que la nave necesitaría también un nuevo cerebro droide.

—Jefe, ¿dónde pongo esto?

Bammy colocó la mano en la oreja para escuchar mejor y se volvió hacia uno de sus subordinados.

—¡Apaga ese soplete del demonio! —Cuando el ruido hubo cesado se dio media vuelta y se dirigió al iktotchi que lo había llamado anteriormente—: ¿Qué es?

—Un estabilizador de presión de combustible.

—¿Funciona?

El alienígena con cuernos inclinó la cabeza de un lado a otro.

—Más o menos.

—¿En qué quedamos, más o menos? —Más.

Bammy señaló una pila de piezas enumeradas y clasificadas que se encontraban amontonadas cerca de la popa de nave.

—Déjalo por ahí, pero no te olvides de marcarlo.

En aquel momento, el taller se parecía bastante más a una prospección arqueológica que a la restauración de una nave, porque todo el lugar estaba lleno de montoncitos de piezas.

Mientras el iktotchi hacía sonar el estabilizador por todo el taller, Bammy oyó la voz de uno de sus empleados humanos.

—El compensador de flujo no va. Y los reguladores de aluvio tampoco.

—¿Y no sabes arreglarlos?

—Yo no.

Bammy hizo un gesto de resignación con los hombros y añadió:

—Pues añádelos a la lista.

Realmente esperaba que llegara el día en el que pudiera contratar un givin o un verpiniano.

La situación iba de mal en peor. Al menos, su equipo de mecánicos había vuelto al trabajo por completo después de un mes de celebraciones por el fin de la guerra en Nar Shaddaa. No es que sus habitantes tuvieran un cariño especial al ahora emperador

Palpatine, pero al menos esperaban que ahora que tenía que centrarse en instaurar el poder en el Núcleo, prestara menos atención al Borde Exterior y al Medio. De ese modo, los mercados lucrativos de especia y otros bienes proscritos florecerían de nuevo. Y lo que es más importante, los contrabandistas podrían volver a viajar sin miedo a que las naves droides separatistas o los cruceros republicanos los interceptaran o atacaran como antaño.

Bammy no tuvo tiempo de festejar nada. Rej Taunt quería su nave y no le parecía muy prudente decepcionar a un jefazo del crimen por no hacer la entrega a tiempo o sobrepasar el presupuesto.

Bammy echó otro vistazo a la popa chamuscada del platillo. Las zonas ennegrecidas eran puro carbón como consecuencia del turboláser de una nave de la República. No estaba seguro, pero se apostaría algo a que aquel turboláser había sido responsable indirecto de la gran colisión. Lo más probable era que la sacudida que provocó el disparo aplastara los escudos y paralizara los sistemas de ayuda. Su teoría se vio confirmada cuando separó el núcleo de la nave del resto; pero también comprobó que había más daños aparte de los causados por aquella fatídica colisión. No cabía duda de que Bammy no era el primer mecánico que intentaba reconstruir la nave. Llevaba muchos años jugueteando con naves y deslizadores, pero nunca se había encontrado un vehículo que contara con tantas piezas de segunda mano. Daba la impresión de que cada vez que la nave cambiaba de manos sus nuevos dueños intentaban parchear el YT, o mejorarlo de algún modo. Lo malo era que un tipo como Rej Taunt no aceptaría jamás volar con piezas de segunda mano; al menos no con aquellas detectables a simple vista. Seguramente no habría ningún problema para comprar en Nar Shaddaa las piezas necesarias para los sistemas de iluminación y comunicación; pero Bammy no quería correr el riesgo de que Taunt revisara el sistema de navegación y el de emergencia. Por eso el cerebro droide suponía un gran problema. Era imposible reparar el anterior y si quería comprar uno nuevo, tendría que despedirse de cualquier beneficio que esperase ganar con esta operación.

Le había encargado al novato, un joven llamado Shug Ninx, que encontrara a alguien con un cerebro de repuesto y en aquel mismo instante entraba por la puerta del taller un humano conocido como Theelin. Bammy se apresuró enseguida a saludarlo.

—Creo que he encontrado un cerebro —dijo Ninx sin esconder su emoción.

—¿Dónde? —preguntó Bammy. De repente se paró al reconocer una figura familiar que paseaba por el muelle. Se volvió de nuevo hacia Ninx y negó con la cabeza—. Eh, chaval, ¿no temas a nadie más a quien recurrir?

En color azul de la veteada complexión de Ninx se volvió más intenso.

—No sabía…

Bammy le puso la mano sobre el hombro.

—No te preocupes; a lo mejor conseguimos que salga bien.

Un koorivar llamado Masel con un cuerno muy pronunciado en la cabeza era muy famoso en la luna de los contrabandistas por ser un perista, un traficante de armas, un

oportunista que había trabajado a dos bandas durante la guerra. Un tono de voz sibilante por naturaleza complementaba su retorcida astucia.

—Tu novato de tres al cuarto me ha dicho que necesitas un cerebro.

Bammy condujo al koorivar a una mesa desordenada que estaba en una esquina del muelle y le señaló una silla.

—Oye, ¿desde cuándo estás en el mundo de las piezas de navegación? Pensé que sólo te dedicabas a las armas.

Masel se encogió de hombros bajo su capa.

—Todo sigue igual. Simplemente que en este momento tengo algo que te puede hacer falta.

Bammy apretó los labios.

—Pues te escucho.

—Tengo contactos entre el equipo que está desmantelando la flota separatista. Puedo conseguirte un buen cerebro con control de incendios de un tri-caza.

Bammy se mofó de la idea de su interlocutor.

—Para conseguir que algo así funcionara en un YT necesitaría un hacker experto y muchos más créditos de los que puedo permitirme.

—Lo sé —dijo Masel—, pero tengo a alguien que modificaría la pieza para ti, lo único que tendrás que hacer sería facilitar los planos de la nave.

Bammy se lo pensó.

—Ya tengo los planos; directos de la Corporación Corelliana de Ingeniería. ¿Y cuánto tardaría en recibirlo?

—Menos de la mitad de lo que tardarías en conseguir un Hanx-Wargel Superflow de fábrica, aunque lo compraras al por mayor.

—¿Seguro?

Masel sonrió.

—Pues claro. Y si hay algún problema, te devolvere todo el importe.

—¿Devolverme el qué? —se rió Bammy—. Si mi cliente tiene algún problema por culpa de ese cerebro, tendrás que resucitarme.

—La resurrección es cosa de otros. Yo solo me dedico a la especulación.

Bammy aún tenía dudas.

—¿Cuándo podría tenerlo aquí? Si es que al final me decido a confiar en ti.

—Una semana después de que hayas entregado los planos y adelantado la mitad del importe.

Bammy todavía no las tenía todas consigo cuando regresó al YT. El iktotchi lo estaba esperando bajo el tablero con un pequeño módulo sobre sus gruesos y grasientos brazos. La cara de Bammy pasó de un estado de reflexión al de burla absoluta.

—Acabo de extraerlo del cerebro droide —le comunicó el iktotchi—; es el registro de vuelo del carguero.

En vez de regresar a su apartamento del sector corelliano de Nar Shaddaa, Bammy se quedó en el taller, descargando información en el ordenador modelo Hanx-Wargel

Superflow IV: la información del registro, de propiedad y de vuelo. Su interés creció a medida que obtenía datos nuevos. Se pasó toda la noche contrastándolos en la HoloRed y a la mañana siguiente había recabado información suficiente como para redactar una breve biografía sobre la nave, que a lo largo de las décadas había ido cambiando de nombre.

El YT 492727ZED había llegado al mundo en la línea de producción de la Corporación Corelliana, en la instalación orbital de montaje número 7. Los primeros doce años de vida los pasó en una flota de más de ochocientas naves a las órdenes de Industrias Corell. Esta empresa transportaba bienes a los llamados Cinco Hermanos del sistema corelliano y también al enorme y enigmático repulsor de la Estación Centralia.

Según los informes que habían redactado los diferentes pilotos que habían dirigido el YT-1300, la nave se caracterizaba por su velocidad y maniobrabilidad, así como por su excentricidad y su escasa Habilidad. A menudo, los pilotos usaban términos más apropiados para describir la personalidad de un ser inteligente que para evaluar la efectividad de una nave. A juzgar por los diferentes nombres con que la habían bautizado, el YT podía ser obediente o terco, tan fácil de manejar como un juguete o un demonio exigente, un salvador o un rebelde. Donde el *Orgullo de Corell* tenía «corazón», *Volador Voluble* tenía «cosas». *Miseria de Meetyl* era una fuente constante de desesperación. Una entrada tras otra, los informes daban detalles sobre maniobras asombrosas, operaciones de las que se habían salvado por los pelos o averías inesperadas y a menudo desconcertantes. «Llegamos a Tralus en tiempo récord…» eran las palabras de un piloto. Otro decía: «Extraviado a quinientos kliks de Selonia con un cargamento de peces flak que se descongela…», «Vencida la *Llama de Fusión* en una carrera alrededor de Drall…», «Imposible despegar desde Centralia…».

Y así podríamos seguir con la letanía de testimonios y denuncias, con cada momento de avería, de reparaciones y actualizaciones, casi como si todos se hubieran puesto de acuerdo en usar la nave como el sujeto improvisado de un experimento constante de ingeniería.

Para satisfacer su curiosidad, Bammy buscó el generador de impulsos que un piloto se había visto obligado a instalar, el sitio en el que un copiloto había descargado su frustración por la mala transmisión del transceptor Fabritech con una llave hidráulica. En la nave se visualizaban todavía las zonas en las que había recibido tales ataques, entre otros. Unos cuantos pilotos habían ido más allá y habían escrito a fuego o rayado epítetos sobre los mamparos o incluso en los espacios de accedo a las zonas de mantenimiento.

La historia de la nave era igualmente excéntrica. Durante gran parte de los doce años que la nave perteneció a Industrias Corell, la empresa creció considerablemente y logró situarse entre las que presentaban más oportunidades de aversión de todo el sistema corelliano. El tiempo fue pasando y la empresa empezó a decaer, en parte por culpa de la Federación de Comercio y sus ansias de erradicar cualquier tipo de competencia y monopolizar el sector. El Senado republicano no hizo nada por evitarlo. Antes de que el canciller Valorum se hiciera con el cargo, los beneficios de Indrustrias Corell cayeron en

picado. Finalmente, se vieron obligados a vender su nota de naves a precios de ganga y cayó en bancarrota teniendo que cerrar sus puertas.

El YT 492727ZED era una de las naves que se vendieron, en este caso a un par de empresarios autónomos llamados Kal y Dova Brigger. Los dos hermanos cambiaron el nombre original de la nave por el de *Cableado*, y durante un breve periodo de tiempo funcionó como había hecho para Industrias Corell: transportando cualquier tipo de carga entre Corellia y otros mundos. Según los cálculos de Bammy, todos los beneficios debían de haberse destinado a las mejoras del hiperimpulsor de la nave, que estaba preparado para que el viaje entre los sistemas corellianos vecinos y el Núcleo resultara mucho más llevadero. Poco a poco también cambiaba el tipo de cargamento que solían transportar, de bienes de consumo pasaron a las armas ligeras, munición y artículos similares de contrabando.

A juzgar por las entradas de la HoloRed, los tratos ilícitos de los Brigger llamaron la atención de la Confederación de contrabandistas de Cularin y al final la del líder de la organización, Nirama. Este último realizó varios préstamos a los hermanos Brigger para mejorar y actualizar el YT bajo la promesa de que no harían más negocios con esclavistas. Cuando sólo un año estándar después, los hermanos incumplieron su trato, Nirama puso precio a sus cabezas. La mitad de la suma se la llevó un cazarrecompensas que capturó a Dova; cuando se la entregó a Nirama, él la mandó ejecutar. Su hermano Kal, aún vivo, le cambió el nombre al YT por el de *Hijo Rebelde*; cambió el registro a Fondor y puso pies en polvorosa hacia Thyferra con la esperanza de poder trabajar para la Asociación Comercial de Iaco Stark. Iaco había sido contrabandista y ahora dirigía a un grupo de piratas, cazarrecompensas y asesinos que acechaban la ruta comercial de Rimma. Sin embargo, sus aspiraciones por llegar a lo más alto lo llevaron a encontrarse en medio de un conflicto armado con la República por culpa de unos envíos de bacta que habían robado. La situación de Kal empeoró tras empezar a relacionarse con Stark; y al final se lo comieron vivo unos insectos carnívoros que quedaron libres en una mina abandonada de especia en Troiken tras una ofensiva por parte de las fuerzas de la República.

Quince años, más o menos, después de la crisis de Troiken, el YT había pasado a pertenecer al Grupo República, sobre el cual no había mucha información en la HoloRed aparte de una supuesta relación muy extraña con un grupo de empresas de varios mundos importantes, entre los que se incluía Coruscant, Alderaan y Corellia. Una vez más, habían cambiado el registro de la nave; en este caso decía Ralltiir y ahora la nave recibía el nombre de *Emisario Estelar*. La grabadora de vuelo detallaba viajes frecuentes a mundos lejanos como Ansion y Yinchorr, y en el ordenador se habían registrado también varias mejoras al sistema de comunicaciones del carguero y al hiperimpulsor.

Durante un corto periodo de tiempo, la nave viajó al mando de un maestro Jedi llamado Plo Koon. Bammy iba sacando sus propias conclusiones con la información que tenían en sus manos, una holoimagen mostraba a varios caballeros Jedi, Plo Koon, Qui-

Gon Jinn y Adi Gailia, de pie delante de un YT-1300 que podría ser el que pilotara anteriormente Kal Brigger.

El piloto que había dirigido el *Emisario Estelar* para el Grupo República era un humano y se hacía llamar Tobb Jadak.

Estaba a punto de amanecer cuando Bammy llegó a aquella entrada pero el descubrimiento le dio ánimos. Conocía aquel nombre y una búsqueda rápida en la HoloRed confirmó sus vagos recuerdos sobre el hecho de que la mitad de los jugadores de Nar Shaddaa habían perdido dinero cuando Tobb Jadak perdió una carrera de motos swoop en la que las apuestas estaban veinte a uno a que ganaba. Corría el rumor de que los Hutts le habían obligado a dejarse ganar, pero también de que el propio Jadak, por medio de varios intermediarios había apostado fuerte a que no ganaría. Independientemente de cuál fuera la verdad de lo ocurrido, la ignominia de Jadak no evitó que el Grupo República lo contratara para pilotar su nave.

La grabadora también indicaba que Jadak y su copiloto habían saltado con el YT desde Coruscant donde habían sufrido cuantiosos daños durante una batalla que allí se había librado, para acabar estrellándose contra el *Valle Jendiriano III* una nave enorme que salía de Nar Shaddaa.

Bammy sólo era un niño cuando aquello ocurrió, y él no había perdido dinero apostando por Jadak; no obstante, morir en una colisión era un final cruel para un tipo que había llegado a ser un gran piloto, e incluso campeón, de motos swoop. Una vez más, el universo jugaba sucio tanto con ganadores como con perdedores.

CAPÍTULO SEIS

—Regresamos al espacio real —dijo el piloto por el intercomunicador mientras Rej Taunt y el gossam echaban unos tragos en la bodega principal—. Estamos entrando en el Cúmulo Tion.

—No hay motivos para preocuparse demasiado —dijo el alienígena de cuello largo cuando se percató de la expresión preocupada de Taunt.

—No me gustan los bichos, de ningún tipo. Ni siquiera me gustan los neimoidianos; y eso que son casi humanoides.

—Los colicoides se sentirán recompensados cuando vean el cargamento —puntualizó el gossam con un tono de voz que demostraba seguridad.

Taunt no dijo nada definitivo.

El nombre del gossam era Lu San; llevaba mucho tiempo viviendo en Nar Shaddaa y cuando estalló la guerra pasó dos años en un campo de internamiento de la Luna contrabandista. No obstante, como varios otros miembros de su especie, empleó aquel contratiempo para establecer contactos en el mundo del crimen, y ya empezaba a cosechar los primeros beneficios de aquella educación.

—Esta nave es una maravilla —añadió Lu San tras un momento de silencio, con la clara intención de agradar a Taunt. Éste asintió, sin dejar de mirar a todos lados.

—Toda una belleza.

Durante el viaje de prueba del carguero reformado, el entusiasmo de Bammy Dccree había sido tan contagioso que Taunt ni se había preocupado de ordenar que revisaran el trabajo. Simplemente se limitó a confiar en la palabra de los pilotos, quienes se habían llevado la nave a Nal Hutta e Ylesia para realizar varios vuelos de prueba. En ambos casos la conclusión fue la misma: era una maravilla. Y en verdad lo era.

Ahora rebautizado con el nombre de *Segunda Oportunidad* y registrado en Nar Shaddaa, el YT ocultaba un motor sublumínico y un hiperimpulsor modificados y una sala de comunicaciones mucho más sofisticada. Las mandíbulas y la cabina eran totalmente nuevas, el platillo había recuperado su forma original y, aunque lo habían limpiado a conciencia, su aspecto exterior dejaba ver su edad real. Únicamente le habían aplicado una mano de pintura y duraleación donde había sido estrictamente necesario. Sin embargo, el interior de la nave albergaba ahora una bodega principal muy espaciosa, una cocina, un vestuario y una cabina privada para Taunt con una litera a medida para él y otras más pequeñas para sus invitados.

Para darse cuenta de que esta nave era ahora una mezcla entre un 1300f y un 1300p habría que ser un experto. Para un principiante, el trabajo de Bammy Decree era una auténtica maravilla; sobre todo porque sabía que lo último que debía hacer era no cumplir el plazo de entrega o salirse del presupuesto.

Taunt deseaba tanto probar la nave que había aceptado un trabajo de un Vigo del Sol Negro que, seguramente, en cualquier otra circunstancia hubiera rechazado. Si al menos no hubiera tenido que ver con bichos… Pero Taunt llevaba tiempo intentando que su reputación como proveedor de Sol Negro fuera más allá, por lo que supuso que esta oportunidad compensaría su repulsa inicial. Y su miedo.

Sol Negro empezaba, por fin, a recuperarse de un ataque que había sufrido trece años antes: un asesino había ejecutado a los peces gordos del cártel, entre ellos el extravagante Alexi Garyn. Durante los años de la guerra, varios vigos habían intentado hacerse con la dirección de Sol Negro, pero los planes de hacer equipo con los Hutts para controlar el flujo de la especia curativa bota había fracasado y Sol Negro cayó en el caos. Recientemente, sin embargo, había indicios de que se estaban reorganizando a las órdenes de Dal Perhi y un señor del crimen falleen llamado Xizor.

Fue uno de sus lugartenientes quien se acercó a Taunt para ofrecerle el trabajo y quien lo puso en contacto con un koorivar llamado Masel. Este último le recomendó usar a Lu San como intermediario con los colicoides. Masel era un agente que pertenecía a esa nueva generación salida de las cenizas de la guerra con el nacimiento del Imperio. Algún día, el ejército de destructores estelares de Palpatine, al mando de oficiales de carne y hueso salidos de las academias imperiales controlaría todo el espacio. Pero hasta entonces, habría que conformarse con aprovecharse de lo que quedaba de la guerra. Muchos echarían de menos a la Orden Jedi, pero nadie que Taunt conociera. El Imperio estaba mucho mejor armado que el Sol Negro y las demás empresas pero, por lo menos, a los representantes de Palpatine se les podía plantar cara turboláser contra turboláser antes que turboláser contra la Fuerza.

El *Segunda Oportunidad* no transportaba armas mayores, pero las bodegas iban repletas de algo que Taunt esperaba que fuese más eficaz a la hora de tratar con los bichejos colicoides: cincuenta toneladas métricas de carne de eopie ultracongelada.

Los quitinosos y carnívoros insectoides que habían construido los tri-cazas, los destructores y los droides saboteadores que compraron los conspiradores separatistas en grandes cantidades para enfrentarse a la República habían levantado el campamento de su Colla IV natal al finalizar la guerra y emigrado a otros mundos del Cúmulo Tion, entre otras opciones. La mayoría de sus mortales invenciones ya habían sido desactivadas, pero muchos de los droidekas que ellos mismos habían fabricado petenecían ahora a empresas de seguridad que operaban en el sector corporativo. Por otro lado, otras innovaciones de su creación habían terminado en el mercado negro; entre ellas, grandes cantidades de desensambladores Pistoeka, que eran del tamaño de un melón y más conocidos como droides zumbadores. Según Sol Negro, estos droides estaban pertectamente equipados para trabajar en las tiendas de vehículos y desguaces de Nar Shaddaa.

Taunt nunca había tratado con los colicoides antes, pero conocía a colegas criminales que sí, cuando los insectoides habían intentado tomar el control sobre el mercado de especias de Kessel y secuestraron una fábrica en Nar Shaddaa sólo para averiguar de la peor manera posible que un antiguo esclavista era más letal que ellos.

—Tiene que ver con su postura —dijo Taunt, más nervioso que orgulloso en su primer viaje en el *Segunda Oportunidad*.

—Soporto a los muríanos, a los kamarianos e incluso a uno o dos geonosianos, pero hay algo en su… concavidad que les hace parecer más agresivos. —Sintió un escalofrío y prosiguió—: Preferiría dormir con un anzati.

—Es que son más agresivos —dijo el gossam—, y tu… ¿cómo lo diría yo? Tu corpulencia incitaría bastante su hambre.

Taunt abrió los ojos desmesuradamente.

—No me digas eso.

Lu San sonrió con simpatía.

—Por eso la carne de cuadrúpedo debe desembarcar antes que nosotros. Además de cumplir una función de trueque, el eopie los distraerá y los aplacará lo suficiente para que podamos llevar a buen término nuestros negocios. Al menos esta táctica nos funcionaba con la Federación de Comercio cuando realizamos los primeros envíos de droidekas.

—Pero los neimoidianos nacen siendo larvas. Tenemos eso en común.

Lu San hizo un gesto de desdén con la mano.

—Todo el mundo sabe que los colicoides suelen comerse a los de su propia especie.

Taunt retorció la boca en una mueca extraña.

—¿Has visto alguna vez que se asusten? ¿Como con los droidekas?

—Sólo una vez —contestó Lu San—, delante de un hueche, que durante un tiempo fueron sus depredadores en Colla IV.

—¿Y no podíamos habernos traído uno de ésos por si acaso?

—Se cree que los colicoides han acabado con ellos. Si hubiéramos tenido tiempo, podríamos haber conseguido uno de un clonador.

Taunt se levantó y se movió lentamente por la bodega.

—¿Qué más sabemos sobre ellos?

La protuberancia de Lu San siguió el movimiento de Taunt con los ojos.

—El protocolo exige que mantengamos la cabeza gacha.

Taunt, cuyos pliegues de grasa bajo la mandíbula igualaban casi a los pechos de las hembras de su especie, presionó la barbilla contra el pecho.

—¿Así? —logró decir.

—Más o menos. Lo más importante es procurar que en ningún momento se vea el cuello.

Taunt volvió la mirada hacia el cuello largo y flaco de Lu San.

—¿El suyo no le preocupa?

—Digamos que aquí no hay mucha carne —contestó el gossam, señalando su propio cuello.

—Más le vale.

A tumbos por el pasillo circular del *Segunda Oportunidad*, mientras la nave se alejaba a toda velocidad del planetoide Tion, Taunt intentaba controlarse en vano. Durante sus años en Nar Shaddaa había visto cómo ejecutaban a colaboradores y traidores; había visto cómo aleccionaban a desertores en potencia y cómo droides programados para el sadismo torturaban a traidores. Pero podría considerarse un afortunado si lograba borrar de la memoria a los colicoides.

Como si de una repentina plaga se tratara, salieron de las madrigueras que plagaban el planetoide babeando mientras descargaban de la nave la carne de eopie recién descongelada y cocinada. La desgarraban con tal despreocupación que la sangre se mezclaba con el aire y caía como el rocío sobre Taunt, Lu San, Viss y Heet mientras éstos desembarcaban.

Los colicoides estaban tan emocionados con el frenesí alimenticio que Taunt estaba seguro de que tanto él como su equipo acabarían despellejados vivos, miembro a miembro, antes de que Lu San pudiera cerrar el trato de los droides zumbadores.

De algún modo, sin embargo, el gossam logró que todo acabara bien y que los droides esféricos fuesen trasladados a toda prisa hacia las mismas bodegas en las que habían transportado la carne. Pero en aquel momento, el pobre Viss, que estaba descargando la carne restante, estiró el cuello por el gran esfuerzo y la carnicería comenzó de nuevo. Seis de los insectoides bárbaros se abalanzaron sobre él y desgarraron la carne de sus huesos antes de que Taunt pudiera darse cuenta de lo ocurrido. Él no había separado la barbilla del pecho en ningún momento. Y cuando Lu San, el pobre Lu San, intentó intervenir sin éxito en la masacre, pagó caro su atrevimiento. Los colicoides olieron de lejos su miedo y filetearon al gossam como si fuese pescado crudo, sin pensar siquiera si se trataba de un entremés o del plato principal. No dejaron ni las migajas. Taunt empezó a temblar.

Habiendo pasado dos circuitos del pasillo circular, Taunt seguía temblando sin control. Otros dos más, y se tranquilizó algo más. Ahora el YT ganaba velocidad y distancia y preparaba el salto a Nar Shaddaa. Era un auténtico milagro que hubieran salido de allí con el cargamento intacto. Los droides de sabotaje estaban apilados hasta un metro de altura en las bodegas sin ningún tipo de dispositivo de seguridad que evitara que rodasen por el suelo como latas de refresco. Un ordenador del Nido de Creación Colicoide situado en la segunda bodega los preparaba para su misión final en el desguace.

Con movimientos muy lentos, Taunt se situó en el diván de aceleración a la espera de que el piloto anunciara que la nave estaba lista para alcanzar la velocidad de la luz. Pero tras un largo rato sin noticia alguna, quiso saber qué pasaba.

—¿Por qué no hemos saltado aún al hiperespacio?

La respuesta no era en absoluto de su agrado.

—El ordenador de navegación dice que el hiperimpulsor no responde. Iré a popa a ver qué ocurre.

Taunt volvió la vista al conector de cabina justo a tiempo de ver al copiloto apresurarse hacia el pasillo. Antes de que pudiera levantarse, oyó un grito de sorpresa que retumbó por todos lados.

—¡Se han activado los droides zumbadores! ¡Están inhabilitando la nave!

La cara de Bammy Decree ocupaba la pantalla entera de la sección de ingeniería; su expresión mostraba una mezcla entre confusión y preocupación extrema.

—¿Droides de sabotaje Pistoeka? Pero ¿cómo…?

—Los canjeé por otras cosas —lo interrumpió Taunt. El ruido procedente de los droides invadía la nave que, por cierto, estaban desmantelando—. Te lo explicaré más tarde pero ahora necesito que me digas cómo desactivarlos antes de que apaguen todos los sistemas de la nave.

—¿El trato incluía un ordenador de control?

—Sí, ¡si!

—¿Y no se pueden apagar con él?

—¡Está apagado! Nosotros no lo hemos activado.

—Pero entonces, ¿cómo…?

—¡El ordenador de navegación me dice que los droides están deshaciendo todo lo que tú habías instalado! Es como si quisieran convertir el YT en piezas de fábrica otra vez. ¿Por qué hacen eso?

—¿Lo que yo había instalado? —Bammy se quedó en silencio unos instantes, con la cara desencajada—. ¿A su agente le ayudó alguien más?

—Masel, el koorivar. ¿Qué tiene que ver eso? —A Taunt no le importaba esperar parar saber la respuesta—. ¿Se debe a alguna pieza de las que instalaste? ¿Alguna pieza de segunda mano? Te avisé, Decree, ¡nada de piezas de segunda mano!

Bammy Decree entrecerró los ojos para intentar pensar mejor y luego los abrió de golpe otra vez.

—Tiene que activar el ordenador de control de los Pistoekas. Dígale al ingeniero que lo programe para que los droides vuelvan a su estado original.

—¿Has oído? —gritó Taunt por encima del hombro.

—Estoy en ello —contestó el ingeniero.

Taunt miró de nuevo la pantalla.

—¿Y luego qué, Decree?

—Después tendrá que deshacerse de ellos; de todos ellos. ¿Podrá hacerlo?

—¿Podemos? —preguntó Taunt sin dirigirse a nadie en particular.

—Nos llevará un rato, pero podemos hacerlo.

Taunt respiró aliviado.

—Decree, espero que funcione. Si no, no habrá suficientes planetas en el universo para que te escondas de mí.

Decree tragó saliva y asintió.

—Funcionará.

—¿Qué hacemos con los sistemas que han resultado dañados? Los droides le han metido mano a casi todo.

—Que el ingeniero haga un inventario de lo dañado. Me haré con las piezas que sean necesarias y encontraré a alguien con una nave muy rápida. Yo mismo me encargaré de las reparaciones.

—Pues empieza a reunir las piezas. Llamaré a Nar Shaddaa y te conseguiré una nave.

Decree se sentía avergonzado. —Yo— yo…

—Cállate —le contestó Taunt. Y dio por terminada la conversación.

Se puso de pie con las manos temblorosas. Tendría que buscarse una buena excusa para el Vigo, así como hacerse con créditos suficiente para pagar la carne de eopie y el coste del viaje. ¡Qué fiasco! No estaba seguro de cuánto tiempo llevaba de pie en la estación de ingeniería cuando vio que Heet entraba corriendo en la sala.

—Los droides ya están apagados. Naath está abajo preparándose para lanzarlos por la borda. Lo malo es que los daños son cuantiosos, jefe. Hemos recuperado la comunicación pero sólo nos queda el motor sublumínico.

Taunt asintió, distraído.

—La ayuda está en camino. Prepara una lista con todo lo que necesitamos para reparar el hiperimpulsor. —Ahora mismo.

Heet no había salido aún de allí cuando se escuchó la voz del piloto que llamaba desde la cabina.

—¡Jefe! Será mejor que venga aquí ahora mismo. Hay un gran problema.

Taunt partió como un rayo por el conector hacia la cabina y casi se da un buen golpe en la cabeza contra la escotilla. El piloto señalaba dos figuras brillantes en el centro del ventanal.

—La Armada Imperial. Una nave de asalto de la vieja clase *Aclamador*, con una escolta de destructores. —El piloto le miraba—. ¿Cree que estaban observando a los colicoides? ¿Habrán estado espiando todo el trato?

Taunt movía la mandíbula.

—Aunque así fuera, no encontrarán ninguna prueba.

El piloto se tocó los auriculares que llevaba puestos.

—Vienen hacia aquí. Quieren que paremos los motores y que nos sometamos a una inspección. —Miró por el ventanal hacia fuera y dijo—: La nave escolta está virando para interceptarnos.

Heet se hizo sitio en la cabina por detrás de Taunt.

—Ya no queda ningún droide.

—Bien —contestó Taunt. Después se calló y comenzó a ponerse muy pálido mientras reanudaba la conversación—: Decree nos dijo que programáramos los droides para que volvieran a su estado original.

Heet lo miró sin expresión alguna en la cara.

—¡Originalmente estaban programados para destruir las naves de la República!

Los tres se abalanzaron sobre el ventanal. El piloto se aventuró a retransmitir lo que ocurría:

—¡La nave escolta se dirige justo hacia ellos!

—¡Avísalos! —ordenó Taunt—. Diles que tenemos una fuga radiactiva.

—Supervisor, aquí el *Segunda Oportunidad* —anunció el piloto por el micrófono—; sería mucho mejor si fuéramos nosotros los que se aproximaran… Pero… pero… no, no es eso… Es que… —Se volvió hacia Taunt y le dijo—: Creen que es un truco. Amenazan con abrir fuego.

Por un momento, Taunt no sentía sus cuerdas vocales.

—¿Cuánto queda para que la escolta se tope con los droides?

El piloto amplió la imagen de la nave en una de las pantallas. No era necesario ser un lince para darse cuenta de que los droides esféricos ya maniobraban en dirección a la nave escolta.

—Están entrando por el escudo deflector. ¡Se acoplan!

Taunt se dejó caer sobre la silla del copiloto, que casi se hunde bajo su peso. La cabina se quedó completamente muda; sólo los sonidos deliberados del sistema de comunicaciones desentonaban. Entonces, y sin previo aviso, se produjo una explosión frente al YT y una luz brillante cegó el ventanal.

En los primeros dios, él habría hecho cualquier sacrificio por el Halcón*; como si tenía que cruzar la galaxia arriesgando su vida y la de Chewbacca para rescatar a un hombre de prisión a cambio de que equiparan el YT con un nuevo sistema de orientación, una rectenna nueva o un hiperimpulsor que permitiera a la nave pasar en 0,5 la velocidad de la luz.*

El viaje al Sector Corporativo fue el primer viaje real que habían realizado él y el Wookiee con el Halcón*, poco después de habérsela ganado a Lando en la Ciudad de las Nubes. Había sido la primera de sus múltiples aventuras. Al principio, la idea consistía en visitar a Klaus «Doc» Vangangante, un técnico fugitivo que sabía mejor que nadie cómo sacarle partido a una nave. El problema era que habían detenido a Doc en Orron III y lo habían enviado a la prisión El Confín de las Estrellas. Y ahora su preciosa hija rubia, Jessa, había pactado el rescate de Doc a cambio de mejorar el* Halcón*.*

Para ello habían tenido que aparentar que el Halcón *no era más que el cerebro de una barcaza desgarbada que viajaba tan lento que cuando la nave emergió del hiperespacio en Orron III, Chewiey él estaban a punto de empezar a discutir. Pero el tedioso trayecto le había hecho sentirse orgulloso de ser, en cierto modo, el responsable de haber rescatado al viejo carguero de una vida llena de obligaciones. Del mismo modo que el* Halcón *lo había salvado a él de tener que pilotar naves chillonas para los Hutts y otros degenerados.*

Con el paso de los años, y a medida que aumentaban los sacrificios que tenía que hacer por la nave, llegó a la conclusión de que se sentía tan unido al Halcón *como lo estaba a Chewie y como estaría, más tarde, a Leia. Por todas las oportunidades que habían aprovechado juntos: por todos los peligros que habían sorteado juntos y por todos los sacrificios que habían hecho el uno por el otro.*

CAPÍTULO SIETE

ARCHIPIÉLAGO ZAMAEL, NÚCLEO CENTRAL

43 AÑOS DESPUÉS DE LA BATALLA DE YAVIN

Allana Solo estaba sentada en el borde del acceso de mantenimiento a la bodega principal. Sus delgadas piernas colgaban fuera de la escotilla.

—Dile que lo intente ahora. —La voz de Han salía de algún lugar de las profundidades de la nave.

Allana se puso las manos delante de la boca para proyectar mejor la voz y se volvió hacia la cabina.

—Abuela, dice que lo intentes ahora.

Unos segundos más tarde, el motor sublumínico del *Halcón* emitió un quejido lastimero pero no se encendió. En el compartimento interior, Han murmuró una sarta de maldiciones inaudibles.

—Ciento dieciocho —dijo C-3PO desde detrás de Allana, quien se dio la vuelta asustada hacia él—; desde que tuve el privilegio de servir por primera vez a bordo del *Halcón Milenario*, esto mismo ha ocurrido ya ciento dieciocho veces. O cosas de la misma naturaleza, para ser exacto. Allana sonrió.

—Eso es bueno.

El droide de protocolo inclinó la cabeza hacia un lado como si la escuchara bien.

—Creo que no la he entendido bien, señorita.

—Porque el abuelo siempre supo arreglar el problema en cuestión.

De repente se escuchó un grito de dolor procedente del compartimento.

—Quizá —dijo C-3PO—, aunque no sin requerir a cambio la propia sangre del capitán Solo.

Leia salió de la cabina y sonrió a Allana. Después acarició la melena larga y roja de la joven, de siete años de edad, y se sentó junto a ella al borde de la escotilla.

—El abuelo y sus atajos.

—Te he oído —dijo Han—. ¿Me vas a echar la culpa a mí de un pozo de gravedad no señalizado?

—No es que la culpa sea del pozo, la verdad, Han.

—Vale, pero podría haber sido peor. Podríamos haber caído en él.

Leia había aprendido hacía ya mucho tiempo que las cosas siempre podrían haber sido peores. Aún así, el pozo había arrastrado al *Halcón* del hiperespacio con tanta fuerza que el núcleo de energía se había apagado, por lo que ahora la nave corría el peligro de verse arrastrada hacia el interior del pozo; una gran catástrofe.

—Creo que eso es lo que está ocurriendo, cariño. De la escotilla salió la cabeza de Han, con una sonrisa triste y ladeada en su cara.

—Siempre mirando el lado bueno, ¿eh? Supongo que por eso sigo a tu lado.

Ella le devolvió una mirada tierna.

—Yo también te quiero.

Han frunció el ceño y desapareció de nuevo dentro del compartimento.

Tras soltar un largo suspiro, Allna se levantó y se dirigió hacia el banco semicircular que hace de tablero de dejarik tarareando en voz baja y mirando hacia los lados.

—Abuela, ¿cuánto tiempo vamos a estar aquí? —preguntó finalmente.

—No mucho. —Leia se puso de pie y se unió a su nieta en la mesa de holojuego, donde le preguntó—: ¿Qué sería de una excursión familiar sin uno dos contratiempos?

Allana asintió, más bien para contentar a Leia, y entró en el modo de auto-entretenimiento, tarareando de nuevo en voz baja, tocando esto por aquí, aquello por allá.

Era una niña adorable; precoz sin duda alguna, pero aventurera e infinitamente paciente. Leia se sentía tan unida a ella como lo había estado a Anakin y a Jac en, y como aún lo estaba a su única hija viva, Jaina. Allana, de hecho, era la hija de Jacen y de la Reina Madre de Hapan, Tenel Ka, pero era un secreto que solo unos pocos conocían. La mayoría de la gente conocía a Allana por el nombre de Amelia, una huérfana hapaniana adoptada por los Solo tras la trágica muerte de Jacen, quien, por aquel entonces, ya había recibido el nombre Sith de Darth Caedus. O la tragedia en la que Jacen se había convertido. ¿Qué había pasado? Eso se preguntaba Leia a menudo. Que hubiera muerto a manos de su hermana gemela lo hacía aún más insoportable. Por mucho que lo intentara, Leia no podía dejar de pensar en aquellos horribles años.

«Siempre te echaré de menos, a pesar de aquello en lo que te has convertido».

Como hija de Tenel Ka, Allana era Chume'da, heredera al trono, del Consorcio de Hapes. Pero después de todo por lo que Jacen había hecho pasar a su hija, y por miedo a que algún día descubriera el secreto sobre su paternidad, Tenel Ka quiso apartar a su hija del peligro y de la intriga política que tan frecuentemente se llevaba a cabo en el Consorcio. Por ese motivo se había falseado la muerte de Allana, alegando el ataque de una cepa de nanovirus, y Han y Leia habían asumido su custodia. Se sentían orgullosos de cada segundo que podían pasar con ella.

El plan original tenían como objetivo que Allana asistiera a la academia Jedi, reubicada en Shedu Maad, cerca de Terephon en las Nieblas Transitorias. Pero por el momento, el plan no funcionaba. Tenel Ka sentía que Allana estaría más segura los Solo que en la academia. Además, Allana no encajaba mucho con la academia. Ella era una joven libre y cinética, a la que no le gustaba tener que estar sentada para atender en clase.

No parecía tan interesada en perfeccionar sus habilidades con respecto a la Fuerza como en seguir su instinto e investigar sobre los misterios de la vida a su manera.

«Eras así de niña. A veces me duele reconocer tantas cosas tuyas en ella. Me duele, pero también hace que mi corazón rebose de alegría».

Allana rara vez hablaba de ese padre al que apenas conocía. Con la intención de controlar el destino de la galaxia, Jacen había secuestrado a su hija para obligar a Tenel Ka a apoyar sus malvados planes. Han y Leia habían resultado cruciales en el rescate de la pequeña, momento en el que descubrieron que lacen era su padre. La niña ya sabía lo que era el peligro: conspiradores hapanianos, miembros de un nido killik, y otros asesinos a sueldo. Pero la traición de Jacen fue lo más duro, y sus acciones pusieron punto final, de manera prematura, a la infancia de la criatura. Ya había pasado mucho tiempo desde que aquella niña de nariz diminuta pronunciaba erróneamente la palabra Jedi y le puso a su tauntaun de peluche el nombre de aquel hombre amable que resultaría ser su padre.

Leia sabía que el silencio de Allana con respecto a Jacen no significaba que lo hubiera olvidado por completo; simplemen te había apartado los malos recuerdos que tenía de él donde nadie pudiera encontrarlos. Lo que más preocupaba a Leia era que esos recuerdos se quedaran como una mancha en el alma de Allana. Era más o menos lo que le había pasado a ella cuando se enteró de que Darth Vader era su padre biológico; durante años tuvo que cargar con el miedo de que sus hijos heredaran la misma debilidad por el lado oscuro de la Fuerza que había manifestado Anakin Skywalker.

En Jacen, sí se había cumplido aquel miedo.

Jacen, que durante mucho tiempo había representado las esperanzas de la Orden Jedi, que se había aventurado tanto en la Fuerza y había viajado tan extensamente por toda la galaxia, había terminado siendo víctima de las mismas ansias de poder que habían acabado con Anakin Skywalker, abrumado y dominado por el poder de manera que hasta para Han y Leia estaba irreconocible mucho antes ya de su necesaria muerte.

«Su necesaria muerte».

Leia apoyaba a Han en todas sus decisiones. Pero como madre, a ella le había costado mucho distanciarse de Jacen. Sí, se había convertido en un monstruo, pero ella le había traído al mundo, lo había alimentado, cuidado y amado incondicionalmente; su muerte la perseguiría durante el resto de su vida.

«Tú nos fallaste a nosotros y, de igual modo, nosotros te fallamos a ti; no supimos encontrar la manera de ayudarte».

—¿Le apetecería jugar una partida de dejarik, señorita? —le preguntó C-3PO a Allana.

—Ahora no, Trespcó —contestó ella.

Leia miraba. Ellos dos aún estaban ajustando su relación; pero era mucho mejor C-3PO que aquel droide defensor con cara de ángel que había acompañado y protegido a Allana durante los primeros años de su vida.

—Abuela, ¿por qué el abuelo sigue usando esta nave vieja? —preguntó Allana de repente.

En la cara de Leia apareció una sonrisa casi como un acto reflejo; y es que las razones eran tantas…

—Hace muchísimo tiempo que la tiene, cielo. Sabes que hay gente a la que le gusta guardar un álbum con holoimágenes para recordar aquellos lugares a los que han ido, cosas que han hecho y personas que han conocido a lo largo de su vida. Para tu abuelo, el *Halcón* es todo eso. Está lleno de recuerdos.

Allana reflexionó la respuesta de su abuela.

—¿Por eso nunca cambia nada? ¿Porque quiere recordarlo todo tal y como estaba?

—Eso creo. —Leia bajó el tono de voz y añadió—: Tampoco tiene mucho presupuesto, la verdad, por si acaso no lo habías notado.

Le brillaban los ojos.

—Sí.

—Todo listo —gritó Han mientras trepaba como un jovenzuelo para salir del compartimento—, Trespeó, ve preparando todo para partir mientras termino de limpiar todo esto.

C-3PO se quedó helado.

—Disculpe, capitán Solo, pero…

—Ni una vocoseñal más, lingote de oro. Te convertiré en piloto aunque sea lo último que haga.

—Pero señor, ¿con qué propósito?

—Tú limítate a encender los motores y poner la nave en autofunción. No tardará mucho. —Han se volvió hacia Leia y Allana mientras el droide traqueteaba en dirección a la cabina V les dijo—: ¿De qué habéis estado hablando?

—Osas de chicas —contestó Leia sonriente.

—Sí, cosas de chicas —asintió Allana.

Leia se dio cuenta de la mirada de desconfianza con la que Han las había mirado y miró a su nieta.

—De hecho, Allana me preguntó por que pretendías viajar en el *Halcón* y yo intentaba encontrar alguna razón convincente.

—Sí, abuelo, ¿por qué nunca vamos en la nave nueva, la que nos dio mi madre?

Han puso cara de pocos amigos.

—¿Te refieres a esa maravilla automática de la tecnología moderna que no necesita que la dirija un piloto? ¿Y por qué no contratamos directamente un chófer?

De repente, el *Halcón* volvió a la vida y empezó a moverse.

—¡Buen trabajo, Trespeó! —gritó Han hacia la cabina.

—Lo que quiere decir el abuelo —interrumpió Leia— es que a él le encanta encender y apagar interruptores y empujar palancas.

Allana lo examinó.

—¿De verdad es por eso? ¿Porque te gustan los interruptores y… las palancas?

—Y no nos olvidemos de aporrear el ordenador de navegación —añadió Leia, intentando contener la risa.

—O golpear el techo con los puños —prosiguió Allana, que no escondió en absoluto que le estaba divirtiendo meterse con su abuelo.

Han colocó los brazos en jarras sobre las caderas.

—¡Eh! En eso consiste precisamente pilotar. Y no que una nave haga todo lo que le digas sin tener que tocar los mandos siquiera.

—¿Tener que arreglar averías cada vez que viajamos también forma parte del arte de pilotar?

Han abrió la boca pero no encontró palabra alguna para contestar. La niña tenía razón. Cada vez que salían en esa nave habían sufrido algún percance. El óxido se apoderaba de la bodega, las piezas estaban desgastadas y la superestructura en sí, muy deteriorada. Han se identificaba tanto con la nave que no conciliaba el sueño cuando a ella le ocurría algo. Pero ¿cómo explicarle eso a una niña de siete años que desde pequeña había llevado un traje de vuelo opalescente de nanocostura electrodex?

—Estoy segura de que conoces todas las piezas de esta nave de memoria —dijo Allana mientras se levantaba del banco junto al tablero de dejarik y caminaba por la bodega.

—Bueno, puede que no todas, pero sí la mayoría.

Mientras Allana se dirigía a la estación de ingeniería, Han se tomó unos instantes para dirigir una sonrisita simpática a Leia. Al volverse de nuevo hacia Allana, la joven tenía un objeto pequeño en la mano.

—¿Para qué sirve esta pieza?

Han frunció el ceño y aceptó el objeto que la niña le ofrecía. Lo miró y empezó a rascar la parte posterior de su cabeza en señal de desconcierto.

—¿Dónde lo has encontrado?

—Ahí mismo —contestó Allana, señalando una pequeña hendidura en el mamparo adyacente a la estación de ingeniería.

Han se arrodilló para inspeccionar el agujero. Aquel objeto estaba a la altura de los ojos de Allana, incrustado en el borde biselado de un viejo panel que estaba al lado de la pantalla principal de la estación. En ese hueco no había ningún contacto, pero Han sabía por reparaciones anteriores que en aquella parte del mamparo sí había circuitos que conectaban la estación de ingeniería con el ordenador de navegación Rubicon y con el hiperimpulsor Isu-Sim.

—Nunca había visto esta pieza —dijo finalmente mientras reía incrédulo.

Leia se acercó a echarle un vistazo a la pieza.

—Allana, acabas de darle a tu abuelo la pieza de un puzle.

—No, en serio —dijo Han—, no tengo ni idea de qué demonios es esto.

Se incorpodó de nuevo con la pieza en la mano y vio a C-3PO que regresaba de la cabina.

—Todos los sistemas están en posición nominal, gracias sean dadas al Hacedor. —Como nadie le contesto, el droide, alicaído, añadió—: A veces me pregunto por qué me sigo preocupando.

—Trespeó, ¿qué es esto? —preguntó Han, acercando el objeto a los fotorreceptores del droide.

C-3PO giró la cabeza.

—Lo siento, capitán Solo, pero no consigo reconocerlo. Si tuviera que aventurarme y decir algo, diría que se parece a una especie de transpondedor o un transceptor antiguo.

Han se quedó mirando el objeto.

—¡Tienes razón! Eso es.

—A lo mejor deberíamos ponerlo en su sitio, abuelo —dijo Allana no muy segura de su razonamiento. Él la miró y contestó:

—Dudo que siga funcionando o incluso que tenga algo que ver con la nave.

—Nunca se sabe, Han —le dijo Leia.

—Venga ya… ¿esta pieza diminuta? Estoy seguro de que ni funciona.

Leia extendió su mano derecha hacia él.

—¿Puedo echarle un vistazo?

Han colocó la pieza con mucha gentileza sobre la palma de la mano de Leia. Ella la apretó.

—Hay algo raro en este objeto. Allana, ¿tú notaste algo especial?

—Sí, por eso la encontré —asintió la joven. Han miraba a Leia y Allana, primero una, luego la otra y así sucesivamente.

—¡No os pongáis Jedi conmigo!

—No es eso —replicó Leia—, pero no me negarás que a veces algunos objetos sí tienen una especie de poder interno.

—Como si pudieras sentir a las personas que alguna vez lo han tocado —dijo Allana.

Han pestañeaba estupefacto.

—Deberíamos investigar —propuso Allana.

—Totalmente de acuerdo, cielo. Sería como buscar un tesoro; ¿a que sí, Han?

—¿Qué? Oh, sí, claro. La próxima vez que asistamos a la convención galáctica de ingenieros.

—Lo digo en serio, Han. A lo mejor la colocó en algún sitio por aquí un antiguo propietario del *Halcón*, mucho tiempo antes de que la nave llegara a ti.

__Supongo —dijo Han—, aunque también podría haberla colocado uno de los cientos de seres que han entrado al *Halcón* desde entonces. Amigos, enemigos, espías… Como aquellos imperiales que nos siguieron hasta Yavin IV.

Leia se rió de todos aquellos recuerdos.

—¿De verdad ocurrió en esta vida?

—Eso tengo entendido.

—¿Quien tuvo el *Halcón* antes que tú, abuelo?

—Pues mucha gente, la verdad. El *Halcón* tiene unos cien años.

—El tío Lando también la usó —dijo Leia.

—¿En serio? Han asintió.

—Un par de años, nada más. —¿Se la compraste a él?

—No exactamente.

—El abuelo se la ganó al tío Lando. En un juego de cartas. Los ojos de Allana se abrieron como platos.

—¡Vaya!

Leia sonrió. La historia de cómo Han había ganado aquella mano ya era muy vieja; un sabacc puro contra la escalera del idiota incompleta de Lando.

Cuando Han confesó que habían comprado su pase al torneo de la Ciudad de las Nubes con propiedades robadas, una figurita dorada que le había robado al sacerdote mayor de Ylesia y una perla en forma de dragón que le había sustraído a un general imperial, Leia supo que ya había encontrado, el título para el segundo volumen de las memorias que algún día escribiría: *El sinvergüenza, el peludo y yo*.

Han se estaba riendo.

—Hay una anécdota aún mejor El tío Lando también se la había ganado a alguien jugando a las cartas.

—Entonces, el *Halcón* es como un premio —dijo Allana.

—Justo lo que yo he dicho todos estos años —contestó Han, mirando a Leia.

—¿Y a quién se la ganó el tío Lando? Han se tocó la barbilla mientras pensaba. —¿Cómo se llamaba aquel tipo? Era jugador profesional… Leia negó con la cabeza.

—No recuerdo ni que me lo hubieras mencionado. —Claro que te lo dije. El que perdió contra Lando en la Ciudad de las Nubes.

—¿Y quién era el dueño de la nave antes del tipo al que se la gano Lando? —presionó Allana. Han suspiró.

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —preguntó sorprendida Leia.

—No de todas las veces que le pedí a Chewie que lo investigara, siempre hubo algún contratiempo que lo impidió.

—Ya, supongo —contestó Leia con ironía.

—Crees que sólo tú haces las cosas bien. Claro que he oído rumores todos estos años. Simplemente no sé cuales creer.

—Sería muy divertido —dijo Allana.

—¿El qué? —preguntaron Han y Leia al unísono.

—Descubrir todos los dueños que tuvo el *Halcón* antes del abuelo.

Han sonrió, comprensivo.

—No creo que sea posible. —¿Por qué no?

—Por una simple razón: a menos que muchos de los antiguos propietarios del *Halcón* fueran Biths o Muuns, o alguna otra especie que viva más que los humanos, la mayoría estarán seguramente muertos.

Leia vio cómo desaparecía la sonrisa de Allana.

—Aunque eso fuera cierto, Han, estoy de acuerdo con la niña en que sería muy divertido intentarlo. Además, hace mucho tiempo que no visitamos a Lando y a Tendra. Sería un buen comienzo.

Allana miró a su abuelo implorando.

—Por favor, por favor. ¿Por qué no lo intentamos?

—Esto… yo…

Leia levantó una ceja.

—¿Algo que no quieres que descubra, cariño? —No.

—Entonces ¿qué ocurre?

Han cerró un instante los ojos, los abrió de nuevo y exhaló el aire por la nariz.

—De acuerdo, intentémoslo.

—Una nueva aventura —suspiró C-3PO mientras Allana se abrazaba a las piernas de Leia.

Han miró de nuevo ese objeto que parecía un transpondedor arcaico. Lo acercó a su oreja y se percató de que parecía emitir un zumbido, como si llevara mucho tiempo esperando una señal.

CAPÍTULO OCHO

En las instalaciones médicas de Aurora, en Obroa-Skai, los equipos de reanimación y los aparatos de bioescáner se pitaban unos a otros. Juntos alrededor de la cama del paciente, un grupo de droides físicos y médicos evaluaban los datos y debatían.

—Las ondas cerebrales indican una elevación desde la fase tres hasta la hipnopómpica —informó uno de los droides—; el movimiento rápido de los ojos ya ha cesado.

—Habrá que ir con cuidado ahora —le anticipó Sompa al droide, con los mechones retorcidos—, no tardará en despertar, pero hay que ir con cautela en ese proceso de transición.

—Aumenten la dosis en un cero coma cinco —ordenó el físico ho'din a otro de los droides tras detenerse a estudiar la información digital disponibles.

—Con cuidado —advirtió Sompa, quien dedico otra mirada furtiva a los monitores y se percató de que en las imágenes neuronales se veía esfuerzo por parte del paciente. Aventuró—: Estoy seguro de que esta vez volverá en sí.

El paciente, humano, emitió un gruñido, aunque no de dolor; se parecía más a los que emitimos cuando nos despertamos de una siesta larga. Haciendo justicia a la reputación de Aurora, los droides médicos incluyeron lo mejor que se podía comprar con dinero: un humanoide 2-1B de Industrias Automaton; un meditécnico FX serie 10, de veinte años, equipado con los procesadores heurísticos más modernos; dos GH-7 de Chiewab cuyos repulsores les permitían mantenerse en el aire y no molestar; y dos médicos especialistas MD serie 11 programados para el análisis neurológico. Ninguno de los miembros de este equipo heterogéneo de físicos llevaba guantes, bata o mascarilla quirúrgicos; todos iban vestidos con chaquetas, pantalones y faldas inmaculados que conformaban el uniforme de Aurora.

Los droides médicos estaban disponibles para administrar medicamentos y controlar y grabar los procedimientos. El neurólogo jefe, Lial Sompa no quería sorpresas. Las constantes vitales del paciente eran excelentes y las probabilidades de que entrara en shock o en paro cardiaco, las habituales. Tenía el corazón y los pulmones de alguien de treinta años y los riñones, el bazo, el páncreas y el hígado de alguien con la mitad de edad cronológica. Durante varias semanas se vio sometido a empalmes nerviosos y a estimulación neuronal según las técnicas más novedosas, había entrado y salido de la consciencia, experimentado los ciclos de vigilia y sueño, había dado vueltas y vueltas en

la cama, le había rechinado los dientes, había reído y llorado, quizá como reacción involuntaria a algunos de los lúcidos sueños a los que lo había estado sometiendo Sompa durante más de una década ya. De hecho, el paciente se acercaba a la superficie como si fuera un buceador de las profundidades en un mundo de agua: lenta y metódicamente para no sufrir el síndrome de descompresión. Seguro de su éxito, Sompa ordenó quitarle la sonda nasogástrica al paciente.

—Lo veo muy seguro de sí mismo —dijo Ril Bezam. twi'lek, y la mejor psicoterapeuta de Aurora—; hemos llegado hasta este punto en numerosas ocasiones.

—Esta vez será diferente —prometió Sompa.

—Creo que es totalmente inmoral que siga dedicando la mitad de los recursos de Aurora a un proyecto experimental.

Los mechones de Sompa cambiaron repentinamente de color.

—¿Le recuerdo que durante este proyecto usted se ha limitado a mirar?

—Tampoco estaba interesada en nada más, Lial. Sompa la miró.

—¿Por qué sigue empeñada en dejar que este hombre se muera?

—No más empeñada en ello de lo que está usted en mantenerlo con vida a toda costa, si es que a esto lo llamamos vivir. —Lo quiero más que vivo.

—No es omnipotente, independientemente de lo que le hayan dicho en la Academia Rhinnal.

—Sé perfectamente cuáles son mis limitaciones.

—Entonces podríamos decir que lleva años riéndose de todos nosotros —se quejó Ril Bezant mientras hacía un gesto de desprecio hacia una de las pantallas—. El daño reticular sigue presente; las redes corticotalámicas están separadas, lo que indica que la conectividad es limitada y que la integridad funcional es parcial… Aunque de verdad despertara, las probabilidades de viabilidad son mínimas.

Sompa dirigió su respuesta a todo el equipo presente:

—Hemos logrado mantener este cuerpo con vida; hemos estimulado sus músculos de manera que aún están en buenas condiciones; hemos reemplazado los órganos que estaban dañados. A pesar del daño cerebral, creo que su mente se encuentra tan bien como su cuerpo.

—La carne puede congelarse —apuntilló Bezant—; los seres se pueden conservar en carbonita, pero el cerebro es muy sensible, y no es un músculo.

—Le hemos dado sueños y recuerdos; su mente esta sana.

—Le hemos implantado recuerdos —puntualizó Bezant—, los recuerdos de una vida que él no ha vivido. Si llegase a despertar, tendría un caos psicológico.

Sompa sonó desdeñoso.

—Los efectos secundarios se pueden tratar con terapia, como se hace con los sueños recurrentes.

—Tendrá que acudir a terapia el resto de su vida.

—Hay mucha gente que acude igualmente y no ha sufrido el daño cerebral de este paciente.

Bezant se dio por vencida; ya le temblaban hasta los lekku.

—Nunca lo entenderé, Lial. Ya tiene un montón de premios Faan'er de reconocimiento.

—No lo hago por los premios, doctora.

—Entonces ¿por qué? No puedo creer que de verdad esté convencido de que esto va a funcionar y de que se podrá aplicar en todo el universo. La mayoría de los seres que reciben tratamientos aquí no podrían sufragar los gastos de lo que nos ha costado mantener a este paciente en hielo.

—Doctor Sompa. —Interrumpió el 2-1B.

Sompa regresó a tiempo para ver cómo se movían los ojos del paciente; primero pestañaron, luego se abrieron cometamente y los dos iris azules examinaron un surtido de caras humanas, alienígenas y droides.

—Movimientos descoordinados de las órbitas oculares —dijo el mismo droide.

—Bajad las luces —pidió Sompa con los ojos fijos en las pantallas que mostraban las pulsaciones y la frecuencia respiratoria. Después se inclinó ligeramente sobre el paciente y le dijo con voz suave—: Capitán Jadak.

Los ojos de Jadak se abrieron de par en par y se le aceleró el pulso.

—No se incorpore —le indicó Sompa—, y no intente hablar todavía —Sompa esperó a que estabilizaran las constantes vitales del capitán y prosiguió—: Se encuentra usted en un hospital, capitán. Lleva aquí algún tiempo, bastante tiempo, de hecho; pero ya hablaremos de eso más tarde. Como consecuencia de daños cerebrales multifocales, cayó en estado vegetativo continuado. Vimos que continuaba el proceso de recuperación, y lo mantuvimos en coma hasta que estuvimos seguros de que las heridas se habían curado. Le hemos intervenido en diversas ocasiones y ha seguido diferentes tratamientos. Hemos estimulado sus músculos todo este tiempo para prevenir la resorción y la atrofia y hemos alimentado su mente con sueños que pueden parecerle recuerdos. Con el tiempo, sin embargo, logrará diferenciarlos de sus recuerdos reales.

Jadak pestañeó varias veces y le brotaron lágrimas de los ojos. Sompa posó su mano sobre los hombros de Jadak.

—A continuación le haré una serie de preguntas. Si la respuesta es «Sí», parpadeé una sola vez. Si la respuesta es «No», dos veces, ¿de acuerdo?

Jadak parpadeó una vez.

—Hemos colocado un micrófono muy sensible en la garganta. Más tarde empezará a notarlo y me gustaría que intentara hablar. ¿Me ha entendido?

Parpadeo.

—¿Reconoció su nombre cuando lo menciónó?

—¿Recuerda algo de su vida?

Parpadeo.

Sompa miró brevemente a Bezant, que tenía los brazos cruzados sobre el pecho.

—Aquí, en Aurora, somos especialistas en mantener a seres con vida durante mucho más tiempo de lo que vivirían normalmente —continuó Sompa, con voz suave y lenta—,

pero usted constituye un caso entre un millón, lo que algunos llamarían una maravilla médica. Pocos seres han sido tan afortunados como usted para tener una segunda oportunidad. ¿Me entiende?

Parpadeo.

Sompa se incorporó un poco.

—¿Recuerda algo de lo que ocurrió en el accidente tras el que quedó en coma?

Jadak parpadeó dos veces.

Sompa echó un vistazo al monitor de pulsaciones.

—No pasa nada, capitán. Recuperará la memoria a su debido tiempo. ¿Le duele algo o está incómodo?

Parpadeo, parpadeo.

—¿Tiene conciencia física de su cuerpo?

Parpadeo.

—¿Le gustaría incorporarse?

Cuando Jadak parpadeó, uno de los droides médicos accionó un control remoto que levantó una parte de la cama para sentar al paciente. Otro droide le ofreció un vaso de agua del que Jadak bebió con la ayuda de una pajita.

—¿Le gustaría intentar hablar? —preguntó Sompa poco después.

—Sí. —Jadak resolló y aclaró la garganta antes de seguir—: ¿Reeze?

Sompa miró a uno de los droides en busca de una explicación.

—El copiloto.

—Lo siento, capitán. El copiloto, desgraciadamente, no sobrevivió al accidente.

Jadak bajó la cabeza en señal de duelo y posteriormente volvió a erguirla.

—La nave.

Sompa dejó que el mismo droide respondiera.

—No sabemos nada acerca de la nave.

De repente, Jadak arrugó la frente y recorrió su cuerpo con la mirada.

—No puedo sentir las piernas.

Los mechones de Sompa se agitaron.

—Sí, bueno, es que no pudimos salvarlas. Optamos por no implantarle prótesis hasta estar seguros de que podría usarlas.

Jadak asimiló la información en silencio.

—¿Cuánto tiempo llevo en recuperación? —preguntó finalmente.

Sompa intercambió miradas con Bezant, que respondió antes que el neurólogo.

—Sesenta y dos años estándar.

Los ojos de Jadak casi saltan de las órbitas.

CAPÍTULO NUEVE

Con un par de piernas nuevas, Jadak flotaba en un tanque de bacta Zaltin. El gel azulado translúcido se calentaba hasta ajustarse a su temperatura corporal y a la salinidad de sus propios fluidos. «Una mezcla milagrosa para un hombre milagroso», había dicho un técnico bothan el día de la primera sesión. Vestido únicamente con un bañador, Jadak estaba conectado con un respirador muy ligero y llevaba una máscara que, en realidad, era una holopantalla en la que aparecía el tutorial que habían preparado Sompa y su equipo: un resumen de los últimos sesenta y dos años de historia galáctica.

Durante las dos primeras semanas que siguieron al despertar de Jadak, Sompa lo mantuvo sedado y no le permitió ver ni usar la HoloRed. Tampoco podía usar los espejos, aunque ya había logrado atisbar un reflejo de su aspecto sobre la superficie de una de las máquinas que controlaban sus señales vitales. Viejo, pero no tanto como debería y con mucha barba. Su pelo, todavía rubio, tenía la raya al medio y le llegaba a los hombros.

Enfermeros y ayudantes, algunos humanos, otros no, lo escoltaban por todas las instalaciones, por sus brillantes pasillos o por sus cuidados jardines, que parcían extenderse hasta el horizonte de la capital, Obroa-skai. Se encontró con otros seres durante las excursiones; muchos de ellos se estaban recuperando de procedimientos de rejuvenecimiento y a todos ellos le habían solicitado que no se prodigaran en comentarios ni conversaciones hasta el momento. Nada del pasado, nada de las noticias acuales. «Hace un buén día, ¿verdad? ¿A que los jardines son maravillosos? La cena de esta noche promete ser divertida…». Su mente estaba relentizada por el efecto de los medicamentos, y la rutina diaria y los sueños nocturnos intentaban convencerlo de que todo iba a ir bien y de que se estaba recuperando tras una colisión con su moto swoop como aquella en la que se había visto involucrado en Fondor antes de la guerra.

De que no habían pasado sesenta y dos años, sino una semana.

Pero la verdad lo acechaba por las noches, en aquellos mínimos instantes en los que el efecto de los medicamentos perdía fuerza y él despertaba gritando.

«¡Sesenta y dos años!».

Si se los añadía a su edad real, tendría noventa y tres, pero ni lo aparentaba ni se sentía tan próximo al siglo de vida. Para los hutts, los wookies, los muuns y un puñado de otras especies, noventa y tres años apenas significaba haber pasado la adolescencia, pero los humanos aún conservaban la costumbre de morirse cuando rondaban los cien años. A no ser que fueran tan ricos como para permitirse un proceso de rejuvenecimiento como el

que proporcionaban en Aurora. En ese caso, los ciento veinticinco o ciento cincuenta años no sonaban tan raros. Pero Jadak no solo había recibido el don de la longevidad; al parecer, había adelantado el tiempo en lo que para él había sido un instante.

Había saltado en el tiempo.

Independientemente de la hora del día o de la noche, Simpa o Bezant estaban a mano para ayudarlo a superar los momentos de desesperación. Ellos le recordaban que necesitaba tomárselo con calma, paso a paso para lograr diferenciar los recuerdos falsos de los reales. La verdad es que no tenía ni esposa ni hijos, ni una casa propia en Brentaal IV. En realidad, no había hecho ni la mitad de todas las cosas que recordaba haber hecho.

A pesar del apoyo recibido, seguía pensando que algún día se despetaría del sueño más largo y agitado de toda su vida y se encontraría en una cama a bordo del *Emisario Estelar*, con Reeze preparando el desayuno. Sompa y Bezant se negaban a contarle nada de lo sucedido en el accidente que lo había llevado a Aurora. Reconocían que podían obligar a su mente a parar los recuerdos, pero insistían en que sería mucho mejor para él que éstos aparecieran cuando lo creyeran conveniente. Lo último que recordaba con claridad era estar sentado a los mandos del viejo YT-1300 y atravesar el hiperespacio. No obstante, no era capaz de situar el recuerdo en un tiempo; no recordaba ni de dónde venían él y Reeze, ni adónde iba ni por qué. Por lo tanto, ¿cómo estar seguro de que, en realidad, no seguía en coma y de que lo que estaba experimentando no era otro producto más de un sueño programado?

Durante las dos primeras semanas, todos los días, Sompa le decía que iban a trasladarlo al tanque, que aquello se lo curaría todo, no sólo las piernas nuevas. Pero entonces, una mañana, sin previo aviso, se encontró ya dentro del tanque con la máscara holográfica puesta en la cara y el tutorial funcionando. En aquel momento, todas sus dudas sobre la realidad de su situación se disiparon.

Nadie podría haberse inventado unos acontecimientos tan catastróficos como los que se relataban en el tutorial.

La guerra entre la República y la Confederación de Sistemas Independientes, para la que Jadak y otros muchos incontables habían intentado servir por la paz y la justicia, resultó no ser más que un complot elaborado con el objetivo de eliminar la Orden Jedi y poner la galaxia en manos de un Lord Sith. Al final, la Fuerza había ganado, al emperador Palpatine lo había derrotado el hijo de un Jedi al que una vez todos habían considerado un héroe. Hicieron falta muchos años de luchas contra los restos del Imperio para construir una Nueva República. Y ni siquiera entonces duró la paz. Abundaban los problemas y por si eso fuera poco, una especie extragaláctica, conocida como yuuzhan vong, había invadido la Nueva República. Esta especie invasora trajo un nivel de barbaridad sin precedentes a la galaxia; destruyeron y transformaron planetas; exterminaron especies. Algunos mundos como Coruscant y Obroa-skai se estaban recuperando todavía de los daños que habían causado los yuuzhan vong. Más recientemente, la Alianza Galáctica había sufrido la amenaza de un joven caballero Jedi que, al igual que había hecho Anakin Skywalker antes que él, acogió las enseñanzas y

tácticas sith en un intento de crear una orden nueva. Y ahora, ironías de la vida, la Alianza Galáctica estaba en manos de una antigua agente imperial llamada Natasi Daala.

Las impactantes noticias, las entradas que recogían las brutales muertes de tantos y tantos amigos y familiares, la sobrecogedora devastación de los mundos, ciudades y especies que él había apreciado fueron suficientes para que los problemas de Jadak parecieran insignificantes. Sus piernas seguían en proceso de recuperación pero él temía cada una de las sesiones de inmersión, no por el regusto dulzón que dejaban los tratamientos de bacta, sino porque los tutoriales seguirían mostrándole las penurias de la galaxia.

Durante una semana, Jadak se había resistido a consultar la HoloRed. En cuanto cedió a sus impulsos, se arrepintió. Lo que encontraba parecía ser cierto, pero la historia no había sido muy indulgente con Tobb Jadak. Inicialmente considerado uno de los pilotos de swoop más competitivos y exitosos de los últimos cien años (había alcanzado el récord de 655 kilómetros por hora en la pista de Grandine) tras la carrera de Balmorra Invitational fue decayendo su figura pasando de ser un piloto relativamente bueno en algunas informaciones a ser un auténtico descrédito en otras. Incluso en aquellas entradas en las que se decía que Jadak se había visto obligado a dejarse ganar para mantener un esquema de puntos previamente establecido por los hutts, que se habían aliado a la familia Rigorra/Groodo, los autores del artículo opinaban que el piloto tenía todas las de perder igualmente. El hecho de que ni una sola entrada en la HoloRed contara toda la historia hizo mella en él. Pero claro, no podría haber sido de otra manera teniendo en cuenta que la HoloRed no contaba con ninguna referencia al Grupo República, y mucho menos al servicio que Jadak le había proporcionado, y sí habían salido a la luz los complots de las Guerras Clon y Palpatine.

Era cierto que los Hutts lo habían obligado a perder la carrera. Le habían prometido planear su regreso al estrellato, pero Jadak sabía que, en caso de llegar a cumplir con su promesa, sería demasiado tarde para realzar su reputación o su amor propio. Por lo tanto tenía dos opciones: acceder y aceptar los créditos que le ofrecían a cambio o morir tanto él como su familia. Sin embargo, apostar en si propia contra no había sido idea suya; sino del Grupo República. Se habían enterado de las directrices de los huir, así que varios representantes del grupo se habían acercado a él poco antes de la carrera y le habían dicho que tenían una nave muy rápida para la que necesitaban un piloto habilidoso que recelara de Palpatine tanto como los miembros del grupo. Por lo que ellos habían oído, él cumplía el perfil a la perfección. Jadak no se sorprendió. Nunca había sabido callarse sus opiniones políticas, y mucho menos cuando una guapa periodista le acercaba el micrófono. Pero el Grupo República no buscaba sólo un aliado, sino más bien un ser con una reputación empañada que pudiera mezclarse y no destacar entre los agentes de información de la que aparentase ser un mercenario inmerso en una mala racha que haría cualquier cosa por un crédito y, no obstante, trabajar como espía y mensajero para los intereses del Grupo República.

Al principio, Jadak había rechazado la oferta. Que su carrera como piloto y estrella de swoop se fuera a pique no quería decir que no pudiera trabajar como piloto para las fuerzas policiales, una agencia de seguridad o una empresa privada de investigación. Pero a medida que aumentaba el poder de Palpatine y la guerra se veía ya como algo inevitable, cambió de opinión. Al menos podría seguir perfeccionando sus dotes como piloto.

Y entonces apareció aquella nave más rápida de lo que jamás habría podido imaginar, aquel YT-1300 que el grupo consiguió para él…

Recordaba los años de preguerra, y los de guerra; infiltrado en el Cártel Metatheran y otras organizaciones del crimen, aquellas naves de mundos lejanos, todos los encuentros con mercaderes de armas, traficantes de especias, simpatizantes de CSI… La mayoría de las veces ni siquiera sabía qué trasportaba. Simplemente hacía lo que le ordenaban; confiaba en estar colaborando en la expansión de las causas de la Delegación de los Dos Mil y la Orden Jedi, y se decía que estaba luchando a su manera y cuidando de su familia al mismo tiempo. Con Reeze, a quien también había reclutado el grupo, Jadak pilotó el *Emisario Estelar* entre las batallas más cruentas y fieras de la guerra: en Muunilist, en Cato Neimoidia y en Otros mundos.

Con cada sesión de bacta regresaban a su memoria recuerdos reales que empezaban a recobrar cierto orden cronológico. Pero todavía no lograba recordar lo que ocurrió justo antes del accidente. En algunas entradas de la HoloRed situaban su muerte poco antes del fin oficial de las Guerras Clon. No aparecían datos sobre el lugar en el que, supuestamente, había tenido lugar el accidente pero sí daba la sensación de que, de algún modo, había muerto aquel día.

Algunos de los senadores del Grupo República habían vivido lo suficiente para ver como la Alianza para Restaurar la República, que se hacía llamar Alianza Rebelde, vencía al Imperio, pero ahora ya habían muerto todos. Algunos de ellos fallecieron durante la masacre de gorman; otros se perdieron en Alderaan cuando la destruyó la Estrella de la Muerte. La mayoría murieron durante los interminables conflictos con los caudillos imperiales. Únicamente un puñado de ellos falleció por causas naturales.

En las últimas sesiones en el tanque de bacta, Jadak se preguntaba si era verdaderamente importante para él recordar los detalles del accidente; sobre todo ahora que había una pregunta que se abría paso a voces en su cabeza. Si todos los miembros del Grupo República estaban muertos, ¿por qué lo habían mantenido con vida a él todos estos años…?

CAPÍTULO DIEZ

Han y Lando se saludaron con un apretón de manos enérgico y unas palmadas en la espalda. En el momento de saludar a Leia, Lando la abrazó durante un buen rato y cuando ella finalmente lo apartó hacia atrás, esbozó una sonrisa picara y movió la cabeza en señal de desaprobación.

—La única constante de la galaxia —dijo Tendra mientras señalaba a su marido con un movimiento de cabeza y abrazaba a Leia.

—No —contestó ella—, yo también tengo uno.

Los Calrissian vestían ropa informal: pantalones holgados, jerséis simples y sandalias. Por primera vez en su vida, Leia se sentía demasiado arreglada en su presencia.

—¿Y quién es esta adorable y hermosa criatura? —preguntó Lando a medida que se arrodillaba frente a Allana—. No Puede ser Amelia. Es imposible que haya crecido tanto en solo un año.

—Pues claro que soy yo —contestó Allana mientras se trazaba al tío Lando.

—¡Eh! —dijo él, aparentando estar sorprendido—. ¿Ya has aprendido las malas costumbres de tu padre?

—No, ya nací con ellas.

Leia se rió con los demás, contenta de que la palabra «padre» no creara ningún conflicto en Allana. Los Calrissian desconocían el secreto de su paternidad y asumían, como casi todo el mundo, que Han y Leia la habían adoptado para compensar, de algún modo, el dolor de haber perdido a su segundo hijo. Durante un tiempo, a Allana le resultó muy difícil llamar papá y mama a Han y Leia, pero a medida que crecía se fue acostumbrando a hacerlo cuando estaban con más gente.

—Amelia, ¿te acuerdas del pequeño Lando? —Con tres años de edad y de apariencia casi clónica a su padre, el pequeño sostenía un dragón de juguete y vestía igual que su progenitor.

—Hola, Lado —dijo ella acercercándosele—. ¿Es ese el dragón de *Castle Creep*?

El niño asintió, tímidamente.

—Perystal.

—¡Yo también lo veo! ¿Perystal es tu favorito?

—Tengo al príncipe Gothik.

—Vaya. Yo antes tenía un tauntaun de peluche.

El niño echó a correr hacia Lando y se abrazó a las piernas de su padre. Lando se agachó y lo cogió en brazos, radiante de felicidad.

—Su apodo es Suerte —dijo mientras alborotaba el pelo rizado de su hijo—, es mi amuleto. Han sonrió y Lando lo pilló.

—No lo digas.

Han se encogió de hombros.

—Eh, hasta Boba Fett es abuelo.

Lando puso a Chance de nuevo en el suelo y él corrió hacia Tendra.

—Hola Trespeó —saludó Lando—, me alegro de verte.

—Lo mismo digo, señor —contestó C-3PO—. Disculpe mi atrevimiento, señor, pero su casa es maravillosa.

—Esta casa —corrigió Han—; tiene seis. ¿O eran siete?

—De hecho ahora son ocho. Hemos comprado una casa pequeña en Kuat —concretó Lando—, pero ésta es nuestra preferida.

Leia lo comprendía. Lujo era un mundo precioso, sobre todo las regiones ecuatoriales. Allí el clima se mantenía suave todo el año y el agua de los océanos destellaba bajo el sol dorado. La casa de los Calrissian se encontraba en medio de unos pabellones perfectamente situados a sólo cien metros del mar, abiertos a la brisa fresca.

Exceptuando una breve reunión hacía un año, la última vez que Leia y Han habían estado con Lando había sido durante la guerra Alianza-Confederación. Los protectores noghri de Leia, Cakhmairn y Meewalh, acababan de perder la vida y el *Halcón* al que el destructor estelar *Anakin Solo* había disparado, dos pistolas y gran parte de la armadura. En la estación de servicio Tendrando, del sistema Gyndine, Lando había mandado reconstruir (corriendo con todos los gastos) el *Halcón*, y se había unido a Han y a Leia para llevar a cabo una misión en Corellia. Finalmente, sin embargo, decidió retirarse, pues acababa de recibir la noticia de que Tendrá estaba encinta.

—¿Qué ha sido del bastón? —preguntó Han.

Lando miró a su esposa.

—Al guien me convenció de que era un estorbo, que me hacía parecer mayor.

—Por lo menos dejó que te quedaras con el bigote —dijo Han.

A todos los invadió la risa. La última vez, en Coruscant, Jacen había sido el bantha blanco de la habitación. Sus acciones durante la guerra y su muerte dolían demasiado como para hablar de ello. Los cuatro habían discutido ya esos temas, habían hablado sobre todo lo que había ocurrido dos años antes. Ahora todo era diferente. Todos habían seguido con sus vidas, algo que los desconcertaba tanto como los reconfortaba.

—¿Y qué os trae a Lujo, entonces? —preguntó Lando.

—Es una aventura —anunció Allana.

—¿En serio? ¿Una aventura?

—Vamos a encontrar a todos los que han sido dueños del *Halcón Milenario*.

Lando se volvió hacia Han.

—¿En serio?

Han asintió.

—Es algo que me había prometido a mí mismo hace ya tiempo y creo que es un buen momento para empezar.

—Vaya, pues sí que es una gran aventura —dijo Lando, que se volvió de nuevo hacia Allana—. ¿Tu padre te ha dicho que yo también fui dueño del *Halcón*?

—Sí. Me dijo que te la ganó en una partida de cartas.

Lando hizo una mueca con la cara.

—Más o menos, sí. Pero lo importante es que yo sabía lo mucho que le gustaba a tu padre el *Halcón* y que, como yo tenía muchas naves, decidí dejar que se la quedara.

Han arqueó las cejas.

—La verdad es que no sé qué habría sido de todos nosotros de no haber sido por tu padre y el *Halcón* —continuó Lando—; eso sí, también dudo que hubiera terminado casado con una princesa y convertido en un héroe galáctico.

Han había abierto la boca para contestar cuando un droide de protocolo plateado apareció en la galería.

—Todo está listo, capitán Calrissian.

—¿Capitán? —preguntó Han.

—De la nave *Viento Veloz* —le contestó Lando.

—¿Qué pasó, vendiste el *Comandante Amor*?

—No se trata de una nave estelar, viejo compañero. —Lando sacó una gorra del bolsillo del pantalón y la colocó sobre su pelo canoso, de forma desenfadada y añadió—: Salgamos a navegar.

Han y Lando se sentaron uno al lado del otro en el puente del catamarán. Lando sostenía el anticuado timón entre las manos, las velas principales se sacudían y los refrescos estaban preparados. La embarcación atravesaba las aguas cristalinas a gran velocidad, el sol brillaba y dejaba ver el horizonte. Por todos lados había islas llenas de follaje y rodeadas de playas de arena blanca.

—Veo que tienes un motor auxiliar —dijo Han.

—Solar. Imagina que no sopla el viento.

—No puedo. —Han se quitó la camisa, disfrutó del caloi del sol sobre la piel y añadió—: La naturaleza no está tan mal cuando te acostumbras. —Miró al cielo y prosiguió—: Parece mentira que antes la gente viviera así.

—Mucha gente lo sigue haciendo. Y tú también podrías si quisieras.

Han desechó la idea.

Ya me conoces. No me gusta estarme quieto.

—¿Todo bien? —preguntó tras unos instantes de silencio.

Han entendió a su amigo.

—Empezando. Yo no intento no pensar en ello. Con Amelia todo es diferente.

—¿Y Jaina?

—Le va bien.

—¿Ha vuelto al redil?

—Sólo un poco, me temo.

Lando prefirió no insistir.

—Así que investigando la historia del *Halcón*, ¿eh?

Han asintió.

—La idea fue de Amelia, pero ahora es cosa de todos. Es algo que podemos hacer juntos y de momento hay posibilidades de localizar a los antiguos propietarios. Por ejemplo, el tipo al que se la ganaste tú era…

—Cix Trouvee —contestó Lando.

—¡Ése era el nombre del que no conseguía acordarme!

Lando soltó una carcajada.

—Tenía unos reveses increíbles. Un año todo le iba bien y al siguiente tenía que empeñar el reloj para poder comer. Los demás jugadores de cartas solían llamarle Ojo de Cristal porque una vez empezaba a perder podías leerle el pensamiento. Tú mismo sabes que ni eso es suficiente cuando se trata del sabacc, no con el aleatorizador, pero en su caso, si se veía arrinconado, sabías perfectamente sus cartas. Sólo apostaba el *Halcón* cuando estaba desesperado. Al final, hasta me sentí mal por habérselo ganado… durante un par de segundos. Seguro que lo mismo que te ocurrió a ti cuando me lo ganaste a mí.

Han no pudo evitar reírse en alto.

—Sé que todavía piensas que te lo adiviné, pero te aseguro que no me esperaba que lo tuyo fuera un farol. Y sé que te fastidió perderlo.

Lando apretó los labios.

—¿Cuántas veces tenemos que recordar esto para que reconozcas que tú nunca ganaste el *Halcón* porque yo nunca me lo aposté? No me parece mal que digas que ganaste la mano que me molesta es que digas que ganaste el *Halcón* cuando yo sólo me había apostado una de las naves que tenía en propiedad. Podía haberme negado a dártelo. Y lo sabes. Cualquiera en Nar Shaddaa lo habría entendido.

—Había muchos testigos que te escucharon decir «cualquiera» de tus naves.

Lando negó con la cabeza, enfadado.

—Cometí el grandísimo error de dejar atrás el *Halcón e* intentar impresionaros llegando a Bespin en el *Reina del Imperio*.

Ambos cambiaron su expresión de enfado por una sonora carcajada.

—Es oficial —dijo Han mientras secaba una lágrima de sus ojos—, ambos nos hemos convertido ya en un par de vejestorios.

—Sí, será mejor que dejemos el tema antes de que haga zozobrar el barco —asintió Lando.

—Buena idea, pero al menos podemos decir que tenemos muy buena memoria. —Han se calló un instante y luego siguió—: ¿Tienes idea de dónde puede estar Cix Trouvee ahora?

—La última vez que oí hablar de él yo operaba en el Corredor. No tengo ni idea de dónde estará ahora, pero seguro que podemos encontrarlo.

—Lando —interrumpió Tendra desde la espaciosa cubierta—, vamos a salir a nadar.

Tendrá señaló una de las islas y su marido, con un gesto aprobación giró el timón entre sus manos para dirigirse a una apartada cala. Han apuró un buen trago de su vaso y se relajo sobre una silla acolchada.

—Veo que te han ido bien los negocios.

—No tan bien como piensas —contestó Lando justo antes de echar un trago a un brebaje naranja que le había preparado su droide de protocolo—. Tendrano tiene cada vez más competencia. Los verpine, los mandalorianos, e incluso Baktoide y el Nido de Creación Colicoide están intentando volver al mercado de droides.

—Los colicoides. —Han sintió un escalofrío—; pensé que los habían obligado a disolverse.

—Y estás en lo cierto, pero Colla-Arphocc Automata se reformó y presentó una petición bajo un acuerdo nuevo de comercio justo. Alegaron tener documentación firmada por Palpatine en la que se declaraba que sólo tenían que disolverse temporalmente.

—¿Y los tribunales van a aceptar su petición?

—Si la decisión dependiera de Daala, creo que erradicaría a todas las especies insectoides, pero tiene las manos atadas.

—¿Has tratado con ella?

—A veces.

—¿Y?

—Parece muy decidida a no repetir errores del pasado. No es una dictadora y tampoco da la sensación de que esté conspirando para convertirse en una. Los sistemas estelares están dejando a un lado sus diferencias por el bien de una paz duradera. Aunque eso no tiene mucho que ver con Daala, sino con el hecho de que es prácticamente imposible ganar nada basándose en el aislamiento. Sufrimos cincuenta años de guerra e inestabilidad. Ha llegado la hora de entender que lo que ocurre en el Núcleo afectará a los demás sistemas de alrededor y de que lo ocurre allí también afectará al Núcleo.

—Entonces crees que irá bien.

Lando movió la cabeza de un lado a otro.

—No sería la primera vez que me equivoco, es cierto. Y, en cierto modo, Daala sigue siendo un misterio para todos. Tampoco me gustan mucho sus alianzas con el Remanente y los mandalorianos. —Se volvió hacia Han y prosiguió—: Mucha gente aún se pregunta qué te pasaba por la cabeza para que se te ocurriera instaurar a Daala.

—¿A mí? ¿Personalmente?

—Sí, para empezar.

—Mi hija acaba de matar al hijo que me quedaba, Lando. En aquel momento, ya nada me parecía raro.

—¿Ni siquiera después de lo que Daala os había hecho a ti y a Chewie?

Han le sostuvo la mirada.

—Ajustamos cuentas con ella. Además si tuviera que hacer una lista con todos los seres que me han torturado durante todos estos años, tendría que incluir también al padre de Leia, así que ¿qué sentido tiene? Las cosas pasan y ya está.

—No para los habitantes de Mon Calamari. Ellos ven antes a un yuuzhan vong en Coruscan que a una antigua criminal de guerra. Y a juzgar por lo que he oído, a los Jedi tampoco les cae muy bien.

—Daala cree que un sistema justo no necesita capataces. Por eso Luke no está seguro de la necesidad de mantener la Orden Jedi. —Han echó un vistazo al mar e inspiró profundamente antes de proseguir—: Yo prefiero no meterme.

Lando giró el timón.

—Supongo que en el fondo, todos buscamos respuestas.

—Lo que me recuerda… —dijo Han mientras sacaba del bolsillo el objeto que había encontrado Allana a bordo del *Halcón* y se lo mostraba a Lando—, ¿habías visto esto alguna vez? —Lando examinó el objeto.

—Parece una especie de intercomunicador. ¿De dónde ha salido?

—Lo encontró Amelia en el *Halcón*. Lando se mostró sorprendido.

—Pensé que lo conocerías como la palma de tu mano.

—Estaba escondido en el mamparo que está tras la sala de ingeniería. Creo que la aleación tiene propiedades miméticas; lo que explicaría por qué nunca lo encontré.

—¿Y no será que ya no ves bien? —preguntó Lando, sonriendo.

—No lo creo, companero.

—Bueno, lo que sí sé es que yo no lo instalé. Por lo tanto, si tú tampoco sabes de qué va, supongo que ya estaba allí cuando Cix era el dueño del *Halcón*. Lo más lógico es que nadie durante los últimos cincuenta años haya usado algo tan viejo.

—Lo mismo pienso yo.

—Algunos de mis técnicos se hospedan en la casa de invitados. Si quieres, podemos preguntarles si saben algo al respecto. Han devolvió el objeto a su bolsillo. —No es mala idea. Lando lo miró de nuevo.

—¿Quieres coger el timón un rato antes de que echemos el ancla?

—Claro, me apunto —contestó Han.

CAPÍTULO ONCE

«La Alianza para restaurar la República».

Jadak se despertó de uno de sus tumultuosos sueños con esas palabras en la boca y un droide médico 2-1B lo miraba desde donde se encontraba, de pie, junto al monitor que Sompa aún no había quitado de la habitación.

—¿Señor? —dijo el droide.

Jadak lo miró.

—Usted dijo: «La Alianza para restaurar la República». ¿Quiere añadir algo más?

Jadak se pasó la mano por la barba e hizo un gesto de desconcierto con la cabeza.

—¿Dije algo más mientras dormía?

—Nada inteligible, señor.

—Como siempre —murmuró Jadak.

Se bajó de la cama y arrastró los pies hasta un panel-espejo que le habían dejado, por fin, los enfermeros. Todas las mañanas esperaba ver el mismo reflejo: el de un hombre recién salido de la tumba. Sin embargo, siempre veía al mismo extraño rubio que saludaba. Usó el cambiador para cambiarse de ropa y apuró parte del desayuno que le trajo otro droide. Sompa había levantado ya la moratoria sobre el uso de la HoloRed, pero Jadak ya no se sentía fuerte para seguir mirando y dejo la habitación. Aún se estaba acostumbrando a sus piernas nuevas y avanzaba con mucho cuidado por los pasillos, donde intercambiaba saludos con otros pacientes cuando no podía evitar.

CAPÍTULO DOCE

En el dispositivo de comunicaciones con forma de «T», una holoimagen se giró y se colocó sobre el proyector. El mecánico jefe de Lando, un cereano llamado Tal-lik-Tal paralizó la imagen y la señaló con un gesto.

—En la parte superior se puede ver el sistema amplificador.

—Entonces, ¿sí que es un transpondedor? —preguntó Leia desde el otro lado del proyector. El brillo que emana de la base del mismo reforzaba el ligero moreno que tanto ella como Han habían cogido durante los dos días que pasaron nadando y paseando por la playa con Allana.

—A juzgar por su diseño, tiene que ser preimperial, y sospecho que no eran fáciles de encontrar ni siquiera en la época a la que pertenece. —Tal-lik-Tal se movió hacia el analizador y pidió que apareciera en pantalla una pieza similar pero ni mucho menos idéntica antes de proseguir—: Esta imagen es de una base de datos de la biblioteca. La pieza fue fabricada por Comunicaciones Chedak durante las Guerras Clon. Pero no podría decir con certeza si la suya fue fabricada por la misma empresa.

—¿No lleva un símbolo del fabricante? —pregunto Han.

—Ni el modelo, ni un número de serie.

—¿Se los habrán quitado a propósito?

—No hay indicios de que hubieran existido.

Tal-iik-tal puso la holoimagen en movimiento y Han la rodeó mientras se rascaba la barbilla, pensando.

—Acertó con las propiedades miméticas del dispositivo —puntualizó el cereano—; de hecho, algo habitual en los intercomunicadores y los transceptores desarrollados por organizaciones de espionaje. Como he dicho antes, éste en concreto no coincide con los que se diseñaban durante la época de la República, ni tampoco durante la imperial. Sin embargo, el uso de la aleación mimética sugiere la posibilidad de que lo hubieran instalado secretamente, o por motivos secretos. ¿Ha notado algo raro en el funcionamiento de la nave desde que lo ha quitado?

—No, la verdad es que no.

—Con el *Halcón* es imposible saberlo —dijo Leia, riendo.

Tal-lik-Tal rió.

—Lo pregunto porque el transpondedor todavía funciona.

—¿Ves como no eran cosas mías? —le dijo Han a Leia.

Ella se volvió hacia Tal-lik-tal:

—¿Y no hay manera de saber qué tiene?

—He intentado interrogar al dispositivo usando los códigos de uso más comunes durante los últimos años de la República y los primeros de la era imperial, pero no ha surtido efecto. Al parecer, sólo transmitirá su mensaje cifrado en respuesta a una señal predefinida.

Leia arrugó la frente y después su expresión cambio a la de alegría.

—Amelia se va a alegrar mucho de que no hayamos resuelto el misterio.

—Sí me permiten, les daré un consejo —dijo Tal-lik-Tal—, no vuelvan a instalarlo.

En el despacho de Ril Bezant había una holoimagen del cerebro de Jadak girando cuando éste entró y se dejó caer sobre un sillón. La psicoterapeuta twi'lek sonrió, rodeó el escritorio y se sentó frente a él.

—¿Cómo van las piernas? —Me van llevando.

Ella se percató de la hosquedad de su tono de voz y asintió.

—Y en general, ¿usted cómo está?

—Pues, a ver: mi memoria sigue pareciendo un colador me siento atrapado en el cuerpo de otra persona, con suerte duermo una hora al día y mis manos no paran de temblar. —Jadak se las mostró a la doctora y prosiguió—: Aparte de todo eso, estoy genial.

—Siga —le dijo.

—Mi cuerpo parece notar que ha pasado mucho tiempo pero es como si mi mente no llevara el mismo ritmo. —Ya lo hará.

—Eso es lo que me dicen siempre pero han pasado sesenta y dos años y para mí es como si hubiera sido ayer.

—El pasado está lleno de ayeres, capitán, ya pasen años o décadas.

—Intentaré recordarlo la próxima vez que vea un documental de la HoloRed sobre el emperador Palpatine; pensaré que me lo encontré la semana pasada en Coruscant. —Jadak la miró a los ojos y siguió hablando—: Esa frase no para de dar vueltas en mi cabeza: «Alianza para Restaurar la República». No puedo olvidarla. Es como si mi mente estuviera esperando algún tipo de aviso para que la memoria vuelta a su sitio.

—¿Cree que su estado nervioso tiene algo que ver con la frase, con las palabras en sí?

—Restaurar… república… una y otra vez.

—Ha dicho que está esperando a que su memoria regrese.

Jadak reconsideró el comentario.

—¿Y qué hay del resto? —Le rechinaban los dientes—: Estoy empezando a recordar cosas.

A Bezant se le movieron las colas cefálicas.

—Ya le advertí a Sompa que podría ocurrir.

—¿Ocurrir el qué?

—Que el estrés postraumático generase un trastorno disociativo: sentimiento de despersonalización acompañado de estados de ansiedad y depresión. Puede que también influyan factores orgánicos —dijo, señalando la pantalla—. Su cerebro muestra daños en zonas importantes del córtex.

Jadak miró la pantalla.

—Doctora, yo entiendo de motores de naves, no de cerebros. Tampoco me importan las causas, solo saber si se puede reparar el daño.

—Existen algunos medicamentos, pero no los recomiendo.

—¿Qué recomienda entonces: dos sesiones semanales con usted?

—Aunque eso fuera posible, no estoy segura de que pudiese ayudarle mucho.

—Hay mucha lista de espera, ¿no?

—No es eso, capitán. Lo que ocurre es que van a darle el alta.

Jadak se incorporó de inmediato en la silla.

—¿Cuándo?

—Pronto. Su cuerpo está bien y sus piernas recuperadas. Aurora está especializada en tratamientos de rejuvenecimiento, no de rehabilitación. No podemos hacer nada más por usted.

—Pero ¿entonces por qué me trajeron hasta aquí?

Ella evitó mirarlo a los ojos.

—Eso tendrá que preguntárselo directamente al doctor Sompa.

—Sompa siempre está demasiado ocupado para verme —dijo Jadak, colocando los brazos sobre los muslos y acercándose a la doctora Bezant—; sólo dígame qué pasó en el accidente y quién ha estado pagando mi tratamiento todo este tiempo. Obroa-skai almacena información de todo lo que ocurre en la galaxia, pero nadie en Aurora ha podido decirme ni una sola cosa sobre lo que me trajo aquí.

Bezant lo miró y su expresión se fue suavizando.

—Un segundo. —Se levantó, regresó al escritorio e introdujo un código en el panel de control. Cuando regresó a la silla, dijo—: Acabo de apagar las cámaras de seguridad. Tanto si me cree como si no, capitán, debe saber que yo siento exactamente la misma curiosidad que usted sobre lo que lo trajo a Aurora. Para el doctor Sompa ha sido un proyecto especial durante los últimos cuarenta años, desde que llegó a Aurora. —¿Cuarenta años? ¿Dónde estuve entonces los primeros veintidós?

—No lo sé. Aquí nadie lo sabe. —Excepto Sompa.

—Excepto Sompa —asintió la doctora.

El insomnio que sufría había permitido a Jadak familiarizarse con la rutina de los turnos de noche del hospital, tanto de enfermeros como droides y personal de seguridad. Se abría ante él oportunidad de aprovechar el momento en que el personal de las instalaciones se encargaba de la entrada de pacientes nuevos y actualizar los expedientes de los ya existentes. Lo mejor del Edificio Uno era que la mayor parte de los controles de seguridad estaban en el exterior, por lo que, una vez dentro, los clientes podían andar a su

aire (a las salas de entretenimiento, al comedor, a las bibliotecas, a las salas de ejercicios); además, droides médicos y de mantenimiento estaban programados para no entrometerse y no hablar con nadie a no ser que alguien se dirigiese a ellos primero.

La consulta de Sompa se encontraba en la decimocuarta planta y daba a los jardines de atrás. Los amplios pasillos que llevaban a él recibían una luz tenue y estaban completamente vacíos; a excepción de los droides que limpiaban el suelo. Con el mismo código que había usado Bezant, Jadak desactivó las cámaras de seguridad y abrió la puerta de la consulta de Sompa con un dispositivo que él mismo había montado a partir de las piezas que había robado del banco de máquinas de control de su propia habitación. Cuando hubo desactivado las cámaras de la sala de espera, entró en el despacho personal de Sompa e hizo lo mismo. Subió ligeramente la intensidad de la luz y examinó lo que había a su alrededor. Varias holopantallas colocadas en las paredes de la estancia mostraban a Sompa en compañía de seres rejuvenecidos de los que Jadak sólo podía suponer que eran ricos, importantes, o ambas cosas: políticos, famosos, abogados, ejecutivos de grandes empresas… En casi todas las holos, Sompa parecía tener la misma edad.

El escritorio del neurólogo estaba atestado de tarjetas, fluorescentes y documentos en duraláminas. Jadak activo un iluminador y empezó a moverse por la habitación. Tuvo suerte, no tardó nada en encontrar su nombre y el numero de identincación de paciente en una lista de clientes que estaban a punto de ser dados de alta. Los cajones del escritorio estaban cerrados con llave y los archivos privados del ordenador de Sompa, protegidos con contraseña. Indagando en los documentos Jadak encontró una tarjeta marcada con su número de identificación y la insertó en un lector. La mayoría de los terabytes estaban dedicados a los procedimientos que llevaron a cabo mientras estuvo en estado vegetativo y a sus consiguientes informes. Sin embargo, también había un archivo histórico. Antes de aventurarse a ver qué encontraba en él, tomó aire e intentó hacer caso omiso de los pinchazos que notaba en el corazón.

Escaneó visualmente el texto buscando la palabra «accidente» en algún sitio, pero la decepción se apoderó de él al comprobar la ausencia de detalles al respecto cada vez que lo mencionaban. «El accidente causó daños en tal y cual»; «interfirió en el funcionamiento de este órgano y tal otro», «requiere un procedimiento experimental»… Sin embargo, en una subcarpeta titulada Historia previa Jadak dio con una mina de aurodium. Lo habían enviado a Aurora tras haber pasado veintidós años en coma en un centro médico público. No había mención alguna a los costes cubiertos por Salud y Vida.

El centro médico pertenecía a Nar Shaddaa. Las imágenes que empezaron a rondar la cabeza de Jadak lo llevaron a sentarse en la silla de Sompa.

¡Él y Reeze habían saltado con el *Emisario Estelar* a Nar Shaddaa! El YT estaba averiado, los sistemas de vuelo apagados. La nave estaba a punto de estrellarse contra un carguero pesado que venía en dirección opuesta y ellos intentaron escapar en una cápsula. De repente, el YT había vuelto a encenderse y se había inclinado. Demasiado tarde: ya

había eyectado la cápsula; prácticamente en dirección al casco en forma de «V» de la enorme nave.

Esas imágenes que ahora asaltaban la mente y el cuerpo de Jadak estaban tan frescas como si hubieran ocurrido ayer mismo. Se le aceleró el corazón y empezó a sudar. En cuanto pudo, fue separando las imágenes.

Habían saltado al hiperespacio en Coruscant, tras la batalla en la que Palpatine había sido tomado como rehén. Pero antes de la veloz persecución y del apresurado salto al hiperespacio, habían tenido problemas con alguien… en el Anexo del Senado.

Una reunión con miembros del Grupo República.

Los senadores Dessein, Largetto y Fang Zar.

Jadak se volvió hacia el ordenador de Sompa. Era de última generación y seguramente inmune a cualquier posible intento de intrusión por parte de Jadak, pero éste sabía lo bastante como para acceder a la Holo Red. Evocó una imagen del senador de barba blanca de Sern Prime y la usó como un talismán para meditar, para inspirarle recuerdos. Había un Jedi en aquella reunión.

Un Jedi Kadas'sa Nikto que había instalado algo en el *Emisario*…

—¡Eso es! —dijo Jadak en voz alta.

¡Los senadores querían que entregase el *Emisario* a uno de sus aliados en Toprawa! Ahora recordaba que se sintió decepcionado; después de tantos años de servicio le habían pedido que entregara la nave que tanto amaba a un extraño. Pero… había algo más en juego aquel día… algo que tenía que ver con «restaurar la República».

No.

Con «restaurar el honor de la República»…

Él les había preguntado el significado de la frase a los senadores. Y le habían contestado algo. Jadak echó un vistazo a la imagen en 3D de Fang Zar. Poco a poco, las palabras del senador salieron a la superficie:

«Piense en la nave como si fuera una llave, la llave que abre la puerta de un tesoro. Un tesoro suficiente para restaurar el honor de la República en la galaxia».

Jadak empujó el ordenador hacia él, lo puso prácticamente en su regazo. Realizó una búsqueda por «*Emisario Estelar*» y encontró numerosas respuestas, pero ninguna de ellas coincidía con la del carguero YT-1300. Decidió cambiar de estrategia y se adentró en la subred de Nar Shaddaa para buscar información sobre colisiones aéreas y espaciales que tuvieran lugar aquel fatídico año.

De repente, allí estaba; frente a él el holotexto en color verde, un informe breve sobre una colisión entre dos naves corellianas: una de ellas, un carguero llamado *Valle Jendiriano III*; la otra un carguero YT-1300 del 25. Se suponía que ambos pilotos habían muerto en el acto, pero la nave había sobrevivido al accidente y caído en manos de chatarreros.

La nave que se había convertido en la clave del puzle en el que se había convenido su vida había sobrevido. Y estaba viva. Ahora tenía un punto de partida; merecía la pena buscar esa nave independientemente de los riesgos que tuviera que correr para ello.

CAPÍTULO TRECE

—Ciento diez mil.

—Lord Oxic sube na cento diez mil. ¿Misa oigo diez mil quientos?

—Ciento diez mil quinientos —dijo alguien al fondo de la sala.

Lestra Oxic se giró en su silla para mirar hacia atrás. Su oponente en la puja era un bith que lucía un pañuelo bordado muy elegante en la cabeza y en su pantalla identificativa portátil no aparecía más que un número.

—Once mil —dijo Oxic, mostrando su propia pantalla mientras se disponía a subir al estrado del subastador.

—Tinemos na puesta de centonce mil. ¿Misa oigo dosce?

El subastador era un gungan ataviado con una toga larga bordada y famoso por su rápida distribución. En este caso, el objeto subastado era una estatua pequeña que una vez ocupó el atrio noroeste del Tribunal Galáctico de Justicia de Coruscant. Una pieza única y muy preciada, como todos los ejemplos de Republicana desde que los yuuzhan vong devastaron media galaxia casi veinte años antes.

—Ciento doce mil —dijo el mismo bith, cuya aportación produjo suspiros de sorpresa entre la heterogénea mezcla de los presentes que habían pujado alrededor de los cien mil.

Oxic levantó inmediatamente su pantalla de nuevo.

—Ciento doce mil quinientos.

Hydians, que era como se llamaba la casa de subastas, era en sí misma un ejemplo perfecto de Republicana, tachonada con columnas elegantísimas y con un suelo de piedra pulida. Originalmente, habían estado en el centro Sah'ot en Chandrila, pero dos años después de la invasión yuuzhan vong, un equipo de arquitectos e ingenieros de la construcción supervisaron un ejército de operarios de carne y hueso y droides que trabajaron a destajo para desmontar el edificio pieza a pieza y transportarlo a Epica, que, tal y como esperaban aquellos que habían financiado la operación y a pesar de su belleza natural, estaba muy lejos de interesar lo más mínimos a los invasores. Muchos de los seres responsables de la recolocación de los edificios seguían aún en el mundo cuando acabó la guerra y desde aquel mismo instante comenzaron a construirse opulentos palacios y mansiones en las colinas boscosas que rodeaban el puerto espacial, con la intención de transformar la ciudad de Epica, antes anodina, en un lugar privilegiado y sofisticado. Transformada acabó también la población de humanos, bothan, duros y

bimms que ahora servían para satisfacer las crecientes necesidades de los ricos con los que compartían el planeta.

—Seguimon esperando na oferta de cento tresce mil —iba diciendo el subastador.

Oxic giró completamente sobre su silla para observar al bith, esta vez a través de un par de macroprismáticos de alumibronce. Con la mano que tenía libre, el ser procedente del sistema Clark'dor sostenía un intercomunicador caro.

—Ciento trece mil —dijo el bith.

—Ciento catorce mil —subió una mujer sentada unas filas por delante del bith. Oxic la reconoció; había asistido a otras subastas como empleada de la familia Trouvee, que poseía un complejo de juegos en Oseon VII.

—Ciento catorce mil quinientos —respondió el bith.

Oxic se retorcía en su asiento. Era un humano inusualmente alto, con una cara perfectamente afeitada que disimulaba su avanzada edad. De complexión delgada, casi esquelética, tenía unas manos y unos pies extremadamente largos y, aun así, su vestuario habitual enfatizaba su delgadez extrema y contribuía a esa impresión que daba de ser más largo que un día sin pan. Una fuerza extraordinaria de la naturaleza.

Sabía cuál era el lugar perfecto para la figura: en lo alto del pedestal estriado del República 500 que se erguía junto al escritorio de su despacho. Pero no había pensado en pagar más de ciento catorce mil por ella (de hecho, la pieza, por encima de los ciento trece mil, ya estaba sobrevaluada), y mucho menos cuando aún quedaban otros objetos por los que pujar. Sin embargo, era difícil resistirse a ella.

—Ciento quince mil —dijo, sorprendiéndose incluso a sí mismo.

Cuando se dio la vuelta, vio que el bith susurraba algo por el intercomunicador y después escuchaba a quien fuera que estuviera al otro lado del mismo.

—Ciento diecisiete mil.

La multitud presente mostró su asombro y los hombros de Oxic flaquearon. Se contuvo para no mirar al bith.

—Tenemos na oferta de cento diecisiete mil —dijo el gungan con entusiasmo—, ¿otron da diesciocho mil? ¿Diescisiete mil quientos? —Esperó un momento y siguió—: Cento diescisiete mil a las una… a las dos… —Dio un golpe con el mazo y dio por finalizada la subasta—: Vendido nal postor númeron seis tres siete.

Casi todo el mundo en la sala rompió en aplausos. Un falleen subió al estrado.

—El próximo objeto que subastaremos será el número setenta y uno guión cero cero del catálogo: una lámpara de araña del salón principal del hotel Darpa, de Ralltiir. Hecha de electrum, la pieza ha pasado por varias fases de restauración pero está muy bien conservada. El precio de partida sera…

Oxic dejó de escuchar y centró su atención en el holocatálogo, de un diseño exquisito. Los objetos de Ralltiir no le interesaban, ya fuesen de Republicana o no. Algunos seres estaban fascinados con los objetos de Alderaan o Naboo; otros con los artefactos hutt. Pero para Oxic, Coruscant sería siempre el centro de todas sus atenciones, y su obsesión.

Ya estaba terminando el catálogo cuando Koi Quire se deslizó sin problemas hasta el asiento contiguo al suyo.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó.

—Tranquilo. Una pena que hayas perdido la estatua. Oxic miró de nuevo al bith.

—Me encantaría saber en nombre de quién viene.

—Podríamos averiguarlo.

—Sí por supuesto que sí, hagámoslo.

Los firrerreos estaban a punto de extinguirse, así que Koi Quire era casi como una pieza de colección tan única como cualquiera de las otras piezas que se subastaban allí. Llevaba quince años trabajando en el bufete de abogados de Oxic y había llegado allí tras el éxito logrado por los yuuzhan vong a la hora de volver a la población nativa de Belderone en contra de los firrerreos desplazados que una vez habían acogido sin conflicto alguno. Su intuición innata era inigualable y, en ocasiones, su mera presencia en la sala de un tribunal era suficiente para influir en el jurado. Conocedor de las peculiaridades de la cultura firrerrea, Oxic nunca le había preguntado su nombre real y Quire jamás lo había mencionado, aunque él creía que ella confiaba en que él jamás se habría aprovechado de esa información para asegurarse su lealtad.

—Habitación sin asientos —dijo ella, entrando en la otra sala.

—Cada vez más común en la subastas —suspiró Oxic—. Supongo que tenemos que darle las gracias a la jefe de estado Daala. Su liderazgo ha hecho renacer el interés por los últimos años de la República y los artefactos de comienzos del Imperio. Como especulador, es imposible equivocarse. Pero los coleccionistas serios salen perdiendo.

—Entonces creo que puedo darte buenas noticias —dijo ella en voz baja—, tu inversión está dando sus frutos.

Oxic notó cómo su cuerpo se tensaba de la emoción pero logró contener el tono de voz.

—¿Dónde está?

—Camino de Nar Shaddaa, con las piernas nuevas que tú le pagaste y con la indemnización de Núcleo Salud.

—¿Ha recuperado la memoria?

—Supongo que sí, porque no le importó mucho saber que tenía que irse de Aurora, ni que fueran a echarlo. Sompa siguió nuestras intrucciones y lo dejó entrar en su consulta a medianoche. Desactivó las cámaras de seguridad con un código que, creemos, le dió Ril Bezant.

—¿La psicoterapeuta? —Durante una sesión en su consulta, ella desactivó las cámaras un instante; no sabemos si para ganarse la confianza de Jadak o para mostrarle el código con la esperanza de que él mismo pasara a la acción. En cualquier caso, sabe cómo conseguir lo que quiere.

Oxic ladeó la cabeza mientras pensaba en la información recibida.

—No intentarás decirme que…

—Quería llevarme de paseo por Aurora.

—¿Y por qué lo rechazaste?

—Desconfiaba de la póliza de seguridad y pensé que sería mucho mejor que se quedara en tensión. Cuando me marché estaba tan nervioso que me habría arrancado la cabeza de un mordisco.

—Parece que tu perspicacia nos ha venido muy bien.

—No se molestó en buscar más cámaras de seguridad en el despacho de Sompa. A lo mejor es que ya le daba igual que lo descubrieran. Al final consiguió encontrar la clave de acceso al ordenador de Sompa para buscar en la HoloRed referencias y noticias sobre la colisión.

—¡Un chico listo! Pero ¿por qué iba a ir a Nar Shaddaa ahora? Dudo mucho que los oponentes de Palpatine hubieran escondido allí el tesoro.

Quire se encogió de hombros.

—Puede que sólo esté buscando más información sobre la muerte del copiloto, Reeze. Oxic negó con la cabeza.

—No le haría falta ir hasta Nar Shaddaa para descubrirlo.

—No sé, entonces a lo mejor sólo quiere proseguir su vida desde donde la había dejado. Oxic pensó unos segundos.

—Será mejor que lo recojamos ya.

—¿Tan pronto?

—Prefiero no arriesgarme a que haya más gente implicada en el asunto.

—Sí, es un riesgo que corremos. —Envía a Cynner a buscarlo.

—¿De verdad crees que es el más adecuado? Yo sigo pensando que deberíamos enviar a alguien con más criterio; Gomman, por ejemplo.

—Gomman está ocupado protegiendo a nuestro testigo estrella en el caso del comercio —puntualizó Oxic.

—¿El colicoide? ¿Qué ha hecho Gomman para ganarse tal misión?

—Simplemente tiene mucha más paciencia con los bichos.

Quire asintió.

—De acuerdo, avisaré a Cynner.

Oxic se reclinó sobre su asiento. Estaba a punto de empezar la próxima subasta.

Poco después de que él y Chewbacca regresaran del Sector Corporativo y comenzaran a trabajar con especias para Jabba, el hutt, el Halcón Milenario *empezó a comportarse de una manera extraña. Un día operaba por encima de sus posibilidades y hacía la carrera de Kessel en tiempo récord; al siguiente, se producían fallos en el sistema en el peor momento posible. Era como si quisiera llamar la atención del Imperio o involucrarlos, a él y a Chewie, en la Rebelión. Se preguntaba si aquella imprevisibilidad se debía al hecho de que, en parte por necesidad, en parte por diseño, había transformado un antiguo carguero en una nave de guerra bien armada.*

Los barriles perdidos de brillestim que le habían hecho ganarse la enemistad de Jabba no era el primer cargamento que se veía obligado a tirar por la borda en aquellos días previos a Tatooine. Durante un tiempo, parecía que los buques aduaneros del Imperio acechaban en la cara oculta de cada planeta al que se acercaban. Llegó un punto en el que tuvieron que colocar localizadores a las cargas para poder recuperarlas en el caso de que tuvieran que lanzarlas por la borda durante el viaje. Pero siempre pensó que el Halcón *se rebelaba porque, en realidad, no le gustaba formar parte de aquellas misiones.*

Incluso la idea de regresar a la Estrella de la Muerte tras dejar atrás Yavin 4 parecía una idea más propia del Halcón *que de Chewbacca. Obviamente, era una auténtica locura pensar que una nave podía pensar por sí misma o distinguir entre el bien y el mal; por muy equipada que estuviera con un trío de cerebros droides que rara vez se ponían de acuerdo en algo. Pero el* Halcón *sí parecía mostrar su propia voluntad aquellos días; se resistía a dirigirse adonde él le mandaba. Y mira a qué llevó esa cabezonería. Aparte de salvarle el pellejo a Luke y, por lo tanto, ser responsable indirecto de la destrucción de la temible arma del Emperador, el* Halcón *les había alistado de hecho, a él y a Chewie, en La Alianza Rebelde.*

Pero el Halcón se había guardado otro as en la manga: se averió justo antes de la evacuación forzosa de Hoth y, debido a ello, él y Leia acabaron viajando juntos hacia Bespin. Cierto, él se había enamorado de Leia cuando se conocieron en un bloque prisión de la Estrella de la Muerte; pero el tiempo que pasaron a solas se lo puso mucho más fácil.

Su prepotencia jamás le permitiría admitir que fue el Halcón *el que propició que estuvieran juntos, ni siquiera le adjudicaba papel alpino durante el cortejo y el matrimonio final. Pero, en realidad, siempre creyó que la nave merecía el equivalente a una Banda de Sangre corelliana; no sólo por sus actuaciones durante la Rebelión, sino también por ayudarle a entrar en la vida y el corazón de Leia.*

CAPÍTULO CATORCE

Han, Leia, Allana y C-3PO miraban boquiabiertos a la multitud de seres y droides reunidos a los pies de la rampa de acceso del *Halcón*.

—Lando —dijo Han casi sin mover la boca.

—Sí, debe de haber llegado antes —asintió Leia.

—Demasiados esfuerzos para intentar estar en armonía.

—De todos modos, nunca habría funcionado —suspiró ella—; sólo desearía ir mejor vestida.

—Estás preciosa. Leia le sonrió.

—Entonces diré que desearía que tú vinieras mejor vestido.

Un lutrilliano vestido como el extra de una ópera de la era republicana se separó del comité de bienvenida.

—Oseon VII quiere expresar su más sincera bienvenida a la estimada familia Solo —anunció con una reverencia de cortesía.

—Gracias —contestó Leia, dirigiéndose a la multitud—; ha sido toda una sorpresa.

—Muy innecesaria —murmuró Han.

—Yo soy C-3PO —dijo el droide mientras bajaba la rampa del *Halcón*.

El lutrilliano inclinó su enorme cabeza.

—Bienvenido, C-3PO. —Luego se volvió a Han y prosiguió—: ¿Es su primera visita, señor?

—La primera, sí.

—En ese caso espero que Oseon VII esté a la altura de su reputación.

Han se rió.

—Ya lo ha demostrado.

El puerto espacial del planeta, en expansión y muy frenético, estaba abarrotado de naves de todos los tamaños y descripciones desde los yates más caros a los transbordadores abarrotados de turistas de mundos pertenecientes a la ruta comercial Perlemiana que viajaban conjuntamente con las naves crucero en órbitas sincrónicas. Pero el control del puerto había dirigido al *Halcón* hasta un muelle espacioso e impecable lejos de las terminales principales y de la aduana. Cuando llegaban, Han se había percarado de que estaban construyendo un enlace orbital.

—¿Traen equipaje, capitán Solo? —preguntó el lutrilliano.

Han señaló el *Halcón* con un movimiento de cabeza.

—Está en la nave.

—¿Les digo a mis droides que traigan sus maleras?

—Eh… no, se encargará nuestro droide —contestó Han, mirando a C-3PO, quien dio media vuelta y subió la rampa de nuevo sin hacer el mínimo comento.

Una limusina repulsora de longitud exagerada flotaba en el muelle.

—¿Es para nosotros? —le preguntó Allana a Leia.

—Parece que sí, cielo.

—¡Es más grande que la de mi madre! —susurró.

—No será necesario que pasen los controles de inmigración y aduanas —dijo el lutrilliano—; el piloto los llevará directamente al hotel por unos túneles reservados para nuestros invitados especiales. Si quiere que prestemos algún servicio a su nave durante su estancia aquí… ¿Lavado, repostaje, mantenimiento rutinario?

—No —contestó Han con firmeza—, está prohibido tocar la nave. —Por supuesto, señor.

Las puertas traseras de la limusina empezaron a levantarse. Cuando C-3PO salió de la nave con las tres pequeñas bolsas. Han elevó la rampa y activó el sistema de seguridad del *Halcón*.

—En el compartimento destinado a la carga también hay sitio para su droide —dijo el lutrilliano.

—¿En el compartimento de la carga? —preguntó C-3PO con preocupación. Han sonrio.

—No pasa nada, vendrá con nosotros.

—Gracias, capitán Solo.

Han le hizo sitio a C-3PO en la parte trasera de la limusina.

—No dirás que no te trato bien.

Con suavidad y sin el más mínimo ruido, la limusina salió del muelle y desapareció por un túnel ancho. Allana se desplomó en el asiento, decepcionada.

—Yo quería ver la Cinta.

—Y la veremos —dijo Leia, dándole una palmadita en la rodilla—; en cuanto nos hayamos instalado en el hotel.

Han decidió que estaba de acuerdo en ir directamente al hotel. Normalmente él y Leia viajaban de incógnito, pero ¿qué sentido tenía aparentar ser quien no era en realidad si había venido a buscar una parte de la historia del *Halcón*? Es más, sería cuestión de tiempo que los turistas de la Cinta los reconocieran. Aunque la verdad es que en Oseon VII podrían colar como imitadores de famosos.

Oseon era uno de los múltiples sistemas que formaban una región espacial llamada Centralidad y, al igual que el Sector Corporativo, se desarrollaba a su manera. Algunos de los planetas más curiosos de la galaxia se encontraban en la Centralidad pero lo que diferenciaba a Oseon de los demás y lo convertía en destino turístico era un acontecimiento estelar anual llamado Viento de Fuego. Se trataba de una tormenta de radiación con colores que cambiaban continuamente, que duraba tres semanas y

provocaba, según decían, reacciones emocionales en los espectadores. Casi cincuenta años antes, Lando y su droide (que aspiraba a ser nave espacial), Vuffi Raa, se había visto obligado a atravesar el sistema Oseon durante un Viento de Fuego sin la ayuda del ordenador de navegación del *Halcón*.

Durante siglos, Oseon VII se había convertido no sólo en una base para explorar la Centralidad, sino también en un centro de apuestas con casinos elaborados a partir de otras maravillas de la galaxia, tanto naturales como artificiales, pasadas y presentes, situados a lo largo de una línea de cincuenta kilómetros conocida como la Cinta. El antiguo Ithor, la Catedral de los Vientos de Vortex, el Kashyyyk actual e incluso el Coruscant de la era de la República figuraban entre las reproducciones, ampliamente detalladas, del planeta; los había recreado un consorcio de entretenimiento conocido como Sueños Planetarios, Inc., cuyo presidente actual no era otro sino el antiguo dueño del *Halcón Milenario*, Cix Trouvee.

Los presentes se agolpaban para ver de cerca a los Solo cuando la limusina repulsora se detuvo frente a la majestuosa entrada del Complejo Oseon. La primera en salir, Leia, dijo:

—¡Oh, no!

Han supo por qué. Habían colocado una lujosa cinta transportadora sólo para ellos, flanqueada a ambos lados por miembros uniformados del personal y droides sirvientes. Acostumbrados a la pompa y la solemnidad, Allana se lo tomó con calma y C-3PO con un placer nada disimulado, pero Han llevaba ya mucho tiempo sin verse sometido a tanta deferencia. En el vestíbulo del hotel no había ni un solo huésped pero un pelotón de directivos, ayudantes de dirección, conserjes, organizadores de eventos y especialistas en hospitalidad formaba ante el mostrador de recepción. A un lado se encontraba un grupo de famosos y artistas; algunos de ellos, con discreción, tomaban holoimágenes de los recién llegados con sus intercomunicadores.

—Capitán Solo, Princesa Leia, señorita Amelia —comenzó un humano de cara impecable y muy delgada—; ojalá nos hubieran comunicado con más antelación su llegada para estar mejor preparados. Es una pena que no hayan asistido al festival del Viento de Fuego del mes pasado. Este año ha sido espectacular. De todos modos, hemos trasladado a los huéspedes de la suite del ático para que ustedes puedan disponer de ella. Obviamente todos los servicios están incluidos y tendrán personal especial a su entera disposición. Podrán disfrutar también de crédito ilimitado en el casino y, en caso de que prefieran juegos más privados…

—La verdad es que no hemos venido a apostar —interumpió Han.

—Ah, ya veo. Bueno, en ese caso, podemos organizar actuaciones privadas. En estos momentos, Oseon tiene el orgullo de presentarles al Grupo Saffin Omlick, a Moosh Kole y a la Kinetic Krew del Circo Molpol entre otros. —El director hizo una serie de gestos a sus subordinados y prosiguió—. El complejo Oseon también se ofrece a organizarles visitas guiadas a Rafa IV, a Trammis III, a la nebulosa «Cueva Estelar» ThonBoka y a otros destinos variados de la Centralidad.

—No será necesario —dijo Leia amablemente.

El director le hizo una reverencia y se disculpó.

—Por supuesto, si han venido para disfrutar de unos momentos de intimidad…

—La verdad es que nos gustaría hablar en privado con Cix Trouvee —comentó Han despacio.

El director lo miró fijamente. Han le devolvió la mirada.

—¿Ya no es él el dueño?

—Capitán Solo, siento tener que comunicarle que Cix Trouvee falleció hace algunas semanas.

Han bajó la cabeza pero antes de que pudiera mostrar su decepción, el director añadió:

—Pero el Oseon pertenece ahora a sus hijos, y estoy seguro de que les encantará hablar con usted sobre cualquier asunto que le haya podido traer aquí. De hecho, tenían la intención de darles una recepción privada en cuanto se hubieran instalado.

Han, Leia y Allana se intercambiaron miradas de alegría.

—Sería estupendo —dijo Han.

El despacho ocupaba la cumbre de la Torre Oseon. Se trataba de una habitación redonda decorada con ejemplos exquisitos de escultura y varias estatuas. Las vistas abarcaban un kilómetro, desde la Cinta hasta el puerto espacial y el enlace orbital en construcción. Una cordillera de montañas áridas controlaban el horizonte y el cielo de color lavanda estaba invadido de estelas que cruzaban a toda velocidad y de naves que iban de un lado a otro. Leia se sentó en un banco acolchado junto a una de las ventanas de traspariacero, con Allana sobre sus rodillas, y señaló los diferentes centros de la Cinta.

—Aquel hotel con las alas grandes es la réplica de un edificio que hay en un mundo llamado Thyferra —dijo Leia.

—De donde viene el bacta.

—Eso es. Y aquellos jardines son muy parecidos a lo que hay en Ossus. Y, mira, ¿reconoces aquello?

Allana siguió con la mirada el dedo de Leia y divisó unas torrecillas dañadas en un castillo extravagante frente al había una fuente inmensa.

—¿Se supone que eso es Hapes?

Leia asintió.

—Se llama Casino de las Siete Lunas. Si quieres, podemos ir hasta allí mañana.

—Sería un poco raro.

—Cierto, sí que serla raro: pero también podría ser divertido.

Allana se incorporó para rodear el cuello de Leia con sus brazos y la abrazó.

—Te quiero, abuela —le susurró al oído. Leia cerró los ojos y la apretó con fuerza.

—Yo también te quiero.

Allana se apartó y Leia le ofreció una sonrisa.

—Señorita Amelia.

Allana se rió con ganas y se acercó a una de las ventanas contiguas. Leia se levantó y fue hacia Han, que estaba hablando con los tres hermanos del primer matrimonio de Cix Trouvee. Al igual que muchos de los habitantes de Oseon VII, mantenían su belleza natural con la ayuda de la cirugía y otras técnicas de rejuvenecimiento. Leia se detuvo para examinar la maravillosa escultura de una hélice doble.

—¿Esta pieza es de Alderaan?

—La hicieron allí, sí —dijo Doon, el más mayor de los tres, bronceado, delgado y en buena forma—; pero pasó muchos años en la suite presidencial del hotel Manarai, en Coruscant. Tuvimos mucha suerte y logramos adquirirla en una subasta reciente.

Leia se dio la vuelta para observar las otras esculturas.

—¿Las demás son originales? —Ojalá lo fuera; nuestro objetivo es que el Complejo Oseon sea lo más auténtico posible. Por desgracia, la mayoría de las piezas de Coruscant de la era de la República se encuentran ahora en manos de coleccionistas particulares. No obstante, son reproducciones de una calidad exquisita.

Pasearon tranquilamente hacia donde estaba sentado Han con la hija y el hijo mayor. Un droide había traído aperitivos y bebidas.

—¿De qué quería hablar con mi padre, capitán Solo? —preguntó Doon. Han bajó el vaso del que bebía.

—Del *Halcón Milenario*.

La hija sonrió.

—La nave más famosa de toda la galaxia. ¿O debería decir infame?

—Un poco las dos cosas —dijo Leia. Doon ladeó la cabeza, divertido.

—Nuestro padre estaba muy orgulloso de tener el honor de haber sido dueño del *Halcón*. —Se volvió hacia Han y prosiguió—: Siguió todas sus hazañas como si todavía le perteneciera un trocito de la nave. De hecho, tenemos imágenes de nuestro padre con el *Halcón*, no sé si le gustaría…

—¡Sí! —gritó Allana, acercándoseles enseguida.

Todo el mundo colocó las sillas para mirar hacia el holoproyector. Doon lo activó por control remoto y buscó entre el menú de opciones.

De repente, allí estaba el *Halcón*, en una imagen 3-D de un metro, casi tal y como Han recordaba la nave del día que se o ganó a Lando.

—Éste es mi padre en la cabina —dijo Doon.

Han se inclinó un poco hacia delante, con una gran sonrisa en la cara.

—Mira eso, sólo hay un par de sillas —puntualizó.

—El tablero de mandos era muy sencillo; y ya tenía el ordenador de navegación Rubicon.

—No tiene dados colgando en el ventanal —dijo Leia.

Han le hizo una mueca a su esposa.

—Aquí hay otra foto; en ésta está arreglando alguna avería, seguro.

—El repulsor de freno de proa —dijo Han—; no sabría decir cuántas veces he tenido que arreglarlo yo también.

—Aquí está dentro de la nave…

—La bodega principal —dijo Han—, ¡y había una mesa de dejarik! Pues tu padre debió de quitarla en algún momento porque cuando Lando ganó el *Halcón*, no estaba. Yo le puse una después para apaciguar a mi copiloto, Chewbacca.

—El famoso wookiee —dijo Doon.

Han miró al suelo y asintió.

Leia tomó la palabra:

—Lando dijo que le había ganado la nave a tu padre en un torneo de sabacc en Bespin.

—Cierto —dijo el hermano de Doon.

Han levantó la mirada de nuevo.

—¿Os contó alguna vez por qué apostó el *Halcón*?

Los tres hermanos soltaron una gran carcajada.

—Claro que sí —dijo finalmente Doon—; y es una historia muy interesante, la verdad. Y larga.

Han se acomodó en su silla.

—Tenemos todo el tiempo del mundo.

Capítulo Quince

En lo que él considera un homenaje a su padre, Cix Trouvee era un jugador empedernido e incorregible. Había aprendido a apostar cuando aún era pequeño y a los dieciocho años había dejado el próspero Corulag para dedicarse profesionalmente al juego. Su padre se había dedicado a apostar en carreras de swoop exclusivamente, pero Cix apostaba a todo. A medida que se hacía mayor se le ocurría sobre qué apostar: carreras de cápsulas, partidos de Chin-Bret, rondas de laro, pazaak, Punto 5 y sabacc, la velocidad de la silla de ruedas de un jubilado, los puntos sacados a los dados, el tiempo, la curva de población o las fluctuaciones del valor de las habas de Salthia. Por sus manos pasaron grandes fortunas que luego se le escaparon entre los dedos. Gastaba sus créditos tan rápido como éstos llegaban a él: en vino, en mujeres, en lujosas suites de hotel, en trajes de brillaseda y cromaforro. A menudo gastaba más de lo que había ganado, e iba dejando a su paso una estela de cuantiosas deudas, amistades dañadas y corazones rotos.

Durante un breve periodo de tiempo, la única constante de su vida fue un carguero YT-1300 al que alguien había puesto el nombre *Halcón Milenario* y al que otros habían equipado con un hiperimpulsor de Clase Uno, una mesa de dejarik y un cañón láser lateral. Pero cuando eres el dueño de una nave de cincuenta y cinco años que tiene tantas partes modernizadas como originales, has de ser muy bueno con las manos; y Cix no lo era, a no ser que se tratara de repartir cartas, recoger las ganancias y garabatear su firma en pagarés. A Cix le encantaba el *Halcón*, pero lo estaba dejando seco. Un día el hiperimpulsor, otro el cerebro droide; cientos de pequeñas piezas que necesitaban un ajuste, una reparación o la jubilación. Aún así nunca se le había pasado por la mente siquiera vender el carguero o cambiarlo por una nave más tradicional. Al menos, no hasta que el *Halcón* se averió inesperadamente y le impidió asistir a un partido en Coruscant en el que las apuestas eran altas. Cix se dio cuenta de que necesitaba desesperadamente un golpe de suerte que le diera lo suficiente como para seguir manteniendo el nivel de vida al que se había acostumbrado y para una revisión completa del pozo de créditos en que se había convertido el *Halcón Milenario*. Por eso cuando un rodiano le dijo que los hutts iban a celebrar un extraño concurso, Cix se apuntó incluso antes de conocer los detalles.

—¿De qué va el juego? —preguntó finalmente al rodiano.

—El «concurso» —enfatizó él— será entre las fuerzas imperiales y un grupo de supuestos insurgentes. Tendrá lugar en Yag’Dhul dentro de un mes estándar.

Cix nunca llegaría a averiguar cómo se habían enterado los hutts del inminente enfrentamiento. Según el rodiano y otros jugadores que habían apostado a lo mismo, el Imperio se había enterado de que los insurgentes estaban construyendo una estación espacial en Yag'Dhul y había decidido convertir esa estación en el primer objetivo de un destructor estelar recién inaugurado llamado *Desolador*. Los insurgentes por su parte, se habían enterado de los planes del Imperio y esperaban añadir el *Desolador* a su lista, hasta entonces corta, de victorias.

La batalla de Yavin no empezaría hasta cinco años después y el Imperio pensó que los insurgentes eran más un incordio que una amenaza real. La mayoría de las acciones que habían emprendido los grupos milicianos se habían limitado a acosar a grupos muy dispersos y a echar carreras contra los convoyes de abastecimiento y a darse una vuelta por las instalaciones imperiales. Si los rebeldes habían logrado alguna victoria, entonces el Imperio había censurado la noticia en la HoloRed. Sin embargo, en Nar Shaddaa corrían rumores de que una alianza insurgente de reciente creación aumentaba en número y fuerza. También se hablaba de que estaba a punto de pasar algo en Ylesia y de que los milicianos estaban llevando a cabo varios asaltos en un cúmulo de agujeros negros conocido como Las Fauces, donde el Imperio, al parecer, estaba acabando un buque de guerra enorme en el que llevaba trabajando quince años.

Los términos de la apuesta no podían ser más directos Estaba claro que los hutts no tenían fe alguna en la habilidad de los insurgentes para destruir el *Desolador*; pero no permitirían que los asociaran con una definición oscura de lo que es una victoria. Ofrecían acción, basándose únicamente en el número de tanques imperiales e insurgentes que quedarían destruidos tras el encuentro.

Imparciales, pero dispuestos a ganar un porcentaje tanto de los ganadores como de los perdedores, los hutts habían fijado un límite de cuarenta y cinco tanques. Cómo se alcanzara ese número acumulativo, ya fuera a favor de los tanques imperiales, de los insurgentes o de un posible empate, no importaba. Con las mismas opciones, los jugadores tenían la posibilidad de apostar si el número total de tanques destruidos superaba los cuarenta y cinco o no. En teoría, los hutts recibirían el mismo número de apuestas a favor de un lado que del otro. De no ser así, lo más seguro era que subieran o bajaran el límite para asegurarse grandes beneficios.

Cix debatió consigo mismo sobre la catadura moral de apostar en una batalla, pero esa lucha interna no le impidió investigar un poco. Durante el proceso esperaba descubrir un modo de racionalizar el posible resultado. Salió a la calle e hizo todos los contactos como le fue posible: contrabandistas, traficantes de armas, agentes. Seres que, según él, pertenecían a los miembros milicianos o, al menos, estaban a su favor: camareros, músicos y camareras de sórdidas cantinas y cafeterías. También los agentes imperiales que habían tomado algunas copas de más en dichos locales. Si la apuesta de Yag'Dhul iba a ser la apuesta de su vida, quería estar seguro de que tomaba la decisión de la manera más sensata posible y por eso quería informarse bien primero. De hecho, los hutts no habrían montado un tinglado semejante si no hubieran hecho antes los deberes.

El *Desolador* era una nave típica entre las de su línea: medía mil seiscientos metros de largo, estaba acorazado y contaba con cañones láser, tropas de asalto, máquinas de guerra y cazas TIE. Los TIE, sucesores de los viejos alas-V, no maniobraban como enjambre. A menudo ganaban por superioridad numérica. Equipados con dos cañones láser muy potentes, los cazas, negros y grises, carecían de hiperimpulsor, de sistemas de soporte de vida y de escudos defensivos. Si le mencionas los TIE a pilotos de combate experimentados, nueve de cada diez se mofarán de ellos. Muchos de ellos afirmarán que eliminar a los TIE es tan fácil como exterminar insectos si se sabe cómo atacarlos.

Los insurgentes, por su parte, se apañaban con cazadores de cabezas Z-95 equipados con armas mucho más potentes y unidades hiperimpulsoras. Aunque contaba con menos armas y era mas difícil de manejar, el *Cazador de cabezas* era totalmente seguro. Y, lo que era más importante, la mayoría de los pilotos insurgentes había pasado por las academias imperiales o por el propio ejército antes de coger una nave y, a los que no, se les atribuía un gran valor mientras que la mayoría de pilotos imperiales eran reclutados y no tenían otra salida.

Sin contar con los rumores de victoria de la milicia en Las Fauces, Cix se aferró al hecho de que el Imperio seguía escupiendo naves como señal de que se estaba tomando en serio los ataques. Y en Yag'Dhul, los insurgentes jugarían en casa. Por último, los insurgentes sabían que el ataque era inminente.

A medida que se extendía la voz de las apuestas, Cix se enteró de que los mal afamados hermanos Baath de Coruscant habían optado por participar. Convencidos de que ganarían los imperiales, aumentaron en diez cazas el límite total de cuarenta y cinco que habían fijado los hutts. Cix estaba tentado de apostar por el favorito. Hacerlo significaba confiar en que el total de cazas insurgentes destruidos, menos diez, sería superior al número de cazas imperiales derribados. Aún así, quería asegurarse.

Tenía datos suficientes para rellenar una tarjeta de información entera, y contrató a un forajido experto en ordenadores para que los cargara todos en un droide de protocolo que había sido programado para pronosticar los resultados de las carreras de swoop. Y que era bastante bueno.

—Hay muchas variables que no ha incluido —le dijo el droide a Cix, picajosamente.

—¿Cómo cuáles?

—El comandante del destructor estelar imperial.

—Lo intenté.

—El comandante de las fuerzas insurgentes en Yag'Dhul —continuó el droide.

—Tampoco tuve suerte con eso.

—Menos mal que me ha proporcionado la fecha del encuentro; así pude calcular los posibles efectos de las mareas por la fuerza del trío de lunas de Yag'Dhul. Pero no cuento con información sobre las coordenadas hiperespaciales de origen del destructor imperial.

—¿Acaso esperabas que yo tuviese contactos en el centro de mando del Imperio?

—¿Y cómo espera usted, entonces, que le ofrezca información precisa?

—De acuerdo, pues dame tu mejor aproximación.

—Debo comunicarle de antemano que no me haré responsable de lo que ocurra.

—Vale, me doy por enterado. ¡Dame de una vez la previsión! El droide lo hizo. Sus presentimientos se veían ahora reforzados y Cix decidió solicitar un préstamo lo bastante cuantioso como para realizar una apuesta que lo dejaría muy bien colocado, incluso después de haber pagado la jugosa comisión que añadirían los hermanos Baath a la apuesta y los prestamistas al crédito. En ningún momento se le pasó por la cabeza la idea de que podía perder.

Yag'Dhul era el hogar de una especie exoesquelética de humanoides llamada givin. Sus habilidades matemáticas habían sido de gran ayuda para la Confederación de Sistemas Independientes durante las Guerras Clon. Situado cercade la intersección entre la ruta comercial de Rimma y la Espina Comercial Corelliana, el planeta Yag'Dhul era un punto de reversión importante y el lugar donde se habían librado numerosas escaramuzas a lo largo de los milenios. En ciertos momentos del año, sobre todo, las mismas tres lunas que causaban estragos en los mares y la atmósfera de Yag'Dhul conspiraban entre ellas para ampliar el tiempo necesario para que las naves volviesen al hiperespacio y navegasen hacia las nuevas coordenadas antes de recobrar la velocidad de la luz. Las peligrosas condiciones que establecían las mareas volvían las naves vulnerables a los ataques de los piratas que operaban desde una base que tenían en el extremo de las lunas de Yag'Dhul. Al acabar las Guerras Clon, los piratas habían muerto o se habían exiliado; sin embargo, la base se había convertido en una estación para los viajeros y después paso a ser un complejo deportivo que abastecía los sueños de los apostadores y espectadores que acudían a las carreras de naves estelares en Yag'Dhul. Las milicias locales pusieron fin a las carreras cuando se ordenó la construcción de una estación espacial; pero el complejo deportivo, del que eran dueños los givin y que ellos mismos operaban, siguió abierto y últimamente se utilizaba como lugar de encuentro para muchos de los jugadores de alto rango que querían participar en la gran apuesta de Yag'Dhul.

Una nave pilotada por un droide orbitaba entre las dos lunas interiores del planeta y transmitía información en directo sobre la batalla a una holopantalla que estaba instalada en la sala de apuestas del complejo deportivo. Una gran multitud heterogénea de escandalosos apostantes la rodeaba mientras bebían sin parar e improvisaban sobre si sobreviviría o nola mismísima estación espacial. La nave captó el momento de la salida del hiperespacio del Desolador en lo que tenía que haber sido un ataque sorpresa sobre las fuerzas anti-imperiales, así como el contraataque de los insurgentes, que no sólo tomó por sorpresa a los imperiales sino que subió el número de cazas TIE derribados a veinte en cuestion de minutos. Cix respiró aliviado por no haber apostado en la categoría de «más o menos de cuarenta y cinco», pero de repente se encontró animando a los imperiales, no fuera a ser que los insurgentes arruinaran su apuesta al destruir demasiados TIE.

Mientras se mordía las uñas, estudió las novedades que salían en la pantalla e intentó no oír los gritos ensordecedores que proferían el resto de apostadores en la sala de juegos. Los insurgentes llevaban trece cazas destrozados; los imperiales, cinco. Pero los TIE aún

zumbaban desde las zonas de lanzamiento del *Desolador*, y el propio destructor estelar, a salvo tras sus escudos de combate, empezaba a dirigir sus turboláseres contra los Cazadores y los ARC-170.

Cix no separaba los ojos de la pantalla. Los imperiales empezaban a remontar y subieron el número de bajas insurgentes a diez. Pero tendrían que mejorar mucho para que Cix se hiciera con la victoria.

Los imprudentes pilotos de la milicia, que evitaban vérselas cara a cara con los TIE, estaban yendo a por la nave grande y le lanzaban todo lo que tenían en su limitado arsenal, pero desaparecían uno tras otro en breves explosiones fulminantes.

La multitud se alborotaba por momentos y, por momentos también, se dividían, a un lado los que habían apostado con los hutts, y al otro los que no. La cifra se acercaba ya a los cuarenta y cinco y aún quedaba mucha batalla por ambas partes. De repente las holoimágenes se veían con muchísimas interferencias y al final desaparecieron de la pantalla. En aquel momento, las puntuaciones reflejaban diecinueve puntos para los insurgentes y veintiocho para los imperiales. Un grito ensordecedor se abrió paso entre las voces de los demás apostantes, muchos de los cuales se estaban subiendo a las mesas y encarando con los propietarios givin del club.

—¡Han destruido el transmisor! —anunció finalmente uno de los propietarios, quien, tras recibir información de última hora añadió—; el *Desolador* interceptó el código de la nave retransmisora. Los imperiales creen que estábamos espiando para los milicianos. Se acerca el destructor estelar… ¡nos han fijado como objetivo!

—¡A las naves! —gritó alguien entre la multitud. Veinte seres saltaron de sus respectivos asientos y echaron a correr por el pasillo en dirección al pequeño puerto espacial lunar. El caos se adueñó de la sala y los apostantes empezaron a correr cada uno en una dirección, tropezando, resbalando sobre las bebidas que habían caído al suelo y pisando a los demás. Cix se abrió paso entre el tumulto y localizó a su copiloto y los dos se colaron por uno de los atestados pasillos para llegar hasta el *Halcón*. Pero en el trayecto Cix no dejó de preguntarle a todo el que se encontraba delante si sabía cómo iba la batalla.

Los imperiales seguían liderando el marcador, por lo que dijo un rodiano. Los insurgentes habían logrado empatar, por lo que dijo otro. Se había superado la barrera de los cuarenta y cinco de los hutts.

La primera descarga del *Desolador* cayó sobre la base lunar cuando el *Halcón* se estaba preparando para despegar. La mitad del muelle se derrumbó y el orificio del techo de varios metros de ancho terminó por abrirse completamente. Cix elevó el morro del YT entre las llamas que empezaban a arrasarlo todo y nubes de humo negro. La nave subió hacia el espacio mientras los paquetes de energía de color escarlata caían sobre la desafortunada luna. A ambos lados del *Halcón* desaparecían naves entre explosiones virulentas.

—Activa el escudo deflector —dijo Cix a su copiloto—; y después sácanos de este lío. —Se puso el intercomunicador con una mano y lo activó con la otra mientras explicaba—: Tengo que enterarme del resultado.

La nave tembló bruscamente y casi vuelca hacia atrás.

—Cañones láser —dijo el copiloto cuando pudo—; el complejo Givin es historia. ¡Los imperiales están atacando a las naves que salen!

Cix quitó la vista del panel de comunicaciones para echar un vistazo por el ventanal. El *Desolador* se encontraba a pocos grados a estribor y se estaba empleando a fondo para hacer picadillo la luna y todo lo que estuviera cerca de ella. Cix aceleró la nave en dirección al puerto y evitó el rayo de destrucción por los pelos.

—No podemos saltar a velocidad luz desde este lado de la segunda luna —dijo el copiloto—; necesitamos rodear el campo de batalla.

—O atravesarlo —dijo Cix. Se quitó los auriculares del intercomunicador y apretó la palanca de mandos y ordenó a su copiloto—: ¡Atiende al marcador!

Un haz de luz explosiva estalló en la distancia e invadió la cabina.

—La estación espacial —dijo el copiloto—; va a perjudicar un poco la puntuación de los insurgentes.

Cix maldijo por lo bajo:

—Sabía que tenía que haber hecho aquella apuesta.

—Última hora desde Yag'Dhul: la milicia ha destruido veintiún cazas imperiales y ha perdido treinta de los suyos. Los cazadores de cabezas restantes están saltando a la velocidad de la luz.

Cix se volvió hacia él con los ojos como platos. Si le restamos diez al número de puntos imperiales, el marcador final sería veinte a vintiuno, lo que significa que habría ganado la apuesta.

¿Es ése el resultado final?

No lo han dicho, pero si los cazas insurgentes están fuera de juego…

Cix empezó a gritar de alegría. Restando las diez naves imperiales, ganaba él.

Ahora sólo tenemos que sobrevivir.

Aceleró a tope y puso el *Halcón* en dirección a la segunda luna. El *Desolador* que venía a estribor estaba cada vez más lejos pero ahora varios TIE mostraban cierto interés en seguir la estela del YT. El copiloto se agarró al panel de control cuando los disparos alcanzaron los deflectores traseros.

—Pero ¿qué haces? ¿Quieres formar parte de la puntuación final?

—Eso es exactamente lo que estoy intentando evitar —contestó Cix sin apenas abrir la boca—; manten los dedos lejos del cañón láser.

—Los escudos están al sesenta por cien; no interceptes más disparos.

—¡Qué fácil es decirlo!

Cix cambió de dirección, se escurrió entre dos TIE que se aproximaban y cambió de dirección de nuevo.

—Se acerca el *Desolador,* las baterías de popa se están atravesando. —El copiloto tragó saliva y prosiguió—: No vamos a salir de ésta —dijo mientras se acercaban hacia el lado brillante de la segunda luna—; ni siquiera el *Halcón* es tan rápido.

—¿Qué te apuestas?

Cix elevó la nave y aceleró al máximo. Los rayos de energía se abrían paso por la proa y atravesaban silbando las dos mandíbulas; el Halcón volaba a toda velocidad. Algo vibró en el mamparo y se rompió en cubierta.

—El *Desolador* nos tiene a tiro, y está disparando…

Cix giró la Palanca y siguió la curva de la luna hacia la luz estelar. De la popa, con dirección al puerto, se vislumbraron dos bolas de fuego.

—¿Qué ha sido eso?

—Dos cazas TIE. Fuego amigo del *Desolador*.

Cix suspiró profundamente.

—Demasiado cerca, ha estado demasiado cerca. —Se estaba volviendo hacia el ordenador de navegación cuando el copiloto gritó hacia el cielo.

—¡Han contado esos TIE!

—Es imposible, ¡la batalla se había terminado! —gritó Cix sin entender que estaba ocurriendo.

El copiloto escuchó durante unos instantes que parecían una eternidad.

—Uno de los cazadores no había saltado al hiperespacio y un TIE le disparó. Los agentes dijeron que no se daría por finalizada la batalla hasta que hubiera saltado el ultimo caza insurgente.

Cix seguía mirándole fijamente.

—¿Los TIE seguían contando? *¿Seguían contando*?

El copiloto asintió.

—El primero aún nos venía bien, pero ese último caza nos pone uno por debajo de lo que apostamos —parpadeo—; hemos perdido.

—Y tanto —dijo Cix en voz baja—; y tanto.

—Tras lo de Yag'Dhul, todos sus acreedores salieron en su busca —le estaba contando Doon a Han, a Leia y a Allana—; mi padre solo vio una salida posible: el torneo anual de sabacc de la Ciudad de las Nubes. Se presentó en el hotel Yarith de Bespin con lo suficiente para cubrir los diez mil créditos necesarios para las pocas manos que, según él, necesitaría para ganar y seguir en la competición hasta el final.

—Obviamente, no fue así —dijo Han.

La hermana de Doon asintió.

—La mitad de los jugadores se habían arruinado ya el segundo día. Papá aguantó hasta el tercero, pero se quedó sin blanca. En una de las rondas, el bote ascendía a

noventa mil créditos y él no tenía suficiente con lo que asegurarse seguir en el juego; sin embargo, tenía una mano excelente y pensó que nadie podría mejorarla.

—Pero Lando sí pudo —dijo Han.

Doon asintió.

—Una escalera del Idiota. Y claro, mi padre ya se había apostado el *Halcón* cuando lo supo. Pero bueno, si los rumores son ciertos, fue más o menos así como la ganó usted.

—En nuestra partida, a Lando sólo le faltaba una carta para tener escalera —dijo Han.

—¿Y qué pasó con todo el dinero que debía tu padre? —preguntó Allana.

Doon sonrió a la pequeña.

—Eso es lo más raro de todo; en cuanto mi padre perdió el *Halcón Milenario*, su suerte empezó a cambiar radicalmente. Convenció a unos tipos de que lo dejaran jugar y empezó a ganar mano tras mano. La suerte no volvió a abandonarlo más.

—Solía decir que perder el *Halcón* era lo mejor que le había pasado nunca.

—Los dos días más felices en la vida del dueño de una nave —dijo la hermana de Doon—; el día que la consigue y el día en que se deshace de ella.

Han notó que Leia lo miraba, pero decidió no devolverle la mirada.

—El resultado de aquella racha infinita de suerte es lo que pueden ver aquí ahora mismo —dijo Doon, señalando con el brazo el inmenso despacho en el que se encontraban—; Sueños Planetarios puede estar orgulloso de que él fuera un socio más.

Han asimiló esa última información.

—Pero entonces… ¿no fue Cix quién bautizó la nave con el nombre de *Halcón Milenario*?

—No —contestó el hermano más joven—. Seguramente le habría costado dinero.

—¿Y mencionó alguna vez cómo o dónde consiguió el *Halcón*? —preguntó Leia.

—Sí —dijo Allana—; eso es justo lo que queremos saber.

Doon se quedó pensativo unos instantes.

—Seguro que sí, pero no recuerdo nada al respecto. —Miró a sus hermanos en busca de respuestas, pero los dos negaron con la cabeza. Después, él mismo siguió hablando—: Pero hay alguien que seguro que sí lo sabe —dijo al final. Tocó un botón del intercomunicador que había sobre su mesa y preguntó—: ¿Anda Waglin por ahí?

—Sí, señor.

—Dígale que venga a mi despacho.

—¿Quién es Waglin? —preguntó Allana.

—Era el copiloto de mi padre —contestó Doon con una sonrisa.

La cara de Lando estaba en una pantalla de la bodega principal cuando el *Halcón* salió disparado de Oseon VII dos días estándar después.

—Cix nunca llegó a contarme la historia completa —les dijo a Han y a Leia—; ahora me siento aún peor por haberle ganado la nave.

—Pues no tienes por qué —le dijo Han—. Parece ser que al final le fue mejor sin ella. Además, si no se la hubieras ganado tú, no podría habértela ganado yo después —dijo, sonriendo a la cámara.

Lando se esforzó en poner cara de enfado.

—¿Te enteraste de a quién perteneció el *Halcón* antes de que lo tuviera Cix?

—Sí —dijo Han sin estar muy seguro de ello—; me lo dijo el copiloto. Un weequay que tendrá unos ciento cincuenta años y que está tan arrugado como el Laberinto de Lava.

—¿Y cómo acabó en Oseon Siete?

—Cix lo tuvo empleado todos estos años —contestó Leia—; ahora es como un mueble más, pero los hijos de Cix lo tratan como a uno más de la familia.

—¿Y ya estaba con Cix cuando consiguió el *Halcón*?

—No, se conocieron mucho más tarde —dijo Han—, pero se sabía toda la historia.

—Le compró el *Halcón* a un circo —dijo Leia.

—El Circo Molpol.

Lando se atusó el bigote.

—¿Sabes qué? Ahora que lo dices me suena algo de que el *Halcón* formara parte de un circo.

—Ya, a mí también me sonaba de algo —corroboró Han.

—¿Y sabes quién era el dueño?

—Vistal Pum —contestó Han.

—Ya no trabaja en el circo —dijo Leia; ahora organiza espectáculos de criaturas. Lando se rio.

—No es que haya mucha diferencia. ¿Y sabéis dónde encontrarle?

—Celebrando uno de sus espectáculos en Taris.

—¿En serio? —dijo Lando lentamente—. Tendra, Suerte y yo estuvimos allí, hace unos dos meses por lo menos.

—¿Negocios o placer? —preguntó Han.

—Un poco las dos cosas. Fuimos a cerrar un trato con el gobierno de Taris para un encargo de droides YVH y aprovechamos para hacer unas compras.

—¿Y Taris para qué necesita Cazadores? —preguntó Leia.

—Acaba de trasladarse allí una sección criminal muy bien armada. El acuerdo lo aprobó la mismísima Jefa de Estado Daala. Pero lo que yo quería deciros es que tuvimos lo que podría llamarse un encuentro un tanto extraño allí. —Lando paró para tomar aire y prosiguió—: Vimos a Seff Hellin.

Leia no disimuló su sorpresa.

—Conocemos a Seff —dijo mientras se volvía hacia Han—. Era el más mayor de los Jedi que se trasladaron de Yavin IV a la estación Refugio. Puede que tuviera unos catorce años por aquel entonces.

Han se rascó la cabeza, pensativo.

—¿El chico alto de pelo rizado?

—Sí, su madre era corelliana —asintió Leia.

—Ah, vale, ya me acuerdo.

Leia se situó frente a la cámara.

—¿Qué ocurrió con él, Lando?

—Vino a visitarme al hotel donde nos hospedábamos. Quería saber los detalles del trato de YYH.

—¿Se los diste?

—Le dije que no le concernían. Pero entonces me preguntó qué pensaba yo sobre el hecho de Daala tuviera contratados a los mandalorianos como una especie de guardia real.

—¿Y por qué le importaba a Seff tu opinión? —preguntó Han.

—No lo sé, pero al final supuse lo que quería.

—¿Y que era?

—Averiguar si Tendrando estaba pensando en fabricar un Cazador Mandaloriano.

Leia y Han se miraron mutuamente.

—¿Estás seguro, Lando?

—No del todo, pero fue la sensación que me dio —contestó Lando, encogiendo los hombros. Han se volvió hacia su esposa.

—¿Crees que seguirá en Taris?

—Ni idea, pero puede que ese sindicato del crimen fuese la razón por la que Luke lo envió allí en un primer momento.

—En fin —interrumpió Lando—, pensé que debíais saberlo. No olvides ponerme al día con lo que descubráis sobre el *Halcón,* amigo. ¿De acuerdo?

—Pues claro —contestó Han.

Desde una habitación en la parte alta de la Torre Oseon, Waglin vio al Halcón Milenario salir de un muelle privado y elevarse hacia el cielo. El carguero centenario se confundió entre el tráfico entrante, dejó a su paso una columna de energía azul y desapareció de su vista.

—Van camino de Taris —dijo el weequáy por el intercomunicador—. Los estoy viendo con mis propios ojos. —Se paró a escuchar y prosiguió—: Lo sé, ¿quién iba a querer tratar con Han Solo y una Jedi? Pero Solo tiene muchos amigos influyentes y creo que está buscando lo mismo que tú. De todas formas, Solo ya no es ni la sombra de lo que era. Va cayendo lentamente. Escuchó un rato más.

—Eso depende de ti, claro está. Pero estoy de acuerdo en que tendrás que darle una buena razón para que te ayude. Yo ya hago bastante con avisarte de que va hacia ahí. Ah, otra cosa: van con una niña. Una huérfana de guerra que adoptaron hace algunos años. —Waglin esperó y después dijo—: No se me ocurre nada al respecto. Sólo digo que, probablemente, los Solo harían cualquier cosa por ella.

Waglin escuchó de nuevo.

—Y te lo agradezco. Yo no te he dicho nada de ella, ¿de acuerdo? Los veteranos como nosotros tenemos que echarnos una mano, si no… Además, tengo un trabajo y una reputación que mantener.

El ser al otro lado de la comunicación hablo durante un tiempo.

—Eso podría funcionar. Buena suerte. Ya me contarás cómo acaba todo.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Cuando era mucho más joven, Jadak había viajado mucho de un planeta a otro. Pero pocos de aquellos viajes podían compararse a los dos días que le llevó viajar de Obroa-skai a la Luna de los Contrabandistas, haciendo escala en Barmorra y Onderon con la intención de despistar a posibles perseguidores. Le daba la impresión de que la galaxia había cambiado mucho.

Hubo un tiempo, por ejemplo, en que los agentes del puerto espacial de Nar Shaddaa no se preocupaban en absoluto de quién llegaba a la luna o con qué propósito. Sesenta y dos años más tarde, los visitantes humanos tenían que someterse a escáneres corporales y de retina.

El básico seguía siendo el idioma más utilizado en el comercio y los intercambios, pero los acentos del Borde Exterior eran ahora tan comunes como los dialectos del Núcleo. Quizá como consecuencia de lo que habían hecho los yuuzhan vong durante su puja por Coruscant ahora era más habitual encontrarse muchos menos seres de los mundos pertenecientes a la ruta comercial perlemiana y muchos más de los sistemas de la periferia. Por las reparaciones de los daños causados por la guerra, tanto los corellianos como los wookiees eran escasos mientras reconstruían sus mundos y sofocaban incendios. El único lugar en el que un viajero podía codearse con un kuati era en primera clase. Tampoco había sido nunca muy fácil encontrarse con un Jedi, ni siquiera cuando había más de veinte mil. Ahora al parecer, era tan poco frecuente como encontrarse un diente de mynock. En lugar de todo ello, lo que sí veía, y en cantidades inquietantes era a miembros de diversos grupos militares, personal de seguridad y droides de vigilancia de todas las clases. Lo que más lo había sorprendido era un grupo de mandalorianos encerrados en su característica y engorrosa armadura que marchaban por la explanada del puerto espacial como si fueran los dueños del lugar. Un grupo que era casi mítico cuando Jadak pilotaba para el Grupo República.

En muchos aspectos, la galaxia parecía tan abierta como lo había sido en los años que precedieron al embargo de la Federación del Comercio al pequeño planeta Naboo. Los viajeros humanos ya no tenían que preguntarse, cada vez que trataban con un gossam, un koorivar o un muun, o cada vez que veían a un grupo de geonosianos corriendo hacia una de sus naves de aspecto orgánico, si acababan de cruzarse con un agente enemigo. Pero si los sistemas estelares que una vez estuvieron tan distantes ahora eran más accesibles, seres de todas las especies parecían, por otro lado, mucho más absortos en su propio

mundo, más reservados sobre quiénes eran y sobre cualquier negocio que tuvieran entre manos. Siempre había una segunda intención en lo que decían y en cómo se movían; una intención que desconcertaba a Jadak. A lo mejor de ahí todas aquellas medidas de seguridad. El régimen actual quería que todo el mundo fuera al unísono. No se tolerarían disturbios, ya fueran por accidente o no, que empañaran la paz que tanto trabajo había costado encontrar. Daba la impresión de que las cámaras de seguridad y los escáneres que vigilaban los movimientos de todo el mundo se pasaban el día diciendo: «Te estamos vigilando y nos da igual que lo sepas».

A Jadak no le gustó tener que salir corriendo de Aurora como había hecho. Les debía una a Sompa y al resto del equipo por alargarle la vida, si no simplemente por salvársela. Pero no sería capaz de perdonarles que lo hubieran usado como a un juguete. Encontrarle no sería difícil para alguien que supiera un poco lo que hacía, pero Jadak pensó que irse sin avisar le daría cierta ventaja. Con un poco de suerte lograría seguir en cabeza el tiempo suficiente hasta que consiguiera una identidad nueva, lo que en Nar Shaddaa no solía requerir más de dos horas. Aunque ahora ya no estaba tan seguro. En el puerto espacial de Balmorra, fingiendo interés por ver el aspecto que tendrían sus piernas nuevas en la pantalla, consiguió sobornar a un agente de seguridad bothan para que le dejara echar un vistazo a la imagen del escáner. El chip identificativo de Aurora que seguía implantado en su muñeca apareció en la imagen, claro como el día, pero no se veía nada más en la pantalla. Si la Luna de los Contrabandistas seguía siendo el paraíso criminal que él recordaba, se hubiera escaneado por completo en busca también de localizadores.

Eso si le llegaban los créditos.

El salto galáctico había supuesto ya una buena parte de los diez mil que había recibido de Núcleo Salud. Si mantenía ese ritmo de vida, tendría que buscar un trabajo mucho antes de encontrarse de nuevo con el *Emisario Estelar*, eso teniendo en cuenta que la nave siguiera de una pieza y bajo el mando de alguien.

En la biblioteca de Aurora había leído que Nar Shaddaa, al igual que Obroa-skai, sufrió mucho durante la guerra con los yuuzhan vong. Obroa-skai había sido sede, incluso, de un coordinador de guerra. Pero Jadak se había animado con lo que vio y escuchó al cruzar la aduana de la terminal principal del puerto espacial de Nar Shaddaa. Al otro lado de los ventanales de la terminal, que iban desde el suelo hasta el techo, se erigían las antiguas torres de repostaje y los muelles de carga que recordaba de hacía mucho tiempo. El tufo causado por la contaminación iba más allá de la capacidad de los depuradores de aire de la terminal. Al menos, la ciudad vertical seguía siendo el lugar más ruidoso de la galaxia. Los habitantes de la luna estaban tan acostumbrados a superar los decibelios de los droides, las radios a todo volumen y las explosiones de fuego que se sucedían en cualquier sitio a cualquier hora que en Nar Shadaa las conversaciones se mantenían a gritos. En busca de la salida, Jadak se entremezcló con la multitud de especies diversas. A pocos metros de las puertas automáticas se detuvo para observar la apabullante cantidad de holoinformación en forma de publicidad dispuesta sobre ellas: hoteles y restaurantes, ofertas de transporte a diferentes sectores de la ecumenópolis y

otros servicios locales. Sólo hacía unas semanas que había despertado en su nueva vida y ya se preguntaba si sería capaz, de seguir el ritmo de quienes lo rodeaban. O si quería hacerlo. Pero ese sentimiento de haber dejado algo sin hacer que lo reconcomía por dentro lo obligaba a seguir adelante. Había algo que tenía que terminar antes de intentar pasar página.

Flitcher Poste vio su objetivo en la sección de llegadas del puerto espacial: un humano desgarbado, de unos cuarenta y cinco o cincuenta años, con una melena rubia, barba corta y bigote. No dejaba de mirar hacia el cielo de Nar Shaddaa como si hubiera llegado de un mundo remoto en el Cron Drift. Se detuvo a observar los holoanuncios situados sobre las puertas, probablemente con la intención de saber si podría alquilar un aerotaxi, un tren mag-lev o una lanzadera; o quizá se arriesgase a alquilar un aerodeslizador.

Un paleto llegado de un planeta lejano.

Poste no lo perdió de vista mientras se dirigía, en un turboascensor hasta la planta de llegadas. Cruzó las altas puertas y caminó hacia las estaciones de aerotaxis con maletín blanco en la mano. Eso llamó la atención de Poste; sólo los que llegaban a Nar Shaddaa por cuestiones de negocios viajaban con maletín. Los turistas, los aficionados al juego, los dignatarios que vienen de visita y los criminales suelen traer equipaje; a veces incluso varias maletas. Obviamente, este tipo no era un residente del lugar, no con esa cara de desconcierto. Entonces, quizá acabara de llegar de un mundo mucho menos desarrollado tecnológicamente y todas sus pertenencias cupieran en aquel maletín. Pero ¿por qué alguien con tan poco iba a venir a Nar Shaddaa? Bueno, vale, esta luna era, a menudo, parada obligada para aquellos que no tenían nada más que perder; pero este humano no daba esa impresión. A lo mejor tenía familia o amigos que residían aquí. Sin embargo, sus amigos o familia no lo habrían dejado solo a merced de gente como Poste, que se ganaba la vida acechando a los inocentes viajeros que cruzaban el puerto espacial hasta ellos antes de que los desplumaran o los agredieran los que se dedicaban al cambio de divisas, los artistas del robo y demás chanchulleros que vivían de lo mismo.

Mientras se apresuraba hacia el humano, Poste se dio cuenta de que caminaba como alguien que no estuviera acostumbrado a sus piernas, como alguien que llevara prótesis. Ese dato le sugería que a lo mejor se trataba de un veterano de guerra que hubiera perdido las piernas en una explosión. Todavía no se le había acercado nadie pero el humano no perdía detalle de todo lo que ocurría a su alrededor. ¿Cómo si no iba a atravesar la muchedumbre del puerto espacial con tanta gracilidad?

Eso era.

Con o sin piernas nuevas, había algo inherentemente ágil en sus movimientos. Algo hábil, diría. Seguridad en uno mismo. Poste estaba cerca; no había indicios de que el extranjero portara arma alguna; ni llevaba nada atado al tobillo ni había ningún bulto extraño en la parte trasera del pantalón que delatase la presencia de un arma tras la fina chaqueta. Ahora Poste empezaba a preguntarse si la mirada perdida y el extraño modo de andar del individuo serían intencionados. A lo mejor el recién llegado buscaba algún

objetivo. O peor aún, a lo mejor intentaba llamar la atención de pequeños delincuentes como él usando su apariencia como cebo para atraparlos posteriormente. Pero la idea de que hubiera un agente de paisano en Nar Shaddaa era aún más descabellada que la idea de que alguien procedente de un mundo muy lejano aterrizara aquí sin más equipaje que un maletín.

Poste estaba muy intrigado. Decidió no atacar a su objetivo ni convencerlo de que comprara la entrada para una visita guiada falsa. Sin embargo, no desechó la idea de comprobar qué había dentro de aquel maletín. Quizá el recién llegado lo dejara imprudentemente en el suelo, dándole a Poste la oportunidad de cogerlo. Sólo era cuestión de esperar el momento oportuno en el lugar adecuado…

Poste examinó con atención, por unos instantes, la vestimenta del recién llegado mientras se adentraba en la zona de transportes públicos. La chaqueta estaba arrugada y los pantalones sin gracia alguna; ambas prendas daban la impresión de ser de ese tipo de ropa que te dan cuando sales de un gran revuelo, o de un centro psiquiátrico. Hasta los mendigos de más bajo nivel y los niños del cañón vestían mejor. Surgía de nuevo la teoría del policía de paisano. ¿O la reforzaba?

Poste se detuvo y se volvió hacia un lado, mostrando un interés repentino en los artículos del escaparate de una tienda de tecnología. Así veía reflejado al recién llegado, que se encontraba en una cabina de acceso a la HoloRed. Estaba haciendo alguna clase de búsqueda. Si lo que buscaba era un hotel, entonces no estaba seguro de adónde quería ir. Si buscaba un nombre, entonces no sabía dónde estaba dicho individuo. Fuera lo que fuese, estaba muy concentrado en lo que hacía. En la caza. El recién llegado sacó del bolsillo superior de su chaqueta barata un intercomunicador desechable al que envió algo desde la HoloRed. Después, salió en dirección al tren mag-lev que iba al sector corelliano.

Poste suspiró decepcionado. Se le había acabado la diversión. No iba a seguir al tipo nuevo todo el camino hasta la ciudad vertical; y menos teniendo en cuenta que su aerodeslizador estaba en el aparcamiento, detrás de la estación de aero-taxis, que le estaba costando sus créditos. De mala gana dio marcha atrás y, cuando ya se dirigía hacia el paso peatonal que daba acceso al aparcamiento, se fijó en dos seres que no estaban tramando nada bueno y se aproximaban al recién llegado, que se disponia a subirse al andén del mag-lev. Uno de ellos era humano; el otro, nautolano, y ambos pesaban mucho. Lo más interesante era que el recién llegado también los había visto. En lo que podría interpretarse como un cambio repentino de parecer, giró de repente, se confundió entre la multitud que esperaba el mismo mag-lev y se coló facilmente en diferentes espacios que los seres solían considerar como propios; posteriormente, se apresuró hacia uno de los andenes a los que llegaban aerotaxis y lanzaderas.

Aquel par de tontos también cogió velocidad; el humano se tocaba la oreja izquierda como si estuviera manteniendo una conversación por el intercomunicador con su compañero, o con otros que aún no estaban en la escena. Sin mostrar ni un ápice de la sutileza de la que daba muestras el recién llegado, ambos rodearon a la multitud valiéndose de su gran envergadura para empujar y apartar a los rezagados. En lugar de abrirse paso, el recién llegado permanecía oculto entre la muchedumbre. Si sus perseguidores pensaban llegar hasta él, iban a tener que abrirse camino.

Al final, eso fue exactamente lo que hicieron, por lo que Poste decidió hacer algo que a nadie que lo conociera le resultaría extraño viniendo de él. Tan rápido como le permitieron sus piernas, corrió por la acera hacia su aerodeslizador, que estaba aparcado una planta más arriba y cerca de la salida. Saltó por encima de la puerta, que de todas formas no funcionaba, y se sentó a los mandos justo cuando apretaba el botón de encendido. Una corta fila de vehículos repulsores similares hacia cola hacia la salida, así que, haciendo caso omiso de las voces sintéticas de dos droides de seguridad y de los flashes estroboscópicos de las cámaras de seguridad, se apresuró hacia la puerta de entrada. La virtomatrícula del deslizador era falsa, así que poco importaba.

Cuando ya hubo salido del aparcamiento y maniobraba hacia la zona restringida para el tráfico aéreo que daba acceso al andén de aerotaxis, se dio cuenta de que había un buen atasco: múltiples seres se dispersaban en todas direcciones, los droides de seguridad estaban en funcionamiento y las sirenas de los coches de policía ululaban en la distancia. En un momento dado, la multitud se apartó brevemente y Poste divisó al recién llegado saltando por encima del cuerpo espatarrado de uno de los necios; el otro estaba a cuatro patas, tratando de alcanzar un bláster que al parecer había perdido y sangrando por la nariz. Sin embargo, el asombroso juego de manos o de pies, o lo que fuera que hubiese usado para inmovilizar a sus asaltantes no le había puesto totalmente a salvo. Un llamativo aerodeslizador de SoroSuub pasó volando junto a Poste; lo adelantó y se detuvo al final del andén. Dos humanoides, uno de ellos iktotchi, trepaban por la plataforma móvil de los pasajeros blandiendo sus armas relucientes. Al verlos, el recién llegado se dio la vuelta y se lanzó hacia el otro lado del cajero automático del aparcamiento de aerotaxis. El maletín negro había desaparecido.

Poste vio entonces su oportunidad y la aprovechó. Viró bruscamente alrededor del SoroSuub y dejó atrás el cajero automático justo cuando el recién llegado salía de entre la multitud, alerta como un profesional y sin muestra alguna de estar cansado.

—¡Sube! —le gritó Poste mientras lo empujaba con la mano—. ¡Vienen más!

El recién llegado lo dudó un instante, pero solo uno. Saltando por encima de la puerta, aterrizó hábilmente sobre el asiento del acompañante.

—¿Tienes un bláster?

Poste levantó la parte delantera de su camisa para mostrar una Frohard Galáctica F-7 encajada en la cintura de sus pantalones. Antes de que pudiera darse cuenta el recién llegado ya había arrebatado y activado el arma, con la que apuntaba a la sien de Poste.

—¡Será mejor que no te entrometas!

—Soy tu única salida —le dijo Poste, ojiplático.

El recién llegado lo miró cuidadosamente.

—¿Qué pasa? ¿Es tu buena acción del día?

Tras ellos, tres de los asaltantes corrían hacia el aerodeslizador, dejando atrás al compañero que había quedado inconsciente. Más atrás, dos vehículos de la policía intentaban maniobrar entre el atasco de barcazas y aerotaxis.

—¿A qué esperas?

Intentando asimilar las observaciones del recién llegado, Poste no supo reaccionar. Pero no importó porque el recién llegado puso el acelerador al máximo, lo que provocó que la cabeza de Poste chocara contra el reposacabezas y que el volante casi le arrancara las manos. Al rebotar, Poste vio que el recién llegado tenía la mano izquierda llena de sangre agarrada a la palanca de mandos y que dirigía la nave hacia el atasco. A ambos lados, los demás deslizadores los esquivaban y chocaban entre ellos. El tráfico aéreo de Nar Shaddaa solía compararse con el de Coruscant, pero había una gran diferencia: mientras que en la capital la conducción temeraria provocaba insultos o gestos obscenos en los conductores afectados, en la Luna de los Contrabandistas los afectados contestaban con disparos de bláster y se unían a la persecución.

Arrepentido ya de haberse involucrado, Poste intentó recuperar el control de la nave.

—¡Todavía estoy pagando este trasto!

El recién llegado se negó a apartar la mano.

—Pagues lo que pagues, es demasiado.

—¿Quién se supone que está salvando a quién?

—Eso aún está por ver.

El primero de los disparos de los perseguidores pasó rozando la cabeza de Poste y éste se desplomó sobre su asiento.

—¡Conduce! —le dijo el recién llegado, obligándolo a incorporarse—. Y no te distraigas. Poste lo miró sin acabar de creerse lo que estaba ocurriendo.

—¡Nos están disparando, por si no te has dado cuenta!

—Si me quisieran muerto, me habrían matado en el andén.

—Entonces a lo mejor deberías hablar con ellos.

—Sólo si pongo yo las condiciones. El recién llegado se giró sobre su asiento y apuntó al SoroSuub. El vehículo se apartó de la línea de fuego, chocó contra otro aerodeslizador más pequeño y el rebote lo devolvió al tráfico.

—¡Gira aquí! —indicó el recién llegado con la mano que tenía libre.

—Es dirección prohibida.

El recién llegado se rió.

—Desde que te he visto has quebrantado diez leyes, y ¿ahora te preocupa saltarte una señal de tráfico?

Poste hizo girar el deslizador, y esquivó el tráfico que venía de frente unos quinientos metros por encima del suelo del cañón de la ciudad.

—Muy bien. No te distraigas.

—Como si tuviera elección.

—Tenías elección cuando me invitaste a subir.

—Y aún no sé en qué estaría pensando.

—Claro que lo sabes —dijo el recién llegado—; eres un estafador.

Poste arqueó las cejas.

—¿Un estafador?

—Esperas sacar algo de todo esto. Poste se tragó lo que le estaba pasando por la cabeza y empezó de nuevo.

—¿A quién has cabreado? El recién llegado negó con la cabeza.

—Aún no lo sé.

—¿Qué llevabas en el maletín?

—Nada.

—Nada importante, quieres decir.

—No, quiero decir que estaba vacio. —El recién llegado se incorporó para mirar por el espejo retrovisor y continuó—: Coge la segunda sima.

—¿Conoces la zona?

—No tanto como antes —aclaró mientras se protegía los ojos de la intensa luz de Y'Toub con una mano—; adelanta a aquel camión y cámbiame el asiento.

Poste lo miró detenidamente.

—La primera impresión que me diste era cierta. Te has escapado de un psiquiátrico.

—He pilotado swoops, deslizadores, saltacielos y casi cualquier cosa que vuele —replicó el recién llegado mientras le amenazaba con el bláster—; vamos, muévete.

Poste cerró de nuevo la boca y se trasladó al asiento del acompañante. El recién llegado puso el deslizador de nuevo en movimiento y salió disparado hacia el tráfico, haciéndose hueco entre los demás vehículos cuando le era preciso.

A cincuenta metros de ellos, el piloto del SoroSuub intentaba, no sin esfuerzo, recortar distancias, al menos para tenerlos a tiro.

El recién llegado miró a Poste.

—¿De verdad sabes usar un bláster o lo llevas sólo de adorno?

—¿De adorno? —se rió Poste ante la ocurrencia de su interlocutor—. ¿Dónde has estado escondido durante los últimos cincuenta años?

—¿Sabes usarla o no? —Claro que sí.

El recién llegado lanzó el arma a la mano de Poste.

—Colocaré nuestra nave detrás del SoroSuub. Cuando lo haya hecho, dispararás al compartimento del repulsor. Con eso pondremos fin a esta persecución.

Poste miró hacia atrás por encima de su hombro izquierdo para enfocar el SoroSuub.

—Tendrás que sacarles más ventaja.

—¿Qué dices?

—Para ponerte detrás de ellos, da la vuelta al edificio del TransBormea. Si nos siguen…

Con un acelerón, el recién llegado tomó la vertical con el deslizador y dibujó un bucle perfecto que los colocó justo detrás del vehículo que los perseguía.

—¡Dispara!

Poste intentó contener la respiración y entrecerró los ojos para enfocar mejor.

—¡Dispara!

Sin tener muy claro el objetivo, Poste disparó tres veces; el último de ellos logró su objetivo, prendió el compartimento del repulsor y la zona empezó a arder. Una nube de humo negro ascendía desde la parte trasera del vehículo y el SoroSuub empezó a ladearse sin control hasta que perdió altitud. Poste se inclinó sobre la puerta lateral del lado del acompañante para ver la espiral descendente que trazaba el deslizador hacia las profundidades de Nar Shaddaa.

—Bien hecho —dijo cuando pudo—, realmente increíble.

El recién llegado ascendió hasta una plataforma de aterrizaje atestada de gente, apagó el deslizador y saltó afuera. Cuando se hubo escurrido entre los controles y miró hacia arriba. Poste se encontró con un fajo de créditos frente a la cara.

—¿Es suficiente?

Poste estuvo a punto de aceptarlos pero enseguida negó con la cabeza.

—Guárdalo; me has enseñado una valiosa lección sobre ir acogiendo extraños por ahí.

El recién llegado esbozó una suave sonrisa.

—Tú verás. —Se guardó los créditos de nuevo en el bolsillo de la chaqueta, dio un paso atrás para echar un vistazo a la nave y dijo—. ¿Quién le hizo la pintura?

Poste se señaló a sí mismo.

—Yo.

—Parece un caramelito. Poste suspiró con desgana.

—¿Primero eres un piloto de swoop y ahora eres crítico de arte?

—Extirpa las llamas.

—¿Que extirpe…?

—Y necesita unos ajustes.

—Ya lo creo, después de tus alardes de conducción.

—Y cámbiale el relé del sobrealimentador de turbina. Poste midió sus palabras.

—Vale, puede que no seas un completo psicópata. —Encendió la nave de nuevo y se despidió—: Aun así, espero no volver a cruzarme contigo.

—Un momento —dijo el recién llegado.

Poste se giró ligeramente en su asiento.

—Necesito cierta información.

—Vaya, qué sorpresa.

—Te gratificaré por ello.

Poste se rió abiertamente.

—¿De qué mundo vienes, que usas palabras como «extirpar» y «gratificar»?

El recién llegado hizo caso omiso a la pregunta.

—Estoy buscando a unos chatarreros que trabajaban en el espacio que circunda Nar Shaddaa hace unos sesenta años estándar, más o menos.

—Sesenta… —Poste gesticuló con desdén—. ¡Vete a la biblioteca!

—Eso pensaba hacer. Pero necesito que alguien haga unas averiguaciones en los bajos fondos mientras yo lo intento. ¿Conoces a algún mecánico o ingeniero de naves que haya podido estar trabajando por aquel entonces?

—Viejos.

—Sí, más bien.

—Hay un par de seres que… —Inclinó la cabeza hacia un lado y terminó la frase—: Bueno, aún en el caso de que estuviera tan loco como para querer echarle una mano, ¿cómo contactaré con usted si me entero de algo?

—¿Tienes un intercomunicador?

Poste buscó en el bolsillo de sus pantalones y encontró un intercomunicador que puso sobre el asiento. El recién llegado puso su intercomunicador justo al lado del otro.

—Emparéjalos.

Poste activó la conexión.

—¿Me dices cómo te llamas? —preguntó cuando le devolvía el intercomunicador al recién llegado.

—De momento no.

El hombre rubio se volvió y desaparecio entre la multitud.

Jadak se presentó en la Slag Pit II media hora antes de la cita que había programado con el chanchullero que su intercomunicador identificó como Flitcher Poste. Ya era de noche en Nar Shaddaa y Nal Hutta protegía la luna de la luz de Y’Toub. Esperó afuera, al otro lado de la calle, vigilando la puerta de entrada, hasta que reconoció a Poste entre una multitud heterogénea. Poste era un muchacho fornido, de unos veinticinco años, que tenía una cara agradable de hechuras simétricas con las cejas pobladas. El pelo tenía reflejos rubios y castaños y lo llevaba pegado a la cabeza, peinado desde la frente. Si Poste se había criado en Nar Shaddaa y todavía vivía de desplumar a los turistas, debía de haber pasado una infancia pésima entre la clase más baja de la sociedad. Jadak lo vio acercarse al tapcafé e intercambiar saludos con varios seres. Había venido solo, tal y como Jadak le había ordenado, y estaba tomando las precauciones acordadas. Jadak esperó un poco más para asegurarse de que no aparecía nadie inesperado y después entró en el Slag Pit II por la puerta lateral.

Llevaba dos días realizando incursiones desde un cubículo del hotel, en el corazón de lo que antes era el Distrito Rojo. Sus investigaciones le habían conducido a un par de pistas prometedoras, pero esperaba que Poste tuviera algo más concreto que él. A la espera de que sus ojos se acostumbraran a la luz tenue del tapcafé, Jadak dio una vuelta completa a la gran estancia principal antes de dirigirse a la mesa de Poste, que sostenía

una bebida frente a él. Jadak hizo una señal a una de las camareras y le pidió un Meranzane con hielo. Se acercó a Poste, quien se sobresaltó al verlo, y se sentó en el asiento de enfrente.

—Ya no sabía si aparecerías —dijo Poste con sorpresa.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Pensé que a lo mejor ya habías averiguado lo que querías saber.

—Pués no ha sido así —contestó Jadak. La camarera se acercó con la bebida que había pedido y él la probó dejando que el licor se quedara un rato en la boca—. El tipo que mencionaste…

—Vendrá hasta aquí, pero vive lejos. Le prometí que valdría la pena el desplazamiento, sea como sea. Jadak asintió.

—Ya te dije que así sería. ¿Que sabes de él?

—No mucho, excepto que se le consideraba uno de los mejores mecánicos hasta que ocurrió algo que lo hizo esconderse durante un par de años. Cuando regresó, empezó a trabajar exclusivamente para el Sol Negro; se encargaba del mantenimiento de sus cargueros. Si no conoce a quienquiera que estés buscando, sabrá de alguien que sí.

Poste se detuvo unos instantes.

—¿Puedo preguntar ya de qué va todo esto?

—Es mejor que esperemos a que llegue el mecánico.

—Bueno, la verdad es que aún no estoy seguro de querer mezclarme en toda esta historia. La forma en que te desenvolviste con aquel par de necios… ¿eres un agente de la secreta? ¿Un agente aliado? —Inhaló profundamente y siguió—: Es como si tuvieras esa… aura alrededor. ¿Y ellos quiénes eran, rivales? ¿Enemigos?

—Baja la voz, anda —instó Jadak.

—Sólo intento decirte que no tengo grandes sueños; me conformo con la vida que estaba llevando. Jadak se recostó sobre la silla.

—¿Robando billeteras? ¿Agenciándote de maletas ajenas en el puerto espacial? ¿Rompiendo ventanillas y colándote por los lados? ¿Pequeños hurtos durante los fallos eléctricos mientras otros asisten a funerales?

Poste asintió con una mirada cómplice.

—¿Lo ves? Si hasta hablas como policía —dijo mientras se levantaba de su asiento. Jadak lo agarró por la manga de la chaqueta.

—Siéntate. Te lo explicaré todo cuando hablemos con el mecánico.

—Bammy. Jadak levantó la vista por encima de su bebida.

—Bammy Decree. Ése es su nombre —dijo Poste, señalando con la barbilla hacia la barra circular—. Y supongo que es ese de ahí.

Jadak siguió la mirada de Poste hasta un humano anciano, elegantemente vestido pero ligeramente encorvado y con cierta cojera o quiza con piernas centenarias.

—¿Eres tú Flitcher Poste? —preguntó al acercarse a la mesa.

—Sí, soy yo.

Poste se levantó para ayudarle a sentarse, pero Bammy Decree declinó la oferta con un gesto y se sentó sin ayuda alguna. Y sin dejar de mirar, desconfiado, a Jadak.

—He venido hasta aquí desde el Sector Duros.

—Lo sabemos —dijo Poste con amabilidad—, y se lo agradecemos enormemente.

Decree miró a Jadak de nuevo.

—Pues vayamos al grano, entonces.

Jadak entrelazó los dedos de ambas manos y se inclinó hacia delante sobre la mesa.

—Bammy, necesito información sobre un YT-1300 que colisionó contra una nave corelliana hace sesenta y dos años.

Decree abrió la boca y no dejó de mirar a Jadak, atónito.

—¿Te refieres al *Emisario Estelar*?

Jadak saltó de la silla de la emoción y tuvo que contenerse para hablar sin levantar la voz.

—Eso es, Bammy. ¿Cómo es que la conoces?

Decree sonrió dejando entrever sus dientes amarillentos.

—¿Que cómo la conozco? Porque reconstruí aquel carguero de cabo a rabo tras el accidente. Le añadí piezas de un carguero YT-1300p, le reajusté los motores y el núcleo de energía, le aumenté el acorazado y el hiperimpulsor, rehíce todo su interior e incluso le instalé un cerebro droide nuevo.

Jadak colocó su mano, amablemente, sobre el brazo de Decree.

—Bammy, ¿quién la compró?

Decree miró la mano de Jadak hasta que éste la retiró.

—Un jefe criminal llamado Rej Taunt.

—¿Y ese tal Taunt sigue vivo? —-preguntó mientras memorizaba el nombre.

—Oh, sí.

—¿Y todavía tiene el *Emisario*?

—Él la rebautizó con el nombre de *Segunda Oportunidad*, pero no, ya no la tiene —dijo Decree con una tímida sonrisa—. Se metió en algún otro lío con aquella nave por algo que yo hice sin querer. Ya ve, yo le había instalado un cerebro fabricado por colicoides y, un buen día, resulta que activó un cargamento de droides zumbadores procedentes del mercado negro que Rej transportaba para un vigo de Sol Negro. Rej logró tirar por la vorda los droides antes de que desmantelaran el *Segunda Oportunidad* pero los droides fueron a por el crucero Imperial que venía a interceptar nuestro carguero. —Miraba primero a Jadak y luego a Poste, y así una y otra vez mientras decía—: El crucero quedó hecho añicos y murieron más de setenta y cinco hombres y muchos más soldados de asalto. Poste silbó.

—¿Y qué pasó con Taunt?

En lugar de responder, Decree miró de nuevo a Jadak y dijo:

—Disculpa, no recuerdo tu nombre.

—Jadak.

Decree le miró confundido.

—¿Tienes algo que ver con Tobb Jadak?

Jadak se puso tenso.

—Se podría decir que sí.

—Eres su hijo, ¿no? —preguntó Decree tras humedecer los labios.

—¿El hijo de quién? —preguntó Poste.

—El hijo del piloto que murió en la colisión —contestó Decree sin quitar la vista de Jadak.

—No, la verdad es que soy yo —terminó diciendo Jadak. Decree palideció por completo.

—Pero… eso es… imposible.

—Sobreviví al accidente.

—Sobreviviste al accidente… —Decree intentaba asimilar la información que acababa de recibir—, pero aún así…

—No aparento mi edad, lo sé —dijo Jadak, señalándose a sí mismo—, pero créeme, Bammy, debajo de todo esto, soy mayor que tú. Pero, dime, ¿cómo sabías mi nombre?

—Por el registro de vuelo del YT —dijo Decree cuando recuperó la voz—. Reconstruí la historia completa de la nave. —Se pasó la mano por la cara antes de continuar—: ¿Y ahora la estás buscando?

—Sí.

Decree entrecerró los ojos.

—Rej debería de saber donde acabó. Yo puedo ayudarte a encontrarle.

—¿Dónde está, Bammy?

—Bueno, estuvo en Oovo IV durante un tiempo. Ahora está en Carcel.

—¿En la prisión? —preguntó Poste.

—No creo que esté allí por las aguas —dijo Decree, sonriendo.

Cuando Bammy Decree abandonó finalmente el Slag Pit II tres horas más tarde, se tambaleaba mucho más aún que cuando había llegado. Acababa de recontar todo lo que había descubierto sobre el pasado del *Emisario Estelar* y Jadak le había contado lo ocurrido en los sesenta y dos años que estuvo en coma. Jadak le quitaba importancia al hecho de que estuviera buscando la nave y desdeñaba al Grupo República como algo más que un servicio de correos. No había mencionado que el *Emisario* fuera la clave para localizar un tesoro escondido, aunque sabía que tendría que hacerlo en algún momento si quería que Poste le ayudara con la búsqueda. El chaval no era muy hábil con el bláster ni el aerodeslizador, pero tenía otras habilidades de las que Jadak carecía, y estaba al tanto de la vida moderna. Además, era muy observador, y no le vendría mal otro par de ojos para detectar quiénes iban tras él ahora que había empezado a moverse.

Jadak le pagó a Bammy más de lo que Poste habría imaginado por la información sobre la vieja nave y lo envió de vuelta al Sector Duros en una aerolimusina privada cuando la breve noche planetaria de Nar Shaddaa empezaba a decaer.

—Vaya, no me esperaba algo así de ti —dijo Poste cuando Jadak hubo regresado a la mesa.

—Y tú me recuerdas a un viejo amigo mío —contestó Jadak—. Se llamaba Reeze y era mi copiloto cuando nos estrellamos contra el carguero. Él murió en el accidente. Poste frunció el ceño.

—¿Ese Reeze tiene algo que ver con el hecho de que estés buscando la nave?

—Sí, aunque no es la única razón —contestó Jadak mientras se inclinaba hacia delante para acercarse a su interlocutor y hablarle en voz baja—. Poste, ¿qué me dirías si te contara que el *Emisario Estelar* es la clave para encontrar un tesoro de un valor incalculable?

Poste lo miró por encima de la botella de cerveza.

—¿En qué sentido: sobre si lo sabía o sobre si puedo calcular ese valor?

—Ambas cosas.

Poste bebió un trago, bajó la botella de nuevo y se limpió la boca con el reverso de la mano.

—Primero te preguntaría que cómo lo sabes.

—Me lo dijeron los tipos que me estaban pagando por pilotar el YT. Reeze y yo teníamos que entregársela a alguien cuando tuvimos el accidente.

—¿Y el YT es la clave para encontrar ese tesoro?

Jadak asintió.

—Entonces no sabes dónde está el tesoro. —Se lo suficiente. Y lo que no sé yo, lo sabe la nave.

De repente, una expresión de sorpresa inundó la cara de Poste.

—¿Me estás pidiendo que te acompañe a la caza de un tesoro? —La oportunidad de tu vida, chico. Poste rompió a reír a carcajadas.

—Debes sufrir demencia espacial.

—¿Has salido alguna vez de esta roca?

—No, pero…

—Te estoy ofreciendo una oportunidad que no puedes dejar escapar.

Poste no dejaba de mover la cabeza de un lado a otro.

—Jadak, permíteme recordarte que hay un grupo de tipos armados con blásters buscándote. Te agradezco la oportunidad que me ofreces de ver la galaxia, pero no me apetecería volver a Nar Shadaa dentro de una bolsa.

—Podremos con ellos —contestó Jadak con un gesto de desdén.

—Podremos… —Poste tomó otro trago de la botella de cerveza—; por cierto, ¿por qué te persiguen?

—Supongo que esperan que los lleve hasta el tesoro.

—A lo mejor puedes hacer un trato con…

—Olvídalo —dijo Jadak justo antes de terminar su bebida de un trago—. No te miento con lo de la nave, Poste, y lo único que te espera en Nar Shaddaa es una temporada en la cárcel. Lo sabes tan bien como yo.

Poste juntó las manos y se recostó sobre el respaldo de la silla.

—Aún en el supuesto caso de que esa nave tuya siguiera de una pieza, podría estar oxidándose en el otro extremo de la galaxia.

—No vas a decirme nada que no se me haya ocurrido a mí antes. Ya le he dado muchas vueltas al tema. Sí, a lo mejor ahora es un montón de chatarra. A lo mejor la hicieron añicos durante la Rebelión, o desapareció por completo durante la guerra contra los yuuzhan vong. A lo mejor está en un desguace hecha piezas. Si al final resulta que se cumple alguna de esas opciones, te pagaré por tus servicios como guía en la vida moderna, nos estrecharemos la mano y nos diremos adiós. —Paró para tomar aire y continuó—: Pero si la encontramos…

Ahora era Poste el que se arrimaba a su compañero de confidencias.

—Si encontramos la nave, nos repartimos a la mitad, encontremos lo que encontremos.

Poste pellizcaba suavemente su labio inferior con los dedos pulgar e índice.

—Aparte, ¿quién financiaría la búsqueda?

—Tengo algunos ahorrillos.

—¿Cuánto?

—Cerca de ocho mil créditos.

Poste no disimuló su asombro ante las buenas nuevas.

—Vaya, con esa cantidad podríamos viajar una buena temporada; bueno, depende de dónde esté la nave porque, claro, como tengamos que viajar hasta Ord Mantell o algo así…

—¿Qué tal si empezamos por Carcel y vemos adónde nos lleva la siguiente pista?

Poste esbozó una sonrisa.

—Seguro que hace décadas que Rej Taunt no recibe visitas.

CAPÍTULO DIECISIETE

—Un poco más hacia la izquierda —dijo Lestra Oxic al droide—, asegúrate de que está bien centrado antes de ponerlo en el suelo.

El droide que transportaba la carga hizo una serie de ajustes y colocó, muy despacio, el pedestal de mármol en el suelo, junto a la chimenea del estudio. Oxic le indicó al droide que se apartara y dio un paso atrás para admirar el resultado. Una vara metálica muy delgada de medio metro de longitud se extendía desde la superficie del pedestal. La vara terminaba en un receptáculo con forma de copa, no mucho más ancho que el pulgar de Oxic, en el que colocó una esfera de cristal. El más pequeño, pero también más caro, de los objetos que compró en la subasta era una esfera con un mapa estelar que, al parecer, pertenecía a una vasta colección de objetos muy similares que en su tiempo pertenecieron al templo Jedi. El cristal fue hallado por el miembro de un equipo de reconstrucción poco después de que terminara la guerra yuuzhan vong. Lo sacaron del planeta de contrabando y lo dejaron en un almacén de Bilbringi. Lo encontró accidentalmente un droide de limpieza. Se desconocía a quién se lo había comprado el coleccionista privado que, al final, lo subastó en Hydians. En tiempos de los Jedi de la Antigua República, las funciones de mapa de la esfera se activaban con un lector en forma de copa muy similar al facsímil que Oxic había fabricado para hacer de recipiente. Ahora, la esfera se activaba con un control remoto que venía con el artilugio.

Oxic se movió hacia el centro de la estancia y accionó un botón del control remoto. Al instante, la esfera de cristal se inundó de una luz brillante que expandía una especie de nova, y la habitación se llenaba de diminutos globos iluminados. Con la cara erguida y llena de lunares de luz, Oxic daba vueltas por la estancia cuando las puertas de madera del estudio dieron paso a Koi Quire.

—Impresionante —dijo ella, mirando alrededor.

—Los sistemas estelares del macrosector Joya Brillante —dijo Oxic mientras apagaba el control remoto y la miraba.

—Aquí están.

El echó un vistazo a su reloj.

—No debería haberme entretenido con esto. El caso coli-coide tiene que estar terminado para mañana. Sería fantástico ganar ese juicio, pero para ello tendremos que preparar concienzudamente a nuestro testigo principal.

—Yo me encargaré de Cynner y los demás, si quieres.

Oxic se lo pensó un momento.

—No, será mejor que se lo diga yo si queremos evitar errores en el futuro. Diles que vengan.

Quire asintió con un movimiento de cabeza y partió. Oxic empezó a caminar frente al ventanal que daba al lado oeste del edificio con las manos entrelazadas por detrás de la espalda y avanzando un metro a cada zancada que daba. Las vistas mostraban la Ciudad de Epica, que en los últimos años había crecido hasta llenar el valle que formaban las montañas circundantes. Donde antes la Casa de Subastas Hydians era el centro de todas las miradas, ahora habían florecido numerosas edificaciones de la era de la República profusamente adornadas. Las frías aguas del mar colindante creaban una niebla que oscurecía la ciudad durante gran parte del año, pero la mansión de Oxic estaba muy por encima de esa línea de niebla, y aún cuando los demás no se veían las manos frente a la cara, él disfrutaba del cielo azul celeste.

El cristal con el mapa de las estrellas era uno de los muchos ejemplos de auténtica artesanía del Coruscant de la República en la que Oxic se había gastado una fortuna durante los últimos veinte años. Pero él coleccionaba por amor y no como método de inversión. Algunos de sus recuerdos más añorados pertenecían a aquellos años que él había pasado en la capital antes de las Guerras Clon, disfrutando de un gran nivel de vida entre senadores, dignatarios y demás celebridades a los que representaba con su bufete de abogados. Durante la guerra, Oxic había trabajado con frecuencia como abogado defensor de aquellos seres acusados de sedición por el Canciller Palpatine y su cuadro de siniestros subordinados, a quienes Oxic odiaba con todas sus fuerzas. Desde entonces, la empresa había ido menguando en tamaño, si no en importancia, y ahora era más que nada un proyecto personal, aunque Oxic tenía casi cien empleados en diversos puestos. Escoltados por la impresionante Koi Quire, entraron cuatro de ellos en su despacho. Dos, por lo Oxic notó de reojo, todavía llevaban parches de bacta como consecuencia de la chapuza de Nar Shaddaa.

Acostumbrado a actuar frente a jurados y jueces, Oxic ejercía ahora de ambos a la vez, y no le gustaba. Era famoso por su habilidad para sintetizar información y por hablar con una facilidad envidiada por abogados de todas las especies; sin embargo, ahora no le salían las palabras. Cuando dejó de contemplar el paisaje exterior y se volvió hacia Quire, la mujer que mejor lo conocía tampoco supo qué decir y se limitó a encogerse de hombros.

Oxic se detuvo y miró a sus empleados.

—¿Tenéis idea de cuánto dinero he invertido en ese hombre?

Su propio enfado lo pilló por sorpresa y enseguida se arrepintió de haber empezado con una pregunta. Aunque tampoco importaba mucho; habían pillado lo importante. Por eso Quire se mostró compungida. Ella ya le había advertido que no debía dejar que el nautolano fuera a recoger al sujeto. Ahora, los cuatro se comportaban como era de esperar: cabizbajos, miraban hacia el suelo.

—Miradme.

Levantaron sus cabezas al unísono.

—No es un criminal. No se trata de un delincuente que acaba de quebrantar la condicional. ¿Por qué tuvisteis que tratarlo tan mal?

—¿Porque no se nos ocurrió ninguna otra forma? —contestó Cynner, en calidad de portavoz.

Oxic se colocó frente a él para dejar bien clara la diferencia de altura entre ambos.

—¿Eso ha sido una pregunta o una afirmación? Porque si se trata de lo último —añadió mientras los presentes intercambiaban miradas de desconcierto—, no hay motivos para que conserves tu puesto.

—No es que no sepamos cómo, sino que no esperábamos esa reacción.

—¿De qué reacción me hablas? —preguntó Oxic.

Los seis tentáculos de la cabeza de Cynner se agitaron denotando nerviosismo mientras él gesticulaba ante el único humano del cuarteto.

—La nariz de Remata; mis costillas.

—Mi aerodeslizador —señaló Oxic.

—El aerodeslizador —asintió Cynner.

—Sabía que lo estaban siguiendo —dijo Remata— y, en realidad, sí se comportó como si hubiera roto la condicional.

—¿Y no se te ocurrió, por ejemplo, esperar a que estuviera en un lugar más reservado que el puerto espacial, algún sitio en el que no hubiera tantas cámaras grabando cada uno de tus movimientos?

—Su reacción habría sido la misma —sentenció Cynner.

Oxic miró a Quire y ella asintió con una mirada de superioridad. Tras suspirar profundamente, él cruzó los brazos sobre el pecho y dijo:

—La próxima vez mis instrucciones serán muy precisas.

Era una señal para que se marchasen. Se levantaron y salieron ordenadamente. Quire se acercó a la barra y sirvió una bebida a Oxic.

—Lo único que vas a conseguir enfadándote es estropear el trabajo que ha llevado a cabo el doctor Sompa durante todos estos años —le indicó.

Oxic se apresuró hacia el panel-espejo para comprobar que no le había salido ninguna arruga más en la cara.

—No todas las especies tienen el don de la perfección natural como tú, Koi.

—Y muy pocas han podido comprar la longevidad de la tuya. ¿Qué importa la imagen?

Miró el reflejo de Quire en el espejo y añadió:

—No soy un hutt, yo sí tengo que mantener una imagen pública. ¿Cómo iba a ganar casos contra abogados más jóvenes si pareciese un anciano tullido?

Quire le tendió el vaso y Oxic se fue hacia el sofá.

—Sompa es un idiota. No debería haber aceptado su plan. Si le hubiera dicho la verdad sobre el accidente a Jadak o hubiera intentando que recuperara la memoria, ahora podríamos tenerlo bajo custodia en Aurora. Y en lugar de eso, le hemos dado una misión

nueva, otro misterio que resolver. —Mirando a Quire, prosiguió—: ¿Todavía está en Nar Shaddaa?

—No lo sabemos —contestó.

Oxic se incorporó y preguntó:

—¿No me irás a decir que le hemos perdido?

—Nar Shaddaa ya no es lo que era. No saldrá del planeta sin que nos enteremos —le contestó ella en tono apaciguador.

Oxic se levantó y se alejó del sofá mientras preguntaba:

—¿Qué es lo que sabemos?

—Las cámaras de seguridad del puerto espacial grabaron unas imágenes de la nave en la que escapó y otras en las que también sale el dueño de la misma. Aunque no estaban muy nítidas, hemos logrado recomponer la cara del dueño. Se llama Flitcher Poste y es un huérfano del cañón. Tiene antecedentes por delitos menores y ha pasado por diversos centros de detención de Nar Shaddaa. —Quire extrajo un aparato electrónico de su bolsillo y prosiguió—: ¿Quieres verle?

—¿Por qué iba a querer? —preguntó extrañado Oxic.

—Porque tengo la impresión de que ahora Poste y Jadak trabajan juntos.

Oxic se tomó un momento para contestar.

—¿Se conocían de antes?

—No, que sepamos. Pero pensé que tenía que haber algo que los relacionara y le pedí a Cynner que encontrara a Flitcher Poste, por si eso nos llevaba hasta Jadak. No nos costó mucho encontrar a Poste y seguirlo, al menos por un tiempo.

—¿Le habéis perdido?

—Poste pasó un día, más o menos, visitando diferentes talleres de naves y haciendo preguntas sobre mecánicos que estuviesen trabajando hace unos sesenta años.

Oxic reflexionó sobre lo que acababa de oír.

—Cuando Jadak tuvo el accidente.

—Creo que está buscando la nave que pilotaba entonces, el *Emisario Estelar*. —Koi Quire esperó a que Oxic se sentara y prosiguió—: No conseguimos pinchar las comunicaciones de Poste, pero nos enteramos de que se reunió con alguien en un tapcafé del sector corelliano.

—¿Con Jadak?

Quire asintió.

—Sí, pero lo descubrimos después. Habíamos estado mostrando sus fotos en diferentes bares y cantinas cuando nos lo dijeron. Jadak y Poste se reunieron con un humano de avanzada edad que alguien identificó como un mecánico del Sol Negro.

Oxic la miró atónito.

—¿Del Sol Negro?

—No creo que haya conexión alguna. Seguro que todo se reduce a su deseo de encontrar la nave —explicó ella mientras él la miraba nervioso—. ¿Te dijo el senador Des’sein algo que sugiriese que la nave iba a jugar un papel crucial en todo este asunto?

Oxic rememoró las confesiones que su viejo amigo y cliente le hizo en su lecho de muerte. Uno de los senadores más ruidosos de los más de dos mil que se habían unido para oponerse a la fuertes medidas que había tomado Palpatine, antes y durante las Guerras Clon. Des'sein era, además, miembro de una organización clandestina que se hacía llamar Grupo República. El grupo desenmascaró varios traidores que tenían en el Senado tras seguir la estela de los créditos que fluían de Coruscant hacia los fabricantes de armas y las empresas constructoras de naves de toda la galaxia. Poco después de que Palpatine proclamara su Imperio, desaparecieron numerosos miembros del Grupo República; a otros los mataron. Des'sein logró sobrevivir, aunque no como político, sino como consultor de negocios. Fue entonces cuando floreció su amistad con Oxic. Conocedor de todos sus negocios, Oxic redactó el testamento de Des'sein y estuvo presente en la boda de su hija. Cuando una enfermedad congénita estaba a punto de llevarse a su viejo amigo, Oxic viajó a Coruscant desde Epica para estar junto a él.

En aquel momento, en su lecho de muerte, Des'sein le confió el secreto. Temerosos de que, algún día, Palpatine se autoproclamara Emperador, el Grupo República había escondido un tesoro en un mundo remoto, un tesoro que, al menos eso esperaban, sería suficiente para restaurar la República. La clave para localizar el secreto la tenía un antiguo piloto del Grupo República, de nombre Tobb Jadak, que había desaparecido pocos días antes de que finalizara la guerra en un carguero YT-1300 del 25 llamado *Emisario Estelar*.

Había más gente que sabía de la existencia del tesoro escondido; algunos incluso habían intentado encontrarlo, pero sólo Oxic sabía el nombre de Jadak. Y aún con el nombre, no supo nada de él hasta poco después de la batalla de Endor, cuando llegaron a sus manos unos documentos pertenecientes al que había sido Director del Servicio Nacional de Inteligencia, Armand Isard. Oxic los mantuvo alejados de la hija de Armand, que terminaría siendo su sucesora y verdugo. Los documentos en cuestión contenían una breve mención al *Emisario Estelar,* al que habían perseguido desde Coruscant con pilotos clon durante una batalla. Los clones no habían logrado seguir al *Emisario,* pero sí registrar las coordenadas del salto al hiperespacio de la nave. Tras un año investigando posibles destinos, Oxic descubrió no sólo que el *Emisario Estelar* había saltado a Nar Shaddaa, sino también que Tobb Jadak había sobrevivido al accidente, aunque llevaba más de veinte años en coma.

Tuvo que desembolsar una gran cantidad de dinero, pero Oxic hizo que trasladaran a Jadak hasta las instalaciones médicas de Aurora, donde un joven neurocirujano llamado Sompa se encargaría de supervisar su estado y de controlar una posible recuperación, lo que no tuvo lugar hasta cuarenta años más tarde.

—Des'sein me dijo que Jadak era la clave —dijo finalmente Oxic.

—¿Será que había escondido algo dentro del *Emisario*? —preguntó Quire—. O a lo mejor la nave sabe algo sobre la ubicación del tesoro que Jadak no sabe.

Oxic se levantó como un resorte.

—Deberíamos haberle puesto un localizador.

—Sompa no lo habría aceptado.

—Sompa, Sompa —dijo Oxic mientras daba vueltas—. Estoy harto de oír ese nombre.

—Ya, hasta que decidas volver a Aurora para uno de tus tratamientos —contestó ella con una sonrisa.

Oxic dejó escapar un suspiro.

—Puede que me conozcas mejor que yo mismo.

—A veces hacen falta dos seres imperfectos para crear uno perfecto.

Como si no se diera cuenta de que tenía en la mano el control remoto del mapa estelar, empezó a apretar el botón de encendido y apagado, encendido y apagado.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Ya se había convertido en una costumbre para momentos de aburrimiento o preocupación: Han, con una barba y una peluca falsas, metía la mano en el bolsillo de su pantalón para coger el transpondedor arcaico. Lo movía de un lado a otro en su mano y pasaba el pulgar por la superficie en forma de «T» de ese artilugio. Lo levantaba como intentando averiguar su peso en vez de querer saber su misteriosa función.

Si se hubieran planificado correctamente para llegar a Taris, habría podido reunirse con Vistal Purn el día anterior. Ahora, el que una vez había sido dueño del *Halcón Milenario* y anterior director del Circo Molpol se encontraba supervisando las valoraciones a las criaturas que buscaban un título en el Decimoquinto Concurso Anual de Mascotas de Sok Brok.

Cualquier posible reunión con Vistal tendría que esperar hasta después de la entrega de premios.

A unas doce filas de donde se había sentado él con Leia, Allana y C-3PO, había cientos de mascotas acompañadas de sus dueños o de adiestradores desfilando sobre la arena, pavoneándose entre los jueces con la esperanza de que los coronaran como el más feroz de su especie o el más feo del concurso. Para Han, el concurso no tenía que ver con el talento o las habilidades más de lo que consistía en saltar con elegancia, postrarse con gracia o caminar con estilo. En una galaxia en la que numerosas especies habían evolucionado hasta la autoconsciencia, la simple noción de tener mascota era algo que Han no podía entender. Sobre todo porque hasta en el sistema estelar más remoto había quien adoraba a sus nagaths enanos y a sus moings de juguete más que a sus propios hijos. A veces era un espectáculo lamentable y, a menudo, de lo más cómico. Sobre todo en el concurso de Sok Brok, donde era bastante habitual encontrarse con un critokiano aracnoide que paseaba a su ornuk bípedo, o a un felino sanus de la correa de un dug de aspecto canino mucho más pequeño. En ocasiones, el dueño era incluso más exótico que la mascota en sí; otras veces, las mascotas hacían que sus dueños pareciesen seres cuya evolución no había implicado la aparición de la consciencia.

En un extremo de la zona acotada para la competición, había un hombre-lobo shistavanen cuyo aspecto era mucho más feroz que el de la anooba de grandes dientes y garras que estaba mostrando. No muy lejos, había una sauvax que habría estado mejor como plato principal en un mundo acuático que como compañera de la bestia con la que la habían emparejado. El calibop de melena encrespada que estaba detrás del sauvax tenía

más pinta de echar a volar que el mismísimo reptoave, sin plumas, eso sí, que llevaba sobre el hombro.

Han se había sentado pacientemente durante la entrega de premios a los más feos en la categoría de roedor, marsupial y reptil, pero su paciencia llegó al límite cuando los gandíanos y demás dueños de otros insectoides hicieron su aparición en la arena con sus escarabajos bandara y sus escorplanes. El mero aspecto repulsivo de estas mascotas le puso los pelos de punta.

Allana, sin embargo, estaba fascinada. Ella siempre había mostrado una gran empatia hacia animales y otras criaturas, incluso hacia aquellas que Han consideraba asquerosas. Era algo que la niña tenía en común con su padre.

C-3PO solía entretenerte con el cuento de El cachorrito de bantha perdido. *Os llevaba a ti y a Jaina a zoos y hábitats lúdicos. Una vez, te escapaste y te adentraste tú solo en uno de los cañones más peligrosos y tenebrosos de Coruscant*.

Han intentó cortar ese hilo de ideas, pero no lo logró.

Te secuestró Hethrir. Rescataste a tu madre de las fauces del Maestro de Guerra Tsavong Lah. Viste morir a tu hermano y Vergere te torturó. Mataste *a Onimi. Pasaste cinco años de tu vida aprendiendo de seres sensibles a la Fuerza de toda la galaxia y regresaste siendo alguien distinto.*

¿Cómo era posible que te hubieras convertido en lo que llegaste a ser? De ser mi adorado hijo te convertiste en alguien tan irreconocible que me dolía admitir que yo era tu padre, y mucho más decir que yo te había criado. ¿Cómo pude permitir que crecieras lejos de mí, en un lugar tan inaccesible, tan distante, y te convirtieras en alguien tan aferrado a sus propias ideas sobre lo que estaba bien o mal que hasta los Jedi se pusieron en tu contra? ¿Llegaste a transmitirle a tu hija tu ambición? ¿Ha heredado ella tu susceptibilidad, tu curiosidad, tus debilidades y tus fortalezas? ¿Ella también se verá atraída por falsas promesas y objetivos inalcanzables? ¿Con cuánta atención tenemos que vigilarla, Jacen? ¿O acaso ella es una alternativa positiva al futuro que tú representaste?

Han juntó las manos y tomó aire entrecortadamente.

Quiero ser capaz de perdonarte…

Han notó que alguien le tiraba de la manga y se volvió hacia Allana.

—¿Qué pasa, cariño?

—¿Podemos ir a por golosinas?

—¡Creía que no me lo ibas a preguntar nunca! —dijo Han, sonriendo.

—Capitán Solo —dijo C-3PO—, me encantaría poder acompañarlos…

—De eso nada. Tú te quedarás aquí con Leia —replicó Han mientras señalaba hacia la pista—. Escoge la raza que más te guste y a lo mejor te compramos uno. —Después miró a Leia, cuyos ojos se escondían bajo unas gafas de sol y cuya melena no se dejaba ver tras la peluca y dijo—: Vamos hasta el puesto de comida.

—Traedme una barrita Bama.

—De acuerdo.

Han tomó a Allana de la mano y la llevó hacia el pasillo.

—¿Te llevo a caballito?

—¡Sí!

Ella se subió a hombros de su abuelo, con las piernas colgando alrededor de su cuello. Allana tenía un gran sentido del equilibrio. Y lo que más le gustaba a él era que fuese una niña de verdad. Él y Leia se habían prometido que su próximo hijo no sería Jedi, por eso Han se alegró tanto cuando se enteró de que su nieta no iría a la academia.

El vestíbulo estaba lleno de clientes. El la puso de nuevo en el suelo de azulejos.

—¿Qué quieres?

—Un pastel de nata.

—¿Pequeño o grande?

—¿Grande? —dijo, tímidamente.

Han sonrió.

—¿Leia quiere la barrita Bama normal o la de fruta blum? Allana cerró los ojos.

—Eh… la de blum.

—Marchando.

Justo delante de Han había dos seres de apariencia interesante. Un yinchorri y un… tintinna, decidió Allana, segura de sí misma.

Mientras Han pedía en el mostrador, Allana se fijó en una criatura aún más peculiar justo al otro lado del vestíbulo. Era más o menos de su altura y aquel animal tenía unas orejas largas y caídas y dos pies muy grandes. Llevaba un chaleco parecido al que llevaba Han algunas veces y también un bastón como el del tío Lando. Lo más curioso de aquella criatura era que parecía estar mirándola a ella, como si quisiera que ella la siguiera. Cuando el animal empezó a marcharse del vestíbulo sobre aquellos dos pies enormes, Allana no pudo evitarlo: tenía que ver adonde iba o, al menos, acercarse para verlo mejor. Podría ser, perfectamente, uno de los personajes de *Castle Creep*.

No intercambiaron más que una mirada furtiva, pero ella se lanzó a perseguir aquella extraña criatura. La siguió hasta una estancia grande llena de lámparas suspendidas del techo y grandes mesas cubiertas de sillas que habían colocado bocabajo. La criatura se dirigió hacia el otro lado de la habitación y desapareció por lo que Allana pensó que era un pequeño agujero en la pared. Sin embargo, no era así. Se trataba de un pequeño turboascensor como los que había en el palacio de Hapes y que servían para transportar platos y comida entre el comedor principal y la cocina. Durante unos segundos se preguntó si aquel turboascensor sería suficientemente grande para que cupiera ella.

Sí lo era.

Así que bajó.

La confusión creciente en Han reverberaba como un grito de auxilio en la cabeza de Leia. Escaneando mentalmente dónde podría estar Allana, se dirigió de inmediato hacia el vestíbulo. Y C-3PO la siguió sin dudarlo.

—Me di la vuelta y ya no estaba —dijo Han, mirando a todos lados. Por la mano izquierda se le escurría la nata del pastel.

Leia se centró en su interior.

—No presiento que esté en peligro.

—Eso es bueno, pero ¿dónde está?

Leia se volvió hacia la escalera, ancha y en espiral, que llevaba hasta la planta superior y después miró por la puerta de entrada al vestíbulo.

—Ella nunca habría salido del recinto.

—Yo subiré por la escalera —dijo Han, corriendo ya hacia ella—; nos vemos aquí mismo en cinco minutos.

Leia asintió. C-3PO se detuvo frente a ella.

—¿Qué debo hacer yo, Princesa Leia?

—Avisa a seguridad, Trespeó. Diles que se ha perdido nuestra hija.

—Sí, señora; lo haré.

Leia intentó calmarse y evitar que sus emociones afloraran sin control. Poco a poco empezó a presentir el rastro de Allana. Cruzó el vestíbulo y se quedó de pie; su mirada se fijó en la gran puerta que daba a la estancia contigua, una sala de conferencias, por la apariencia. Se quitó las gafas de sol y siguió caminando, dejando que la Fuerza la guiara. Una vez más, se detuvo, esperando a que sus ojos se fijaran en algo nuevo. De repente echó a correr hasta el turboascensor y se arrodilló junto a él. No era muy grande pero sí, cabría una niña de siete años.

Sin pararse a pensar por qué Allana se habría metido allí, qué estaría siguiendo o qué la estaría siguiendo a ella, Leia corrió hacia los ascensores que había visto en el vestíbulo. Llamó a la niña mentalmente, pero no obtuvo respuesta alguna. ¿Estaría herida? No.

Preocupada, fascinada, intrigada… jugando.

Salió del turboascensor y trazó el mismo recorrido que había seguido en la planta superior; esta vez tuvo que atravesar un laberinto de pasillos hasta una cocina llena de aparatos y estanterías hasta el techo atestadas de cacerolas y sartenes, así como de un vasto surtido de bandejas de servir. El rastro de Allana la llevó hacia otro pasillo (se acercaba, lo sabía) y hasta un lugar subterráneo que albergaba cientos de mascotas en jaulas. Pero no eran las típicas mascotas, por lo que vio Leia; se trataba de lo que la industria del espectáculo de mascotas llamaba «novedades»: criaturas de todos los tipos diseñadas mediante bioingeniería. Y Allana estaba entre ellas.

Leia puso voz a una repentina preocupación.

—¡Allá… Amelia!

Han acababa de llegar al final de la escalera cuando se dio cuenta de que iba en la dirección correcta. La revelación le llegó en forma de cenicero de alumabronce. El mencionado cenicero apareció de la nada, volando, y no le dio en la cabeza por los pelos.

Afortunadamente, cayó en el suelo y desprendió una espesa nube gris de ceniza que le hizo estornudar. Con el estornudo también salieron disparadas la peluca que formaba parte del disfraz y la cabeza de Han, que involuntariamente esquivó el pie de un ser no humanoide que le pasó rozando el torso. Cuando se incorporó de nuevo, el pie venía hacia él otra vez; pero como el larguirucho ser al que pertenecía el pie se había desequilibrado, cuando las manos de Han absorbieron la fuerza del golpe, evitando así que le destrozara la nariz, tanto el agresor como la víctima cayeron al suelo.

La barba y el bigote falsos se habían ladeado, pero Han se apresuró a zafarse de un segundo intento por parte del controlador rodiano del puesto de ceniceros e intentó ponerse en pie. Pero entonces, tropezó con el segundo agresor, un duro en uniforme de guardia de seguridad. Han cayó de espaldas y empezó a arrastrarse hacia la rampa que llevaba a los asientos del palco y las plataformas privadas, mientras su cabeza se golpeaba contra los escalones del suelo y la peluca se le escurría hacia los ojos. A ambos lados de la rampa, los espectadores se levantaban de sus asientos, gritando, chillando y agarrando a sus hijos. Han era lo suficientemente listo para saber que se disponía a bajar la rampa de cabeza en dirección al muro que se encontraba abajo. Para evitarlo, se impulsó con los pies y logró completar una voltereta hacia atrás antes de chocar contra el muro. Al caer sobre sus pies, tenía los brazos extendidos hacia los lados y los sacudió enérgicamente para no caer sobre la arena. Al mismo tiempo, el duros y el rodiano se apresuraban hacia la rampa para atraparlo.

Han esperó hasta que se encontraron a dos metros de él y listos para abalanzarse. En ese momento, él se dejó caer por encima del muro y se agarró con las manos al borde del mismo. La peluca se le cayó y él quedó colgando. El duros se lanzó al espacio sobre su cabeza y dos segundos más tarde cayó sobre la arena, lo que originó una estampida entre las mascotas y los adiestradores entre los que había aterrizado. El rodiano, sin embargo, derrapó a tiempo, pero la inercia lo empujó de cabeza por encima del muro. En el último instante, el bípedo verde se agarró al muro y terminó colgado junto a Han, aunque para ello le aplastó la cara contra el muro.

Han sintió el primer golpe del rodiano en su nuca y le respondió estampándole la mano derecha en el hocico. Por encima de ellos, los espectadores mostraban su enfado por la confusión que estaba causando la reyerta y se acercaban furiosamente hacia ellos dos. Antes de que otro golpe aterrizara sobre sus nudillos blancos, Han se agarró al rodiano y empezó a descender agarrándose a sus delgadas piernas, que empezaban a balancearse de un lado a otro. A la altura máxima de uno de los balanceos, Han se lanzó sobre una de las cabinas privadas más cercanas mientras el rodiano caía en picado sobre la arena.

Las cabinas, en forma de platillo, se parecían en diseño y función a las plataformas aéreas de la Rotonda del Antiguo Senado. Los ocupantes bimm de las cabinas privadas sobre las que había aterrizado Han empezaron a chillar cuando él cayó sobre ellos. Con los pies había roto sin querer el panel de control. Con una prontitud inusitada que dispersó a los bimms hacia los asientos que estaban bajo ellos, la cabina se soltó de la

balconada y salió volando sobre el suelo, creando un caos aún mayor entre las mascotas, sus dueños, el jurado y todo aquel desafortunado que se encontrara cerca. Han intentó aterrizar con la cabina, pero sus dedos nerviosos no lograron que los controles obedecieran ninguna de sus órdenes. El programa original de las mismas ya las estaba haciendo volver a la plataforma superior de la balconada, donde dos guardias de seguridad humanos lo esperaban blandiendo sus blásters. Instintivamente, Han se llevó la mano al BlasTech, pero enseguida recordó que se la había entregado al de seguridad cuando entró en el recinto. De nuevo intentó controlar la cabina, buscando una y otra vez el relé que desactivara el propulsor.

En lugar de eso, sus manos se encontraron con los relés del limitador. La cabina salió disparada hacia la zona de atraque con tanta fuerza que los conectores magnéticos se hicieron añicos. Los dos humanos armados se batieron en retirada hacia la balconada, pero ahora Han tenía frente a sí otro problema. La cabina no aceptaba un no por respuesta, así que empezó a golpear repetidamente las abrazaderas para intentar acoplarse. Lo intentó una y otra vez, como si se frustrara cada vez más al sentirse rechazada. En breve, empezó a salir humo de los generadores de campo magnético y del propulsor de la cabina. Han decidió que había llegado el momento de saltar hasta el balcón, pero los guardias de seguridad, contentos de verle por fin atrapado, regresaban hacia él. Se le ocurrió colgarse de un lado de la cabina y dejarse caer hasta el suelo, pero sabía que si lograba escapar, sería con las piernas rotas.

No tuvo tiempo de tomar una decisión, se produjo un cortocircuito en la cabina y los pedazos volaron por los aires causando un gran estruendo entre numerosas mascotas que huían.

Aquella criatura de orejas caídas ataviada con chaleco estaba justo delante de ella, al final del pasillo. Había animales confinados en jaulas por todos lados; animales muy extraños e incluso combinaciones espeluznantes de muchas de las mascotas que actuaron durante el espectáculo. Algunos de ellos tenían muchas extremidades, o más de una cabeza; otros, no se sabía muy bien si eran insectos, lagartos, aves o peces. Pero todos a la vez ladraban, tosían o aullaban. Sin embargo, lo que acrecentó su cautela fue el hecho de que algunas de las jaulas tuvieran la puerta abierta.

Aún así, Allana ralentizó sus movimientos para no asustar a la criatura que había seguido desde el vestíbulo. Pero entonces, un hombre alto apareció frente a ella con aspecto amable o reconfortante. Cuando la criatura extraña saltó a los brazos del hombre sin miedo alguno, ella se dijo a sí misma que a lo mejor se equivocaba prejuzgando al hombre en cuestión. Aunque no lo parecía. De repente, surgió un segundo hombre desde detrás de una de las jaulas grandes y se acercó hacia ella. Allana retrocedió.

—¿No quieres ver de cerca nuestra mejor mascota? —le dijo el hombre—; es un squall chandrilano y le encantan los niños. A lo mejor acepta irse contigo.

A Allana no le gustaba ni lo que oía ni cómo sonaban aquellas palabras. Seguía retrocediendo.

—No creo que seas capaz de regresar sin mi ayuda.

—No necesito tu ayuda —replicó la niña, aunque en teoría no tenía permiso para hablar con desconocidos.

El hombre soltó una sonora carcajada.

—Bueno, puede que tú no nos necesites. Pero nosotros sí necesitamos tu ayuda. —La mano izquierda del hombro desapareció por detrás de su espalda y regresó unos instantes después con un bláster de estilo militar.

Allana vació su mente de todo pensamiento o emoción y abrió paso a la Fuerza; enseguida la notó en su interior. Dejó sus intenciones tan claras como el agua pura.

El squall chandrilano enseñó sus colmillos y los hundió en la nariz del hombre sobre el que estaba sentado. De repente, de algunas de las jaulas saltaron las criaturas que más la asustaban y atacaron al otro hombre antes de pudiera escapar. Allana se volvió y empezó a correr tan rápido como le fue posible. Aún no había llegado al otro lado de aquella especie de perrera cuando un humanoide armado con un bláster le bloqueó el paso. Sin pronunciar ni una sola palabra, le disparó. Unos círculos concéntricos de energía azul la deslumbraron por completo. Y todo se volvió negro.

Leia hilaba su camino entre las filas de jaulas cuando sintió que Allana gritaba y perdía la consciencia. Se apresuró con velocidad Jedi para llegar rápido hasta su nieta y recorrió el pasillo central a tiempo de ver cómo tres seres corrían hacia una puerta al otro lado de la estancia y las piernas de Allana colgaban de los brazos de uno de los hombres. Leia distinguió la sedosa melena pelirroja de Allana. Leia cruzó volando, prácticamente, la habitación y llegó a la puerta de duranio justo cuando se le cerraba en las narices. Intentó abrirla, pero sus esfuerzos fueron en vano. No cesó en su empeñó y decidió golpearla con los puños. Retrocedió varios pasos, se apartó el pelo que le tapaba la cara y deseó tener el brío necesario para echar la puerta abajo o la Fuerza para descifrar el código de seguridad.

Leia se alejó de la puerta sin dejar de escuchar lo que la Fuerza le decía; después, se dio la vuelta y regresó por donde había venido.

La cabina seguía a unos metros de altura sobre el suelo cuando Han vio que los dos guardias se dirigían hacia él entre una multitud de espectadores asustados, decididos a alejarse todo lo posible de la cabina que se caía. Mientras, otros de los presentes tenían manos y patas sobre la cabeza en señal de alarma y corrían hacia el sitio en el que, supuestamente, aterrizaría la cabina para alertar a las mascotas desesperadas que

rodeaban el lugar y ladraban sin entender qué pasaba. Han no esperó al aterrizaje. En cuanto los guardias se liberaron del gentío que los rodeaba, él se lanzó desde arriba para usarlos de colchón y que amortiguaran su caída.

La velocidad de Han, y su peso, hizo que los guardias acabaran en el suelo, donde los tres quedaron enganchados durante unos segundos hasta que Han logró arrebatarle el arma a uno de ellos e incorporarse de nuevo.

—¡Tiene un bláster! —gritó una twi'lek.

Han se volvió hacia ella y señaló al guardia con el dedo.

—No, *él* tenía un bláster.

—¡Tienen blásters! —gritó otro.

Un animal muy asustado le hincó el diente a Han en el tobillo y él gritó de dolor. Apoyado sobre el otro pie, envió al mono-lagarto kowakiano por los aires con el otro.

—¡Monstruo! —le gritó alguien.

Han giró la cabeza y recibió un gancho de izquierda en la mandíbula. Empezó a ver las estrellas pero pudo conservar el bláster en la mano. Esquivó un puñetazo y elevó el arma hacia el guardia que estaba en el suelo.

—Tenemos a tu hija, Solo —dijo el guardia.

El dedo de Han se congeló sobre el gatillo. El guardia gesticuló con su pulgar.

—Echa un vistazo.

Le señalaba una cabina dos veces más grande que la que él casi había estrellado contra el suelo, aterrizado sobre el balcón más tarde, y a la que había accedido por una entrada restringida. En la puerta, entre un humano y un barabel, Allana estaba de pie, tambaleándose.

Bajo los efectos de algún narcótico, supuso Han, o aturdida. Bajó el arma al instante, y se la quitaron enseguida.

—Ya les había dicho que se podía razonar contigo. —El guardia se levantó entre quejidos, apuntó a Han por la espalda y le ordenó—: Hacia el vestíbulo, vamos.

—¿De qué va todo esto?

—No tardarás mucho en averiguarlo. Haz lo que se te ordene y nadie saldrá herido.

—Nadie más, querrás decir.

—Tú mismo.

—Todo está bajo control —le dijo el otro guardia a la muchedumbre—. Vuelvan a sus asientos y reanudaremos el concurso lo antes posible.

—¡Tarado! —le gritó un hombre a Han.

Alguien más le lanzó un caramelo. Los guardias lo escoltaron hasta uno de los turboascensores del vestíbulo. Bajaron un par de plantas y fueron a parar a un área de seguridad equipada con una celda de detención. Un agente humano estaba sentado tras el mostrador.

Han se arrancó el bigote y la barba falsos.

—¿Dónde está mi hija? —exigió.

—¿Tu hija? —el agente lo examinó—. ¿A tu edad? Impresionante.

—Déjate de piropos. ¿Dónde está?

El hombre se incorporó. No se sentía cómodo con la situación, tenía las manos grandes y una cicatriz sobre la ceja derecha.

—Está sana y salva. Te la devolveremos de una sola pieza cuando nos hayas ayudado a nosotros. —Colocó un intercomunicador sobre la mesa y lo acercó a Han al mismo tiempo que le ordenó—: Ponte en contacto con Lando Calrissian.

La sorpresa se reflejó instintivamente en la cara de Han.

—Dile que queremos veinte droides YVH en Ord Mantell antes de mañana a las doce del mediodía, hora local.

Con la intención de ganar algo de tiempo y la esperanza de que Leia tuviera la situación controlada, Han contestó:

—¿No habéis oído hablar del mercado negro?

El agente sonrió ligeramente.

—No hay YVH, gracias a nuestro nuevo jefe de Estado. Ahora nos vemos obligados a recurrir al fabricante.

Han negó con la cabeza y rechazó el intercomunicador.

—Lando no aceptará vuestra oferta. Es inmune a los chantajes.

—Por ti sí lo hará —contestó el agente, entregándole el intercomunicador a Han—; eres su colega.

Han, una vez más, rechazó el dispositivo.

—No creas todo lo que lees. Me guarda rencor desde hace años.

La sonrisa del agente desapareció.

—Pero ¿qué te pasa, Solo? Has perdido a dos hijos y parece que te dé igual perder a otro.

Han saltó por encima de la mesa con tanta fuerza que lanzó al agente al otro extremo de la sala; lo agarró por el cuello con las manos y se necesitaron tres guardias para separarlos.

El agente se pasó la mano por la zona herida y prosiguió:

—Eso no va a cambiar las cosas.

Escucharon un chasquido y un silbido muy familiares para Han que procedían de la estancia contigua. Justo después, oyeron gritos de agonía. La sorpresa de Han ante el hecho de que su esposa hubiera logrado pasar el control de seguridad con la espada láser escondida no era menor que la del resto de los presentes. Era de admirar su capacidad de previsión.

—Debe de ser mi esposa —dijo sonriendo.

Con movimientos muy lentos y encerrada en la presencia de la Fuerza de Allana, Leia se aproximó hacia las celdas de la planta baja. Un escalofrío la recorrió de repente y se detuvo bruscamente. Como hija de dos Jedi muy poderosos, Allana utilizaba la Fuerza de

forma innata, pero sus habilidades estaban limitadas por su edad e inexperiencia. Lo que Leia percibía no tenía sentido…

Un murmullo inconfundible se había infiltrado en sus pensamientos. Del centro de la estancia irradiaba una luz intensa y dos seres gritaron de dolor. Antes de que Leia pudiera reaccionar, Allana cruzaba la puerta y corría hacia ella.

—¡Jacen! —gritó ella, mientras se abrazaba a una de las piernas de Leia.

—¿Qué?

—¡Jacen! —Allana soltó la pierna de su abuela y miró, furiosa, hacia algo que había en la otra habitación.

Leia sintió una tormenta de energía negativa perturbando la Fuerza y la agarró rápidamente, haciéndola girar.

—¡No, Allana, no! No puedes hacer eso.

La ira teñía el rostro de Allana de un tono tan rojo como su pelo. Sus ojos se entrecerraban en una expresión de odio.

—¡No dejaré que me haga daño!

—Nadie va a hacerte daño —dijo, muy seria, Leia—. Yo te protegeré. No va a pasar nada malo.

A pesar de sus palabras, la tormenta comenzó a girar una vez más. Leia agarró a Allana por los hombros y la sacudió con calma.

—¡Vuelve en ti!

Allana se puso rígida y empezaron a caerle lágrimas de los ojos.

—¡Mamá me dio una aguja para que la usara! ¿Dónde está? ¡Quiero mi aguja! —Entre sollozos y temblando sin control, la niña enterró su cara en el hombro de Leia.

Leia la abrazó con fuerza y le acarició el pelo mientras usaba la Fuerza para calmarla. La cogió en brazos y se alejó de la puerta con miedo. El murmullo regresó y tras los disparos de bláster, también los gritos. Leia vislumbró movimientos dentro de la estancia y pudo ver brevemente a Seff Llellin, un caballero Jedi avanzando inexorablemente hacia otra puerta, blandiendo la espada láser frente a él.

Dos barabel sin brazos se tambaleaban desde la habitación que estaba detrás del mostrador hacia Han, y éste quedó boquiabierto. Ni el amor a una nieta podría hacer que Leia fuera tan cruel. Dos de los seres que habían escoltado a Han hasta el centro de detención disparaban sin cesar a través de la puerta, pero los disparos volvían de nuevo a la estancia principal. Han se tiró al suelo, delante de la mesa, para evitar un disparo que casi lo decapita. Uno de los guardias cayó hacia atrás con el pecho en llamas; al otro lo alcanzó un disparo de rebote en el muslo izquierdo y cayó sobre la otra rodilla. El agente echó a correr hacia el turboascensor, pero una detonación en la entrada lo envió de nuevo a su sitio.

Lo que disparaban eran rifles bláster, y en la habitación aparecieron cinco soldados de un equipo de respuesta inmediata que venían por donde habían traído a Han.

—¡Todo el mundo al suelo! Vamos, ¡al suelo!

Teniendo en cuenta que todo el mundo estaba ya en el suelo, las órdenes resultaron un poco insulsas. El agente de seguridad había resultado ileso, pero el resto, al menos los que podía ver Han, estaban o inconscientes o muertos. El suelo estaba empapado de sangre y restos de ropa quemada. Han oyó un ruido detrás de él y se dio cuenta de que había alguien en la puerta: un Jedi de unos veintitantos años, rubio y con el pelo rizado.

Haciendo caso omiso de los rifles bláster de los soldados, SeflF Hellin atravesó, despacio, la habitación y desactivó la espada láser cuando dos hombres de traje y C-3PO aparecieron tras los miembros del equipo de respuesta inmediata.

—Inteligencia de la Alianza Galáctica —dijo el agente más bajo del grupo mientras le mostraba la placa a SeflF justo antes de apresurarse a ayudar a Han—. ¿Está usted bien, capitán Solo?

Sin quitar la vista de SeflF, Han se atusó la ropa.

—Vuelva a preguntármelo más tarde.

El agente hizo señas a los soldados para que bajaran las armas. El otro agente se acercó el intercomunicador a la boca.

—Envíen un equipo médico de inmediato.

—Mi hija…

—Está bien —dijo Leia, que aparecía tras la puerta que estaba detrás del mostrador ahora hecho añicos. Allana estaba colgada del cuello de Leia, visiblemente decepcionada y, al menos para Han, evitando mirar a Seff Hellin.

El agente bajito, sin embargo, no le quitaba ojo al Jedi.

—Diría que tú eres el responsable de todo este caos.

—Pues debería informarse mejor —replicó Seff—. Intentaban chantajear al capitán Solo para que les facilitara armas.

El agente lo miró.

—¿Quién es usted?

Al no obtener respuesta alguna, el agente lo intentó con Leia.

—¿Quién es?

—Seff Hellin.

Seff inclinó la cabeza.

—Maestra Organa.

El segundo agente tomó nota.

—Llevamos un par de meses estándar vigilando a este grupo —dijo el más bajo para tranquilizar a Han—. Forman parte de un sindicato ilegal de armas con base en Denon. ¿Cómo supieron que estaban ustedes aquí?

Han se rascó la cabeza.

—Si lo averiguan ustedes antes, comuníquemelo. —Miró a Allana y prosiguió—: Retuvieron a nuestra hija para obligarme a contactar con Armas Tendrando; querían que les entregara veinte droides YVH.

El agente asintió.

—Eso parece. Obviamente, nuestra idea era cercarlos lo suficiente para pillarlos a todos al mismo tiempo, pero su Jedi se ha cargado el plan.

—No es mi Jedi —contestó Han.

—No tiene jurisdicción en Taris —le dijo el otro agente a Hellin—, así que tendrá que entregarnos su espada láser. Y usted quedará bajo arresto.

—Haz lo que dicen —le indicó Leia—; yo me pondré en contacto con el maestro Skywalker…

—No voy a entregar la espada láser —dijo Hellin—, y tampoco me van a arrestar.

—¡Seff! —gritó Leia al mismo tiempo que los soldados le apuntaban con sus rifles.

—El maestro Skywalker no lo entiende.

Hellin dio un paso hacia atrás y levantó la mano que tenía libre hacia los soldados. Arrancados, los rifles salieron volando hacia el otro extremo de la estancia, chocaron contra la pared y cayeron estrepitosamente al suelo. Cuando los dos agentes del servicio de inteligencia avanzaron hacia él, Hellin saludó de nuevo y, entonces, los hombres se quedaron paralizados.

Después, con una velocidad inusitada, el Jedi desapareció. Han se acercó a Leia y Allana, que tenían los ojos prácticamente cerrados.

—No debería poder hacer eso —dijo Leia, sorprendida.

CAPÍTULO DIECINUEVE

—Muévanse hacia el centro de la estancia con todas sus pertenencias y prepárense para un escaneo —indicó un agente de seguridad codru-ji de Carcel por megafonía.

Jadak, Flitcher Poste y un grupo de unos veinte visitantes de diversas especies se movieron hacia el centro de la habitación. En el suelo había señales que indicaban dónde debía situarse cada uno de ellos.

—Los de los implantes en las piernas —dijo el codru-ji—, adelantaos dos pasos y levantad los brazos.

—Espero que no encuentren el archivo láser que escondiste en la tarta de cumpleaños —dijo Poste cuando Jadak y un gran se separaron del grupo.

—Sólo el humano —dijo el codru-ji—. Vale, vuelve con los demás —añadió un poco después.

Todos esperaron hasta que cuatro droides porteros arcaicos terminaron el escaneo.

—Recoged vuestras pertenencias y pasad por registro —dijo finalmente el guardia.

Jadak y Poste habían dejado sus mochilas en el pequeño hotel de la prisión y ahora eran los únicos con las manos vacías; los demás visitantes llevaban comida, ropa, holorevistas, cigarros de varios tipos o plastifino para sus amigos, familiares o antiguos cómplices.

Carcel era el trozo de roca más pobre en el que Jadak había estado jamás; quizá también el peor lugar posible para que Poste comenzara su viaje por la galaxia. Aún así, se sentía como un niño con zapatos nuevos, disfrutando de cada experiencia y feliz por haber salido de Nar Shaddaa. Jadak había conseguido una identidad nueva y había comprobado que no llevaba ningún localizador implantado. Por si acaso, habían viajado en una nave mercante hasta Saleucami antes de subirse a una de pasajeros en dirección a Roche. Allí habían usado varias lanzaderas que se dedicaban a transportar turistas de y hasta Carcel. Llevaban poco tiempo juntos, pero Poste ya había demostrado su sagacidad y afabilidad. Jadak había acertado en casi todas las actividades criminales que llevaba a cabo el muchacho, pero había mucho más en él, no sólo lo que se veía a simple vista. Había nacido en la sima más profunda de la Luna de los Contrabandistas y se había criado prácticamente solo teniendo que aprender lo imprescindible para encontrar comida, robar y estafar desde muy pequeño. Ya había pasado por prisión en diversas ocasiones y sentía debilidad por los niños que se criaban como había hecho él; a veces, hasta el punto de compartir con ellos su pequeño botín. Era curioso por naturaleza y no

dejaba de hacer preguntas aunque Jadak no sabía la respuesta ni a la mitad de todas ellas. Al fin y al cabo, se había pasado las últimas seis décadas en el país de los sueños.

Aquellas preguntas cuya respuesta no sabía, y no porque hubiera estado en coma tanto tiempo, estaban relacionadas con el tesoro escondido y sobre el papel que desempañaba el *Emisario* a la hora de encontrarlo. Durante los años que había volado para el Grupo República, Jadak había insistido en que no quería saber los detalles de las misiones. Cuanto menos supiera, menos revelaría en el caso de que lo espiaran o torturaran. Pero aquel fatídico día en el Senado, los senadores le habían dado más información de lo habitual, y la frase *restaurar el honor de la República en la galaxia* era, de algún modo, la clave para descubrir el misterio.

Cuando llegaron al registro de visitantes, Jadak entregó la solicitud.

—Rej Taunt —dijo el guardia falleen—. ¿Tienen cita?

—Sólo venimos de visita.

—Visitantes.

Jadak y Poste intercambiaron miradas.

—¿Qué otra opción hay, invitados?

El Falleen los miró unos instantes y después señaló un banco.

—Siéntense ahí y ya les avisaremos.

—A lo mejor lo tienen a él solo en una celda —sugirió Poste.

—Por lo que parece, lo dudo.

Durante más de una hora estándar ambos compañeros miraron la HoloRed en una pantalla y se tomaron unos refrescos que sacaron de una máquina. Por fin, el guardia les llamó.

—Taunt les recibirá ahora —dijo mientras les daba dos pases electrónicos—; engánchelos al cinturón. Sigan las líneas del suelo hasta el edificio oeste y después la línea roja hasta el final. Allí habrá alguien para decirles qué hacer a continuación.

—¿Taunt nos recibirá ahora? —repitió extrañado Poste cuando se hubieron alejado del guardia.

Jadak se encogió de hombros.

—A lo mejor está muy ocupado quitando el polvo.

La caminata que les indicó el guardia del registro les llevó un cuarto de hora. Las puertas que tenían que cruzar se abrían en todas direcciones: hacia arriba, hacia abajo y hacia ambos lados. Algunas tenían barrotes; otras, un metro de ancho. Los guardias y los pocos prisioneros con los que se cruzaron en los estériles pasillos parecían tan pobres como la propia prisión. Hasta los droides parecían infelices.

Finalmente, un guardia humano los llevó hasta la celda de Taunt, que, por extraño que parezca, estaba flanqueada por una puerta de madera greel que debía de tener unos doscientos años. Dicha puerta daba paso a una lujosa suite de varias estancias con alfombras exquisitas y un mobiliario repleto de antigüedades que databan de los últimos años de la Antigua República. Diversos seres se afanaban en diversas tareas mientras varias hembras, humanas y humanoides, descansaban sobre divanes y sofás. Rej Taunt,

que pasaba del siglo de vida, estaba sentado como un hutt sobre una almohada enorme en el centro de la estancia.

—Yo me llamo Sorrel y éste es Mag Frant —dijo Jadak, presentando sus nuevas identidades.

El askajiano los repasó con la mirada.

—¿Nos conocemos de algo?

—Hemos venido de Nar Shaddaa.

Taunt miró a Poste.

—Tú eres de Nar Shaddaa, pero tú… —dijo, mirando ahora a Jadak—, tú eres de…

—De todas partes.

—Esa fue precisamente la impresión que me dio —dijo Taunt en tono coloquial—. ¿Y qué es lo que os trae por ahí? ¿Negocios?

—Información —contestó Jadak.

Taunt sonrió ligeramente.

—Bueno, eso es un negocio, ¿no?

—Uno muy antiguo. Está relacionado con un carguero YT-1300 llamado *Emisario Estelar*.

A Taunt le cambió la cara y se tomó unos segundos para responder.

—El *Segunda Oportunidad* —corrigió.

—A eso me refería.

Taunt estudió a Jadak.

—¿Quién has dicho que te envía?

—No nos envía nadie. Pero fue Bammy Decree quien nos dijo dónde podíamos encontrarle.

—El mecánico. ¿Y cómo anda?

—Pues cojeando un poco.

—Era muy joven cuando le conocí.

—El nos dijo que había reconstruido el *Emisario* para usted.

—Cierto —dijo Taunt con una mirada de felicidad—. ¿Os contó lo que ocurrió?

—Más o menos.

Taunt les señaló unas almohadas y les hizo señas para que se pusieran cómodos.

—Al principio, los imperiales querían ejecutarme por las muertes de la tripulación y los clones del crucero. Pero al final, un tribunal militar me sentenció a cadena perpetua. Durante los dos años que siguieron al accidente, me enviaron de un centro penitenciario a otro: Agón ix, Fodurant, Delrian… Las he visto todas. Mientras tanto, Bammy Decree se enteró de que había ordenado matarle y huyó de Nar Shaddaa. Un cazarrecompensas lo encontró escondido en Ciudad Nómada en Nkllon, y le obligué a regresar para que trabajara para el vigo de Sol Negro que había pagado el cargamento de droides zumbadores que habíamos tirado por la borda. Para resumir, os diré que el vigo quedó tan impresionado al ver que yo intentaba pagarle mi deuda que me ofreció trabajar juntos: él me facilitaría información que yo pudiera pasar a las autoridades de la prisión para que

éstas me permitieran seguir llevando a cabo mis negocios ilegales sin salir de ella. Además de ciertas libertades para decorar la celda a mi gusto. Podríamos decir que es como una pequeña franquicia del Sol Negro. Durante los años imperiales, los de la Nueva República y los de las sucesivas guerras que se han librado desde entonces, a mí me ha ido muy bien mientras el resto de la galaxia se ha ido pudriendo. En todo este tiempo, sin embargo, nunca he olvidado aquella primera misión, gafe incluido. Tenía grandes esperanzas en aquella nave.

—Quizá hubiera sido mejor que la hubiera llamado *Grandes Esperanzas* en lugar de *Segunda Oportunidad* —dijo Jadak.

Taunt lo miró fijamente.

—¿Nos conocemos de algo? Es como si tu cara me resultara familiar. ¿Te han encerrado alguna vez?

—Creo me acordaría —contestó Jadak, negando con la cabeza.

—¿Por qué te interesa tanto el *Segunda Oportunidad*? No tienes pinta de historiador.

—Mi tío fue uno de los pilotos que murieron en el accidente de Nar Shaddaa. Se llamaba Reeze Duurmun.

La expresión de Taunt indicaba que le sonaba el nombre.

—A mi edad es fácil olvidar las caras. Pero yo jamás olvido un nombre. Conocí a Reeze cuando transportaba contrabando para la familia Ilk. El y yo nos metimos en algún que otro problema en Nar Shaddaa, pero siempre logramos salir indemnes.

Se detuvo un instante.

—Qué curioso, Reeze falleció en la nave de la que yo acabaría siendo dueño. ¿Cómo iba a saberlo? De todas formas, el hecho de que Reeze fuera tu tío no explica por qué has venido hasta Carcel buscando el carguero.

—Si todavía existe, me gustaría pilotarla.

—Interesante, sobre todo porque ha pasado mucho tiempo desde entonces.

—Lo sabemos.

Taunt examinó a los dos visitantes.

—Una aventurilla, ¿no? ¿Y eso es todo? ¿No tenéis trabajo? ¿Sois tan ricos que no lo necesitáis?

—Yo perdí ambas piernas en un accidente laboral y me estoy gastando el dinero del seguro en cumplir el sueño de mi vida.

—¿Se supone que yo tengo que ayudarte a que cumplas tu sueño?

—Sólo queríamos saber qué había sido del carguero cuando a usted lo arrestaron.

Taunt consideró lo que le estaban pidiendo.

—Podría decírtelo directamente, supongo. Pero me gustaría saber qué me ofreces por ello.

—Jamás le ofendería ofreciéndole créditos, veo que no le falta de nada.

—Muy observador.

—¿Qué tal si reformulamos la pregunta y la dejamos en qué podemos hacer nosotros por usted a cambio de esa información?

Taunt se frotó la barbilla.

—Tengo algo entre manos. Mis empleados ya están en ello, pero no les vendría mal un par de manos humanas. Eso sí, tenéis que estar dispuestos a saltar hasta Holess. ¿Tenéis dinero suficiente para afrontarlo?

—Siempre y cuando podamos ir en transporte público.

—No hay problema. Incluso en transporte público llegaréis a tiempo.

—¿Y de qué va? —preguntó Jadal con cuidado.

—Venganza.

—No somos matones.

—Obvio. Pero no se trata de este tipo de venganza.

—¿Quién es el objetivo? —preguntó Poste.

—Los colicoides.

A Jadak lo pilló por sorpresa.

—No sabía que seguían por ahí.

—Como plaga que son, es imposible eliminarlos —dijo Taunt con una mueca de desprecio.

—¿La venganza va contra un colicoide en concreto o contra la especie entera?

—Sé que no es bueno querer abarcar demasiado —contestó Taunt—. Os contaré de qué va la historia: Aunque las cosas me van bastante bien, jamás he olvidado lo que le hicieron a algunos de los miembros de mi tripulación y cómo aquellos droides zumbadores arruinaron mi futuro. He esperado mucho tiempo para igualar el marcador, ahora es mi oportunidad para vencerlos al fin.

—¿Qué se supone que tenemos que hacer nosotros? —preguntó Jadak.

Taunt se inclinó hacia delante sobre su almohada.

—¿Habéis oído hablar de una criatura llamada hueche?

—Una criatura extraordinaria —le estaba contando Vistal Purn a Han, Leia, Allana y C-3PO en su despacho de la última planta—. Es, sin duda alguna, el ejemplo más refinado de un marsupial que haya competido jamás. Se llama el *Aura deTa-mac Zantay*. El resplandor de sus líneas naranjas es lo que le dio el premio. Además, se porta muy bien. ¿Sabía que las hembras producen una leche muy saludable llamada kista?

—No, no lo sabía —contestó Leia amablemente.

Tras los acontecimientos de los días previos, resultaba complicado interesarse por el animal que había ganado el premio a la mascota más tranquila. Además, ella y Han habría atrasado la reunión con Vistal Purn si Allana no hubiera insistido tanto en cumplir con la cita que habían acordado. Daba la impresión de que había superado por completo el incidente del secuestro, pero Leia sabía que no era así. Tenía la habilidad de compartamentalizar las experiencias vividas y apartar las dolorosas, algo que había heredado de Tenel Ka más que de Jacen.

—¿Qué va a pasar con el *Aura deTamac Zantay*? —preguntó Allana.

Purn se mostró muy satisfecho de poder contestar a su pregunta. Era unos diez años más joven que Han, más alto e iba elegantemente vestido. Desprendía un encanto que Leia presuponía necesario para manejar al tipo de seres que querían inscribir a sus mascotas en un concurso.

—Tendrá varias crías y las venderemos por cantidades enormes de créditos. Además, esas crías se convertirán muy pronto en la mascota que todo ser quiere tener, al menos hasta que alguna de otra especie gane el concurso del año que viene. Siempre hay algo de política por el medio —añadió Vistal Purn—. Se comenta que uno de los consejeros de la jefa de estado Daala tiene un par de ellos. Y los espectáculos son tan divertidos. Siento que hayan arruinado su primera visita a uno de ellos…

—Pido disculpas por las mascotas que resultaron aplastadas —dijo Han.

—No se preocupe —dijo Purn—. Por lo que me han contado, el grupo que intentó chantajearlo usaba jaulas de doble fondo para traficar con armas en Taris. Los agentes de la Alianza Galáctica descubrieron un cargamento reciente de armas escondido en los sótanos de las instalaciones. Entre nosotros, creo que es una conspiración entre las altas esferas. Sólo espero que no empañe la reputación de este espectáculo. El año que viene será un año maravilloso para los insectoides y los avianos. Si disponen de tiempo, me gustaría enseñarles algunas holoimágenes que hemos recibido.

Purn se calló por un momento y después le dijo a Leia:

—Los ojos del capitán Solo dan la sensación de estar en otro lado.

—Durante los últimos cuatro ciclos los ha cerrado por completo en tres ocasiones —dijo C-3PO.

Divertida, Leia le dio un toque en la mano a Han.

—Hoy no ha dormido la siesta. A lo mejor se despierta si nos habla de sus años como piloto del *Halcón Milenario*. Sabemos que usted se lo vendió a Cix Trouvee, pero los hijos de Cix no recordaban de dónde lo había sacado usted. Ni para qué lo usaba.

Vistal Purn se recostó en la silla y sonrió.

—El *Halcón*. El simple hecho de pensar en él me recuerda… —Se reincorporó de nuevo y prosiguió—. Verán, en tiempos, yo era joven y estaba enamorado…

CAPÍTULO VEINTE

Era joven, estaba enamorado y dirigía el circo ambulante Molpol. Pero quizá deba empezar por el principio. Me crié en Generis, donde mis padres tenían y dirigían un rancho rural a orillas del río Atrivis. El rancho estaba a cuatro días a pie del pueblo más cercano, pero la mayoría de los huéspedes optaba por pagar un extra y viajar en aerodeslizador, que cubría la distancia en menos de una hora estándar. Al final, mis padres compraron un aerodeslizador propio y me enseñaron a pilotar. Con doce años, me encargaba de transportar a los huéspedes del rancho y del mantenimiento del aerodeslizador. Cuando no pilotaba, ayudaba en todas las tareas que eran necesarias para seguir adelante con el rancho, donde la vida era muy agradable, aunque también algo aburrida para un joven que tenía la vista puesta en las estrellas.

El lugar atraía a viajeros ricos que querían experimentar la naturaleza sin perder comodidad. Para mis hermanos y yo, aquello implicaba servirles a cualquier hora del día y de la noche. Cada vez recibíamos más huéspedes y ya empezaban a venir con sus hijos, por lo que yo tenía una misión nueva: entretenerlos mientras sus padres salían a pescar, a cazar, de excursión o a descender los rápidos. Puede que suene como la peor tarea del mundo, pero la verdad es que me encantaba reír, y había nacido con el don de hacer reír a los demás, la mayoría de las veces de mí. Nunca me importó hacer el tonto; de hecho, mi popularidad entre los niños llamó la atención de los adultos, que no solían despedirse sin antes invitarme a visitarles en su tierra de origen, que para mí eran como lugares imaginarios. De ellos aprendí historias maravillosas sobre los mundos del Borde Medio y Exterior, que sólo reforzaban mi deseo de escapar de Generis lo antes posible.

Generis estaba muy lejos de los efectos del yugo imperial, pero los huéspedes del rancho nos mantenían bien informados de los acontecimientos galácticos. Yo sabía que el modo más rápido de obtener el carné de piloto de nave estelar era en la Academia Imperial, pero no quería pasar por los años de servicio obligatorio en el ejército y no me interesaba aprender a pilotar un caza TIE. Por eso lo enfoqué desde el lado civil; empecé de aprendiz en varias compañías de navegación y empresas comerciales antes de dar el salto como piloto autónomo. Al final, me contrató el Circo Molpol para pilotar uno de sus cargueros ligeros.

Por aquel entonces, Molpol tenía ya unos cien años estándar. No era una gran operación, pero daba beneficios y sí era muy popular, sobre todo en los mundos remotos en los que con la llegada del circo se celebraban los festejos anuales. En los mundos

civilizados, satirizábamos a todo el mundo: famosos de la HoloRed, figuras del deporte, políticos, incluso a Palpatine; hasta que recibimos un requerimiento del Palacio Imperial para que lo elimináramos de nuestro repertorio. De lo contrario, tendríamos que atenernos a las consecuencias. En los mundos remotos, buscábamos mitos locales y leyendas para elaborar nuestras actuaciones de acuerdo a ellos. Y con «remotos» me refiero a planetas donde los indígenas todavía quemaban carburantes fósiles para obtener energía, donde no podían predecir las rachas de mal tiempo, donde se morían de enfermedades que en mundos del Núcleo ya se habían erradicado hacía miles de años. Planetas en los que el mero acto de desafiar a la gravedad todavía se consideraba algo mágico. Para la mayoría de las poblaciones, el hecho de que llegáramos del otro extremo de la galaxia no significaba nada; para ellos, como si hubiéramos llegado del otro extremo de su mismo planeta. Lo que de verdad les importaba era que traíamos todo lo que querían ver en un circo: animales exóticos, música en directo, artistas muy habilidosos; de todo desde puestos de feria llenos de extravagancias hasta acróbatas ryn o maestros del ilusionismo de la talla del gran Xaverri.

Molpol se consideraba como la antítesis del Circo Horríficus, con sus feroces arqets, sus perros akk y las luchas de gladiadores. Como alternativa al caos al que incitaba antaño el Horríficus en Nar Shaddaa, el circo Molpol llevaba maravillas y entretenimiento puro allí a donde iba. También es cierto que, al igual que el Horríficus, teníamos un rancor, que era un mutante albino llamado Masa de Nieve, y una selección habitual de felinos carnívoros, animales de rebaño, camelloides y simios. Nuestros adiestradores de animales habían rastreado la galaxia en busca de las criaturas más interesantes: dianogas, nexus, mynocks, y pulgas de lava. Pero para los más pequeños de entre el público teníamos también taurills, halcones murciélago, arañas de energía y kyntix. El dueño del Molpol por aquel tiempo, un ortolano llamado Dax Doogun, soñaba con añadir un sarlacc a la colección, pero nunca encontramos un modo rentable de transportarlo.

Para trasladar a los animales dependíamos de una vieja nave Haor Chali C-9979 remodelada para que la pilotara una tripulación de carne y hueso, ya que Molpol tenía muy pocos droides. Le instalaron también un hiperimpulsor de Clase Seis enorme. Las zonas de carga y las platinas enormes que habían creado los neimoidianos para descargar sus tanques y batir los transportes droides se rediseñaron para transportar y reubicar nuestros banthas, acklays y gundarks. Y también a Masa de Nieve, claro.

El *Halcón Milenario* ya formaba parte de la flota de Molpol cuando me contrataron. La verdad es que me llamó la atención que una nave tan potente perteneciera a un circo. Los anteriores dueños habían equipado el carguero con un hiperimpulsor militar y una torreta turboláser dorsal. Pero cuanto más tiempo pasaba a los mandos del *Halcón*, más me daba cuenta de que era la nave perfecta para el Molpol; tan ágil como nuestros acróbatas y tan variopinta como nuestros artistas. También ella había pasado ya sus días de gloria como nave; estaba destartalada y llena de chapuzas. No cabía duda de que necesitaba una buena reforma, pero fue la mejor nave que piloté jamás.

Con el tiempo me encariñé profundamente con el *Halcón* pero, en mi opinión, la mayor atracción de Molpol era una joven acróbata aérea cuyo nombre artístico era Sari Danzer. Era hermosa y grácil, y llevaba a cabo proezas con el propulsor que dejaban boquiabierto y sin aliento incluso a los más hastiados de entre el público. A diferencia mía, llevaba el circo en la sangre y las actuaciones que realizaba se habían perfeccionado generación tras generación en una familia que guardaba sus secretos con tanto empeño como los Jedi guardaron los suyos durante un tiempo. Gracias a los láseres y a otras ayudas, Sari desaparecía, se encogía o se agrandaba más que un bantha o salía disparada hacia el cielo como un meteorito. Incluso cuando no actuaba, se movía como si no pesara nada.

Ella era la verdadera estrella del Molpol; lo malo es que lo sabía.

Sus exigencias no tenían límite e insistía en que todo el mundo prestara la máxima atención a cualquier cosa que ella hiciera. Ni una sola pestaña fuera de su sitio; ni una sola prenda de ropa sin conjuntar con todas las demás; ni un solo traspié. Si alguna de las actividades rutinarias no salía a la perfección, pasaba días enfadada. Si eras uno de los ayudantes, más te valía que no hubiera ni el más mínimo error de iluminación o sonido. Sari no gritaba jamás, pero su silencio era aún más temible.

Sin embargo, nada de todo aquello impidió que me enamorara de ella. Yo sólo era un piloto y ella no tenía tiempo para mí, aunque yo siempre lograba verla. La gente que trabajaba para el Molpol siempre acababa trabajando el doble de lo estipulado, y yo decidí unirme al grupo de payasos. La única razón: intercambiar alguna que otra palabra con Sari entre los actos. Quince payasos y yo salíamos de repente de un deslizador terrestre con sitio sólo para cuatro, o yo me pegaba un buen golpe, y allí estaba ella, esperando sobre las alas para continuar con el espectáculo. Yo aprovechaba aquellos instantes para desearle suerte o para dedicarle algún cumplido a su vestimenta. No creo que ella se sintiera atraída por mí ni lo más mínimo, pero le encantaba que hiciera reír al público y que los dejara a todos de muy buen humor para que pudieran apreciar mejor su actuación.

Normalmente, los artistas viajaban juntos entre planetas en una antigua nave de pasajeros en la que la privacidad brillaba por su ausencia, proliferaban los cotilleos y las discusiones eran muy frecuentes. El *Halcón* estaba reservado para transportar al dueño y al jefe de pista, a sus invitados especiales y a los créditos en efectivo que se hubieran recaudado durante la actuación. Aún así, Sari solía preguntarme cómo soportaba tener que viajar en «ese montón de chatarra». En esas ocasiones trataba de cantar las glorias del *Halcón*, pero mis palabras caían en saco roto. Al final, sin embargo, reuní el valor para preguntarle si consideraría la opción de cambiar sus estrechos aposentos de la nave de pasajeros por un camarote privado, relativamente lujoso, a bordo del *Halcón*. Las siguientes funciones marcadas en el calendario tendrían lugar en dos planetas remotos en el sector Anoat. Para ambas representaciones tanto Dax Doogun como el jefe de pista viajarían en una nave propiedad del gobernador del sistema estelar. Ni yo mismo habría podido soñar con una situación más perfecta: no era un viaje hiperespacial normal, con la

intención de ahorrar combustible y recortar gastos, simplemente tres días y tres noches de tránsito por el espacio real desde el tercer planeta del sistema al séptimo. Procuré que la invitación sonara casual, pero ella se había dado cuenta de mis intenciones, y yo lo sabía. Me contestó que su respuesta dependería del resultado de una inspección exhaustiva que ella misma le haría a la nave, algún día sin previo aviso. Quiso que sonara a broma, pero yo estaba seguro de que iba totalmente en serio.

Pasé días limpiando y acondicionando la nave por dentro y por fuera. Aspiré las bodegas y el pasillo, le saqué brillo al panel de mandos y mandé tapizar de nuevo la silla del copiloto. Me obsesioné tanto con dejar impecable el carguero que ni siquiera permití que los droides del circo me ayudaran. El *Halcón* tenía dos camarotes, pero yo me centré en el más grande, el que solía estar reservado para Dax Doogun: lavé la ropa de cama, instalé luces nuevas, fregué el lavabo y recalibré la ducha sónica. Cubrí las mesas que flanqueaban la litera más grande con velas y elaboré una selección de música para que sonara por el intercomunicador de la nave. Llené la despensa de comida y vinos y le pedí al cocinero del Molpol que preparara una cena especial que yo pudiera recalentar y servir más tarde. Los artistas y el resto del equipo se entretenían apostando hasta dónde llegaría por ganarme a Sari. Y muchos de ellos se alegraban de formar parte de la conspiración. Incluso logré convencer a Dax Doogun de que financiara la instalación de una mesa de dejarik en la bodega principal. Sabía que él era un gran fan de ese juego, pero lo más importante era que a Sari también le encantaba; y yo estaba dispuesto a pasarme todo mi tiempo libre repasando los movimientos y las reglas del juego. Además, también sabía que Sari detestaba la violencia, por eso me aseguré de que sellaban el acceso a la batería de turboláseres.

Mientras trabajaba duro para conseguir mi objetivo, me iba imaginando cómo sería llegado el momento: las comidas y los vinos que compartiríamos, la música que escucharíamos, las partidas de dejarik, competitivas pero coquetas. Mi strider kintano contra su savrip mantelliano…

Por fin llegó el día que Sari apareció por sorpresa para realizar la inspección. Acabábamos de dar la segunda función de las tres que teníamos previstas para Delphon, donde las culturas más primitivas del planeta contaban la leyenda de un antiguo bombardeo de asteroides y una nave estelar que había quedado atrás con muestras de genoma de todas las especies nativas de flora y fauna. Los nativos no nos creyeron cuando representamos su leyenda, tampoco nosotros lo pretendíamos, pero nos siguieron el juego. El resultado fue una de nuestras mejores actuaciones, en la que destacó Sari, como siempre.

Su visita al *Halcón* comenzó en la rampa de acceso, donde se arrodilló para inspeccionarlo mejor. Una vez dentro de la nave, se dirigió inmediatamente a la cabina; allí, pasó un guante blanco por el panel de control, el volante y varias palancas e interruptores más. Se sentó en la silla del copiloto y giró sobre ella hasta finalizar una vuelta completa. Posteriormente regresó a la parte central de la nave y recorrió dos veces el pasillo antes de entrar en las cabinas secundarias y las bodegas. Miraba en los huecos

oscuros y buscaba restos de polvo o telarañas; sonreía impresionada, o al menos satisfecha, del trabajo que yo había realizado. Cuando hubo regresado a la bodega principal, quité la lona que cubría la mesa de dejarik nueva y supe, por la expresión de sorpresa de sus ojos, que había pasado la PRUEBA.

Al final, todo lo que dijo fue: «Sí».

Levantamos el campamento de Delphon, desmontamos las tiendas y dejamos todo limpio. Los adiestradores metieron a los animales en el transbordador Haor Chal; el equipo se subió a su nave, los artistas a la suya y Sari y yo subimos al *Halcón Milenario.* Había programado el ordenador de navegación para que nos llevara lo más directamente posible a Delphon 7, porque mi idea era activar el piloto automático durante gran parte del trayecto. En aquellos días, poco antes de que la Alianza Rebelde empezara a construir bases secretas en mundos del Gran Javin, el único riesgo que corrías en un carguero ligero era que te atacaran los piratas. Y a juzgar por lo que había oído por ahí, los imperiales tenían a los piratas controlados. Es más, se decía que los piratas no atacaban a los circos.

Mientras Sari se duchaba, se vestía y se maquillaba, yo puse la mesa en la bodega principal, abrí el vino para que respirara, calenté la comida, encendí las velas que yo mismo había repartido por la estancia y puse la música por el intercomunicador. Cuando ella apareció en la bodega principal desde el pasillo, se había puesto algo más cómodo, y aquella visión me cambió para siempre.

Nos sentamos uno frente al otro y eché el vino en los vasos.

—Por un viaje memorable —dije, levantando mi vaso.

Ella sonrió levantando el suyo. Estábamos a punto de brindar con los vasos cuando sonó la voz del capitán del transbordador por los altavoces de la estación de ingeniería: «¡Piratas!».

Yo me levanté de un salto provocando que el vino saliera volando en todas direcciones y me puse inmediatamente el intercomunicador.

—¿Está usted seguro? —pregunté.

—Están ondeando la Zarpa ardiente —me contestó el capitán del deslizador terrestre.

—¿Saben que somos un circo? —pregunté de nuevo.

—Sí, y les da igual —me contestó.

—¿Ha pedido ayuda? —pregunté, sabiendo cuál iba a ser la respuesta.

—Vienen hacia nosotros —dijo el capitán.

Sari y yo fuimos corriendo hacia la cabina y nos atamos a nuestros respectivos asientos con el tiempo justo de ver cómo las alarmas empezaban a sonar tanto en el deslizador como en la de pasajeros. El fuego se había iniciado en un crucero ligero tan viejo como el Haor Chali C-9979, engalanado con el emblema pirata, la Zarpa ardiente, y escoltado por varios cargueros modificados.

—¿Quiénes son? —le preguntó al capitán.

—El Agujero Negro —fue su respuesta.

Maldije sin aliento. Pese a la falta de creatividad demostrada al escoger su nombre, el Agujero Negro era una de las bandas más temidas del espacio a aquel lado del Núcleo.

—¿Han pedido algo? —pregunté.

—Sólo han dicho que quieren que nos detengamos en Regosh —contestó.

La luna primaria de Delphon IV, Regosh, era un orbe de escasa gravedad que carecía de centros poblacionales y que contaba con tantos bosques como mi lugar de origen. Había oxígeno suficiente para que vivieran humanos y humanoides pero supuse que algunos de nuestros artistas tendrían que usar un respirador, porque estaba seguro de que los piratas no nos iban a matar en el acto.

Por un momento pensé en activar el turboláser del *Halcón*, pero enseguida deseché la idea. La nave era hábil, pero yo no me veía capaz de llevar a cabo un combate en pleno vuelo y una huida al mismo tiempo. Sari leyó mis pensamientos.

—Esperemos a ver qué quieren —dijo.

—¿Y si son esclavistas? —sugerí.

—En ese caso ya veremos qué hacer —contestó.

Las otras naves y nosotros cambiamos de dirección y giramos hacia la delgada atmósfera de Regosh. Las naves del Agujero Negro nos guiaron hasta un claro en el hemisferio norte, donde nos estaban esperando un grupo de compañeros suyos, algunos armados con blásters repetidores. Ante nosotros, una miscelánea de algunas de las especies más feroces que habitaban el Borde Exterior, todos ellos piratas cuya apariencia no daba señales de ser el tipo de seres con el que se puede razonar. Dudaba incluso que mi don de gentes los hiciera sonreír. Cuando hubieron llegado todas las naves de Molpol, el líder de la banda pirata, que se dirigió a nosotros en un precario básico, ordenó a la tripulación del C-9979 que desembarcara. El resto teníamos que permanecer en nuestras respectivas naves.

El Agujero Negro dejó muy claras sus intenciones; y hay que decir que fue un gran alivio, en cierto modo: iban a secuestrar el transbordador.

Durante tres horas estándar vimos cómo bajaban a los animales de la gran nave y los dejaban sueltos por allí, tan tranquilos como lo estarían justo antes de una función. Al no estar acostumbrados a tanto espacio abierto, algunos de ellos se alejaron considerablemente y empezaron a mordisquear el follaje de Regosh. Algunos de los felinos y los gundarks se escondieron entre los árboles y desaparecieron. Confundidos, los animales más pequeños, los lagartos nivales, los eopies, nerfs y demás se arremolinaron unos junto a otros en el centro de la pista de aterrizaje como si estuvieran esperando instrucciones.

En cuanto hubieron desembarcado todos, varios piratas se apresuraron a subirse a la nave y despegaron. El resto de las naves del Agujero Negro también; en un abrir y cerrar de ojos, los piratas se habían ido.

Sari y yo salimos del *Halcón* para reunirnos con el resto del equipo del Molpol, que también salía de sus naves. A pocos pasos de la rampa de acceso, me detuve para mirar a mi alrededor. El cielo de Regosh se estaba oscureciendo y el bosque que nos rodeaba

estaba invadido por animales indígenas muy escandalosos. Tuve un mal presentimiento que empeoró cuando me fijé en que cientos de ojos brillaban entre los árboles.

De repente, algo surgió de entre los árboles a la velocidad del rayo, cruzó el claro y desapareció entre el bosque de nuevo con uno de los animales pequeños entre las fauces. Segundos más tarde, otro animal del bosque realizó una incursión similar en el claro con igual resultado. Y después un tercero, y un cuarto…

El armamento con el que contaba Molpol era, en su mayoría, ceremonial. Lo usaban nuestros tiradores durante su parte de la función. Algunos de los miembros del equipo tenían blásters de verdad, pero no eran suficientes para repeler unos ataques que, muy probablemente, durarían toda la noche. Se me pasó por la cabeza usar el turboláser del *Halcón* para arrasar los árboles cuando se me acercaron varios de los adiestradores.

—Tenemos que subir los animales al *Halcón* —me gritaron algunos.

Debí de mirarlos muy confundido porque me repitieron lo mismo pero gritando aún más. Sacudí la cabeza intentando aclararme e intenté explicarles que el Halcón no era tan grande como para acomodar ni a un tercio de los animales, y eso contando ya con los camarotes privados y las zonas de carga.

—Entonces habrá que hacer tres viajes —dijo el ryn, que se ofreció a ser mi copiloto.

—¿Tres viajes adónde? —pregunté en una voz que sonó demasiado aguda para ser mía.

—De vuelta a Delphon —me dijeron.

Todos empezaron a gritar al unísono con argumentos que yo ya conocía: había que hacerlo por el bien de los animales, no podíamos abandonarlos en Regosh para que se los comieran. Los más grandes podían defenderse solos pero los pequeños necesitaban nuestra ayuda. Sólo el *Halcón* era lo suficientemente rápido para la tarea, y sólo yo sabía cómo trazar y ejecutar los microsaltos necesarios. Mientras tanto, el resto se quedaría en la luna y mantendría a raya a los depredadores.

Con todo aquello, no me quedó más remedio que regresar a la nave y hacer hueco a los adiestradores, que se encargaron, de inmediato, de reunir a los animales en el *Halcón*. Ojalá los piratas nos hubieran dejado algo de paja taanabiana para cubrir las cubiertas, pero todo lo relacionado con la alimentación de los animales había desaparecido con el transbordador Haor Chali. Cuando por fin pude moverme, eché a correr hacia la nave para habilitar los generadores de oxígeno y los amortiguadores de inercia bajo las cubiertas y poner los depuradores de aire al máximo. Pero mi nariz ya me decía que no había nada que pudiera eliminar aquel hedor procedente de lagartos nivales nerviosos y otros camelloides. De hecho, empecé a dudar que el *Halcón* lograra recuperar su olor original algún día.

Y justo cuando parecía que ya nada podía ir peor, a *Masa de Nieve* se le metió en la cabeza que el *Halcón* se estaba comiendo a aquellos pequeños animales y decidió acudir al rescate. No tengo constancia de ningún otro momento de la historia en el que un rancor albino atacara a un carguero YT-1300, pero fue exactamente lo que ocurrió allí, y la única manera que se me ocurrió para evitar que le diera una paliza a la nave y la

manchara de baba corrosiva fue encender los propulsores e ir alejándola del alcance de *Masa de Nieve* mientras sus adiestradores intentaban calmarlo. No sé cuánto duró aquel baile pero cuando paramos, muchos de los animales que estaban a bordo se habían mareado, contribuyendo al miasma precedente con sus arcadas y otros fétidos efluvios.

Con toda aquella confusión, ni me había dado cuenta de que había perdido de vista a Sari, aunque supuse que se habría escondido en su camarote de la nave de pasajeros. Por eso es fácil imaginar mi sorpresa cuando, al salir de la cabina del *Halcón,* me la encontré sentada, con las piernas cruzadas en el suelo de la bodega principal que estaba ahora totalmente sucia. Su vestido de noche no tenía arreglo alguno, su cara estaba impregnada de sustancias sin identificar y su maquillaje estaba hecho un desastre. Al ver que lloraba, me acerqué a ella y me deshice en disculpas por todo lo que se me pudo ocurrir; me disculpé hasta del ataque pirata.

Ella me miró durante un rato largo antes de limpiarse las lágrimas de los ojos y echarse a reír.

—Eres un imbécil incluso cuando no estás actuando.

Empecé a tartamudear una respuesta pero me interrumpió.

—¿Por qué crees que estoy con el circo? ¿Por los aplausos? ¿Por los escasos créditos que nos pagan? —preguntó mientras abría los brazos ampliamente para señalar a todos aquellos animales asquerosos, los lagartos nivales, los eopies que la rodeaban—. Adoro los animales, Purn. Y creo que cuando hayamos puesto a todos a salvo ellos en Delphon, estaré enamorada de ti.

—Al final nos hicieron falta a mi copiloto ryn y a mí cuatro viajes para transportar a todos los animales de vuelta de Delphon —continuó Purn—. Pero gracias al *Halcón,* hicimos los microsaltos de ida y vuelta en un tiempo récord, y al final sólo perdimos doce animales por culpa de los depredadores de Regosh.

—¿Y qué pasó con los animales grandes? —preguntó Allana, sentada sobre el borde de la silla.

—Bueno, tuvieron que rehacer sus vidas en Regosh.

—¿*Masa de Nieve* también?

—*Masa de Nieve* también, sí —sonrió Purn—. La última vez que lo vi parecía feliz.

—Porque… ¿ya no tenía que hacer funciones de circo?

—Pues a lo mejor sí tuvo algo que ver; aunque creo que es porque Regosh le recuerda un poco a su planeta de origen, Dathomir.

—Mi madre… —empezó a decir Allana, que enseguida se detuvo y recomenzó con otra frase—. ¿Y qué pasó con los animales más pequeños?

La pena se adueñó de la sonrisa de Purn. Se volvió hacia Han y Leia y prosiguió:

—Al final, el ataque pirata supuso tantas pérdidas para Dax Doogun que no tuvo más remedio que venderlo todo, incluso el nombre Molpol.

—¿Nunca detuvieron al Agujero Negro? —preguntó Leia.

—A algunos de sus miembros, sí, pero los demás se unieron al Consorcio Zann.

—Supongo que ese «todo» incluyó también el *Halcón* —dijo Han.

—Por desgracia, sí. Si yo hubiera dispuesto de créditos suficientes, lo habría comprado. Pero la riqueza aún tardaría mucho en llegarme.

Un golpe suave procedente de la puerta dio paso a una atractiva twi'lek que asomó la cabeza.

—Perdón por la interrupción, pero tienes que salir a entregar los premios.

Purn le hizo señas para que entrara en la estancia.

—Sólo será un momento. —Miró de nuevo a Han y a Leia y preguntó—: ¿Por dónde iba?

—Que habría comprado el *Halcón*…

—Ah, cierto. El *Halcón* fue una de las primeras cosas de las que nos deshicimos y, como director, yo mismo me encargué de todo para vendérselo a Cix Trouvee.

—Y después, ¿qué pasó? —preguntó Allana.

—Cuando cerró el Molpol, volví a pilotar. Entonces descubrí que pilotar ya no me llenaba, que lo que de verdad me gustaba eran los animales. Trabajé como jefe de pista en otros equipos y al final me metí en el mundo de los concursos de mascotas, que es a lo que me dedico en la actualidad.

Han se frotó la barbilla.

—Dijo que el *Halcón* ya pertenecía al Molpol cuando usted empezó a trabajar para el circo.

—Sí. Dax Doogun lo había comprado unos años antes.

—¿Y sabe dónde lo consiguió?

Purn se quedó pensando por un momento.

—Recuerdo que el *Halcón* había funcionado como nave médica o algo así.

—¿En serio? —preguntó Leia sorprendida.

—Me temo que es lo único que sé.

—A lo mejor Doogun sí se acuerda, ¿no? —dijo Han.

—Seguro que sí, pero hace al menos unos veinte años que no sé nada de él.

Allana se puso triste.

—¿Y no sabe dónde está?

—Lo siento, jovencita, pero no tengo ni idea de su paradero.

—Le encontraremos —dijo Han, seguro de sí mismo, y por el bien de Allana.

—No nos ha dicho qué fue de Sari —comentó Leia.

Vistal Purn soltó una sonora carcajada.

—¡Qué grosería por mi parte! Me casé con ella —dijo, señalando a la twi'lek que esperaba paciente junto a la puerta—. Sari, permíteme presentarte a Han, Leia y Amelia Solo y a su droide C-3PO.

—Mucho gusto —dijo Sari.

—El gusto es nuestro —contestó Leia con una gran sonrisa.

—Se podría decir que el circo nos unió —dijo Purn—, pero a mí me gusta creer que fue el *Halcón Milenario*.

CAPÍTULO VEINTIUNO

—Tengo un aspecto ridículo —dijo Poste. Cuando estiró los brazos hacia delante, las mangas del traje ocre que llevaba se le subieron hasta la altura de los codos.

—Pues claro que sí. Pero tiene que parecer que eres un ejecutivo publicitario, así que ¿qué más da?

Ataviado con un mono entero de color magenta y botas hasta la rodilla, Jadak se dio cuenta de que él no tenía mejor aspecto. Pero si estaba seguro de algo, era de que tanto él como Poste sería capaces de seguir con el juego hasta que dieran por finalizada la misión.

Los dueños reales de los trajes, ahora vestidos únicamente con su ropa interior, estaban desplomados en el suelo de una espaciosa habitación de hotel con las manos y los pies atados y las bocas tapadas con cinta adhesiva. Poste y Jadak habían llegado a Holess hacía una hora local. En el puerto espacial alquilaron un aerodeslizador lujoso y volaron directamente hacia el hotel pijo del centro de la ciudad. En aquella habitación de la planta treinta y seis, que tenía unas vistas inmejorables del Monte de la Justicia, Jadak, Poste y dos matones de Rej Taunt esperaron su oportunidad. Apenas habían abierto el equipaje los dos ejecutivos cuando el par de weequays los dejó inconscientes. El traje del más alto, a Jadak le quedaba flojo, pero con el del más bajo, Flitcher Poste daba la impresión de estar envuelto en una sábana ajustable muy apretada. Aún así, ambos tenían mucho mejor aspecto que los dos weequays crestudos que los acompañaban.

—¿Vosotros listos? —farfulló en básico el weequay llamado Erf.

Jadak atusó la chaqueta del traje hacia abajo.

—Cuando quieras —contestó mientras asentía mirando a Poste, que frunció el ceño antes de separarse del espejo de cuerpo completo que había en la habitación.

Erf sacó dos blásters de los amplios bolsillos de su abrigo.

—Tienen seguro puesto. Ya fijados para aturdir. —Tras decir eso, comprobó el conmutador para asegurarse y entregó las armas a Jadak.

Jadak las sopesó y le pasó la más potente a Poste, que comprobó de nuevo el conmutador, revisó los niveles de batería y gas, y se la guardó en una funda que llevaba colgada al hombro.

—Aquí el maletín —dijo el otro humanoide—; tarjeta de datos dentro.

Jadak cogió el pequeño maletín de aleación y experimentó lo que él consideró un *déjá vu*. De hecho, su memoria lo transportó al muelle de la planta baja de los Anexos del Senado en Coruscant, donde acababa de entregar un maletín igual a éste a los senadores

Des'sein, Largetto y Zar. Para la memoria de Jadak, aquellos recuerdos no tenían más de un mes de vida.

La ranger antariana que se hará cargo de ella se llama Folee. La encontrarán en Ciudad Salik, la capital de las regiones occidentales. Su código para entrar será…

—¿Todo bien? —preguntó Poste.

Los recuerdos se desvanecieron y la imagen desapareció.

—Parecía que te habías ido.

Jadak miró hacia otro lado.

—Sólo estaba repasando el plan.

—¿Te lo estás pensando mejor?

—No, lo pienso sin más —dijo Jadak, negando con la cabeza.

Cogieron sus mochilas, localizaron el aerodeslizador alquilado en el aparcamiento del hotel y se colocaron sobre sus respectivos asientos. Era un Incom T-11 de cuarenta años con una estructura estilizada y la proa inclinada; estaba trucada con un potente repulsor y propulsores muy anchos. Las manos de Jadak fueron instintivamente a los controles y unos segundos más tarde habían despegado y cortaban ya el espeso aire del planeta para mezclarse con el tráfico en un carril de treinta metros.

Holess era un mundo de terreno muy variado que albergaba especies de humanoides corpulentos que, por lo que se decía, estaban emparentados con los orejudos lanniks. La población nativa estaba agrupada en ciudades muy altas construidas con la riqueza procedente de los depósitos de duranio que llevaban explotando y exportando miles años en aquel planeta. Con unos ingresos y una cantidad de tiempo libre que la mayoría de especies no sabrían en qué emplear, los holessianos habían elevado su reverencia innata por la ley a la calidad de religión. Como consecuencia de ello, Holess tenía más leyes puntillosas que cualquier otro lugar de la galaxia y la población nativa recurría al litigio de forma sistemática. Las leyes servían a las propias leyes, y se promulgaban con el convencimiento de que alguien la infringiría y, por lo tanto, buscaría defensa legal. Trataban a los jueces como si fueran dioses y los abogados, tanto fiscales como abogados defensores, vivían acostumbrados a la fama. Resultar elegido para formar parte de un jurado equivalía a tomar parte en un ritual sagrado. Los holessianos seguían los casos judiciales como otras especies las temporadas deportivas. Apostar sobre un veredicto se consideraba sacrilegio, pero las decisiones finales se debatían, discutían y analizaban sin descanso; a veces, incluso hasta años después de haber concluido.

El centro de la actividad jurídica estaba en el Monte de la Justicia, una estructura con forma de catedral construida sobre una prominencia natural en el centro de la capital y reservada para los casos más relevantes; normalmente, de importancia galáctica. Aunque a veces se comparaba con la Torre de la Ley de Bimmisaari, el monte era el punto central de la vida holessiana, y destino de peregrinación obligada para todos los nativos, al menos una vez en su vida. Al monte se accedía por una rampa ancha que subía en espiral desde la base monolítica de tor hasta las enormes puertas abiertas de la propia estructura. Sobre la entrada había una holopantalla gigante que se veía a kilómetros de distancia y

sobre la que emitían, en directo, los casos que se estaban juzgando, así como anuncios de diversos productos y servicios.

Los majestuosos chapiteles del monte llenaban las vistas que Jadak contemplaba desde el aerodeslizador mientras maniobraba sin problemas entre el tráfico. Más allá, los bulevares que rodeaban el monte se llenaban de espectadores que animaban a los jueces, abogados y miembros del jurado cuando éstos accedían a la base de la rampa. Diversos puestos improvisados a lo largo de la ruta ofrecían comida, bebida, facsímiles de expedientes legales y recuerdos varios; entre ellos, réplicas de los participantes de más relevancia.

Lo que mejor se estaba vendiendo en aquel momento era un modelo a escala del testigo principal de un caso que llevaba varios meses consumiendo por completo la atención de los holessianos. Se trataba de un pleito entre Colla-Arphocc Autómata y el gobierno de la Alianza Galáctica por el derecho a reiniciar la producción de los droides de batalla que habían propiciado que los colicoides ganaran una reputación de carnívoros salvajes durante los años que precedieron a las Guerras Clon. Tras verse obligado a desarmarse al terminar la guerra y por miedo a represalias violentas por parte de las fuerzas imperiales, el Nido de creación colicoide tuvo que esconderse. No hacía mucho que había vuelto a dar señales, ahora representados por un famoso abogado de Epica que decía estar en posesión de unos documentos portadores del sello personal del emperador Palpatine. Esos supuestos documentos demostraban que la prohibición sobre la producción de droides había expirado el año anterior, y los colicoides argumentaban que deberían recuperar la libertad de competir con Roche, el Cártel Givin, Armas Tendrando y otros fabricantes de armamento y munición.

El hecho de que el testigo principal de Colla-Arphocc Autómata fuera un antiguo miembro del equipo de expertos conocido como Diseños Colla había dado a los fabricantes de recuerdos de Holess la oportunidad de lucirse. Ahora los facsímiles que se vendían en los puestos no sólo tenían la forma de un droide destructor en miniatura, salvo por los blásters gemelos y la característica burbuja defensiva, sino que también podían convertirse en una esfera casi sólida. Esto reproducía el reflejo, rara vez presenciado, que se daba en los colicoides cuando se encontraban con un depredador antiguo llamado hueche y que se debía a las escamas epidérmicas de marfil superpuestas que eran la base del caparazón óseo de los colicoides. Algunos xenobiólogos creían que el compromiso de los colicoides con la exterminación del hueche fue el impulso que los llevó al éxito en el campo del diseño de armas.

Incluso a treinta metros de altura, Jadak y Poste divisaban a numerosos espectadores que se divertían con los juguetes de colicoides: jugaban con ellos, los lanzaban al aire para volver a cogerlos, los hacían rodar por la acera y simulaban peleas entre unos y otros.

Cuando se acercaban al espacio aéreo controlado por el Monte de la Justicia, Poste transmitió el código de acceso que les habían robado a los ejecutivos del hotel. Estaba prohibido aterrizar sobre la rampa helicoidal y en los alrededores de la misma, porque

muchos de los participantes y todos los peregrinos realizaban el ascenso a pie, algunos incluso de rodillas. Dicha rampa estaba bordeada por una valla de duranio de poca altura, pero ofrecía numerosas áreas de descanso para los más cansados a las que se accedía por diversas puertas y que estaban decoradas con lápidas de duranio grabadas con leyes y decretos.

Cuando les dieron permiso para aterrizar, Jadak ladeó la nave hacia la pista de aterrizaje en la que se encontraba la cabina de control de la colosal holopantalla.

Un holessiano con túnica azul esperaba en la plataforma de la pista de aterrizaje.

—¿Son ustedes los representantes de Desodorantes Desicare?

—Recién llegados de Coruscant —dijo Jadak mientras dejaba el asiento de piloto.

—Completamente secos y fragantes.

Poste miró fijamente al holessiano y después sonrió.

—¡Eh! Conoce nuestro eslogan.

—Uso su producto a diario.

—Ese es el cliente que nos gusta —dijo Jadak.

—Tenemos leyes que controlan la transpiración —dijo solemnemente el holossiano.

—Arriba las manos —ordenó Poste.

—Le aseguro que estoy seco… —dijo, voliéndose hacia él.

Cuando vio el bláster de Poste levantó inmediatamente los brazos.

—Sería una tontería empezar a sudar ahora —dijo Jadak mostrando también su bláster—. Llévenos a la cabina de control y siga nuestras instrucciones como si fuesen leyes.

Todo el mundo, excepto un único guardia de seguridad, estaba de espaldas a ellos y no vieron que los conducían hasta la cabina oval. El guardia presintió que algo no iba bien y fue a por su bláster, pero Poste fue más rápido: lo desarmó y le dijo lo mismo que Jadak al que los había recibido momentos antes. El alboroto llamó la atención de algunos de los técnicos, que levantaron la vista de sus pantallas individuales y vieron a los ejecutivos de Desodorantes Desicare, dos humanos, apuntando con blásters.

—Si lo que quieren es más tiempo en pantalla, sólo tienen que decirlo —dijo uno de ellos, lo que provocó que miraran todos los demás.

—Están violando la disposición 1336/2/B del código penal en relación a la entrada ilícita. Debo advertirlos de que tenemos derecho a demandarlos, sin importarnos…

El disparo de Poste al techo acústico puso fin a la verborrea. Jadak abrió el maletín y sacó una tarjeta de datos.

—Un anuncio nuevo que queremos que emitan.

El holessiano al cargo se negó.

—Todos los anuncios tienen que pasar primero por el Ministerio de Medios de Comunicación para un análisis de contenido; hay que ver si se ajusta a las leyes de consumo público o si hay que limitarlo de algún modo de acuerdo con las directrices establecidas hasta el momento por el Consejo de la Decencia.

—Si no se ajusta a sus estándares, nos denuncian luego, ¿vale? —dijo Jadak.

—No le quepa la menor duda.

—¿Tienen ustedes permiso para llevar un bláster? —preguntó uno de los técnicos.

Poste disparó de nuevo.

—Aturdiré al próximo que hable.

Jadak descendió por una escalera enmoquetada que llevaban al ventanal de observación de la cabina. Parecía que el montículo y aquella parte de la rampa en espiral que terminaban frente a las puertas se podían tocar desde allí. La gran pantalla mostraba un vídeo en directo en el que se veía a un jurado sentado en la sala. Jadak se dio la vuelta para encararse con los técnicos de producción.

—Vamos a esperar hasta que el testigo principal llegue a lo alto de la rampa. Cuando lo haga, y tras mi orden, emitiréis el anuncio por la holopantalla. —Jadak puso la tarjeta de datos sobre la mano del jefe holessiano, que la miraba con asco.

—Si lo que pretende es impresionar a los colicoides —empezó a decir—, permítame decirle que al ser insectoides no transpiran igual que los humanoides. Excretan las toxinas por medios diferentes a las glándulas sudoríparas. Las glándulas que tienen son para defenderse mediante feromonas y olores peculiares.

—Vamos a comercializar un producto especial para ellos —contestó Jadak.

—¿Y por qué no lo hacen en su mundo?

—Porque seguro que la mayoría del nido está viendo vuestra transmisión en directo.

—En ese caso, nos reservamos el derecho a reclamar participaciones de los beneficios que se generen con las ventas de… lo que sea que van a lanzar al mercado.

Jadak asintió.

—Claro, y si fracasa, Desicare se reserva el derecho a cobrarles el porcentaje de los costes de investigación y desarrollo.

De repente se iniciaron diversas conversaciones al mismo tiempo. Jadak se volvió hacia la ventana; estudió los patrones de control de los deslizadores de seguridad holessianos y calculó la batería del turboláser instalado en la cumbre del chapitel más alto del monte, un recuerdo de la guerra yuuzhan vong. Bajó la mirada hacia la rampa, espió al colicoide que estaba en la parte más alta de la misma, escoltado por un nautolano de complexión fuerte y por una mujer delgada que, seguramente, fuese la abogada defensora de Colla-Arphocc Autómata.

Jadak se movió rápidamente hacia la pantalla más cercana.

—Dame un primer plano del testigo principal y sus escoltas —le dijo al técnico que estaba en los controles. El holessiano seleccionó una de las cámaras y Jadak miró la imagen por encima del hombro del técnico. El nautolano era uno de los matones que lo había asaltado en Nar Shaddaa. La mujer, hembra al menos, era Koi Quire, de Salud y Vida.

—¿Cómo se llama el abogado que representa a los colicoides? —preguntó Jadak cuando sus pensamientos dejaron de girar.

—El señor Lestra Oxic —contestó el técnico.

El nombre no le sonaba, pero Jadak lo memorizó igualmente.

—Preparaos —ordenó lo suficientemente alto para hacerse oír sobre las demás conversaciones.

—¿Se da cuenta de que su anuncio va a interrumpir la entrevista al Jefe de Justicia Margo?

—Di que es una noticia de última hora.

—Eso sí podríamos hacerlo —le dijo el jefe holessiano a su ayudante—. Por lo menos nos eximirá de toda responsabilidad que…

—Hacedlo —dijo Jadak, blandiendo el bláster.

De reojo vio que la gran pantalla se quedaba en blanco por un momento y después apareció en ella el icono del telediario. Debajo, el colicoide, el nautolano y Koi Quire finalizaban la última curva de la rampa y se dirigían a la puerta principal.

—Pon el anuncio, ¡ahora!

La imagen en 3D de un felino rugiendo con dos filas de dientes extremadamente afilados casi salta desde el monte, desconcertando a algunos de los espectadores, sorprendiendo a otros y asustando a los demás. Pero aquella cara de veinte metros de altura inspiró verdadero pánico en los colicoides. Saltando directamente desde la rampa, el testigo principal del demandante encogió el cuerpo y se convirtió en una bola metálica de dos metros de diámetro y bajó rodando la rampa a una velocidad sorprendente.

El jefe holessiano se acercó corriendo a la ventana.

—¿Qué tipo de anuncio es ése? ¿Y qué criatura es ésa?

—Se llama hueche —dijo Jadak, sin quitar la vista del alienígena rodante.

Los espectadores que todavía subían por la rampa buscaban cobijo al ver como una bola pasaba entre ellos y se ponían tras las vallas de duranio que marcaban la subida. Casi parecía que el colicoide estaba a punto de saltar la valla, pero los secuaces de Rej Taunt estaban cerca para comprobar que eso no ocurría. El colicoide había logrado desviarse hacia una de las áreas de descanso, pero ellos lo lanzaron de nuevo hacia la rampa y continuó el descenso. Más abajo, otro equipo de secuaces hizo lo mismo y envió al alienígena que huía hacia la base del monte donde un camión deslizador esperaba su llegada. En la base interior había una esfera de contención enorme; una de las tapas hemisféricas estaba completamente abierta.

Jadak hizo señas a Poste para que fuera hacia el aerodeslizador. Él tenía pensado disparar un par de veces a la cabina de comunicaciones, pero al final decidió que ya había causado bastantes daños. Seguramente los de seguridad ya se hubieran dado cuenta de lo que ocurría y él y Poste tendrían que salir huyendo urgentemente.

Los holessianos estaban demasiado ocupados intentando que las emisiones volvieran a la normalidad como para evitar que escapasen. Jadak y Poste, en su huida hacia el aerodeslizador se lanzaron desde la plataforma justo cuando el colicoide entraba en el compartimento del camión deslizador, que se cerró de inmediato dejando al colicoide atrapado en su interior.

—Caso cerrado —dijo Poste desde el asiento de pasajeros.

Al mismo tiempo, los vehículos de seguridad que patrullaban sobre el camión se saltaron sus patrones de actuación y empezaron a correr hacia la cabina de control.

—Allá vamos —dijo Jadak.

Les llevaban cierta ventaja y con un poco de suerte llegarían al puerto espacial mucho antes que el camión deslizador. Jadak giró el volante y la T-l 1 viró bruscamente, por si acaso algún temerario decidía usar el turboláser. El acelerador estaba al máximo y Jadak viraba la nave hacia un cúmulo de edificios altos al sur de la ciudad cuando oyó que Poste empezaba a jurar.

—¿Qué dices? —gritó Jadak.

Poste tenía medio cuerpo fuera del deslizador y miraba algo que llevaban detrás.

—¡La han perdido! La esfera, el colicoide, se les ha caído.

—¿Caído?

—No sé exactamente qué pasó pero el hecho es que va rodando por la calle.

Por la cabeza de Jadak pasaron mil posibles causas: «Uno de los vehículos de seguridad ha prendido fuego al camión; el sistema que asegura la esfera de contención ha fallado; sea como fuere, el colicoide se ha descomprimido lo suficiente como para balancear la esfera desde el interior…».

—¿Sigue rodando?

—Y cada vez más rápido —contestó Poste, mirando por encima del hombro—. Va colina abajo, hacia el río.

—¿Y el camión?

—Detrás de él.

—¿Cuántas patrullas nos siguen?

Poste se volvió sobre el asiento.

—Creo que tres, pero aún están lejos.

Jadak ajustó los mandos y exhaló fuerte.

—Abróchate el cinturón.

Aún no se había abrochado Poste el cinturón cuando Jadak hizo girar el deslizador ciento ochenta grados en dirección al Monte de Justicia de nuevo.

—Me prometiste que no harías más acrobacias —le recordó Poste cuando logró tragarse de nuevo el desayuno.

—El hombre es un animal de costumbres.

Jadak veía ya la esfera de contención pero los vehículos de seguridad también los veían a ellos y estaban recortando distancias. Habían encendido las sirenas y las luces de sus naves. Los Sorosuub especiales de policía era tan rápidos como los Incom, pero sólo en las manos adecuadas. Además, los blásters de repetición que llevaban eran ligeros y de corto alcance. En las pantallas que tenían instaladas en el techo de las naves se proyectaba el número de todas las leyes que Jadak y Poste se habían saltado.

A menos de cien metros por delante y veinte por debajo, la esfera de contención bajaba silbando hacia el río, sin tocar el suelo entre las pequeñas colinas. A cinco metros de la calle, el camión deslizador no había dado por concluida la persecución pero, aparte

de interceptar al colicoide, no podían hacer gran cosa. Jadak se detuvo un momento a estudiar el tramo de calzada que había justo delante; después inclinó más la palanca de control e hizo descender el aerodeslizador casi hasta el suelo y tan cerca del frontal del camión que se vio obligado a virar. Al ver lo que se avecinaba, Poste extendió brazos y piernas para agarrarse con fuerza al suelo y a la puerta del lado del acompañante.

Jadak esperó hasta la siguiente incursión en la calzada y después, justo cuando la esfera salió disparada hacia el aire, puso a tope la T-ll y se colocó bajo ella. La inercia provocada por el avance del aerodeslizador llevó la esfera hacia la proa, sesgada, por encima del ventanal y de las cabezas de Jadak y Poste y la hizo descender después hacia la plataforma móvil, donde se tambaleó unos instantes hasta caer sobre los asientos. El peso extra que acababa de recibir hizo que la T-11 chocara contra el suelo haciendo saltar chispas del tren de aterrizaje hasta que Jadak logró recuperar el control de los propulsores y ascender de nuevo hacia el cielo. Para entonces, los SoroSuub policiales ya los habían alcanzado e intentaban que el Incom no ganase altura.

Una tormenta de disparos procedentes del camión le dio la vuelta a la tortilla. Dos de los vehículos patrulla viraron bruscamente por culpa de los agujeros provocados por los disparos y cayeron al suelo. Envueltos en llamas y soltando una columna de humo se desplomaron sobre las vallas, arruinaron el césped sobre el que se deslizaban y acabaron en el río.

La esfera de contención no dejaba ver a Jadak lo que venía detrás, pero la desaparición repentina de los SoroSuub le hizo suponer que ahora sólo quedaban ellos y el camión deslizador. Aceleró y la T-11 sobrevoló el río a unos veinte metros sobre las aguas picadas, viró en dirección al sol de la mañana y siguió su curso hacia el puerto espacial.

El carguero que tenía que haber aceptado la entrega de la esfera estaba calentando motores en el muelle. Cuando Jadak aparcó su nave justo al lado, varios humanoides y dos gamorreanos se apresuraron a trasladar la esfera de una a otra por la rampa.

Al ver su ropa el capitán de la nave preguntó:

—¿Por qué van así vestidos?

Poste sonrió desganado.

—Actuamos en la obra del colegio.

—¿Qué le ha pasado al camión?

—Los pilotos perdieron la bola —contestó Poste.

—Lo último que vimos —añadió Jadak— fue que lo seguían varias unidades de policía.

El capitán sacudió la cabeza y dijo:

—Ése es su problema —dijo mientras se volvía hacia el carguero—. El colicoide tiene una cita en un mundo muy lejos de cualquier otro. —Empezó a subir la rampa, se paró, se volvió hacia ellos y añadió—: ¿Quieren que los llevemos a algún sitio?

—Sí —dijo Jadak, tocando a Poste para que reaccionara—, pero el dónde dependerá de si Rej Taunt va a cumplir su parte del trato.

—Lo hará. Acomódense en las literas del camarote común.

Se dirigieron allí inmediatamente. Tras probar todas las literas, Poste colocó su mochila en una de ellas y empezó a sacar cosas mientras cantaba en voz baja; exactamente lo mismo que le había visto hacer Jadak en Nar Shaddaa en aquel cuchitril el día antes de partir.

—¿Qué canción es ésa?

—Es para asegurarme de que no me falta nada —dijo Poste, señalando los objetos mientras cantaba—: «calcetines y chaquetas, pantalón y camisetas; peine, botas, gorra y…».

—Vale, ya lo pillo —le interrumpió Jadak.

—Me la enseñó uno de los ancianos del cañón que frecuentaba mi tribu. Al principio yo tenía muy pocas cosas y todas eran muy importantes para mí. Por eso me dolía tanto perderlas, independientemente de si me las robaban o yo no tenía cuidado de guardarlas. Por aquel entonces tendría unos cinco o seis años. Pero a medida que iba teniendo más cosas, añadía palabras nuevas a la canción. Cuando llegué al segundo verso, pensé que ya era rico.

Jadak asintió y sonrió.

—Si todo sale bien, chaval, te llevará una semana entera cantar tu cancioncita.

Poste sonrió.

—El anciano que me la enseñó dijo que era mnemotécnica.

Su código para entrar será: «Restauremos el honor de la República en la galaxia». Nuestra aliada les está esperando. La frase que les hemos dado es una ayuda mnemotécnica que le ayudará a llevar a cabo la parte de la misión que le corresponde. Y el Emisario se encargará del resto.

Jadak extendió su mano, temblorosa, hacia Poste.

—¿Tienes un cuaderno de datos a mano?

CAPÍTULO VEINTIDÓS

—Haremos un trato —dijo Leia—. Tú y Muzzle podéis quedaros aquí todo el viaje. Pero prometedme que cuando lleguemos a Coruscant no os encerraréis en la habitación.

—¿Muzzle también? —preguntó Allana con el simio de peluche agarrado de la mano.

Leia asintió.

—Muzzle tiene que prometérmelo también.

Allana frunció el ceño y se volvió a un lado para hablar en secreto con su muñeco.

El *Halcón Milenario* estaba en el hiperespacio y Allana, sin embargo, con el alma por los suelos. Desde lo de Taris se había mantenido distante, sentada en su camastro del camarote principal con el peluche; seguramente contándole a Muzzle todo lo que callaba ante Leia y Han. Leia se coló en el camarote y se sentó frente a ella. Colocó su mano sobre el hombro de Allana.

—¿Qué me dices?

—Muzzle dice no que quiere estar aquí todo el viaje.

—¿Y tú?

—Yo tampoco.

Leia sonrió.

—Me alegro, porque el abuelo y yo echamos de menos vuestra compañía. —Se calló un segundo y luego prosiguió—: Pareces triste; ¿va todo bien?

Allana asintió con la cabeza.

—Todavía no hemos hablado de lo que ocurrió durante el concurso de mascotas.

Ella advirtió la mirada de Leia.

—¡No es eso!

—Entonces, ¿qué es?

—Sólo estoy triste porque nuestra aventura se ha acabado.

—¿Te refieres a que no hemos averiguado quién tuvo el *Halcón* antes de Vistal Purn?

—Sí, el abuelo ha dicho que ya no había salida —asintió Allana.

—Dijo que estaba seguro de que lograría enterarse de cómo localizar al ortolano dueño del circo, Dax Doogun.

Allana miró a su abuela.

—Ya, eso también me lo dijo a mí. Pero oí que a ti te decía que ya no había salida.

Leia se puso seria. Han había hablado demasiado. Le preocupaba que Allana se recluyera en sí misma, pero tampoco quería alarmarse por ello.

—Hasta ahora ha sido una gran aventura ¿no?

—No ha estado mal.

—¿No te has divertido?

—Supongo que sí.

Leia se acercó a su nieta.

—Allana, ¿quieres hablar de lo que ocurrió en Taris? Si no te apetece hacerlo ahora, lo entiendo, pero deberíamos hacerlo en otro momento. Creo que nos ayudaría mucho hablar de ello.

—¿De qué quieres hablar?

—Bueno, pues por ejemplo de los seres que te engañaron para que siguieras al squall.

—Los odio.

Leia se quedó callada un rato.

—Te engañaron y te retuvieron porque querían obligar al abuelo a hacer algo.

—¿El qué?

—Querían que obligara al tío Lando a enviarles droides de guerra.

—¿Por qué?

—Supongo que habían trazado algún plan malévolo.

Allana arqueó las cejas y bajó la cabeza.

—¿Te acuerdas de lo que dijiste cuando escapabas de Seff? —Como Allana no contestó, siguió hablando Leia—: Dijiste Jacen.

—Ya sé lo que dije.

—¿Por qué crees que dijiste el nombre de tu padre?

Allana giró bruscamente la cabeza. Leia se paró a pensar unos instantes. ¿Conseguiría llegar al meollo de la cuestión sin agobiarla demasiado? ¿O debería dejarlo de momento?

—No puedo —contestó la niña.

—Cuando aquellos seres malvados te cogieron, ¿te recordó a cuando Jacen te separó de tu madre?

—No —contestó secamente—. Seff fue lo que me recordó a Jacen.

—Seff y Jacen no se parecen en nada; ni siquiera sus voces son similares.

—No me refiero a eso, abuela; me refiero a que lo sentí en la Fuerza como sentía a Jacen.

Leia recordó la tormenta que sintió en la Fuerza antes de espiar a Steff. Le preocupaba que Allana pudiera hacer lo mismo.

—Jacen me asustaba —dijo Allana de repente—. Y en aquel momento Steff me asustó exactamente de la misma forma.

Leia tomó las manos de Allana y le dijo:

—¿De qué forma, cielo?

—Sentí que iba a hacerme daño.

Leia se mostró consternada.

—Jacen jamás te habría hecho daño, Allana. Te quería muchísimo; él habría cambiado la galaxia por ti si hubiera podido.

Allana parecía reconsiderar los hechos.

—¿Le echas de menos, Allana?

La niña desvió la mirada.

—Un poco, a veces. —Volvió a mirar a Leia y preguntó—: ¿Te gustaría que estuviera vivo, abuela?

A Leia se le hizo un nudo en la garganta.

—Siento mucho que haya muerto.

Mucho, mucho.

—¿Estaba enfermo?

—Sí lo estaba. Pero no como cuando te duele el estómago. Él tenía… una especie de enfermedad en la Fuerza —asintió Leia, consciente de que algún día tendrían que contarle a Allana la verdad sobre lo ocurrido, con todos los detalles. Pero aún no era el momento adecuado.

—¿La Fuerza puede enfermar?

—No, pero hay seres que usan la Fuerza para poner en peligro a los demás.

—¿Eso es el lado oscuro?

—Puede. Y uno de los caminos hacia el lado oscuro es la ira. Otro, el odio. Por eso te regañé cuando saliste corriendo de aquella habitación y querías lanzar la Fuerza hacia Seff.

Allana se movía nerviosa.

—¿Jacen estaba enfadado?

—Sí, Jacen estaba muy enfadado.

—¿Por qué?

—Porque no lograba que las cosas salieran como él quería.

—Yo a veces me enfado cuando no me dejas hacer algo —dijo Allana en voz baja.

—Todos nos enfadamos alguna vez —dijo Leia—, pero este tipo de enfado, o la frustración por no conseguir algo no es lo mismo que dejar que te invadan la rabia y el odio y permitir que esas sensaciones controlen tus pensamientos y tus acciones.

—Cuando te pasa eso, te enfadas mucho —dijo Allana, que por algún motivo recuperaba el buen humor.

—Cuando la rabia se adueña de ti, te pone furioso, y eso no es bueno ni para ti ni para la Fuerza.

Allana rodeó a Leia con sus brazos.

—Yo no estoy enfadada, sólo un poco triste. Es lo que le estaba contando a Muzzle cuando llegaste.

—¿Y qué te contestó él?

—Que estar triste era estúpido.

Leia la abrazó.

—Muzzle se equivoca, no es estúpido. A veces no podemos evitar sentirnos tristes.

Han dio un golpecito en el marco de la escotilla abierta.

—¿Se puede?

Leia susurró:

—¿Se puede?

—Adelante, abuelo —dijo Allana.

Han entró en el camarote.

—He contactado con Luke.

Leia soltó a Allana y se levantó como un resorte; se disponía a abandonar el camarote pero se detuvo y preguntó:

—¿Quieres hablar con el tío Luke cuando termine yo?

—Vale.

Han sonrió a Allana.

—No me vendría mal que alguien me ayudara a pilotar la nave.

Allana alegró la cara y se incorporó de un salto.

—¿Y qué hago yo, capitán Solo? —preguntó C-3PO desde el pasillo.

—Quiero que sigas buscando en la red de comunicaciones a Dax Doogun.

—Las probabilidades de que le encuentre…

—Trespeó… por favor —rogó Allana.

—Si quieres, dejaremos que te conectes en la sala de comunicaciones de la cabina.

C-3PO se enderezó.

—En ese caso, seguiré con la búsqueda.

Allana y el droide se agarraron de la mano y se dirigieron a la bodega principal.

—¿Qué aspecto tenía Luke? —preguntó Leia cuando Allana ya no podía oírla.

—Melancólico.

—¿Se puede saber cuándo pensáis colocar un holoproyector en el *Halcón*? —preguntó Luke cuando Leia se hubo instalado en la consola de mandos de la bodega principal.

—¿No te parece que la nave ya da bastantes problemas?

—Entiendo —dijo Luke.

A los ojos de Leia, no sólo parecía melancólico sino también angustiado. El intercomunicador indicaba que Luke estaba en Coruscant.

—Han dice que la búsqueda está resultando muy interesante.

«Charla superflua —pensó Leia—, pero no importa».

—Hemos rastreado la historia del *Halcón* hasta las dos personas que lo tuvieron antes que Lando —le contó—, pero parece que estamos estancados.

—¿Vais a volver al Núcleo?

—Si no encontramos pistas nuevas, sí.

Luke cambió de postura.

—Querías contarme algo sobre Seff.

Leia sonrió pálida.

—¿Puedes leer mi mente desde ahí?

—Podría si tú quisieras. Pero no hace falta, el servicio de inteligencia de la Alianza Galáctica me lo ha contado todo.

—Luke, Allana me ha dicho que Seff le recordó a Jacen. No sabía decir por qué, pero dijo que sintió que él era una amenaza para ella.

Luke se abstrajo unos instantes de la conversación. Leia casi podía sentir cómo asimilaba la información. ¿Se había puesto más pálido o era por la conexión del comunicador?

—Seff le ha dado a Daala otra razón para que no confíe en nosotros —dijo Luke.

—¿Sólo porque un Jedi se comporte indebidamente?

—Un joven Jedi que a Allana le hace pensar en Jacen.

Leia no encontraba las palabras adecuadas.

—Luke, Allana sólo es una niña.

—¿Es cierto que Seff desarmó a media docena de soldados?

—Lo que me preocupa es cómo lo hizo.

Luke asintió.

—Estaba seguro de que esa habilidad era exclusiva de Jacen, que la aprendió a su vez de personas sensibles a la Fuerza a las que visitó en sus viajes.

—¿Pudo Jacen haber instruido a otros Jedi?

—No se me ocurre cómo, al menos no sin que lo supieran los maestros —negó Luke con la cabeza—. Esto es algo nuevo.

—¿Y Daala qué cree? —preguntó Leia—. ¿Cree que Jacen fue el comienzo de una tendencia nueva? ¿Que todos nosotros vamos hacia el lado oscuro?

—Creo que quiere que la convenzan de que ha sido así, por muy aterrador que resulte.

—Me da igual lo que piense ella. ¿Tú crees que hay alguna conexión entre el cambio de Jacen y las acciones de Seff? —Leia dejó que Luke reflexionara la respuesta—. ¿Has hablado con Seff?

—Seff anda por ahí. El servicio de inteligencia de la Alianza Galáctica tiene varios grupos de tropas mandalorianas que lo están buscando.

—Luke —comenzó a decir Leia.

—Lo sé. Mientras, los estoy llamando a todos.

—¿A Jaina también?

—Sí.

—¿Y cómo está?

Luke se quedó en silencio un buen rato antes de seguir hablando.

—Sí hubieses tenido la oportunidad de matar a nuestro padre, ¿lo habrías hecho?

—No entiendo la pregunta, ¿qué quieres decir?

—Nuestro padre consintió que destruyeran Alderaan. Si lo hubiera hecho sabiendo que tú eras su hija, ¿lo habrías matado, de haber tenido ocasión?

—Supongo que lo habría intentado, sí.

—Imagina que en aquel momento hubieras sido una Jedi. ¿Lo habrías intentado también?

—¿Cómo voy a saberlo? Supongo que habría hecho lo mismo que tú en Endor.

—Se rumorea que los maestros Jedi que arrestaron al Canciller Supremo Palpatine al concluir las Guerras Clon tenían la intención de matarlo si no se rendía. Estaban convencidos de que era demasiado peligroso para dejarlo con vida.

—Es lo que dice Palpatine —contestó Leia—. Pero no sabemos cuáles eran las verdaderas intenciones de los Jedi. —Un largo rato después, prosiguió—: Han ha puesto rumbo al Núcleo. Nos vemos en Coruscant.

—No, todavía no —dijo Luke rápidamente—. No hasta que haya hablado con Daala. Necesita que la convenzamos de que usar a los mandalorianos para cazar a SefF es un error. Y es necesario que compruebe que los Jedi controlamos a los nuestros.

—¿Seguro que no podemos ayudar en algo?

—Quiero evaluar la situación antes de implicarte en ella.

—De acuerdo, esperaremos noticias tuyas —dijo Leia resignada.

Seguía sentada en la bodega cuando llegó Allana corriendo desde el conector de la cabina.

—Abuela, ¡lo encontramos! ¡Trespeó lo ha encontrado!

Leia cogió a su nieta en brazos.

—Tranquila, cielo. ¿A quién ha encontrado Trespeó?

—Al dueño del circo.

—Dax Doogun —dijo Han mientras él y C-3PO entraban en la bodega—. Al parecer vive en Agora.

—Obviamente, Orto fue el primer mundo de la lista en el que busqué —dijo C-3PO—. Pero con las prisas obvié la posibilidad de que pudiera residir en un mundo vecino del sector Sluis.

—Lo has hecho muy bien, Trespeó —dijo Allana.

—Buen trabajo, lingote de oro —corroboró Han—. Saldremos del hiperespacio para enviarle un mensaje.

—El caso de Colla-Arphocc Autómata contra la Alianza Galáctica queda cerrado —anunció el jefe de justicia de Holess. Su mazo golpeó la mesa con sonora resolución—: El tribunal decreta que el demandante asuma los costes derivados del…

Lestra Oxic casi se tapa los oídos con los dedos. El sonido del mazo era como el de una estaca que le atravesara el corazón. Los colicoides habían pagado mucho por sus servicios desde el comienzo del caso, pero una resolución a su favor le habría supuesto cinco veces más de lo que ya había ganado. Además, los colicoides habían prometido recompensarle con algo especial si ganaban el caso: una gran estatua impresionista que antaño había adornado la plaza del Senado de Coruscant. Cómo habían logrado los

insectoides hacerse con una exquisita obra de arte de la República era todo un misterio. Ahora Oxic tendría que comprarles la estatua, y su precio sería exorbitante.

Al conocer la noticia de que habían secuestrado a su testigo principal, había pedido y se le había concedido un día local más. Pero dudaba que incluso un año local fuera suficiente para localizar al testigo. Al menos si sus sospechas eran ciertas. Estaba casi seguro de que la Alianza Galáctica era la responsable de la imagen del hueche que había aparecido en la holopantalla y de la consecuente desaparición del testigo colicoide. Todo el mundo conocía la postura de la jefa de Estado Daala sobre los colicoides, y ella debió de pensar que la resolución del tribunal de Holess iba a favorecer a los insectoides. Mientras los jueces aceptaban que se había perpetrado un acto de subterfugio, Oxic no tuvo más remedio que apelar ante un juzgado de lo penal. Pero los fiscales de Holess ya se habían hecho eco de la falta de pruebas sobre la implicación de la Alianza Galáctica.

«No hay más remedio que presentar la demanda ante Coruscant», se dijo a sí mismo.

El rumor de que se había sobreseído el caso cruzó Holess y los espectadores salían del tribunal de justicia como si se tratara de una amenaza de bomba. Los jueces, los miembros del jurado y el trío de abogados que representaba a la Alianza Galáctica se preparaban para hablar ante los medios. Todo el mundo hacía caso omiso de Oxic, excepto sus auxiliares litigantes, mientras éste guardaba el último de los expedientes del caso y vio cómo Koi Quire se esforzaba por in contra la marea y acercarse a él. Aunque rara vez se alteraba, ahora parecía nerviosa mientras se abría paso entre dos filas de asientos. A lo mejor temía que la responsabilizaran del secuestro del colicoide, cuando en realidad ella sólo había actuado en calidad de escolta.

—¿Acerté? —preguntó Oxic antes incluso de que se le acercara.

—Todo lo contrario —contestó ella, negando con la cabeza.

Oxic guardó el último expediente.

—Capturaron a los pilotos del camión deslizador y los han identificado como socios de Rej Taunt.

Oxic conocía ese nombre muy bien. Condenado por asesinato hacía sesenta años aproximadamente, Taunt cumplía cadena perpetua en Carcel. Pero el pasado criminal de Taunt no le interesaba. Lo que de verdad importaba del antiguo jefe del crimen estribaba en que era un gran coleccionista del arte de la República. De hecho, había superado las pujas de Oxic en varias ocasiones durante la subasta de piezas muy notables. El agente bith de la última subasta de Epica trabajaba para Rej Taunt.

—Y, ¿qué gana Taunt saboteando mi caso?

—Aún no lo sabemos, estamos en ello —contestó Quire con un tono de impaciencia.

—¿Se sabe algo del testigo?

—Una nave se lo llevó poco después del secuestro. Tenemos pruebas de que también está relacionada con Taunt. Estamos intentando averiguar adonde se dirigía cuando saltó al hiperespacio.

—¿No podemos…?

—Espera un momento —dijo Quire, levantando una mano. Después sacó una holoimagen de su cartera y, enseñándosela a Oxic, dijo—: ¿Lo reconoces?

—Pese a su lamentable vestimenta, por supuesto que sí —dijo y volvió los ojos hacia ella—. ¿Le habéis encontrado?

—Podría decirse que nos encontró él a nosotros. La imagen es de ayer, en Holess.

Oxic la miró como si ella le hablara en un idioma totalmente desconocido.

—No es muy habitual dejarte sin palabras —rió Quire.

—Pero ¿cómo…? —tartamudeó Oxic.

—Jadak y Poste, el chico con el que se asoció en Nar Shad-daa, fueron quienes se infiltraron en la cabina de los medios de comunicación y emitieron el anuncio del hueche en la holopantalla. Todo apunta a que tienen algo que ver con el transporte del colicoide al puerto espacial. Y lo que es peor, sobre todo para ti… es probable que Jadak me haya reconocido.

Oxic palpó tras de sí en busca de una silla y se dejó caer sobre ella.

—¿Jadak trabaja para Rej Taunt? ¿Cómo es posible siquiera que se conozcan? —preguntó con cara de no estar entendiendo nada—. ¿No me dijiste que Jadak estaba muy ocupado buscando su nave?

—Y lo sigo pensando —contestó Quire.

Oxic esperó a que ella se explicara.

—Supon por un momento que Taunt sabe dónde encontrar el *Emisario Estelar*.

Oxic frunció el ceño.

—Si nos vamos a basar en conjeturas, supon tú que Taunt está intentando enviarme señales de que sabe dónde está el tesoro —sugirió mientras le hervía la sangre—. Si después de todos estos años, llega él antes que yo al premio…

—Hemos contactado con alguien dentro de Carcel —lo interrumpió Quire—. Al parecer, Taunt allí es el rey de la prisión, pero nuestro hombre ha prometido echarles un ojo a Jadak y a Poste.

—Estábamos buscando a Jadak, y al final es él quien viene a nosotros… —dijo Oxic con un movimiento de cabeza que delataba su incredulidad—. Sé que a veces pasan cosas muy extrañas, pero hasta ahora nunca me habían pasado a mí.

—Hablar con usted es un honor tan grande como inesperado, capitán Han Solo —dijo Dax Doogun a través de los altavoces del intercomunicador.

En la pantalla la cara azulada y aterciopelada del paquidermoide se veía con puntitos y con el hocico arrugado.

—He seguido sus heroicos logros durante cuarenta años.

—Otro fan entregado —suspiró Leia. Allana se reía en silencio a su lado.

Han las reprobó con la mirada y después prestó atención de nuevo al comunicador.

—Gracias, Dax. Pido disculpas por no haber presenciado ninguna de tus funciones con el circo. Vistal Purn nos lo pintó como algo muy entretenido.

—Fue la época más divertida de mi vida —dijo el ortolano—, pero todo lo bueno llega a su fin, ¿o no?

—Totalmente cierto, Dax —contestó Han, que de repente se puso serio—. Como te hemos dicho en el mensaje, nos preguntábamos si nos podías decir algo sobre cómo conseguiste el *Halcón Milenario* para el Molpol.

—-Claro que puedo, Han Solo. Se lo compré yo mismo a Parlay Thorp, médico itinerante. Visitó muchos mundos remotos, llevó a cabo muchos milagros médicos, eso hacía Parlay Thorp. En Agora se les llama «médicos descalzos».

—¿Sabes si Parlay Thorp aún vive?

—Oh, sí. Y seguramente lo haga durante mucho tiempo.

Han intercambió una gran sonrisa con Leia y Allana. Hasta C-3PO se emocionó con las buenas nuevas.

—¿Dónde podríamos encontrarlo, Dax?

—Encontrarla —corrigió Doogun—. La doctora Thorp es una hembra humana.

—¡Vaya! —dijeron al unísono Leia y Allana.

—Supo aprovechar muy bien los créditos que le pagué por el *Halcón Milenario.* Abrió un centro médico en Hijado; después una clínica en Enferm. Al final, la doctora Thorp se convirtió en una experta en rejuvenecimiento y longevidad.

—¿Y en la actualidad?

—Ahora dirige las investigaciones que se llevan a cabo en el centro médico Aurora, en Obroa-skai.

Durante muchos años de lucha para vencer hasta el último caudillo imperial, el Halcón *pasó tanto tiempo en tierra como en pleno vuelo, y Han se estaba gastando en repararla tanto como podría costarle una nave nueva. En aquellas raras ocasiones en las que Han y Chewbacca buscaron ayuda externa, algunos mecánicos veteranos destacaban el buen estado de Las piezas del* Halcón *y decían que lo único que le ocurría a la nave era que no le gustaba trabajar con fines militares, que necesitaba volver a sus orígenes.*

Aunque Han no compartiera ese deseo.

El había sido pobre, pirata, piloto, contrabandista, imperial y Ladrón, y había alcanzado un grado de satisfacción que nunca habría creído posible. Leia le complementaba, y los gemelos. Más tarde, la llegada de Anakin supuso una felicidad inmensa.

De todas formas, ¿cuáles eran las raíces del Halcón*? ¿Servir a las necesidades de los contrabandistas y mercaderes transportando cargas a áreas remotas de la galaxia?*

Han había iniciado el viaje hacia las raíces de la nave en dos ocasiones, y en dos ocasiones había acabado desviándose de su objetivo inicial. La primera vez que lo intentó fue poco antes de que él y Leia se embarcaran en un viaje a Tatooine que acabaría rellenando muchos de los huecos que había en el pasado de Leia. La segunda vez fue poco antes de su viaje al Cúmulo Koornacht, de donde regresó con cicatrices físicas que nunca llegaron a curar del todo.

Tras aquellas dos intentonas se preguntó a sí mismo si de verdad quería descubrir el pasado de la nave. Ya sabía que la habían robado en Dathomir, que la habían reclutado para servir en una flota mercenaria en Kessel, que R2-D2 la había reparado y que un equipo técnico de la Nueva República la había reconstruido y actualizado. La nave había respondido a los alias de Franquicia Caza del Sol, Dulce Sorpresa, Ave de la Sombra *entre otros. A lo mejor quería convencerse él mismo de que la vida real del* Halcón *había comenzado y terminaría con él. ¿Y si descubría que la habían usado con fines malvados, el Imperio o un Caballero Jedi que se había apartado de la Fuerza hacia el lado oscuro? El amor incondicional nunca había sido su fuerte y, a veces, el pasado y el amor no eran suficientes para garantizar el perdón.*

«Ya no aguanta más» solía decir Leia.

Con el paso de los años, él se había acorazado en la misma manera en que había ido añadiendo aleación al Halcón*. Desconfiaba de los extraños como los sensores del* Halcón *y, a veces, era tan indeciso como el trío de cerebros de la nave. Era tan nervioso e inquieto como el propio YT, aunque no tan propenso a averías enigmáticas.*

Por eso, quizá su desazón respecto a descubrir toda la verdad del pasado del Halcón *se debiera a la aprehensión que le producía lo que podía descubrir sobre sí mismo.*

CAPÍTULO VEINTITRÉS

—Estamos buscando a una estilista.

—Por lo que veo, debes de llevar buscando toda tu vida.

Conteniendo la risa, el balosar plantó sus manos sobre las caderas moviéndose adelante y atrás, como si esperara una respuesta de Jadak.

—Creo que quiere ayudarnos —dijo Poste, examinando al humanoide—. Basta con que intentes no ponérselo en bandeja.

Jadak asintió dubitativo.

—El ser en cuestión es una especialista…

—Tú no necesitas a una especialista; necesitas a una experta.

Agitando sus antenas, el balosar evaluó el estado de ánimo de Jadak. Sintió frustración en vez de ira y sonrió.

—Te lo repito —dijo Poste—: ve al grano.

—Se llama Zenn Bien.

La sonrisa del balosar se amplió al oír el nombre.

—Haber empezado por ahí —dijo mientras les indicaba que giraran a la izquierda en la esquina—. A cuatro manzanas de aquí.

Jadak se fijó en la colorida vestimenta con la que se paseaba tan tranquilo aquel humanoide. Tan anárquico como respetuoso con la ley era Holess, Nuevo Balosar parecía haber atraído a todos los bromistas de la galaxia. En el puerto espacial, una holoseñal de bienvenida decía: «Natasi Daala es la jefa de Estado, ¿y a quién le importa?».

Era el último lugar en el que esperaría encontrar a un antiguo dueño del *Emisario Estelar*, o *Segunda Oportunidad*, pero Rej Taunt había asegurado que Zenn Bien estaba allí. Los esbirros de Taunt los habían dejado, a él y a Poste, de camino a donde quiera que fueran a entregar al colicoide. Taunt había insistido en que aunque Zenn Bien nunca había sido la dueña de la nave, probablemente supiera dónde había terminado. Jadak se tomó con calma el hecho de que una mujer hubiera pilotado el YT, lo que más le chocaba era que Bien fuera sullustana.

—Debieron de instalarle un asiento de piloto mucho más pequeño —comentó Poste.

A Jadak también le había sorprendido que su contrincante en la carrera por el desconocido tesoro que el Grupo República había enterrado fuera un abogado humano muy poderoso de nombre Lestra Oxic. En la HoloRed había millones de entradas sobre él, pero Jadak había encontrado la información que necesitaba en la primera. La cara de

Oxic se encontraba entre las decenas de holoimágenes del despacho de Sompa en el centro médico Aurora. El abogado ya era famoso en los tiempos lejanos de las Guerras Clon y se había asociado con algunos de los miembros del Grupo República a los que había atendido Jadak. Uno de esos miembros tenía que haberle hablado a Oxic de la existencia del tesoro y del propio Jadak, pues lo más seguro era que Oxic, oculto bajo el nombre de Salud y Vida, hubiera cubierto los costes de su larga recuperación. Lo único que Oxic parecía no saber era la importancia del YT-1300 para encontrar el tesoro.

Por desgracia, a Jadak aún le faltaba mucho para descubrir el paradero de la nave, una de las piezas clave del puzle; aunque ahora ya sabía que el código secreto que los senadores le habían dado era una ayuda mnemotécnica. Se había pasado casi todo el trayecto desde Holess con la varita mágica y el bloc de notas de Poste en la mano intentando averiguar el mensaje oculto. Había intentado descifrar la frase «restauraremos el honor de la República en la galaxia» con los pocos métodos simples que conocía para encriptar y con todos aquellos a los que pudo acceder en la HoloRed. Desechó la idea de que fuera un anagrama, pero sabía que las opciones eran múltiples.

Los senadores Zar, Des'sein y Largetto habían dicho que la ranger antariana de Toprawa que tenía que recoger el YT estaba esperando a Jadak y que la frase se había diseñado como una ayuda mnemotécnica para ella. Por lo tanto, tenía que saber con antelación qué esperaban de ella en el caso de que llegara el momento de recuperar el tesoro. La frase mnemotécnica le decía «cómo» hacerlo.

Por otro lado estaban también los cambios que había hecho el Jedi en el *Emisario Estelar*. ¿Tenían algo que ver esos cambios con la frase mnemotécnica o sólo se habían hecho para asegurar que la nave ejecutase sin problemas su tarea? ¿Se refería a eso el senador Largetto cuando dijo que el *Emisario* se encargaría del resto? Seguramente las respuestas tendrían que esperar a que encontrara la nave.

De camino a El Corte Amable, que era como se llamaba la peluquería de Zenn Bien, pasaron por delante de varias cafeterías de una misma cadena que ofrecían setas balo, especia ryll y otros productos orgánicos psicotrópicos que estaban prohibidos en otros mundos. Las aceras estaban atestadas de turistas vestidos con colores tan brillantes como los propios humanoides autóctonos. Muchos de ellos llevaban un audífono especial que les permitía escuchar en el mismo rango subsónico que los balosaranos.

El planeta que les da nombre, muy contaminado y perteneciente al Núcleo, se había convertido en los últimos años de la era de la República en un paraíso para criminales y adictos a las píldoras letales, pero la nueva iteración resultó perfecta y se podría decir que ahora era el planeta más tolerante y con menos delincuencia de todo el sector. Se debía, en parte, a las sustancias soporíferas que atraían a los visitantes de toda la galaxia. Aunque también los más jóvenes habían contribuido en gran medida. Muchos de los que llegaron aquí eran artistas cuyos deseos de éxito solían terminar en languidez. ¿Para qué esforzarse en crear cuando el clima agradable de Balosar, su exquisita y nada cara cocina, su extensa oferta de actividades de ocio y el continuo ritmo de la música subsónica eran mucho más de lo que cualquiera hubiera imaginado?

—En Nar Shaddaa hay una historia que cuenta que un hutt, un gran señor del crimen, quería abrir una planta de procesamiento de píldoras letales en Nuevo Balosar —comentaba Poste mientras caminaban—. El hutt pensó que la inmunidad innata a las toxinas que presentan los balosaranos los convertiría en los trabajadores ideales para la fábrica. Sin embargo, lo que ocurrió fue que los balosaranos consumieron todas las setas balo que él les trajo y no produjeron ni un solo lote.

Si el planeta era un verdadero crisol de especies, El Corte Amable era una especie de revuelto de las especies más diminutas de la galaxia. Desde la puerta, Jadak divisó varios chadra-fan, una par de ugnaughts, tres squibs y un clan entero de sullustanos. En sillas de diferentes tamaños, varios seres hirsutos más altos dejaban que les peinaran los abrigos, les echaran aceite en el pelaje, les limaran y pintaran las garras, les depilaran con cera el bigote y la barba y les cortaran y peinaran la melena. En una de las sillas se encontraba el primer wookiee que Jadak había visto en, bueno, sesenta y dos años. Como la empresa más aplicada de Nuevo Balosar, El Corte Amable consistía en el embellecimiento capilar a gran escala, donde la pelusa y el vellón abundaban en el aire como el polen primaveral en Taanab.

Jadak pidió hablar con Zenn Bien y tanto él como Poste se sentaron a esperar. Una bimm les sirvió una taza hirviendo de té de hierbas, y una jawa colocó una cesta con galletas en la mesa que compartían. La dueña sallustana del salón de belleza no tardó en llegar. A juzgar por la caída de los pliegues de su cara, Jadak le echó unos setenta y cinco años estándar. Sin embargo, se la veía llena de vida, totalmente lúcida y con un ligero tono rosa. Llevaba un tatuaje en la frente y unas trenzas brillantes que le caían por los hombros como si fuera un sombrero elegante.

—Supongo que sois los tipos que me dijo Taunt que vendrían —dijo en un básico *staccato*.

Jadak le facilitó los mismos alias con los que se había presentado al jefe del crimen en Carcel.

—¿Os dijo que en realidad nunca fui la dueña del *Segunda Oportunidad*?

—Sí lo hizo.

—Dice que estás buscando la nave por una cuestión de nostalgia.

—Es una forma de decirlo —asintió Jadak—. Mi tío fue dueño de la nave antes que Taunt.

Sus redondas orejas se movieron y ella suspiró. Se sentó frente a Poste con los pies colgando de la silla y dijo:

—Supongo que lo mejor será que os cuente la historia desde el principio.

—Espero que tenga un final feliz —dijo Poste.

—Dejémoslo en que tiene un final —dijo ella, mirándole.

Zen Bienn, cuyo nombre significaba «brisa tranquila» desconocía que los seres no habían sido creados por igual hasta que salió de Sullust. Como miembro de una especies bípeda casi humana disfrutó de un poco más de respeto que los insectoides y saurianos, pero como miembro de una especie casi humana diminuta, incontables variedades de humanoides, desde falleen y biths hasta duros y gotals la miraron siempre, literal y figuradamente, por encima del hombro. A pesar de que todas las especies contaban con talentos y habilidades únicos, parecía que el tamaño era lo que más importaba. Aún así, la discriminación de la que fue víctima nunca la llevó a refugiarse en la familiaridad de Sullust. No mientras hubiera mundos que explorar y aventuras que vivir, tanto para el que mide un metro como para el que mide tres.

Tuerto era un mundo que había atraído a otros sullustanos intrépidos antes que a ella; y eso que en Tuerto los seres más pequeños recibían los desdenes más grandes. Les resultaba difícil encontrar trabajo y el anonimato era el compañero habitual. Sin embargo, cuando eres un ser con grandes habilidades técnicas que puede ver en la oscuridad y memorizar un mapa de un solo vistazo, las oportunidades de trabajar en el mercado ilegal se presentan solas. Por eso Zenn Bien no tardó en encontrar la suya.

El robo de naves no era equiparable al secuestro de naves, o al menos era el argumento con el que se convencía a sí misma tras muchos de los actos delictivos que cometía. En los secuestros, la violencia solía jugar un papel importante y las víctimas resultaban heridas por el mero hecho de defender lo que era suyo. En el robo, sin embargo, las víctimas solían recibir una compensación de la compañía de seguros, por lo que, a veces, incluso les estaban haciendo un favor a seres que, en realidad, no podían permitirse tener u operar una nave.

Ninguna de las naves que robó Zenn Bien durante los dos primeros años de negocio fue para uso personal. Nueve de cada diez veces trabajaba para familias ligadas al crimen que seguían directrices de seres que necesitaban un tipo de nave en concreto, o que estaban obsesionados con una en particular. Rara vez volvía a ver una nave tras cumplir su misión: invalidar los sistemas de seguridad y desactivar los diferentes dispositivos de seguimiento y antirrobo, codificándolo todo. La mayoría de las naves iban a parar a mundos muy lejanos donde alteraban la documentación del registro y le cambiaban los transpondedores. De ese modo, las naves empezaban una vida nueva bajo una nueva identidad.

Quip Fargil era uno de los pocos humanos de Tuerto a los que ella consideraba jefe y amigo. A él sí le gustaba robar naves para el disfrute propio, y ya lo conocían por ello. Casi todo lo que sabía lo había aprendido de Zenn Bien y en dos ocasiones la había contratado para robar una nave que quería revender luego. Cuando Quip se le acercó para pedirle que robara una tercera para él, tuvo que reprimirse mucho para no intentar disuadirlo de su idea. La persuasión era, sin duda, el mayor don de Quip.

—Es un YT-1300 de cincuenta años —le dijo a Zenn—. Lleva en el depósito imperial tanto tiempo que nadie se dará cuenta de que falta.

—¿Para qué quieres un carguero de cincuenta años?

—Para saltar al sector Tungra, desmontarla y vender las piezas.

—¿Piezas de un carguero?

—Tía, es un YT-1300. Las piezas de esa nave se venden a muy buen precio en el Borde Exterior.

Ella se rió ante la temeridad que entrañaba la idea.

—¿Tienes idea del combustible que se consume en un viaje como ése?

Para eso también tenía una respuesta preparada.

—Repostaremos en Sriluur durante el trayecto. Tengo un contacto allí que nos conseguirá combustible al por mayor, nos ahorraremos los impuestos imperiales. Él nos llevará hasta Tungra y supervisará el proceso de desmontaje. Ya tiene un montón de desguaces a la espera de las piezas.

—¿Y cuánto me vas a pagar?

—Diez por ayudarme a conseguir la nave y otros quince por pilotarla hasta Sriluur y Tungra, más el quince por ciento de lo que ganemos con las piezas una vez cubiertos los gastos. —Paró un instante y luego prosiguió—: Más que suficiente para que puedas pagar la operación ocular.

Como la mayoría de sullustanos, sus córneas mostraban ya signos de deterioro. Lo más conveniente era la cirugía correctiva; la otra opción consistía en llevar unas gafas espectrales durante el resto de su vida.

—¿Dónde está el depósito?

—Prácticamente ahí al lado. En el sistema Nilash. También tengo un contacto allí que nos facilitará un poco las cosas.

—¿Un contacto imperial?

—¿Sabes lo que gana un trabajador militar? Teniendo en cuenta con cuanto has de vivir, más vale meterse a soldado de asalto.

—Es decir, que hay que añadir su pago a los costes.

—Exacto.

—¿Y tu amigo de Sriluur?

—Él se conformará con una parte de las ganancias.

Zenn Bien se tomó un día para pensárselo y al final le dijo a Quip que aceptaba.

Vigiladas por un contingente de soldados de asalto envejecidos y supervisados por oficiales humanos aburridos y trabajadores militares, las instalaciones del depósito imperial de Nilash abrían las puertas del hangar con frecuencia a posibles compradores de naves que iban a salir a subasta, un gran surtido de naves confiscadas a piratas, a traficantes de especia, a contrabandistas y a esclavistas. Se podían conseguir verdaderas gangas, pero había que ir con cuidado porque decían que los imperiales solían colocar piezas desgastadas en lugar de las nuevas que ellos mismos quitaban de lo decomisado. En el viaje al sistema Nilash, Zenn Bien, Quip y unos veinte seres de diferentes especies viajaron desde Nilash III hasta el enorme corral orbital a bordo de un transporte imperial.

Zenn Bien no podía imaginar un trabajo más aburrido que el del depósito de Nilash. Les hicieron preguntas, los cachearon y los escanearon, y acababan de acceder al área de

inspección cuando el contacto de Quip, un brigada joven de pelo oscuro los separó de los demás, aparentemente para comprobar de nuevo sus documentos de identidad. Mientras examinaba los permisos de viaje, el imperial coló en el interior del de Zenn Bien un mapa de plastipapel.

Zenn Bien lo miró, lo memorizó y se lo devolvió.

—¿Ya está? —preguntó el imperial.

—¿Quieres preguntarme la lección?

El se rió con disimulo.

—No nos vendría mal uno de los tuyos.

—Los sullustanos no somos tan fáciles de clonar como los humanos.

—No lo dudo —dijo el imperial mientras recogía los documentos—. Haz como si estuvieras mirando las naves que salen a subasta. Dentro de media hora local exacta estaré al otro lado de la escotilla de estribor. —Señaló con un movimiento de cabeza—. Desactivaré las cámaras de seguridad y bajaré las luces una vez. Ésa será la señal para que vengas. La única manera de llegar al YT es en la lancha patrulla. ¿Has pilotado alguna de ésas?

—No creo que sea muy difícil —dijo Zenn Bien.

—Lleva la lancha al amarre de babor del YT y asegúrala. Los sistemas de soporte y atmósfera estarán activados, así que todo lo que tienes que hacer es esperar a que el compartimento estanco termine el ciclo y entrar.

—¿Algo que tenga que saber sobre sistemas antirrobo o anti-intrusos? —preguntó Zenn Bien.

—Nada tiene anti-intrusos. Es todo lo que sé.

—¿Cómo está de carburante? Quip dice que lleva años acumulando óxido y micrometeoros.

—Tiene combustible y potencia para llegar a Sriluur.

—¿Y cómo lo has conseguido?

—Me llevó seis meses prepararlo.

Zenn Bien miró primero al imperial, luego a Quip y luego al imperial otra vez.

—¿Tanto tiempo lleváis planeando este golpe?

Ambos asintieron.

—Veo que el Imperio no paga muy bien.

—Y eso es lo de menos —contestó el brigada.

La media hora pasó volando. Caminando con calma hacia la escotilla, Zenn Bien y Quip esperaron a que se bajaran las luces y después echaron a correr. El imperial los guió por un pasillo hacia la lancha patrulla y les deseó buena suerte.

El YT-1300 que quería llevarse Quip estaba rodeada de otras muchas, la mayoría de ellas naves de guerra CSI, en un muelle de gravedad cero contiguo al hangar de inspección. El perímetro de las instalaciones del depósito estaba vigilado por haces de luz en movimiento y pilotos clon que volaban en antiguos alas-V, pero las patrullas estaban

tan separadas unas de otras que lograron acercarse al YT sin ser vistos, gracias, en gran medida, a la maravillosa habilidad de Zenn Bien de ver en la oscuridad.

A medida que se acercaban más, ella veía el carguero a través del ventanal de la lancha.

—No es un YT-1300 normal; es una híbrida 1300p.

—¿Eso es un problema?

—Al contrario, tendremos más piezas para vender.

Mientras fijaban la lancha al muelle activaron el compartimento estanco y esperaron a que terminara el ciclo. Después entraron a toda prisa en la nave, cruzaron el pasillo circular totalmente a oscuras, Quip agarrado a la parte trasera de la chaqueta de vuelo de Zenn Bien. Ella, sin dejar de mirar en todas direcciones, no salía de su asombro.

—¡Espera a ver todo esto!

Quip se soltó de la chaqueta y enseguida dio con un pie contra un objeto grande y redondo y se cayó contra el mamparo. En el suelo vieron un resplandor por toda la cubierta.

—¿Es lo que yo creo que es? —preguntó mientras se frotaba el pie dolorido.

Zenn Bien se agachó a examinar la esfera.

—Un droide zumbador —dijo verdaderamente desconcertada. Se acercó al mamparo, tocó un dispositivo que encendió las luces de emergencia y echó a correr hacia popa por el pasillo.

Quip posó el pie dolorido sobre el suelo de la cubierta y empezó a cojear tras ella.

—Pero ¿a dónde vas? La cabina está al otro lado.

—Quiero ver qué más sorpresas nos tiene preparada esta nave.

Asomó la cabeza en el camarote principal y contempló maravillada el enorme camastro doble y los lujosos puestos. En popa admiró los motores sublumínicos y el hiperimpulsor. Avanzó por el pasillo circular de estribor y echó un vistazo al camarote secundario, donde le dio la risa al ver el mobiliario y los aparatos de la galera.

—¿De quién era esta nave? —le preguntó a Quip por encima del hombro mientras se dirigía a la cabina.

—Por lo que he oído, los imperiales se la confiscaron a un delincuente de Nar Shaddaa.

Zenn Bien asintió.

—Eso lo explicaría todo; hubiera sido una pena desguazar esta maravilla.

—Como ya has dicho antes, más piezas significan más créditos.

En la cabina, Zenn Bien se subió al asiento del piloto y lo ajustó a su medida. En el del copiloto, Quip lo ajustó para igualarse en estatura a su compañera.

«La humanidad necesitaría más gente como él», pensó ella.

Esperaron una hora a que los alas-V pilotados por clones finalizaran su turno en el corral. Después, desactivaron los dispositivos magnéticos que evitaban que el YT estuviera a la deriva y salieron sin que los detectaran las naves de guerra CSI, dando potencia brevemente a los repulsores de inclinación para impulsar la nave y alejarse.

—El reactor de babor no va bien —dijo Zenn Bien justo cuando abandonaban las instalaciones del depósito a bordo del YT.

—Lo revisaremos en Sriluur.

Zenn Bien se colocó en posición frente al control de mando.

—¿Listo? —Puso al máximo el acelerador y la nave salió disparada por el espacio.

—¡Activa el compensador! —gritó Quip, al que le costaba no caerse de su asiento.

Cuando hubo recobrado el aliento, Zenn redujo la potencia del propulsor y alcanzó el compensador de inercia, que ajustó al 99 por ciento.

—No tenía ni idea de que iría tan rápido.

Las dependencias del depósito de Nilash eran ya un mero recuerdo. Zenn Bien se volvió hacia el ordenador de navegación Rubicon y le ordenó establecer la ruta hacia el Corredor Sisar. Unos instantes más tarde, las estrellas se alargaron hasta formar líneas y la nave saltó al hiperespacio.

Zenn Bien exhaló profundamente y extendió su mano hacia Zenn.

—Fíjate, estoy temblando.

—Ya te dije que sería pan comido.

—No es por haberla robado —dijo riendo—, sino por haberla pilotado.

Hicieron escala en un puerto espacial remoto de Sriluur, donde pagaron a un par de weequays para que vigilaran la nave mientras ellos buscaban al contacto de Quip. Luufkin era un verpiniano dos veces más alto que Zenn Bien y los estaba esperando en el pequeño tapcafé del puerto. El hermafrodítico insectoide de cuatro patas saludó a Quip como si fueran viejos amigos que llevaban tiempo sin verse.

—Todo listo —dijo Luufkin en un básico chapurreado—, tengo la información necesaria para el nuevo registro y el nombre para el carguero: *Hecho pedazos*. El carburante está listo y los sistemas de energía totalmente recargados. También hemos preparado un cargamento de brandy y palitos de tabaco.

Al notar el desconcierto de Zenn Bien, Quip dijo:

—Siempre vienen bien para sobornar a los agentes del sector Tungra.

—Y para las celebraciones con los dueños del desguace que compre las piezas —añadió Luufkin.

—Quizá podamos también celebrar la suerte que hemos tenido hasta ahora —dijo Quip, sonriendo.

Mientras Quip se apresuraba a la barra para pedir unas bebidas, Luufkin se dirigió a Zenn Bien.

—¿Hace mucho que dejaste Sullust?

—Mucho —asintió.

—Quip dice que tienes muchas habilidades técnicas. ¿No te apetecería trabajar para la Corporación SoroSuub?

Zenn Bien frunció el ceño.

—SoroSuub es uno de los motivos por los que dejé Sullust. Se equivocaron al apoyar a la Confederación durante las Guerras Clon y también al apoyar al Imperio actual. Pero la mayoría de los sullustanos no picamos. Todo cambiará.

Sin nada que envidiar en cuando a brujería técnica, los verpinianos tenían su propia versión de SoroSuub llamada Colmena Roche de Diseño de Aparatos Mecánicos y Actividades de Construcción para Aquellos que Necesitan las Máquinas de la Colmena. Entre otras naves, Roche fabricó el predecesor del ala-V que usó la República durante las Guerras Clon y que todavía se usaba en dependencias imperiales remotas como el depósito de Nilash. Luufkin tenía pinta de haber trabajado para Roche.

—¿Apoyas a los rebeldes?

Ella se rió.

—Apenas puedo apoyarme a mí misma.

—Recibido; no es fácil debatir sobre política con el estómago vacío.

Necesitaron gran parte del día para repostar, subir a bordo el cargamento de brandy y tabaco e instalar los programas de ordenador que le darían al YT su nueva identidad. Pero lo único en lo que podía pensar Zenn Bien era en el momento en que se pusiera de nuevo al mando del carguero. La mayor parte del trayecto hasta Tungra sería por el hiperespacio, pero seguro que tendría numerosas oportunidades de poner a prueba el *Hecho Añicos*.

—Ordena al Rubicon que trace la ruta vía Yarith —dijo Quip cuando los tres se hubieron instalado en los asientos de cabina.

Zenn Bien se volvió hacia él.

—¿Por qué, si podemos saltarnos la Espina Comercial?

—Para asegurarnos en Yarith de que el telespondedor y los sistemas de identificación funcionan correctamente antes de continuar hacia Tungra—contestó Luufkin.

Zenn no cuestionó su decisión. Si los pillaban con una nave robada a los imperiales, les caerían entre diez y veinte años en Carcel o algún otro sitio peor. Mejor sería prevenir que lamentar.

A pocas horas de Lutrillia, los tres ocupantes de la nave iban hablando de los planes de desmontaje del YT cuando las alarmas de proximidad empezaron a aullar sin piedad y la nave comenzó a dar sacudidas, como si estuvieran cruzando un campo gravitatorio muy fuerte.

—¡No puede ser una sombra de masa! —dijo Zenn Bien, comprobando el mapa estelar mientras luchaba por controlar la nave—. ¡Vamos directos hacia ella!

Pero el cielo le estaba diciendo otra cosa. Las estrellas empezaron a surgir en los pliegues neutrales del hiperespacio para alargarse y tomar forma de nuevo.

—¡Algo nos está empujando hacia el espacio real! —El volante le temblaba en las manos, y cada sistema añadía un nuevo sonido a las alarmas ya en funcionamiento.

—¡Corta la potencia o la nave reventará! —la avisó Luufkin.

Quip asintió y las manos de Zenn Bien volaron por encima de la consola deteniendo todos los sistemas, uno tras otro. Más allá del ventanal, el campo de estrellas rotaba sin

control hasta que se estabilizó. Zenn Bien se encontró mirando a una enorme nave imperial en órbita estacionaria sobre un planeta de aspecto desolado. La nave tenía la forma apuñalada de un destructor estelar pero era considerablemente más pequeña y menos armada; llamaban la atención cuatro esferas que salían de popa.

Zenn Bien comprobó el ciclo del transpondedor de LAE en un intento inútil por identificar la nave.

—Crucero Interdictor —dijo finalmente Luufkin—. Un prototipo de Sistemas de Flota Sienar. Las esferas son proyectores de gravedad.

—Sí, los imperiales han añadido algo nuevo a su arsenal —dijo Quip.

Zenn Bien se había quedado sin palabras. Los altavoces de la cabina cobraron vida propia.

—Carguero YT, mantenga su trayectoria actual e identifiqúese.

—Ahora veremos si el nuevo registro da resultado —dijo Luufkin.

—Crucero imperial —dijo Quip por el micrófono—; aquí *Hecho Añicos* desde Sriluur. Cruzando a la Espina Comercial Corelliana.

Unos minutos después, se oyó de nuevo una voz:

—*Hecho Añicos,* cuando entregaron su plan de salto, ¿no se le avisó de que el sistema Yarith se encuentra en espacio restringido?

—El puesto de control del puerto espacial de Sriluur ha debido de olvidarse.

—¿Qué cargamento transportan?

—Vamos vacíos, control. Piloto, copiloto y navegante.

—Manténganse en las coordenadas tres, siete, guión, siete; procederemos a una inspección.

Zenn Bien empezó a reactivar los sistemas y, de repente, se paró.

—Los propulsores no funcionan. Deben de haberse averiado cuando saltamos al espacio real.

—Avisad al crucero de control —dijo Luufkin, inclinándose hacia delante con una expresión que denotaba expectación.

La respuesta del crucero se hizo esperar.

—*Hecho Añicos,* los escáneres confirman que van vacíos y desarmados. Nuestro rayo tractor los acercará.

Zenn Bien se recostó sobre su asiento.

—Vaya, es la primera vez que me pasa.

Luufkin hizo lo mismo.

—Tranquila, los imperiales no son más que humanos.

Y algunos de ellos eran cultivados más que nacidos, pensó Zenn Bien cuando una patrulla de soldados de asalto formaron en el hangar principal una vez las grúas del Interdictor hubieron asegurado el YT con un campo electromagnético. En cuanto ella, Quip y Luufkin hubieron salido de la nave, varios de los soldados accedieron a ella para inspeccionarla. Cuando volvieron a salir, dieron el visto bueno y un oficial humano con un uniforme gris se acercó, miró a Zenn y a Luufkin con desprecio y se dirigió a Quip.

—Podrán seguir su camino, capitán Fargil. Puede que la próxima vez no tengan tanta suerte.

—Lo tendré en cuenta, señor. No obstante, tenemos un pequeño problema: sus proyectores de gravedad han dañado nuestro sistema y no podemos maniobrar. Necesitaríamos realizar algunas reparaciones.

—¿Aquí? ¡No puede hablar en serio!

Quip bajó el tono de voz.

—Señor, cuando le dije que viajábamos vacíos no fui del todo sincero. En realidad transportamos varias cajas de brandy fino y tabaco de calidad superior. En agradecimiento por su hospitalidad, quisiéramos donar nuestro cargamento al comandante y a usted mismo.

El oficial arqueó una ceja.

—¿Cuánto tiempo necesitarían para sus reparaciones?

—No más de un día local.

—Tienen doce horas; para entonces usted y su… tripulación tendrán que estar fuera. —Hizo señas a sus soldados de que rompieran filas y apartó a cuatro de ellos para comunicarles—: Lleven el cargamento a mi compartimento inmediatamente.

Giró sobre sus talones y partió mientras el resto de soldados le seguían. Zenn Bien vio cómo se alejaba y le dijo a Quip.

—No estoy muy segura de si debo llamarlo audacia o una absoluta imprudencia, pero has estado muy hábil.

Pese a su propensión a la sonrisa, Quip estaba totalmente concentrado.

—Acompaña a los soldados al cargamento. Tenemos mucho que hacer.

Los soldados no tardaron nada en cargar seis cajas de brandy y tabaco en un carro repulsor y escoltarlas hasta las entrañas de la nave. Zenn Bien había encontrado una caja de herramientas en uno de los compartimentos y se preparaba ya para llevarlas a la bodega principal cuando Quip la llamó desde el pasillo de estribor.

—Lo primero es lo primero. Echanos una mano con esto.

Tanto él como Luufkin tenían las manos puestas en las planchas acorazadas de la cubierta del pasillo cuando Zenn Bien se les unió.

—Los accesos están en la bodega principal —empezó a decir Zenn Bien hasta que Luufkin la interrumpió.

—Ayúdame a levantar esto.

Sin más palabras, se puso a ello. Las láminas de aleación eran fáciles de agarrar y no pesaban tanto como esperaba Zenn Bien. La sorpresa llegó cuando tres jawas, dos chadra-fan y cuatro squibs salieron de los compartimentos secretos que había bajo las láminas. Cada uno de aquellos especímenes roedores llevaba un cinturón y una máscara para respirar; además, llevaban cajas de herramientas y un buen surtido de botes de los que suelen contener gases somníferos.

—Subieron a bordo en Sriluur —dijo Quip como explicación.

Zenn Bien observó a los diferentes seres, todos ellos de su estatura aproximadamente.

—Algo me dice que no los trajiste por si había averías.

—No —contestó Luufkin—; han venido a robar piezas del hiperimpulsor de un crucero.

Enfadada, ofendida y dolida por haber sido manipulada, Zenn Bien cogió las herramientas que había encontrado y desapareció hacia la plataforma de mantenimiento para reparar el sistema propulsor. Pronto se dio cuenta de que el contingente de pequeños seres había manipulado el sistema para que fallara al entrar en el espacio real. Las reparaciones, por lo tanto, no llevarían más de un par de horas. Cuando estaba colocando las herramientas, Quip se acercó, moviéndose como si estuviera nervioso.

—Siento haber tenido que dejarte fuera.

—Ya, claro, tú sólo cumplías órdenes —le dijo ella sin mirarlo.

—Es cierto.

Zenn dejó la llave hidráulica y se volvió hacia Quip.

—¿Éste no es un golpe cualquiera?

—Las piezas del hiperimpulsor son para mejorar esta nave —dijo, negando con la cabeza.

—No lo entiendo, ¿no la vamos a desmantelar? ¿No era ése el plan inicial?

—Me temo que no.

—Pero entonces para qué necesitabas… —Zenn Bien fue dejando palabras en el aire a medida que la explicación le venía sola a la cabeza—. Estás con los insurgentes.

—Va a hacer un año ya.

—¿Y el brigada de Nilash? ¿Y Luufkin?

—Fueron quienes me reclutaron.

—¿Y los jawas y demás seres?

—Les pagamos. Como también te pagaremos a ti. —Se calló unos instantes y prosiguió—: Y si nos ayudas, recibirás un extra.

—¿Ayudaros a qué?

Quip sacó un plastipapel del bolsillo de su camisa y lo desdobló.

—Un esquema del Interdictor.

Al principio, Zenn Bien no quiso ni mirarlo, pero se lo pensó mejor.

—Ya lo tengo.

—¿Sabes? Sería genial contar con gente como tú —dijo sonriendo.

—Sólo por esta vez —le advirtió ella.

Zenn Bien se puso una mascarilla y guió al equipo de jawas, squibs y chadra-fan a través de un laberinto estrecho de pasillos de techos altos que discurrían entre el casco acorazado del Interdictor y el núcleo habitable. Detrás, Luufkin los seguía arrastrándose por el suelo para cumplir una misión propia. Ser pequeño también tenía sus ventajas.

Al salir de la red intersticial de popa, se dirigieron hacia el compartimento del hiperimpulsor, que solía estar a cargo de los droides de mantenimiento y que no contaba con ningún sistema de seguridad. «Los imperiales son expertos en pasar por alto un error

de diseño», pensó Zenn Bien mientras el equipo de carroñeros se ponía manos a la obra y conversaba mediante chillidos y graznidos.

Usaron los mismos pasillos de antes para transportar las piezas hasta el YT y las estibaron en la estancia más escondida del carguero. Cuando Zenn Bien se hubo asegurado de que el equipo conocía el camino, se quedó atrás con Quip para arreglar el sistema propulsor. Durante tres horas, amontonaron las piezas robadas: un impulsor Isu-Sim SSP05, transdensadores Rendili, un relé paralumínico, un estabilizador de campo cuántico nulo…

—Sólo para que lo sepas —dijo Quip—: todo esto es por una buena causa.

—No me voy a alistar, Quip.

—Aún así, estaremos en deuda contigo.

—Ahórrate los agradecimientos para cuando lleguemos adonde sea que estemos yendo en realidad.

Cuando hubieron completado las reparaciones, regresaron a la bodega principal para reencontrarse con Luufkin, que estaba colocando la última de las planchas de cubierta que escondían los compartimentos secretos.

—Todo listo —dijo el verpiniano.

Cuando los tres se dirigían ya a la rampa de acceso del YT, entró de nuevo el comandante imperial escoltado por varios soldados de asalto.

—Capitán Fargil, las reparaciones que no hayan podido terminar tendrán que llevarse a cabo en el espacio o en cualquier otro sitio.

—¿Qué hay de nuestras doces horas locales?

—Agradezca las que le hemos dado ya —gruñó el comandante.

La sorpresa se apoderó de Quip.

—¿Se van?

—Dudo mucho que nuestras acciones sean de su incumbencia, capitán. —El oficial los empezó a mirar con desconfianza y dijo—: Espero no haberme equivocado al fiarme de ustedes.

—Simplemente pensé que se quedarían en órbita.

—Ahora, capitán —le dijo el imperial a Quip—. Y llévese a su verpiniano y a su sullustana de aquí.

De repente, los tres se apresuraron rampa arriba; sólo Quip se paró para golpear con los nudillos sobre las láminas de cubierta:

—¡Agarraos! ¡Despegamos!

Zenn Bien se abalanzó hacia la cabina e inició los propulsores en frío.

Quip se lanzó sobre el asiento del copiloto.

—Si descubren que…

Los sonidos lejanos dieron paso a las estridentes sirenas y alarmas. El Interdictor resonaba por debajo del YT y se oían unos ruidos desgarradores que hacían eco en la popa de la nave. De repente escucharon una voz potente por el comunicador.

—*Hecho Añicos*, ¡mantenga su posición!

—Tenemos órdenes de despegar inmediatamente —dijo Quip por el micrófono.

—Esa orden ha sido revocada. Vuelva a su posición anterior…

Quip apagó los altavoces.

—¡Dale, Zenn! ¡Sácanos de aquí!

Zenn hizo girar el YT y salieron disparados por el campo de contención del hangar. Detrás, Luufkin se tambaleaba por la cabina, con los cuatro brazos extendidos para mantener el equilibrio.

—Los proyectores de gravedad están desactivados, ahora tenemos que evitar el rayo tractor.

Zenn Bien miró al Interdictor por el ventanal.

—A mí me preocupan esos turbolásers.

Justo cuando hubo terminado la frase, las baterías de estribor se abrieron con una ráfaga de fuego carmesí. Zenn Bien puso al máximo el compensador de inercia y el carguero descendió en picado, pasó bajo el Interdictor y resurgió de nuevo por su lado de babor a gran velocidad.

—¡Los tractores están intentando bloquearnos! —dijo Quip.

Zenn Bien podía sentir cómo los dedos del rayo agarraban el YT. Dio media vuelta a la nave y se situó justo encima del Interdictor, casi como si estuviera atrapada en un lío estroboscópico de energía azul que parecía rezumar sobre los globos de gravedad. Se había formado una fisura irregular en uno de ellos y, unos instantes más tarde, el proyector se abrió como si de un huevo se tratara y empezó a escupir llamas que saltaban al espacio como bengalas estelares. El Interdictor escoró, dio una vuelta completa y dejó su panza vulnerable al descubierto. El *Hecho Añicos* se puso fuera de alcance y desapareció.

—Un día después estábamos en el sistema Tungra y la confrontación con el Interdictor era agua pasada —les contaba Zenn Bien a Jadak y Flitcher Poste—. Confrontación deliberada, he de admitir, porque la resistencia verpiniana estaba decidida a inhabilitar el prototipo desde el primer momento en que supieron de su existencia. Quip, Luufkin y todos los demás pasamos un par de semanas estándar arreglando el YT con las partes robadas, sustituyendo el ordenador central y mejorando el hiperimpulsor hasta igualarlo con los de Clase Uno. El objetivo era que el *Hecho Añicos* fuese una de las naves civiles más rápidas de la galaxia.

—¿Los jawas y demás tripulación se unieron también a la Alianza Rebelde? —preguntó Poste.

—No directamente; de hecho, al final yo también me uní a su equipo —contestó Zenn Bien entre risas y señalando el salón de belleza—. Algunos de ellos están por aquí.

—¿Trabajabais como cazatesoros por vuestra cuenta? —preguntó Jadak.

—Al principio nos empeñamos en ser neutrales —asintió Zenn Bien—. Nuestra intención era trabajar esporádicamente para aquellos que necesitaran nuestros servicios especiales: contrabandistas, piratas, sindicatos del crimen. En realidad nos daba igual. Incluso hicimos algún trabajillo para Rej Taunt. Obviamente, no duró mucho. El Imperio era cada día más cruel. SoroSuub ganaba terreno sobre Sullust; los piratas del Consorcio Zann usaban sullustanos como soldados esclavos… cuando me enteré de que algunos de los míos se estaban levantando contra el presidente Siin Suub, convencí al equipo de que nos echaran una mano y no tardamos en vernos envueltos en misiones especiales bajo las órdenes de Sian Tew y Nien Nunb. Poco después de aquello, justo antes de la batalla de Yavin, nos convertimos en miembros de la Alianza Rebelde en toda regla, participamos en la destrucción del *Invencible* y otras naves imperiales durante los años que siguieron a nuestro alistamiento.

—¿Y cómo pasa uno de ser experto en demoliciones a esteticista? —preguntó Jadak Zenn Bien se pensó la respuesta un momento.

—Después de toda la destrucción que causamos, nos daba la impresión de que lo más correcto sería que nos dedicásemos a embellecer la galaxia. Cuando finalizó la guerra nos vinimos, todo el equipo, a Nuevo Balosar y la mayoría de nosotros ya nunca más se fue de aquí. Cursé estudios de peluquería y estética en la Escuela de Peluquería de Sullust, me casé varias veces y mi clan *madriguera* se hizo famoso en el lugar. Desde entonces la vida nos ha ido bien.

Jadak reflexionó la siguiente pregunta:

—¿Quip se quedó con el YT?

—Sí.

—¿Supiste alguna vez para qué querían los rebeldes una nave de tal calibre?

Zenn Bien negó con la cabeza y añadió:

—Chicos, siento ser yo quien os dé las malas noticias…

—Lo superaremos —dijo Poste.

Zenn miró a Jadak.

—Nunca supe para qué querían la nave en la Alianza, pero sí sé que no conseguiréis encontrarla.

—¿Por qué? —preguntó Jadak.

—Porque la hicieron añicos en Bilbringi nueve años después de la batalla de Yavin.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

—¿Ése es tu nuevo mejor amigo? —le preguntó Leia a Han mientras esperaban a la doctora Parlay Thorp.

Han se dio cuenta en aquel momento de que estaba jugando, ausente, con el transpondedor y lo metió de nuevo en el bolsillo de sus pantalones.

—Es adictivo.

—A lo mejor tenemos que comprarte un juguete anti-estrés.

—Ja, ja.

Leia no había sonreído al hacer la pregunta, y la risa de Han también había sonado floja. Estaba claro que la conversación con Luke la había preocupado. Desde entonces y durante el viaje a Obroa-skai apenas había dicho nada.

—No tenemos por qué hacer esto; lo sabes ¿verdad? —preguntó Han en voz baja—. Le explicaremos a la doctora Thorp que hemos tenido un contratiempo y que debemos regresar a Coruscant de inmediato. Seguiremos con la búsqueda cuando las cosas se hayan arreglado.

Por un segundo, Leia parecía considerar la sugerencia de su marido. Después, suspiró y se dejó caer sobre el respaldo de la silla en la sala de espera. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho.

—Siento estar así; es que Luke parecía preocupado. Sin embargo, me pidió que no fuéramos hasta allí todavía.

—A lo mejor tenemos que comprarte un juguete anti-estrés.

Leia dejó escapar una carcajada.

—Además, hay una razón mucho más importante para estar esperando aquí.

Han siguió la mirada de su esposa hasta Allana, que estaba de pie junto a las altas ventanas de la sala de espera mirando los jardines de las instalaciones médicas Aurora. Desde allí se veía el *Halcón* aparcado, y C-3PO se había quedado fuera vigilándolo; a regañadientes, porque no permitían la entrada de droides personales a las instalaciones de investigación, donde los Solo tenían una cita con Thorp.

—No ha vuelto a ser la misma —continuó Leia—; pero al menos ha recuperado la ilusión por resolver el misterio de la nave.

—¿No crees que se está tomando demasiado en serio la aventura?

Leia frunció el ceño.

—No como para que debamos preocuparnos. ¿Por qué? ¿Tú no te la estás tomando en serio?

—Claro que sí, y me estoy divirtiendo mucho; bueno, excepto en Taris.

—Creo que este viaje nos ha unido mucho más a los tres.

En la cara de Han se formó, poco a poco, una amplia sonrisa.

—Como en los buenos tiempos.

—Esa era la idea, ¿no?

De repente, una conversación inesperada en el pasillo llamó su atención hacia una mujer de pelo canoso y vestida con elegancia que sonreía ampliamente. La señora en cuestión les extendió la mano derecha incluso antes de acercarse a ellos.

—Princesa Leia, ¿o debo decir Jefa de Estado Organa? Me temo que no sé cómo referirme a usted. Soy Parlay Thorp.

—Leia será suficiente.

—Leia, entonces —dijo la doctora Thorp mientras le estrechaba la mano. Después se volvió hacia Han y dijo—: Capitán Solo, un placer conocerle.

A Han lo sorprendió la fuerza con que la doctora le dio la mano.

—Igualmente, doctora Thorp.

—Y ésta debe de ser Amelia.

Allana también le dio la mano.

—Mire allí, es el *Halcón Milenario*.

Thorp dejó que la niña la guiara hasta la ventana.

—Vaya; había visto esa nave muchas veces en la HoloRed, claro, pero en persona y después de tantos años… —Se volvió hacia Han y Leia y añadió—: ¡Me trae tantos recuerdos!

Han se acercó también a la ventana.

—¿Ya se llamaba *Halcón Milenario* cuando la tuvo usted?

—Yo nunca le habría puesto semejante nombre —dijo mientras asentía con la cabeza.

—Dax Doogun dijo algo sobre una nave médica.

—Sí, la usamos para eso; pero ni pintándole el casco blanco y dibujándole nuestros símbolos parecía dar el pego. Y mucho menos con un cañón lateral.

—¿Ya le habían instalado la batería láser?

—Sí —asintió—, pero no tenía el cañón inferior.

—Ya, tuve que hacerle algunos arreglos.

—Eso he oído. Por lo demás, se parece mucho al recuerdo que yo tenía de ella. Me gustaba lo ágil que estaba para su edad —dijo mientras se volvía hacia Leia y Han—. Y respeto el hecho de que no la hayan restaurado. Las abolladuras y los puntos de óxido le dan personalidad, como las arrugas en la cara. No se ven muchas en Aurora —añadió en tono conspirativo.

—Ya lo hemos notado —contestó Leia.

Thorp exhaló profundamente.

—Cierto, somos especialistas en restaurar la juventud en la parte exterior y hacemos lo que podemos para que el interior siga funcionando correctamente. A mí me gusta decir que, en realidad, nuestros clientes compran tiempo para ellos mismos. A pesar de los trasplantes de órganos y hormonas, aún nos queda mucho por delante para aumentar la esperanza de vida de muchas especies. Por una cantidad exorbitante de dinero podemos prologar la vida en humanos veinticinco años, cincuenta; como mucho setenta y cinco años. Pero lo cierto es que, como especie, estamos biológicamente programados para envejecer y parece que es un programa que no se puede alterar. —Miró a Allana y le dijo—: Los adultos sólo hablamos de cosas aburridas, ¿no?

—Más o menos —contestó ella.

Thorp se rió.

—La sinceridad sienta muy bien. De todos modos, yo me dedico a la investigación y dejo que de los procedimientos de rejuvenecimiento se encarguen los mejores profesionales de Aurora.

—Doogun mencionó que también estuvo usted investigando en el Borde Exterior.

—En el brazo Tingel, sí. De hecho debo agradecerle al *Halcón Milenario* parte de mis descubrimientos.

Se abrió una puerta tras ellos y un médico ho’din entró en la sala de espera.

—Disculpen la interrupción…

—No se preocupe, doctora Sompa —se apresuró a decir Thorp—. Permítame presentarle a Han Solo, Leia Organa Solo y su hija Amelia.

Sompa inclinó su cabeza llena de mechones en una reverencia de cortesía.

—Un placer y un honor para mí. Debo decir, sin embargo, que no esperaba su visita. Y la verdad es que ambos tienen un aspecto maravilloso para su edad.

—Lial —empezaba a decir Thorp cuando Leia la interrumpió.

—¿De verdad no cree que a mi marido le haría falta un poco de… restauración, doctor Sompa?

El doctor miró detenidamente a Han.

—Bueno, supongo que sí podríamos hacer algo en la barbilla y las arrugas. A lo mejor también podríamos enderezarle un poco la boca. Por lo demás, se ve que el capitán Solo está muy en forma; como mucho le sobrarían un par de kilos.

—¡Eh! Llevo los mismos pantalones que llevaba hace treinta años.

—Eso es cierto —dijo Leia.

—Obviamente, lo que cuenta es lo que está dentro —prosiguió Sompa—; pero tendríamos que proceder a realizar algún escáner…

Allana había intentado contener la risa pero, de repente, estalló en carcajadas de una risa contagiosa que confundió al ho’din confundido y algo avergonzado.

—Lo siento, Lial —dijo Thorp, enjugándose una lágrima—. Me temo que la Princesa Leia se estaba metiendo con usted. Los Solo no han venido a preguntar por ningún tratamiento de rejuvenecimiento. Están reconstruyendo la historia de la famosa nave YT-

1300 conocida como el *Halcón Milenario.* —Se volvió para señalarla en el aparcamiento y prosiguió con su discurso—: Está junto al yate, es gris y tiene la cabina hacia fuera.

Sompa estaba cada vez más confuso.

—Yo tuve el *Halcón* diez años antes de que llegara a manos del capitán Solo.

Sompa abrió la boca en señal de que, por fin, entendía algo de lo que pasaba y después se acercó a la ventana para admirar la nave unos minutos.

—¿Has dicho que es un YT-1300?

—Fabricada por la Corporación Corelliana…

—¿De qué año? —preguntó Sompa de repente—. ¿En qué año la fabricaron?

—No estoy seguro del año —dijo Han—. Puede que haga algo más de cien años, ya.

Sompa miró a Thorp.

—¿Y quién tenía la nave antes de que la consiguieras tú?

—Pues estaba a punto de contarles a los Solo cómo había llegado a mis manos la nave.

Sompa se volvió de nuevo hacia la ventana.

—Una nave así… es como un superviviente de otra era…

—Es toda una superviviente, sin duda —dijo Han—. Hace cuarenta años había cientos de YT-1300, en casi todos los mundos. Pero ahora ya son clásicos.

—Han utiliza los términos «clásico» y «reliquia» casi indistintamente —dijo Leia mientras sostenía la mano de su marido.

Sompa miró de nuevo a Thorp.

—Me encantaría oír la historia en algún momento, Parlay.

—¿En serio? Me sorprende, Lial.

—Sí, bueno, ahora te dejaré aquí con tus invitados. —Se volvió momentáneamente a Han y a Leia y prosiguió—: Ha sido un placer; que disfruten de su tiempo en Aurora.

Thorp esperó a que Sompa se fuera.

—Un ser verdaderamente extraño. Pero muy inteligente y aplicado.

—Y con prisa —dijo Han.

—Por lo general tiene bastante paciencia —dijo Throp, encogiéndose de hombros—. Los jardines de Aurora están preciosos en esta época del año. ¿Les apetece escuchar mi historia allí?

—Seguidme —dijo Allana, que ya salía disparada por la puerta.

La universidad en la que yo estudié exigía que una vez hubiéramos recibido nuestro título en medicina y hubiéramos realizado las prácticas en algún centro médico, pasáramos tres años desarrollando nuestras habilidades en diversos mundos lejanos. Muchos médicos optaron por dedicar aquellos tres años a un mundo en concreto, pero mis planes eran bien distintos. Con la ayuda de las becas universitarias, contribuciones varias y alguna donación privada, fundé Sector Médico Remoto, que poco a poco atrajo a jóvenes

médicos que, de no haber estudiado medicina, serían arqueólogos, lingüistas o exploradores. Una pequeña flota de naves espaciales antiguas nos llevó de mundo en mundo en los Bordes Medio y Exterior para cumplir con nuestra misión y distribuir medicinas, administrar inoculaciones, inmunizar pacientes y realizar operaciones. Llevamos nuestra experiencia a planetas desolados por las plagas y acuciados por diversas catástrofes naturales; y al final éramos capaces de llevar a cabo casi cualquier tipo de procedimiento. Fue entonces cuando aprendí a pilotar, y mucho antes de terminar mis tres años de servicio obligatorio ya me había dado cuenta de que nunca sería feliz si me establecía en un centro médico último modelo o en una clínica privada en un mundo rico. De hecho, deseaba adentrarme aún más en los brazos de la galaxia, donde había muchas poblaciones que necesitaban de verdad asistencia médica porque el Imperio las estaba ignorando por completo. El mercado había caído y economías antaño poderosas estaban ahora en bancarrota. Y el Emperador sólo les daba falsas esperanzas mientras las fuerzas imperiales se centraban en fortalecer el Núcleo.

La mayoría de los mundos que yo anhelaba visitar estaban, por razones logísticas y financieras, fuera del alcance del Sector Médico Remoto; no obstante, todo cambió cuando adquirí el *Halcón Milenario.* El hiperimpulsor militar de la nave puso al alcance de mi mano la galaxia entera y con la ayuda de las donaciones que seguía recibiendo me compré un par de droides médicos para que me ayudaran y equipamos la nave con varios sistemas de diagnóstico. Sentirme libre para viajar adonde yo quisiera cuando me apeteciese me llenaba tanto como lo habían hecho mis años de voluntariado. Mis compañeros de promoción se refieren a esos años de mi vida como mi «época de revoloteo». Supongo que, en cierto modo, consistió exactamente en eso: revolotear de mundo en mundo aprendiendo y madurando.

En lo que respecta a los destinos escogidos, me dejaba llevar por lo que oía en puertos espaciales, cantinas, tapcafés y demás lugares en los que los viajeros espaciales profesionales intercambiaban información o simplemente cotilleaban. Tengo que admitir haber disfrutado cuando me confundían con una pirata, una contrabandista o una cazarrecompensas sólo por la apariencia del *Halcón,* con aquel impresionante cañón láser que, sin embargo, no funcionaba. Si alguien se hubiera molestado en comprobarlo, se habrían dado cuenta enseguida de que, como piloto, yo no estaba a la altura de la nave. Simplemente me limitaba a ir de un sitio a otro.

En una cantina de Roos oí algo sobre Hijado, un lugar fuera de la ruta Hydiana y a mitad de camino hacia Bonadan. Un viajero espacial me dijo que si había algún mundo que de verdad necesitara ayuda, ése era Hijado. No quiso decirme por qué, pero en cuanto el *Halcón* salió del hiperespacio en el sistema Hiijado y los sensores de alerta me avisaron de que un convoy de naves imperiales abandonaba el planeta supe a qué se refería aquel anciano: Lo que, al principio, parecía una tormenta atmosférica resultó ser humo que salía de numerosos centros poblacionales del hemisferio norte. A medida que me iba acercando, los escáneres de largo alcance del *Halcón* mostraban escuadrones de cazas TIE que regresaban a sus destructores estelares tras dar por concluidos los

bombardeos correspondientes. Al mismo tiempo, aparecían ante mis ojos imágenes de naves hijadoanas que estaban siendo eliminadas en su intento por escapar de la destrucción.

Habían llegado a mis oídos noticias de los últimos ataques de las naves imperiales en Ord Trasi o Bilbringi, no recuerdo cuál, y lo primero que pensé fue que los imperiales habían descubierto una base de la Alianza Rebelde. Pero Hijado parecía demasiado remoto para albergar una base rebelde y las conversaciones que se oían por el comunicador sugerían diversas posibles opciones para los ataques. Esas conversaciones que yo escuchaba procedían de las fragatas médicas que esperaban el permiso de los imperiale para acercarse a Hijado. Era muy típico de los comandantes imperiales dejar que las naves de ayuda entrasen una vez habían terminado de destruirlo todo.

Los equipos médicos que iban a bordo de esas fragatas me pusieron al día sobre el alcance de la devastación y de los planes generales de ayuda. Los imperiales aún no habían terminado de arrasar Hijado, pero ya había ciudades irrecuperables y muchas áreas donde las tareas de recuperación durarían años. Los equipos de rescate no tenían permiso para evacuar a los supervivientes y las instalaciones médicas que se encontraban en objetivos de guerra secundarios ya se estaban movilizando. De todas formas, las estaciones de energía y los centros técnicos habían dejado de funcionar, así que era como si las civilizaciones autóctonas hubieran retrocedido, de repente, varios siglos. Y lo que es peor, los imperiales estaban instalando una base para evitar que los insurgentes captaran y alistaran más miembros.

En cuanto las fragatas pudieron entrar en órbita, yo me acerqué con el *Halcón* a la turbia atmósfera. Busqué señales de socorro en otros objetivos remotos pero no encontré nada, por lo que no me quedó más remedio que fiarme de los datos visuales y en el *Halcón* para guiarme hacia un lugar donde yo pudiese ser de ayuda. Ambas fuentes manifestaban cierta tendencia atmosférica que nos llevaba hacia estribor.

Vigilé una zona que parecía haber sido víctima de daños colaterales en vez de deliberados y aterricé en un gran claro con el suelo de agua hirviendo. Los edificios y casas que lo rodeaban eran pasto de las llamas y el fuego se extendía gracias a los distintos carburantes que la población humana autóctona tenía por allí. Mirara a donde mirase, veía cuerpos que estaban siendo arrastrados por los torrentes de agua o las cascadas de barro. Cando me bajé de la nave, un humano de unos cuarenta años estándar se separó de un grupo de gente que estaba recogiendo cuerpos y se acercó a mí.

—Gracias por responder a nuestra llamada de auxilio —me gritó, para hacerse oír sobre el ruido de la lluvia, con un marcado acento básico.

Cuando le dije que no había recibido ninguna llamada de socorro me contestó:

—¿A través de la nave, te refieres?

Yo asentí y me dijo que había llegado y que era lo único que importaba en aquel momento. Se llamaba Noneen. Lo seguí bajo la lluvia y le pregunté si conocía el motivo de los ataques.

—Los imperiales no dieron ninguna explicación —dijo pausadamente.

Al final resultó que el gobernador del sector planetario había enfadado mucho al Emperador, e Hijado era un ejemplo de las consecuencias. Todo me resultaba demasiado familiar y con el número de muertos que me rodeaba en aquel momento, la desesperación afloró en mí. Pero Noneen me dijo:

—No te pongas triste; no se están muriendo, se están yendo.

Al principio interpreté aquellas palabras como una mera alusión poética, pero su verdadero significado se me revelaría durante las semanas, los meses y también los años que vendrían a continuación.

En la primera semana, presencié la recuperación de más de quinientos cuerpos; cuerpos que quemaron en los restos de un lugar de culto. Cuando no estábamos hurgando entre los escombros ni levantando cadáveres, mis droides y yo atendíamos heridas, quemaduras y huesos rotos en la pequeña clínica que montamos en el *Halcón*. Nos llevó un tiempo acondicionarla pero poco a poco me di cuenta de que por allí no había pasado todavía ningún anciano herido, pero tampoco muerto, y le pregunté a Noneen.

Al principio no entendió mi pregunta. Después señaló a una mujer que sería un poco mayor que él y dijo:

—Magan tiene cien ciclos estelares. —Después señaló a un hombre que parecía aún mayor y añadió—: Sonnds tiene ciento cuarenta ciclos.

Como ya sabía que un año en Hijado equivalía más o menos a uno en Coruscant, me pareció imposible que Noneen hubiese acertado con las edades que me había dicho.

—¿Y cuántos ciclos tienes tú? —me preguntó. Cuando le dije que veintiocho, me contestó que aparentaba muchos más.

Ahora no hay muchas mujeres a las que les guste oír que parecen mayores de lo que son en realidad. Pero Noneen tenía razón. Todos aquellos que tenían mi edad cronológica parecían mucho más jóvenes. Aún sabiéndolo me costó aceptarlo. No había mucha información sobre Hijado, pero sí se sabía que la población humana de aquel planeta había emigrado desde el Núcleo muchos milenios atrás. Por lo tanto, o los humanos de Hijado habían evolucionado hacia seres más longevos, o había algo extraño en aquel planeta recién destruido que les garantizaba una longevidad inusitada.

Cuando se cumplía un mes de mi llegada, Noneen y los demás ya habían empezado a reconstruir sus casas. Si lloraron las pérdidas humanas, lo hicieron en privado porque yo no había visto ni una sola lágrima. Una tarde, mientras recopilaba datos que había ido recogiendo sobre la habilidad del grupo para curarse, tanto física como emocionalmente, Noneen, entre otros, regresó de una incursión al bosque con más de una docena de cubos con savia de árbol; todos ellos coloreados con extractos frutales, barro y minerales molidos. Sin molestarse en pedir mi opinión, empezaron a pintar el *Halcón* con la savia y la nave pasó de tener un color blanco inmaculado a ser de color rojo chillón. Por si eso fuera poco, quitaron los símbolos médicos y pintaron unos relacionados con la magia sigil. Cuando hubieron acabado, la nave presentaba una boca y una fila de colmillos, unos puños cerrados en la punta de las mandíbulas y plumas en llamas que cubrían los

laterales. El cañón láser se había convertido en una flor de colores vivos. La cabina era un ojo negro.

Cuando pude preguntarle a Noneen de qué iba todo aquello, me dijo que estaban preparando el *Halcón*.

—¿Prepararlo para qué? —pregunté yo.

—Para la venganza de quienes se han ido —contestó con total naturalidad.

Si se refería a una venganza literal sobre la base imperial de Hijado, había noticias de última hora, y yo se las di.

—En primer lugar —le dije—, yo soy médico, no soldado.

—Yo también curo a la gente —me contestó—. ¿Cuál es la diferencia?

Le dije que yo me encargaba de salvar vidas, no de sembrar la muerte.

—Si vengamos a los que se han ido —dijo—, también estaremos salvando vidas.

Lo informé de que no era piloto de combate y de que los droides no sabían ejecutar más órdenes que las operaciones médicas básicas.

—Pero puedes llevarnos en la nave hasta la base imperial —insistió.

Admití que eso sí podía hacerlo y luego dejé caer la bomba: el cañón láser no funcionaba. Las nuevas parecieron contrariarlo un poco, pero sólo un poco.

—Si lo construyeron para que fuera un arma, tendrá que funcionar como un arma —dijo.

Mi mente iba a cien por hora. Yo no había visto ni una sola arma entre las gentes de Noneen. Herramientas, sí, claro, pero no armas; al menos nada que pudiera reactivar un cañón láser inhabilitado. Me preguntaba qué sería lo peor que podría pasarme si sobrevolaba la base imperial. Que los escáneres imperiales se darían cuenta de que el *Halcón* era inofensivo a pesar de la máscara que le habían puesto los hombres de Noneen y nos pedirían que evitáramos acercarnos a la base. Eso sería todo.

—Si decido ayudaros —dije—, ¿podré quedarme a vivir aquí una temporada?

Supuso que yo no tenía ningún hogar, lo cual no era del todo mentira aunque tampoco tenía nada que ver con mi petición. Le dije que quería averiguar por qué él y su gente vivían tantos años.

—No hay ninguna técnica especial —contestó para mi sorpresa—; simplemente vivimos tanto tiempo como nosotros queremos.

Decidí no revelar mis sospechas de que tenía que haber algo más. Yo todavía creía que el secreto tenía que estar en la comida o en el agua, o en alguna glándula endocrina que ellos tenían y yo no. Les dejé claro que quería tomarles muestras de sangre y de tejidos; necesitaba su permiso para «romper el sello», como diría Noneen. Y aceptaron.

La base imperial estaba a cientos de kilómetros de distancia, cerca de varias de las zonas más afectadas por la destrucción de Hijado. Noneen viajó de pie en la cabina detrás de mí y de uno de mis droides mientras otros seis se sentaron en círculo sobre la cubierta de la bodega principal. Yo ya había presenciado alguno de sus rituales comunitarios, pero ni entonces ni ahora he sabido nunca con qué intenciones los llevaban a cabo. A cincuenta kilómetros de la base, el Halcón me hizo saber que los imperiales estaban

escaneando la nave y unos instantes más tarde surgió una voz a través de los altavoces del comunicador que exigía saber quiénes éramos y adonde nos dirigíamos. Mediante el telespondedor y por viva voz identifiqué el *Halcón* como nave médica y emití un plan de vuelo falso según el cual nos dirigíamos a cinco kilómetros más al norte de la base. La voz al otro lado del comunicador tardó en responder y finalmente un imperial nos comunicó:

—A juzgar por la apariencia de la nave, eres una hechicera.

—Intento buscar el equilibrio —le contesté.

Nos avisaron de que debíamos mantener nuestra dirección, que era justo lo que yo tenía pensado hacer, pero Noneen dijo que era vital volar más cerca de la base. Dijo que iba a subirse a lo más alto y se marchó hacia la escalerilla que daba acceso a la torreta del cañón láser. Tuve que inventarme una excusa.

—Los escáneres me indican que hay una tormenta en nuestra dirección —comuniqué a la base, y solicité permiso para incorporarme a un vector que nos situaría a tres kilómetros de los imperiales. La respuesta fue exactamente la que me esperaba.

—No hay ninguna tormenta —dijeron. Alegaron que los escáneres del *Halcón* debían de haberse equivocado y me advirtieron, por segunda vez, de que debía mantener mi trayectoria. De lo contrario, nos dispararían. Las alarmas del panel de control me informaron de que nos tenían a tiro, pero también sabía que si decepcionaba a Noneen, estaría arruinando mi oportunidad de quedarme entre su gente. Por eso hice algo que nunca antes había hecho: acelerar el *Halcón* al máximo y volar directamente hacia la base.

Todavía no sé cómo logré evitar los disparos láser imperiales, sobre todo porque mantuve los ojos cerrados durante gran parte de la huida. Creo, por otro lado, que nuestra suerte tuvo mucho que ver con la sorprendente velocidad del *Halcón* y la prepotencia de los imperiales. Al fin y al cabo, sólo era un viejo carguero.

Antes de que pudiera darme cuenta, estábamos a cincuenta kilómetros al sur de la base y Noneen había regresado a la cabina. Estaba tan ocupada comprobando las pantallas en busca de posibles amenazas o alguna señal de que nos persiguieran que apenas lo escuché cuando dijo que la misión había sido todo un éxito y que la base había desaparecido.

Había puesto toda mi atención en uno de los escáneres que mostraba que la base estaba exactamente cómo y dónde la habían dejado, pero él se mantuvo firme: habíamos destruido la base y habían vengado a su gente. Si mi manera de entender el mundo no me hubiera impedido ver lo que me rodeaba, me habría dado cuenta de que los imperiales habían desaparecido. Recuerdo haberle dicho que todo se muere en algún momento. Y recuerdo que él me dijo que la base se había ido antes de que llegara su momento.

Ya de vuelta en el pueblo le quitaron la máscara al *Halcón*, lo frotaron con aceites hasta que los mismos droides sintieron envidia y lo adornaron con flores, por dentro y por fuera. En pequeños recipientes de cerámica que colocaron por toda la nave encendieron barras de incienso. Aunque Noneen nunca hablaba mucho, creo que la nave se había

convertido en una especie de templo para ellos. Siempre venían con alguna excusa para verme: dolores, picores, pequeños cortes y sarpullidos; y se sometían sin miramiento alguno a los análisis de sangre y escáneres que ejecutaban mis droides médicos.

Los estudios que llevé a cabo durante el año que siguió a mi llegada dieron unos resultados totalmente inesperados. Al parecer, la gente de Noneen sabía de antemano cuando alguien iba a morir, aunque ellos lo llamaban «irse». Noneen solía decir que tal o cual persona se había ido aunque, a lo mejor, yo estaba mirando directamente a esa persona e incluso hablando con ella. Y cierto era que al poco rato, la persona en cuestión se moría sin indicio alguno de enfermedad.

Le pregunté si su gente sabía con anterioridad al ataque que los imperiales vendrían a destruirlo todo y me dijo que sí. Vieron que el pueblo se iba. Yo me preguntaba si aquella clarividencia sería consecuencia de la Fuerza, y Noneen me contestó que era posible.

Al poco de comenzar mi segundo año entre ellos, todo el pueblo empezó a caer en un estado general de pesimismo. Cuando le pregunté a Noneen cuál era la razón me dijo que yo iba a irme. Todos sabían que yo no me había dado cuenta de que me iba, por eso se lo callaban y no me decían nada.

Yo me negaba a creerlo y me sometí a innumerables escáneres y diferentes pruebas que demostraron que mi estado de salud era inmejorable. Sin embargo, Noneen insistía en que me iba a ir. Al parecer, si dejaba que llevasen a cabo un ritual en mi nombre, mi marcha se retrasaría un tiempo. Entusiasmada, acepté enseguida y al finalizar el ritual Noneen me comunicó que había salido parcialmente bien. Casi en aquel mismo momento me puse terriblemente enferma.

Me preguntaba si la enfermedad tendría algo que ver con el ritual; si lo tendrían planeado desde hacía tiempo. Mis droides me sometieron a diversas pruebas y finalmente dieron con una enfermedad congénita que, de algún modo, no se había manifestado hasta entonces a pesar de los casi treinta años de revisiones médicas. A juzgar por los resultados, la verdad es que me tenía que estar muriendo; pero había algo que, por lo que fuera, mantenía a raya la enfermedad. ¿Por cuánto tiempo?

En aquel momento me di cuenta de que estaba destinada a quedarme con Noneen y su gente, al menos hasta que lograra desvelar el secreto de aquella capacidad extraordinaria de la que eran poseedores. Durante una época me invadieron sueños de grandeza; con todo el progreso que había experimentado la raza humana en los campos de la ciencia y la tecnología, algún día descubriría el secreto que nos permitiese ver el futuro y quizá aumentar nuestra esperanza de vida. Y aquí estoy, lista para resolver el misterio.

Excepto por un problema: durante meses intenté encontrar el valor necesario para preguntarle a Noneen cuántos años vivirían estas gentes, aunque al final formulé la pregunta de otra manera:

—¿Os vais a quedar aquí para siempre?

Él me miró con resignación y contestó:

—Nos vamos.

—¿Cuando? —insistí con una voz que traicionaba mi verdadero sentido de pérdida.

—Pronto; mucho antes de que te vayas tú.

Me esforcé el doble para descubrir todo lo posible sobre la gente de Noneen, pero fue inútil. Y abocada al fracaso, creo que me convertí en una científica loca más que en un practicante médico. Y pasó otro año.

El *Halcón Milenario* formaba ya parte del paisaje urbanístico. Pero un buen día, la gente del pueblo se acercó a limpiar la nave de proa a popa; le quitaron las flores y el incienso y luego la pintaron con la savia de árbol del color más claro de todos los que les había visto usar. Al menos no era pintura de guerra. Aún así, todo aquello me parecía tan preocupante como desconcertante. La única explicación que me dio Noneen fue que el *Halcón Milenario* había desaparecido.

—¿Como la base imperial? —le pregunté.

—Simplemente se ha ido —dijo—. Ha pasado página.

No había nada que yo pudiera hacer al respecto. Se había ido.

Todas las mañanas durante el mes que siguió me asombraba al encontrar al *Halcón* descansando sobre su tren de aterrizaje, pintado de colores extraños, pero todavía allí. No sé qué esperaba encontrarme, la verdad, pero no entendí lo que ocurría hasta que el Circo Molpol llegó a Hijado. Dax Doogun le echó un vistazo a la nave y decidió que tenía que hacerse con ella. Y la verdad es que el *Halcón* era perfecto para un circo. La oferta de Dax fue mucho más generosa de lo que yo hubiera podido imaginar; con sus créditos podría financiar el centro médico y de investigación que tanto deseaba crear en Hijado. ¿Cómo iba a rechazar la oferta si, en cualquier caso, el *Halcón* ya había pasado página?

El equipo de investigación que fundé en Hijado permaneció allí diez años —dijo Parlay Thorp desde uno de los bancos del jardín—. Lo suficiente, tengo que admitir, para ver que destruían la base imperial, algo que Noneen y su gente se tomaron con calma porque para ellos ya hacía mucho tiempo que se había ido.

—Supongo que has aprovechado tus descubrimientos aquí en Aurora —dijo Leia.

—Ya me gustaría —dijo Thorp con una sonrisa tímida en los labios—, pero la verdad es que nunca llegamos a descubrir ni el secreto de sus capacidades precognitivas ni el de su longevidad. Con la intención de encontrar alguna relación posible con otras especies que tienen una esperanza de vida muy elevada, como los hutts, los wookiees, los gen'dai o los falleen, llevamos a cabo estudios exhaustivos, pero sin resultado alguno hasta el momento. Creemos en la posibilidad de que la gente de Noneen estuviera sintonizada, de algún modo, con los ritmos cardiacos a los que responden muchos insectoides y especies saurianas, aunque los resultados no son concluyentes. También barajamos la posibilidad de que su estado de salud y su longevidad se debieran a una forma natural de bacta o bota, pero no hemos encontrado pruebas que lo confirmen.

Thorp miró a Leia.

—Yo, personalmente, aún no he descartado que, en realidad, tuvieran la Fuerza.

Leia no dijo nada.

—Después de que un grupo de rebeldes destruyera la base imperial, el Imperio arremetió de nuevo contra Hijado —dijo Thorp mientras miraba a Allana—. No sé qué habrá sido de Noneen y su gente.

—A lo mejor ya se habían ido —dijo Allana mientras se subía al regazo de Leia.

—A lo mejor sí —dijo Thorp con una sonrisa.

—O a lo mejor sí que tenían la Fuerza.

—¡Quién sabe! —contestó Thorp—. Quizá algún día nos encontremos con una especie inteligente que nos dé la clave de la inmortalidad. Hasta entonces, lo único que podemos hacer es seguir confiando en la tecnología para alargarnos la vida año a año —concluyó. De repente se le iluminó la cara y dijo—: El doctor Sompa tuvo recientemente un paciente que despertó de un coma más de sesenta años después. Obviamente, la excepción que confirma la regla. Incluso con seres conservados en carbonita.

—Volviendo al *Halcón*... —dijo Han mientras se movía incómodo en la silla.

—Ah, sí. Ustedes querían saber cómo una nave como ésa puede llegar a las manos de una médico recién licenciada.

—¡Alguien te la dio! —dijo Allana.

Thorp abrió mucho los ojos y se rió.

—Pues estás en lo cierto, Amelia. Ciertamente, y el que me la dio me dijo que era un donativo.

—Un hombre —dijo Han, inclinándose hacia delante.

Thorp se volvió hacia Han.

—En aquel momento se negó a decirme su nombre, pero al final lo descubrí. Alguien se equivocó al cambiar el registro del *Halcón,* y descubrí que el dueño anterior se llamaba Quip Fargil. No tengo ni idea de dónde estará, pero cuando me dio la nave estaba en Vaced. Y recuerdo que me dio la impresión de que era soldado.

—¿Un imperial? —preguntó Han, preparándose para recibir malas noticias.

—Tenía más pinta de ser un rebelde —aclaró Thorp, negando con la cabeza.

—Te lo estoy diciendo, Lestra, es la misma nave —decía una imagen en 3-D de Lial Sompa desde lo alto del holoproyector instalado en el suelo de parqué que tenía en el estudio de su mansión de Epica.

La cara de Oxic seguía expresando incredulidad. Le quitó el volumen al sistema de audio y miró a Koi Quire.

—¿Algún antecedente de enfermedad mental en la familia de Sompa?

—No que yo sepa; creo que, por lo menos, deberíamos escucharle.

Oxic encendió de nuevo el audio.

—Lial, la Corporación Corelliana fabricó más de diez millones de YT-1300 sólo en los primeros años de producción.

—Lo sé —dijo el ho'din, mostrándose indignado—. Pero te estoy diciendo que el *Emisario Estelar* de Jadak y el *Halcón Milenario* de Han Solo salieron de la línea de producción a la vez. ¿No te parece significativo?

—La verdad es que me parece más una coincidencia —contestó Oxic—. Es más, ¿Han Solo no lleva con ese YT desde siempre?

—En realidad, no. El y su familia están investigando los orígenes de la nave. Por eso han venido hasta Aurora, para preguntarle a Parlay Thorp si conocía al dueño de la nave antes de que la tuviera ella. ¿Tan imposible te parece que el capitán Jadak haya podido ser uno de esos antiguos dueños?

Oxic consideró la posibilidad unos segundos antes de continuar.

—¿Intentas decirme que mientras Jadak sigue la historia de la nave hacia delante en el tiempo, Han Solo está haciendo lo mismo pero hacia atrás?

Sompa asintió con los mechones de su cabeza totalmente exasperado.

—Exacto.

-—Es una simetría muy atractiva —dijo Quire.

—Y hay algo más que creo que deberían tener en cuenta, abogado —dijo Sompa—. Jadak era piloto profesional de swoop. Seguro que todas las naves que pilotó eran de las más rápidas del mercado, y todo el mundo sabe que el *Halcón Milenario* es uno de los cargueros más rápidos de la galaxia.

—Atractiva y convincente —dijo Quire.

Oxic volvió a apagar el audio.

—¿Tenemos alguna idea del paradero actual de Jadak?

—Ni el menor rastro. Si ha vuelto a contactar a Rej Taunt, lo habrá hecho por el comunicador.

—¿Hemos comprobado las comunicaciones entrantes y salientes?

Quire se rió.

—¿Estás hablando en serio? ¿Revisar las comunicaciones de Rej Taunt?

Oxic realizó un gesto de desdén.

—Olvida lo que he dicho.

Con el audio de nuevo en funcionamiento, se volvió hacia la holoimagen, tamaño tres cuartos, de Sompa.

—¿La doctora Thorp tenía información útil para los Solo?

—Puede; ella se encontraba en una de sus misiones en Va-ced cuando un humano llamado Quip Fargil le dio la nave.

—¿En Vaced? —preguntó Oxic, mirando a Quire.

—Un poco más allá de Bilbringi, creo —dijo mientras fruncía el ceño para pensar mejor—. Lo comprobaré.

—Será allí, entonces, a donde se dirijan ahora los Solo —dijo Sompa.

—Gracias, Lial.

Oxic apagó el holoproyector. Juntó las yemas de los dedos y se acercó las manos a los labios.

—¿Qué escasas probabilidades puede haber?

—¿De que el *Emisario Estelar* y el *Halcón Milenario* sean la misma nave, o de que Jadak y su compañero se dirijan a Vaced?

—Escoge tú.

Quire se encogió de hombros.

—Si son la misma nave, entonces todo es posible.

—Supongamos, sólo por argumentar, que las naves son la misma. Si llegamos hasta el *Halcón Milenario* antes de que lo haga Jadak…

—Entonces Jadak se vería obligado a venir hasta nosotros para conseguir lo que necesita de la nave —asintió Quire.

El la miró detenidamente.

—Lo peor que podría pasar sería que robásemos la nave equivocada. ¿Sería un problema para ti?

Ella se lo pensó un momento.

—Siempre pensé que el *Halcón* era la nave de Han Solo. Pero resulta que ahora está casado con la mujer que, en cierto modo, salvó a mi especie. De no haber sido por Leia Organa, mi gente podría estar ahora en estasis y a la deriva entre las estrellas o trabajando como esclavos en algún mundo remoto.

Oxic entrecerró los ojos.

—Si supiera tu nombre real, podría obligarte a ayudarme.

Quire le dedicó una mirada que él jamás había visto.

—No tiene ninguna gracia, Lestra.

—Disculpa; sólo intentaba encontrar un modo de que sonara agradable —exhaló y prosiguió—. No me refería a que tú y yo nos fuéramos a hacer cargo del robo personalmente.

—Eso ya lo suponía. Pero olvidas que nuestros empleados no están a la altura de algo así, Lestra. No serán capaces de enfrentarse a un ex caballero Jedi. Cuatro de ellos no pudieron con Jadak, y el resto no fue capaz de custodiar a un simple colicoide.

—A lo mejor sólo es cuestión de que los supervisemos nosotros, Quire.

—En Vaced.

—O cerca de allí.

CAPÍTULO VEINTICINCO

—A veces me olvido de que todavía existen lugares primitivos como éste —dijo Leia.

—Sé a qué te refieres, pero yo agradezco que existan… —contestó Han.

Ella lo miró de reojo.

—Empiezas a hablar como Lando.

—De vez en cuando, Lando sabe lo que dice. Mundos como éste hacen que me pregunte por qué siempre nos quedamos en los alrededores del Núcleo cuando hay muchísimos otros lugares donde vivir.

Deambulaban por el puerto espacial principal de Vaced, que bien podría haber sido el Mos Eisley de hacía treinta años, de no ser porque Vaced era todo sabana y bosques mientras que Tatooine era arena y más arena. Allana y C-3PO iban varios metros por delante, contando los roedores gigantes con los que se iban cruzando. Las estructuras a ambos lados de la calle sin pavimentar eran de dos tipos: caparazones de duraplast y cajas de madera unidas unas a otras.

Llevaban dos días de intensa búsqueda, pero no habían averiguado nada sobre Quip Fargil. En la HoloRed, con ese nombre mencionaban a un humano nacido en Denon unos treinta y tres años antes de la batalla de Yavin, pero si Fargil estaba ahora en Vaced, al parecer nadie le conocía ni había oído hablar de él; o simplemente no querían descubrirlo. Si Parlay Thorp estaba en lo cierto cuando dijo que le había dado la impresión de que Fargil era militar, entonces éste podría haber muerto durante la Rebelión o en algún otro encuentro sangriento posterior.

—¿Por qué iba alguien a regalar una nave con un hiperimpulsor militar —preguntó Leia por tercera vez aquella mañana— aunque tuviera un cañón láser descargado…?

—¿Como señal de respeto hacia la labor humanitaria que estaba desempeñando la doctora Thorp?

Leia no parecía muy convencida.

—Suena propio de alguien que pertenezca a la Alianza, pero aún así… ¿una nave estelar?

—Vale, entonces a lo mejor simplemente tenía que deshacerse del *Halcón* por alguna razón.

—¿Cómo cual?

—A lo mejor se la había comprado pero ya no podía hacer frente a los pagos. Y el embargo lo estaba acechando.

Leia miraba a su alrededor.

—¿Crees que Vaced es el típico mundo al que se retiraría un antiguo rebelde?

—Es más un lugar para esconderse.

Leia frunció la boca y suspiró.

—Al menos sabemos que Fargil sí existió.

—Sí, pero recuerda que Thorp encontró su nombre en el registro del *Halcón*, lo que significa que Fargil había sido uno de los dueños de la nave, pero no necesariamente el que se la había dado.

—En cualquier caso…

—Lo único que digo es que a lo mejor no es éste el lugar adecuado para seguir buscando. —Fian se calló un segundo y luego continuó por otros derroteros—: ¿Te gustaría vivir doscientos años?

—Sólo si tú también quisieras —contestó ella, tomándole la mano.

Delante, Allana y C-3PO se volvieron y echaron a correr hacia ellos.

—Tenemos una idea —dijo Allana—. Díselo, Trespeó.

El droide ajustó su postura.

—La señorita Allana sugiere que hagamos uso de la red local de la HoloRed para anunciar nuestro interés sobre localizar a Quip Fargil. En el caso de que se encontrase en este mundo, recibiría sin duda el mensaje. Y de ese modo aumentarían las posibilidades que tenemos de encontrarlo.

Han y Leia intercambiaron miradas.

—No hay nada malo en ello.

—Y nos quedaríamos un tiempo.

Jadak y Flitcher Poste se bajaron de la vieja swoop Mobquet que habían alquilado en lo que se hacía llamar puesto espacial de Vaced y siguieron con la mirada la pista polvorienta que llevaba, supuestamente, a la cabaña de Quip Fargil.

—La próxima vez, vas tú sobre el motor, ¿vale? —dijo Poste mientras se frotaba el trasero.

Jadak emitió un gruñido en forma de carcajada.

—Lo dudo, he visto cómo conduces. —Se adelantó unos diez metros sobre la pista, inspeccionó las ramas rotas de los arbustos, los rodeó y dijo—: Tiene un deslizador.

—¿Crees que habríamos dado con él si Zenn Bien no lo hubiera recordado?

—Ni de broma.

Ya habían salido del salón de belleza El Corte Amable cuando la estilista sullustana recordó que Quip Fargil se había cambiado el nombre por el de Vec Minim, aunque no les contó por qué. El viaje a Vaced les había llevado dos días y había dejado casi sin fondos lo que quedaba de la indemnización que Jadak cobró de Salud y Vida. En el puerto espacial, Jadak había ido con cuidado; buscaba señales de los secuaces de Lestra

Oxic, pero parecía que no los habían seguido. Al no ver a ninguno de ellos, alquilaron la swoop bajo la identidad falsa de Jadak e iniciaron la búsqueda de Vec Minim.

Vaced era un mundo incómodo; uno en el que no te establecerías a no ser que tuvieras una buena razón para ello. Cubierto de bosques, con praderas naturales esparcidas por aquí y por allá. La fauna y la flora autóctonas reinaban en el lugar. Los colonos iban desde humanos hasta gotalianos; de los cuales la mayoría se dedicaba a la agricultura de subsistencia o a la gestión de tiendas. Los visitantes venían a cazar y disponían de diversos hoteles de lujo a los que se accedía, únicamente, mediante deslizador. Jadak sospechaba que Quip Fargil no era el único residente que había cambiado de nombre y de vida al establecerse allí.

Estudió cuidadosamente la pista polvorienta y regresó a la swoop.

—Si esta pista no nos lleva a buen puerto, no nos quedará más remedio que encontrar trabajo. O bien viajar de polizones la próxima vez.

Poste hizo una mueca.

—El trabajo no te va a matar.

—A mí a lo mejor no, pero a mi moral sí.

Jadak se echó a reír mientras movía la cabeza de un lado a otro.

—¿Crees que ha sido un error venir hasta aquí?

—Teniendo en cuenta lo que costó, sí. Míralo de esta manera: aunque el YT no hubiera acabado en Bilbringi, ¿cuántas veces crees que podría haber cambiado de manos desde que Zenn Bien la robó? ¿Cinco? ¿Diez? Y tú mismo lo has dicho: estamos sin blanca.

—Entonces, ¿cuál es tu plan?

—Volver a Nar Shaddaa, unir nuestros talentos para sacar unos buenos créditos y alquilar un droide hacker que nos ayude a encontrar dónde acabó el YT.

Seguramente eso mismo estaría haciendo Lestra Oxic, pensó Jadak. Pero a menos que el abogado supiera tanto como él sobre la nave, Oxic seguiría necesitándolo para localizar el tesoro. Quizá fuese así como terminara todo. Pero de momento Jadak no estaba dispuesto a ponérselo tan fácil.

—Déjame ver tu bláster —le dijo a Poste.

Poste se lo mostró y Jadak lo colocó en el compartimento que tenía en la mochila.

—No quiero que pongas nervioso a Quip.

Escondieron la swoop entre los arbustos y se dispusieron a cubrir a pie la distancia que los separaba de la cabaña. En cuanto pasaron por la primera curva se encontraron un letrero escrito en básico.

—Se dará caza a los intrusos —leyó Poste— y se procesará a los heridos. —Miró a Jadak y dijo—: ¿Y dices que no le ponga nervioso yo?

Jadak siguió caminando; en un hoyo a unos doscientos cincuenta metros había una estructura de madera frente a la cual había un deslizador aparcado.

—Seguramente ya nos esté vigilando.

Poste miró en todas direcciones.

—Yo no veo ninguna cámara.

—Macroprismáticos; o quizá tenga muy buena vista. Levanta las manos sobre la…

Dos disparos les pasaron rozando la cabeza y una voz exclamó:

—Ni se os ocurra moveros. El siguiente tramo está lleno de minas, así que a no ser que sepáis el camino, seréis el aperitivo de los whicci.

—Unas aves carroñeras propias del lugar —explicó Jadak, levantando las manos sobre la cabeza.

—Y yo que quería que los roedores locales se comieran mis huesos.

—Zenn Bien nos ha dicho dónde encontrarle —gritó Jadak.

—¿Todavía vende armas en Yaga Minor?

—La Zenn Bien que nosotros conocemos es una estilista en Nuevo Balosar.

Tardaron en recibir una respuesta.

—He desactivado las minas; acercaos muy despacio y mantened las manos donde pueda verlas.

Jadak asintió y empezaron a descender hacia el fondo del hoyo. Un humano frágil blandía un rifle bláster casi tan viejo como la swoop que se encontraba frente a la puerta principal.

—¿Prefiere que le llamemos Quip o Vec? —preguntó Jadak.

—Pues dependerá de a qué hayáis venido.

—Quisiéramos hablar de un carguero YT-1300 en particular.

El anciano añadió algún que otro pliegue a las arrugas que surcaban su cara.

—¿Sois vosotros lo que pusisteis el anuncio en la HoloRed?

—Sí, nosotros —dijo Poste antes de que Jadak pudiera articular palabra.

—¿Trabajáis para el periódico o algo?

—Exacto —prosiguió Poste—, para el *Coruscant Journal*.

El anciano bajó el arma.

—Y entonces, ¿por qué pusisteis el anuncio a nombre de Quip Fargil?

—No queríamos desvelar su nueva identidad, Vec. O a lo mejor incluso había vuelto a usar su nombre real. Zenn Bien no tenía las cosas muy claras.

Fargil resopló.

—Ni siquiera ella sabe la historia completa.

Les hizo señas de que entraran y Jadak miró a Poste desconcertado mientras se sentaban en unas sillas desvencijadas.

—¿Cómo habéis encontrado mi cabaña? —preguntó Fargil con el rifle colocado sobre sus esqueléticas rodillas.

—La dirección nos la dio un rodiano que había en el puerto espacial —contestó Jadak.

—Habrá sido Nido —asintió Fargil—; ese inútil no sabe mantener la boca cerrada. —Estudió a Jadak de arriba abajo durante unos segundos y dijo—: No tenía pensado contestar al mensaje, pero ya que habéis llegado hasta aquí… —Paró de hablar, se rió y prosiguió—: Es hora de que le cuente la verdad a alguien. La mayoría de aquellos que

querían saberla llevan ya mucho tiempo muertos. Sin embargo, hay algo curioso en todo esto: ¿habéis venido vosotros con los dueños actuales?

Poste tragó saliva.

—¿Los actuales dueños de la nave?

Fargil se volvió hacia él y dijo:

—¿Ni siquiera sabíais que estaban aquí?

—No teníamos ni idea —dijo Poste, mirando a Jadak.

Fargil se dio una palmadita en su propia rodilla dejándose llevar por la sorpresa.

—Esto sí que es una coincidencia increíble, como en los viejos tiempos.

—Entonces, ¿están aquí? —dijo Jadak con mucho cuidado.

—Un par de amigos míos contactaron conmigo a través del comunicador del puerto; no ese tal Nido. Y ni siquiera saben que yo tengo algo que ver con la nave. El simple hecho de saber que están aquí ha hecho que me arrepienta una vez más de haberla regalado, aunque fuera por aquella noble causa que defendía la doctora Thorp. Supongo que sabréis a quién me refiero.

—Bueno, de momento estamos reconstruyendo la historia poco a poco.

—La doctora Parlay Thorp era una mujer hermosa y muy inteligente.

—La siguiente visita se la haremos a ella —dijo Jadak.

Fargil se levantó tan rápido como le permitieron las piernas.

—¿Os apetece tomar algo? Me gustaría ofreceros una cerveza casera que quisiera que probarais.

—A nosotros nos encanta probar cosas —dijo Poste—. Tráigala.

—También tengo estofado de eskrat.

—Los roedores autóctonos —le explicó Jadak a Poste en voz baja. Después, se dirigió a Fargil—: Mi amigo tomará una ración doble.

Fargil metió el estofado en el horno para calentarlo y sirvió tres vasos de un líquido amarillo espeso que tenía en un recipiente metálico.

—La fermento con saliva —dijo mientras les pasaba los vasos.

Jadak la probó y la encontró bebible.

—¿Decía entonces que los dueños actuales están en Vaced?

—Extraño, ¿verdad? Vosotros y ellos, aquí al mismo tiempo. —Fargil no salía de su asombro—. Con lo que me arrepiento de haberla entregado, me alegro al menos de que haya cumplido grandes misiones; si bien es cierto que de la mayoría de ellas seguramente no hubiera salido airosa de no ser por las exquisitas habilidades del capitán Han Solo.

El brebaje salió disparado de la boca de Poste, que empezó a toser sin parar. Jadak se incorporó y le dio unos toquecitos en la espalda.

—Parece que el chaval no está listo para una cerveza como ésta, Quip.

—Les pasa a los mejores, a veces. Sobre todo con la variedad que fermenta con saliva —asintió Fargil, mordisqueándose los labios.

Poste se limpió las lágrimas que le corrían por las mejillas y miró boquiabierto a Fargil.

—¿Han Solo está aquí? ¿En Vaced? ¿Ahora?

—Bueno, hijo, ¿quién más podría pilotar una nave como el *Halcón Milenario*? —Fargil apuró su vaso de cerveza, se recostó cómodamente sobre su silla y con una sonrisa de oreja a oreja añadió—: Yo mismo le puse el nombre; aunque eso sólo es una pequeña parte de la historia.

Todavía sin entender la reacción de Poste, Jadak terminó su bebida de un solo trago y extendió el brazo con el vaso hacia Fargil.

—Creo que primero tengo que rellenar el vaso.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

—¿Me estás diciendo que nunca has oído hablar del *Halcón Milenario*? —preguntó Poste.

—Llevo diciéndotelo cuatro horas —contestó Jadak mientras se atusaba la barba—; a lo mejor leí algo al respecto cuando empecé a buscar información en Aurora, pero obviamente no lo recuerdo.

Aún medio afectados por la degustación cervecera en casa de Fargil, estaban sobre el tejado de una construcción prefabricada desde el que podían vigilar el puerto espacial. En una de las plazas descubiertas del muelle había un carguero YT-1300 modificado que tenía la rampa de acceso de estribor abierta. Unos minutos antes, Han Solo, su esposa y una niña que seguramente fuese una pupila en vez de su hija habían embarcado acompañados de un droide de protocolo dorado.

—Empecemos por la Guerra Civil Galáctica —dijo Poste.

Jadak alzó las manos.

—Deja las clases de historia para otro momento…

—No, no —le interrumpió Poste con un movimiento enérgico de cabeza—; tienes que oír algunas partes de esta historia antes de que nos metas en un buen lío.

Jadak abrió la boca, y luego la cerró otra vez.

—Vale, pero resume.

—Han Solo —comenzó Poste, arrastrando las palabras—, Han Solo es… bueno, lo que llamaríamos un héroe con todas las letras. No sólo luchó en todas las guerras que tuvieron lugar desde la Rebelión, sino que desempeñó un papel fundamental para ganarlas todas. ¿Me has oído bien? Ganarlas.

Jadak exhaló profundamente.

—Vale, estoy impresionado, ¿qué más?

—Su mujer; es decir, la Princesa Leia Organa de Alderaan, anteriormente Senadora y Jefa de Estado Organa, y actualmente Leia Organa la Jedi, es otra heroína del mismo nivel. Son como una unión estelar. Lo que quiero que entiendas es que no debemos contrariarlos. Bajo ningún concepto queremos que se enfaden con nosotros.

Poste empezaba a alterarse y su voz se volvía más aguda, pero Jadak le hizo señas de que se calmara.

—Agradezco tus consejos y tus advertencias…

—No, creo que no lo entiendes. No del todo.

Jadak apretó los dientes conteniéndose.

—¿Puedo dar mi opinión? ¿Sí o no?

Poste se tapó los oídos con los dedos índice y Jadak le obligó a sentarse sobre el muro de contención y escuchar.

—Esa nave, independientemente de cómo la llamen Rej Taunt, Quip Fargil y Han Solo, es el *Emisario Estelar,* e independientemente de dónde haya estado o qué haya hecho en los últimos sesenta y dos años, es la clave para encontrar un tesoro de dimensiones inimaginables. Ahora, si estás dispuesto a renunciar a él sólo porque los dueños actuales de la nave son dos héroes galácticos, adelante, seguiré yo solo. Pero después de todos los pársecs que hemos recorrido y con todo lo que hay en juego, creo que deberías reconsiderar seriamente tu postura.

Poste lo miró fijamente.

—¿Te he dicho ya que Solo es muy bueno con el bláster? ¿Y que tiene una suerte inusitada? ¿Te he dicho también que su esposa tiene una espada láser? ¡¿Y que sabe usarla?! —Se volvió para mirar hacia el *Halcón* y prosiguió—. Fíjate bien en la nave; a lo mejor te equivocas y no es tu carguero. A lo mejor la de Parlay Thorp se averió y ésta es una distinta. Un YT sustituto.

Jadak se dio la vuelta. Aunque no tenía pensado admitirlo ante Poste, tenía sus dudas. El *Halcón* no era un simple carguero YT-1300 modificado; era un híbrido. Es más, se parecía más a una nave de guerra que a un carguero. Tenía un casco acorazado, puertos propulsores de grandes dimensiones, un par de láseres cuádruples militares y una antena rectificadora de gran potencia. Las mandíbulas frontales no se parecían en nada a las del *Emisario Estelar,* y habían modificado los anillos de acoplamiento. Hasta la cabina tenía un aspecto diferente.

Sin embargo, a pesar de todas esas diferencias, algo dentro de él le decía que el *Halcón* y el *Emisario* eran la misma nave y cuanto más lo miraba, más convencido estaba.

—Vale, esto es lo que vamos a hacer —dijo—. Yo responderé al anuncio que pusieron los Solo en la HoloRed y quedaré con ellos en algún sitio. Mientras tanto, tú robarás la nave y la llevarás a Vaced Menor. Yo me reuniré contigo allí, ya veré cómo, y después finalizaremos la búsqueda del tesoro.

Poste lo miró como si no hubiera oído o entendido ni una sola palabra.

—Creo que has dejado varios cabos sueltos.

—¿Como cuáles?

—¡Como el momento en el que burlo los sistemas antiintrusos del *Halcón* que los Solo seguro que tienen activados! O la parte en la que piloto una nave estelar hasta otro planeta; o qué ocurrirá si me pillan robando una nave y me condenan a diez años en Carcel o alguna otra prisión peor.

Jadak le hizo señas para que callara un momento.

—Vaced Menor sólo está a un mundo de aquí, y pilotar un YT-1300 es pan comido. No es mucho más difícil que conducir aquel aerodeslizador chillón que tenías tú.

—¡Yo nunca he salido al espacio exterior con mi aerodeslizador!

Jadak apretó tanto los labios que apenas se le veían.

—¿Te vas a calmar ya o tengo que sedarte?

Poste escondió la cabeza entre sus manos y murmuró algo hacia el tejado.

—Por favor, dime que es sólo un mal sueño provocado por el brebaje de Fargil.

Jadak le levantó la cabeza a Poste.

—Cuando recorrimos la ciudad, pasamos por delante de una tienda de droides, ¿te acuerdas?

—Sí.

—Bien, pues vas a usar los créditos que nos quedan para alquilar un droide hacker. Sé que tienen uno porque lo vi por el escaparate. Con el droide superarás todas las medidas de seguridad que hayan instalado los Solo en el *Halcón* y, cuando el droide se haya comunicado con el cerebro de la nave, activará los sistemas automáticos para que pilotes la nave hasta Lesser Vaced.

—¿El droide puede hacer todo eso? —preguntó Poste boquiabierto.

—Tú sólo tendrás que seguir sus instrucciones —asintió Jadak.

—Sólo tengo que hacer lo que me diga el droide.

—¿Ves como va a ser muy fácil? —sonrió Jadak.

—Yo tomaré un té —pidió Leia a la camarera twi'lek del Eatery's—. Amelia, ¿seguro que sólo quieres un helado? Hoy no has comido nada.

—Sólo el helado.

—¿El nerf es fresco o está congelado? —preguntó Han.

—Es de granja, de un rancho que está un poco más al sur de aquí.

—Pues tráigame una ración doble con la salsa especial.

Leia frunció el ceño cuando la camarera se alejó de la mesa.

—Creí que estabas dejando el nerf.

—Y es cierto, por eso sólo he pedido una ración doble.

—Si está bueno, ¿puedo probarlo? —preguntó Allana.

Han le guiñó un ojo a Leia a escondidas.

—Claro que puedes, cielo. De hecho, si quieres, nos lo comemos a medias.

«Al menos funciona para que coma algo», pensó Leia. Desde que habían recibido la respuesta de Quip Fargil, Allana, emocionada por el éxito que había tenido su idea, apenas había parado siquiera a respirar. Había sido Fargil quien había sugerido que se encontraran en el Eatery's, que estaba lejos del puerto espacial pero que era famoso por sus comidas caseras. A pesar de que C-3PO se había apresurado a ofrecerse para acompañarlos, Han le había pedido que se quedara a bordo del *Halcón*.

Fargil, un hombre apuesto y fornido que no aparentaba ni de lejos los sesenta y dos años, se sentó frente a Leia en la mesa redonda y se colocó la servilleta a modo de babero. Aunque hablaba de un modo considerablemente arcaico, como las personas de Vaced a las que habían conocido hasta el momento, había algo sofisticado en él, y sus manos parecían las de un ejecutivo. Llevaba un traje comprado en una de las tiendas de

Main Street; estaba impecable, seguramente recién comprado. Leia se percató de que Han se había sentado más correctamente cuando Fargil se acercó a la mesa, y de que seguía examinando al recién llegado cada vez que tenía ocasión.

—¿Sabe? Hemos preguntado por todos lados —le dijo Han—, pero parece que nadie ha oído hablar nunca de usted.

—Eso es porque ustedes han preguntado por Quip Fargil y hace más de cuarenta años estándar que no uso ese nombre. Ése era mi nombre durante los tiempos de la Rebelión.

—Parlay Thorp dijo que creía que usted había sido miembro de la Alianza —comentó Leia.

—Y estaba en lo cierto, sólo que muy lejos de donde sirvió usted, Princesa Leia. Es más, puede que un par de años antes.

—¿Quién era su comandante?

—Nuestro grupo tenía la base en Tuerto. Recibíamos órdenes de mucha gente: Mon Mothma, incluso alguna vez de Garm Bel Iblis. Pero nunca llegué a conocer personalmente a ninguno de ellos.

—Mon Mothma —dijo sorprendida Leia—. Entonces debe de haber tratado indirectamente con mi padre.

Fargil dudó unos instantes.

—El senador Bail Organa… No, pero oí hablar de él, claro.

Leia sonrió con una mueca que más parecía desconfianza. Durante unas milésimas de segundo creyó que Fargil iba a decir «Anakin Skywalker». Pero era imposible, Fargil tenía que ser un adolescente cuando Anakin se convirtió en Darth Vader. En cualquier caso ¿cómo se habrían cruzado sus caminos? De todos modos, Fargil sabía más de lo que estaba contando y Han también se había dado cuenta.

—Tengo que admitir, Quip, que no aparenta más de cuarenta años. ¿Cuál es su secreto? ¿Algún componente del aire o el agua de Vaced?

Fargil se rió para disimular lo que podría ser vergüenza.

—Simple genética; a mi padre no le salieron canas hasta cumplidos los ochenta años.

—Vaya, ¡qué suerte!

—¿El qué? ¿Parecer más joven? —preguntó Fargil con un ligero tono de nerviosismo en su voz—. Me da un poco igual, la verdad.

—¿Es cierto que le dio el *Halcón* a Parlay Thorp? —preguntó rápidamente Leia.

—Se lo regalé, sí —asintió Fargil.

—¿Ya se llamaba *Halcón Milenario* cuando usted pilotaba la nave? —preguntó Fian.

—*Hecho Añicos*—dijo Fargil—. Ese era su nombre original.

Leia vio cómo Fian se ponía totalmente pálido en cuanto entendió lo que significaba aquella última afirmación.

—¿Está diciendo que…?

—Yo le cambié el nombre: rápida como un halcón y resistente como para durar mil años.

Han se recostó sobre el respaldo de la silla como si acabaran de pegarle un puñetazo en la cara y Allana dijo:

—¡Vaya! Y mil veces ¡vaya! Espera a que se lo diga a Trespeó.

—Nuestro droide de protocolo —explicó Leia.

Han se pasó la mano por la boca intentando calmarse. Lo cierto es que era de esperar, pero Leia entendía qué le estaba pasando por la cabeza. Una cosa era pilotar la nave y otra muy distinta bautizarla.

—¿Y quién se la dio a usted? —preguntó finalmente Han.

Fargil tomó aire antes de contestar.

—La verdad es que la robé de un depósito imperial que había en el sistema Nilash con la ayuda de una sullustana.

—¿Por qué estaba en el depósito?

—Los imperiales se la habían confiscado a un jefe del crimen de Nar Shaddaa.

La mandíbula de Han se había abierto en una inequívoca señal de desconcierto.

—Esto es demasiado. ¿Y cómo llegó la nave al jefe del crimen?

—Lo siento, Solo —dijo Fargil—, pero es todo lo que sé sobre su pasado. Quizá alguien de la Luna de los Contrabandistas sepa algo.

—Pasé muchos años allí —dijo Han.

—¿En serio? Yo también.

—Conozco aquella zona como la palma de mi mano: Nal Hutta, Ylesia, Sriluur, Kessel… Diga un mundo, que seguro que habré estado en él.

—Lo digo en serio, con el *Halcón* estuve en muchísimos sitios distintos.

—¿Cruzó alguna vez Las Fauces?

—¿Aquel cúmulo de agujeros negros? Pues claro. Y Oovo IV, también.

—Yo piloté swoops allí —dijo Han visiblemente emocionado.

—¿Swoops? Yo las he pilotado casi por todas partes.

—¿Y sobrevoló el campo de asteroides de Hoth?

—No, ése no, pero sí otros muchos.

—¿Y ha oído hablar de El capricho de Lando?

—Han —cortó Leia—, estoy segura de que vosotros dos podríais pasaros días enteros comparando carreras y demás historias, pero Amelia y yo estamos mucho más interesadas en saber por qué Quip terminó donando el *Halcón* a la doctora Thorp.

—¿Estabas enamorado de ella? —preguntó Allana mientras Han intentaba tranquilizarse.

—¿De quién? ¿De la doctora Thorp? —preguntó Fargil.

—Claro, y la nave fue como un regalo —asintió Allana.

Fargil humedeció los labios antes de continuar.

—No, lo que sucedió fue que me enamoré de la nave y por eso tuve que deshacerme de ella.

—El sistema de alarma está activado —le dijo el droide hacker a Poste con una voz áspera que se debía más a la mala calidad del sintetizador vocal que a un programa especial—; si nos acercamos demasiado, se activará el sistema, que está ligado a un bláster antipersonal Zumbador Terrestre escondido en un lateral de proa. Podemos desactiva la alarma, pero cabe la posibilidad de que el droide de protocolo se ponga en contacto con su amo en el mismo instante en el que el sistema quede inactivo.

Flitcher Poste echaba pestes por lo bajo.

—¿A qué distancia podemos ponernos de la nave antes de que salte la alarma?

—El campo se extiende a todo el perímetro del muelle. Podemos acercarnos uno coma treinta metros si es preciso.

Con un aspecto parecido a una mezcla de ave primitiva y reptil depredador, el droide se elevó por el aire con la ayuda de un pequeño propulsor que pendía de su torso. La matriz informática se encontraba en unos sensores saltones y ovalados sobre el módulo con forma de hocico que bien podían parecer ojos, si bien los escáneres visuales del droide y las grabadoras se encontraban bajo el hocico, que tenía forma de cuña.

—¿Cuáles son nuestras opciones? —preguntó Poste.

—Tenemos que interferir en las comunicaciones que entren y salgan del muelle.

—Pues adelante.

—No estoy programado para interferir en las comunicaciones. Necesitamos un inhibidor de frecuencias. Un Locris D-80 sería suficiente.

—¿Y dónde puedo conseguir uno?

—El amo Druul tiene uno en la tienda. Le esperaré aquí hasta que vuelva.

—¿Volver? ¿Es que no nos lo pueden enviar aquí?

—Claro, pero en ese caso me veo obligado a comunicarle que deberá informar al maestro Druul de los pormenores de esta operación. Por lo general, no suele hacer preguntas a sus clientes, pero en este caso su curiosidad se verá estimulada.

Poste maldijo algo otra vez.

—¿Cuánto me va a costar alquilar el dispositivo?

—Si no conlleva ningún gasto especial, el alquiler cuesta cuatrocientos créditos la hora.

Poste resopló.

—Eso nos dejará secos.

—¿Eso significa que abortamos la misión?

—No, no vamos a abortar ninguna misión. Busca un lugar donde esconderte, yo volveré en cuanto pueda.

A pie hacia la ciudad, para ahorrarse los créditos que le habría costado alquilar un aerotaxi, Poste corrió hasta la puerta de la tienda de droides donde encontró al gran maestro Druul tras el mostrador.

—¿Qué tal con el droide?

—Bien —contestó Poste—, pero necesito un inhibidor de frecuencias.

—¿Algún modelo en particular?

—Un Locris D-80.

—Pues ha tenido suerte porque sólo tengo uno en la tienda —dijo Druul mientras salía de detrás del mostrador y sus tres ojos escaneaban la tienda—. Aquí está. —Lo cogió de una estantería y lo llevó hasta el mostrador. Continuó diciendo—: Serán quinientos créditos la hora.

—Pensé que eran cuatrocientos —soltó Poste.

—¿Quién ha dicho eso? —contestó el Gran Druul mientras lo examinaba con la mirada.

—Su droide hacker.

—Maldito droide —dijo Druul—. De acuerdo, se lo dejo en cuatrocientos. Una hora al contado y una fianza de cuatrocientos. ¿Cuándo lo tendré de vuelta?

—Uh… —dijo Poste mientras contaba los créditos restantes—, dentro de un buen rato.

—Cierro a las seis en punto. Si para entonces no está de vuelta, le cobraré también lo de mañana.

—Lo que usted diga —dijo Poste. Con el dispositivo en brazos se abalanzó hacia la puerta.

El droide hacker detectó su llegada al muelle del *Halcón* y salió de su escondite, tras un montón de contenedores. Sin aliento, Poste puso el dispositivo en el suelo.

—¿Y ahora qué?

—Sólo ha de seguir mis instrucciones —dijo el droide.

Poste soltó otra sarta de maldiciones.

Media hora más tarde, el dispositivo se estaba quedando sin batería y Poste sin paciencia, pero el droide hacker empezó a emitir una serie de sonidos y pitidos.

—Ya podemos entrar en el muelle. Deshabilitaré la alarma de proximidad cuando nos estemos acercando a la nave. En cuanto se entere de que hemos inhabilitado las comunicaciones, el droide de protocolo intentará subir por la rampa de acceso y cerrarla manualmente, así que tendrá usted que darse prisa.

—Vaya, parece que al fin sirvo para algo —dijo Poste.

Uno al lado del otro rodearon la entrada del muelle. Poste cogió aire y se dirigió directamente hacia la rampa de embarque, hacia la parte trasera de la cabina. Aún no había recorrido ni un metro de duracreto cuando el *Halcón* emitió un sonido ensordecedor que cesó tan rápido como se había iniciado. Al final de la rampa, Poste se encontró directamente con la bodega principal del YT y allí con el droide de protocolo dorado de los Solo sobre el intercomunicador intentando ponerse en contacto con el capitán Solo.

—¿Qué? —El droide se enderezó y dio un paso atrás antes de preguntar—: ¿Quién es usted? ¿Y qué hace en la nave?

—La voy a tomar prestada —dijo Poste.

—¿Prestada? Eso ya lo veremos.

El droide de protocolo intentaba salir de la bodega, pero el droide hacker entró en el pasillo circular y le hizo la zancadilla.

—Hemos inhabilitado las comunicaciones y también los mandos manuales de la rampa de acceso —-anunció el droide hacker—. Por si ponderas la posibilidad de encerrarnos en la nave.

—¿Un droide hacker? —dijo C-3PO—. Pero ¿qué estás haciendo en Vaced?

—Eso no es de tu incumbencia.

—No es la primera vez que me encuentro con uno de los tuyos —dijo C-3PO con una mezcla de insulto y desafío.

El droide hacker se volvió hacia Poste.

—Estos droides tienden a ser charlatanes y problemáticos. Creo que sería mejor apagarlo.

—¿Apagarme? —dijo C-3PO, dejándose llevar por un miedo repentino—. No debe hacer eso.

Pero Poste ya estaba en movimiento y con la mano buscó el interruptor que C-3PO tenía en la parte trasera de la cabeza.

—No debe hacer…

—Así estaremos mucho mejor —dijo el droide hacker.

Poste asintió y buscó el conector de la cabina.

—Sígueme, necesito que hables con el cerebro droide de la nave.

—Será un placer, sin duda.

Poste se agachó para cruzar hacia la cabina y se sentó, no sin esfuerzo, en la silla del piloto mientras esperaba a que el droide insertara la sonda en uno de los puertos de enlace scomp.

—Ya me he conectado a los cerebros.

—¿Cerebros?

—Los sistemas de la nave se rigen por tres cerebros droides que actúan en conjunto.

—¿Y podré pilotar esta cosa con su ayuda?

El droide se pensó la respuesta.

—El acuerdo de alquiler que ha firmado con el amo Druul especifica claramente que los droides y demás dispositivos no pueden salir, bajo ninguna circunstancia, de un radio de cincuenta kilómetros del puerto espacial de Vaced.

—¿Estás programado para obedecer esa cláusula?

—No, simplemente le aviso que el amo Druul demandará a quien no la cumpla hasta que recaiga sobre él todo el peso de la ley.

—Ya me preocuparé por eso más tarde. ¿Puedes pilotar o no?

—¿Cuál sería nuestro destino?

—Vaced Menor —dijo Poste justo antes de parecerle ver una especie de guiño en la cara del droide—, ¿sí o no?

—Sí; mi experiencia como piloto interplanetario es muy limitada pero esta nave tiene un sistema de pilotaje automático muy sofisticado.

Poste sonrió. Quizá Jadak tuviera razón al afirmar que sería capaz de sacar adelante su parte de la misión.

—¿Tenemos que deshabilitar algún otro sistema antes de arrancar? ¿Algún dispositivo antirrobo o protocolos anti-intrusos? ¿Algo que debamos apagar o encender?

—Estoy buscando…

Poste hizo girar en círculos la silla sobre la que estaba sentado. «El asiento de Han Solo —pensó—. Kark, la *nave* de Han Solo. El famoso *Halcón*…».

—Hay un problema.

Poste puso los pies en el suelo para frenar la silla de inmediato.

—¿Qué?

—Si lo intento, lograré arrancar los motores y que la nave coja la potencia necesaria para despegar. Sin embargo… -¿Sí?

—En cuanto intentemos utilizar el motor sublumínico o el hiperimpulsor, la nave entrará en modo de error automáticamente. Durante ese periodo de error sólo se puede regresar al punto de partida. Ningún hacker sería capaz de piratear esta característica, pues responde únicamente al escáner de la retina y las huellas dactilares del dueño.

Poste se dio cuenta enseguida de que no se sentía sorprendido ni decepcionado por lo que acababa de oír. De hecho, las conclusiones del droide suponían una especie de alivio para Poste. Ahora sólo quedaba esperar que el encuentro entre Jadak y los Solo llegara a su fin, y después…

Unos ruidos extraños le hicieron girar sobre la silla hacia la escotilla de cabina.

—Dos seres han abordado la nave —dijo el droide hacker—; hablan en idioma básico con un tono de voz muy tenue.

Aún bien Poste no se había levantado completamente de la silla cuando un bláster se asomó por la escotilla y el humano corpulento que lo portaba casi cae dentro de la cabina, donde se incorporó dejando clara su altura entre los dos asientos traseros.

—Ni se te ocurra moverte, chaval.

Un nautolano hizo ahora su entrada por detrás del humano.

—Vaya, pero si es el personaje aquel de Nar Shaddaa —dijo, mostrando sus dientes tras una sonrisa—; el que disparó contra el repulsor de nuestro aerodeslizador.

—Y nos ha traído un regalito —dijo el humano mientras señalaba al droide hacker.

Sin dejar de apuntarles con el bláster, el humano se dirigió a su compañero.

—Cynner, mete al chaval en la bodega principal y átalo a algo. —Le hizo señas con el arma y continuó—: Arriba, y deja ahí ese bláster de juguete que llevas.

Poste se levantó y se dio cuenta de lo bueno que era acatando órdenes. Dejó el bláster sobre el asiento, se escurrió junto al humano y salió al conector de la cabina, donde lo esperaba el nautolano. Estuvo a punto de preguntarles para quién trabajaban pero al final decidió que sería mucho mejor guardar silencio.

El droide de protocolo estaba justo donde él lo había dejado, inmóvil, en la intersección entre el pasillo circular y la bodega principal. El nautolano lo empujó hacia una mesa de holojuegos que ocupaba la parte frontal de la estancia. Mientras el matón de

colas cefálicas buscaba dónde atar a Poste, este último tomó la decisión por su cuenta. La rampa de acceso bajaría pero no habría manera de llegar a ella teniendo en cuenta donde estaban el nautolano y el droide de protocolo. No obstante, según un esquema que Jadak le había hecho sobre el interior del *Halcón Milenario,* el pasillo era circular y sí sería posible acceder a la rampa dando la vuelta por popa. Tendría que confiar en que el nautolano no conociera el interior de la nave y en que saliese corriendo tras él, pero era su única opción.

Esperó a que Cynner mirase hacia otro lado y echó a correr por el pasillo circular.

—Remata, ¡intenta escapar! —gritó Cynner.

Daba igual, lo único que realmente importaba era que lo siguiera. Al oír la llamada, Remata se apresuró hacia el conector de la cabina y casi choca con el droide de protocolo desactivado que estaba allí tirado, a las puertas de la bodega principal. Escuchó durante unos segundos y luego dijo «¡Imbécil!» antes de echar a correr hacia el pasillo de estribor.

Poste se abrió paso hacia popa, pasó el hiperimpulsor del *Halcón* y el acceso a la cápsula de escape. Examinó la cubierta en busca de la escotilla de mantenimiento de la que le había hablado Jadak. Había recorrido ya tres cuartos del pasillo cuando la vio, justo enfrente y sobre la galera de la nave. Escurrió los dedos entre la rejilla, la abrió y se coló por ella. Después colocó de nuevo la rejilla como pudo.

Un segundo más tarde Cynner cubría aquella curva del pasillo y tropezaba directamente contra Remata, que acababa de llegar en dirección opuesta.

—¿Dónde está? —preguntó Remata.

—Pues por aquí no ha pasado.

Buscaron en el acceso a la cápsula de escape. Remata vigiló el pasillo de babor.

—¿Se habrá colado en alguno de los camarotes?

—Lo comprobaré.

En cuanto Cynner se hubo marchado, Remata echó un ojo a la rejilla de la escotilla que estaba mal colocada. La levantó y asomó una oreja para escuchar algo.

—Cynner, ¡está en las cubiertas inferiores! —gritó hacia el pasillo—. Hay otro acceso en la bodega principal. ¡Corre!

Poste tropezó en las zonas de carga del *Halcón* que estaban a oscuras, tirando herramientas, golpeando piezas del motor, aplastando juguetes que hacían ruido cuando los pisaba… Escuchaba murmullos por encima y por debajo. Siguió caminando con las manos extendidas frente a la cara y logró sortear, como pudo, mamparos y obstáculos sin identificar. Supuso que estaba bajo la bodega principal y de repente una luz lo enfocó desde arriba. Vislumbró al nautolano entre las sombras del techo.

—¡Acabo de verlo!

—Yo iré a por él.

Poste oyó pasos tras él y después el sonido de Cynner al aterrizar en la cubierta de la zona de carga. Dejando la precaución a un lado, se abalanzó sobre la estancia donde se almacenaba la carga, que Han Solo había convertido en un bunker con miles de misiles

de conmoción. Advirtió la presencia de un mamparo gracias a las manos y, gracias a ellas también, se abrió paso hacia una especie de madriguera que albergaba el generador de escudos deflectores, el tren de aterrizaje y una antena rectificadora que se encontraba ya en la mandíbula de babor.

Poste se coló hacia el túnel y avanzó arrastrándose sobre piezas grasicntas y charcos de combustible hasta la escotilla de mantenimiento superior. Con un poco de suerte, estaría abierta para poder salir. Por detrás veía un haz de luz bailando de un lado a otro.

—¿Le ves? —preguntó el humano.

—No, pero podría estar en cualquier sitio. A ver si encuentro las luces.

—Da igual, que se pudra aquí abajo.

—A mí me vale. Salgamos de aquí.

Poste encontró la escotilla circular y la levantó. Giró sobre sí mismo cuando se hubo impulsado con los brazos y cayó sobre la otra punta de la mandíbula. Después, se agarró con fuerza y se dejó caer sobre la superficie de permacemento y se agachó tras los discos más adelantados del muelle.

Cynner llegó, por su parte, a la cabina y encontró a su compañero sentado frente al panel de mandos.

—¡Qué divertido! Estoy sentado en la silla de Han Solo.

—Veo que el droide se ha ido.

—No los necesitamos a ninguno de ellos —dijo Remata mientras se volvía para encender los interruptores de palanca y echaba un vistazo a los distintos mandos. Después, añadió—: No es tan distinta de una 2000.

—¿Se puede? —dijo Cynner mientras se sentaba en el asiento del copiloto.

—Ponte el cinturón —contestó Remata mientras asentía con la cabeza y le daba a un interruptor.

Cynner escuchó cómo se retiraba la rampa de acceso.

—Tenemos la nave —dijo por el altavoz del intercomunicador—. Vamos a despegar.

CAPÍTULO VEINTISIETE

—Trabajamos de sol a sol durante dos semanas estándar para recolocar aquel hiperimpulsor —dijo Jadak—: el verpiniano, los jawas y yo. Durante el día hacía tanto calor que freíamos huevos de nogull sobre el casco; y por las noches hacía tanto frío que cuando despertábamos nos encontrábamos con que el agua se había congelado. Para instalar el cañón láser necesitamos dos semanas más. Eso sí, cuando acabamos, el YT llevaba un hiperimpulsor casi de Clase Uno, una torreta lateral y una batería. El verpiniano, la sullustana y yo pilotamos la nave en sus primeros saltos a la velocidad de la luz; y debo decirles que nunca habríamos siquiera imaginado lo rápida que podía llegar a ser. Fue entonces cuando se me ocurrió cambiarle el nombre, tras las primeras pruebas de vuelo.

—Ahora tiene un punto cinco —dijo Han orgulloso— gracias a un técnico fugitivo que conocí en el Sector Corporativo. Y poco después logré el récord en la carrera de Kessel. Todavía no hay nada comparable a esa nave. Ni siquiera los hiperimpulsores de las nuevas naves mandalorianas superan el punto cuatro.

—Los números poco importan; un piloto hábil con un punto cuatro puede superar a un piloto mediocre con un punto cinco.

—Ni hablar —replicó Han.

—Yo ya lo he visto en alguna ocasión —dijo Jadak—. En carreras sublumínicas.

—Ah, sublumínicas, tal vez. Pero eso es algo completamente distinto.

Jadak movió la mandíbula. Cada vez que intentaba limitarse al guión y contar la historia con la cadencia vocal de Quip Fargil, Solo lo interrumpía con una pregunta o un comentario. Su naturaleza competitiva estaba a punto de hacer brotar la del propio Jadak, con lo que se descubriría que no era el verdadero Fargil. Aunque Jadak ya se había apropiado tanto de la historia que ya era casi la suya propia. Además, ahora que la esposa y la hija de Solo habían instado a este último a que dejara de interrumpir, todos le prestaban más atención y las sospechas sobre su persona iban en aumento. Aunque poco le importaba que sospecharan siempre y cuando Poste tuviera tiempo para cumplir con su parte de la operación.

—¿Qué planes tenían para el *Halcón* en aquella época? —preguntó Leia.

—Por aquel entonces, una de nuestras mayores preocupaciones era el número de destructores estelares del Imperio y por eso nuestros superiores elaboraron un plan que consistía en atacar un astillero. Fondor, Ord Trasi e incluso Yaga Minor eran sólo algunos

de los posibles objetivos, pero después de analizar minuciosamente las posibilidades, decidieron que teníamos que ir a por la más grande: Bilbringi. —Agradecido por poder retomar la historia, Jadak bebió un sorbo de café, dejó la taza de nuevo y prosiguió—: ¿Estuvo usted allí en aquellos años imperiales, Princesa Leia?

—Sólo una vez, pero no debía de tener más de nueve años, más o menos.

—Entonces dudo mucho que recuerde lo difícil que era ponerse en órbita allí.

—Por culpa de los campos de asteroides —explicó Fian.

—En aquellos años —asintió Jadak—, muchos de los asteroides estaban minados para su uso en los astilleros; por eso las fuerzas imperiales se habían instalado no sólo en los astilleros, sino también cerca de las operaciones de extracción. Aún teniendo una autorización previa era difícil navegar por el sistema; había muchos controles. Quizá lo más complicado de todo era colar una nave hostil en Bilbringi.

Han sonrió como si acabara de recibir una revelación.

—A no ser que tuviera una nave con un hiperimpulsor muy potente que pudiera realizar microsaltos.

—¿Usted lo ha hecho? —preguntó Jadak verdaderamente sorprendido.

—Tantas veces que ni me acuerdo.

Jadak no quería que Han continuara hablando.

—Bueno, ningún miliciano lo había hecho hasta entonces. Por eso estoy tan familiarizado con Las Fauces y todos esos campos de asteroides de los que hemos hablado.

—La práctica curte —dijo Han.

—Y que lo diga. Supongo que fue entonces cuando surgió mi historia de amor con la nave, al comprobar de lo que era capaz; al ver que me sacaba de todo aquel apuro en el que me metía yo solito. El carguero superó mis expectativas con creces, una y otra vez. Era como si estuviera decidida a actuar por su cuenta.

—No ha cambiado nada —dijo Han.

—¿Y qué se suponía que tenías que hacer con el *Halcón* al llegar allí? —preguntó Allana—, ¿a Bil…?

—Bilbringi —completó Leia—. ¿Cuál era el plan?

—Destruir todos los astilleros, todo lo posible.

—¿Con un único cañón láser? —preguntó Han, frunciendo el ceño.

Jadak se rió irónicamente.

—El cañón era sólo para acciones de defensa. El arma sería el *Halcón* en sí mismo.

—Una bomba —dijo Leia de repente.

Allana la miró, y después miró a Jadak.

—¿Iban a volar el *Halcón*? —preguntó.

—Esa era la idea —asintió él—. Pero hasta las mejores ideas pueden fallar alguna vez.

—¿Qué iban a detonar? —preguntó Han.

—Un dispositivo de fisión de baradio —dijo, mirando a Han.

Leia se incorporó en la silla sobresaltada.

—Pero estaban prohibidos, incluso para el Imperio. Alderaan lideró la causa.

—Cierto, los habían prohibido, pero conseguimos uno sin que lo supiera el senador Organa. Además, lo habían convencido de que el baradio era esencial en nuestros enfrentamientos para contrarrestar al Imperio. —Jadak miraba de Han a Leia y de Leia a Han. Después siguió hablando—: Ustedes dos deben de saber mejor que nadie de lo que estoy hablando.

—¿Eso fue antes de que la Alianza empezara a usar yterbio como agente estabilizador? —preguntó Han.

—Varios años antes, sí. No se trataba de un detonador térmico gigante; la idea era más bien hacer explotar el planeta. Y si hubiera detonado en Bilbringi, los astilleros habrían necesitados décadas de reconstrucción.

Han no creía lo que oía.

—¿Tenía que trasportar eso en el *Halcón*?

—Esa era la idea.

—Sí, la idea de una misión suicida.

—No si todo salía como habían planeado. Si no me mataba de camino a Bilbringi o durante alguno de los múltiples microsaltos que tenía que ejecutar para llegar al astillero, supuestamente, yo tenía que salir de la nave a cinco mil kilómetros del objetivo.

Han ladeó la cabeza.

—No sería suficiente; lo alcanzaría la onda expansiva.

—Ya dije que ése era el plan —dijo Jadak, encogiéndose de hombros—. Nadie se había atrevido a garantizar mi supervivencia. —Se calló unos instantes y después prosiguió—: Incluso para cargar aquel artilugio en el *Halcón* tuvimos problemas para encontrar voluntarios. Sólo se presentaron dos duros; el resto del grupo estaba compuesto de convictos que habían estado sirviendo cadenas perpetuas en prisiones imperiales. Los miembros de la insurgencia los soltaron a cambio de ayuda y los dejaron en libertad cuando hubieron cargado el aparato a bordo.

—Entonces ¿el resto del plan le correspondía sólo a usted? —pregunto Leia.

—Sólo a mí.

Allana se incorporó en la silla y se inclinó sobre la mesa.

—¿Y no podías programar unos droides para que pilotaran ellos el *Halcón*?

—Es que no queríamos que unos droides hicieran el trabajo de una persona —contestó Jadak con una leve sonrisa.

Con suavidad, Leia tiró de Allana para que se sentara de nuevo.

—¿Y qué salió mal?

Han colocó su brazo sobre los hombros de Leia pero sin dejar de mirar a Jadak.

—Creo que ya sé dónde quiere ir a parar.

—Seguro que sí.

—Ya había pasado con la nave, ¿cuánto: dos meses, casi un año estándar con el *Halcón*?

—Diez meses para ser exactos.

—Y como no quería arriesgarse a que el baradio detonara antes de tiempo, eligió una ruta más lenta hacia Bilbringi con la intención de evitar los saltos hiperespaciales.

—Mucho tiempo en espacio real —dijo Jadak—. Más semanas de lo previsto. Perdí treinta kilos sudando por los nervios de que un impacto con un micrometeorito activase el dispositivo.

—Dijo que ya se había encariñado con la nave —dijo Han con una gran sonrisa de complicidad—. ¿Cuánto llegó a acercarse a Bilbringi?

—Me quedé a un salto —dijo Jadak antes de mirar a Leia—. Pero les juro que no fue por cobardía. No me asustaba la idea de morir.

—No estoy juzgando su actuación, Quip —contestó Leia.

—Simplemente, usted no podía soportar la idea de ver el *Halcón* destruido —dijo Han.

Jadak bajó la cabeza como había hecho Quip Fargil cuando le contó la historia.

—La verdad es que —dijo, mirando de nuevo al frente— había mucha gente que contaba conmigo. La destrucción de Bilbringi habría supuesto una gran victoria para la insurgencia; una victoria muy necesitada. Y yo la saboteé, por una nave.

—Podrías haber muerto —dijo Allana—. ¿Y si explotaba contigo dentro?

—La niña tiene razón, Quip —dijo Leia.

—Eso mismo me repetí a mí mismo una y otra vez cuando me deshice de la bomba: que podría haber muerto. Y por un tiempo llegué a creérmelo; incluso llegué a soñar con ir hacia el Borde Exterior y abrir un negocio, solos el *Halcón* y yo. Se suponía que Vaced iba a ser la primera parada, pero resultó ser la última. No podía quedarme la nave, seguro que los agentes rebeldes ya la estaban buscando para procesarme por deserción. De hecho, más adelante sí que hicieron explotar un YT-1300 en Bilbringi con explosivos más convencionales. Los dos pilotos que murieron no llegaron muy lejos antes de que los imperiales destruyeran su nave. Cuando conocí a Parlay Thorp y su equipo de bienhechores y vi que ayudaban a los enfermos, aquellos a los que el Imperio había hecho daño, supe que había encontrado el futuro perfecto para el *Halcón*. Por eso…

—Se la regaló —dijo Han.

Jadak asintió, totalmente metido en su personaje. Tenía la boca abierta dispuesto a seguir hablando pero, de repente, Poste entró corriendo en el restaurante con la cara llena de grasa y la ropa manchada con lo parecía aceite o combustible de algún tipo.

—Eh… Quip —dijo casi sin aliento cuando llegó a la mesa—, supongo que no esperabas verme aquí…

—¿Conseguiste hacer funcionar esas máquinas? —preguntó Jadak apurado mientras los pensamientos cruzaban su cabeza a toda velocidad.

Poste se señaló la ropa.

—Por mis pintas, es fácil adivinar que he tenido un par de problemillas.

Jadak se volvió hacia los Solo.

—Este es Mag, y nos ayuda en el rancho. —Miró de nuevo a Poste y le dijo—: Todavía no he entendido muy bien por qué has venido hasta aquí, Mag.

—Para decirle al capitán Solo que cuando crucé el puerto espacial vi cómo despegaba el *Halcón Milenario*.

Han se levantó de tal brinco que la silla cayó al suelo.

—¿Qué?

—¿Qué? —Leia, Allana y Jadak lo dijeron también al mismo tiempo.

—Estoy segurísimo de que era el *Halcón,* capitán —siguió Poste—. Despegó desde uno de los muelles.

Han ya estaba saliendo del local.

—Quienquiera que la haya cogido no llegará muy lejos.

—De eso estoy seguro —susurró Poste a Jadak mientras Leia y Allana corrían tras Han.

Han había pedido refuerzos y quedó con ellos en el muelle del *Halcón.* Cuando él, Leia y Allana hubieron llegado al puerto espacial ya había tres agentes bajando de un deslizador terrestre con un repulsor defectuoso y el *Halcón Milenario* regresaba por voluntad propia de una mini-excursión a la atmósfera superior de Vaced.

El jefe de policía, un humano de nombre Climm, tenía pinta de haberse pasado todas sus horas de asueto en el buffet libre del Eatery's. Sus agentes, bothanos, estaban más pendientes de fotografiarse con Han y con el *Halcón* que de ver qué ocurría en realidad.

Han paseaba arriba y abajo a la espera de que se activara la rampa de acceso para subir corriendo, pero el jefe de policía Climm ordenó a sus dos agentes bloquear la entrada.

—Su nave es ahora la escena de un crimen, capitán Solo. No podrá subir nadie hasta que se hayan reunido las pruebas pertinentes y se haya aclarado lo ocurrido.

—Si quiere, yo mismo puedo mostrarle la escena de un crimen —dijo Han muy alterado.

Leia pensó que era el momento de intervenir; soltó la mano de Allana y tocó a Han en el hombro.

—Tenemos que respetar las leyes locales, ¿a que sí, cielo?

A Han no le gustaba la idea, pero sabía que era lo más sensato. No era la primera vez que se perdía el *Halcón* mientras Han iba a la caza de algún tesoro. Había pasado ya en Dellalt, donde él y Chewie había acordado buscar el *Reina de Ranroon*, aquella nave legendaria de Xim el Déspota. Pero esta vez era diferente; esta vez era personal.

Una vez apoyado sobre el tren de aterrizaje, el *Halcón* dejó escapar una serie de chirridos hidráulicos y ruidos mecánicos. Se abrió la rampa de acceso de estribor y dos seres grandes, un humano y un nautolano, bajaron por ella con las manos en alto y la mirada, avergonzada, al suelo.

Climm y sus agentes mostraron sus blásters.

—Quedan ambos arrestados —anunció el jefe de policía.

Han dio un paso adelante con tono amenazador:

—Espero por vuestro bien que el *Halcón* esté tal y como lo encontrasteis. Aún así, ¿cómo lograsteis sortear los sistemas de seguridad?

—¡Eso! ¿Y qué le habéis hecho a Trespeó? —preguntó Allana.

—Mis clientes no dirán nada —dijo una voz desde la entrada del muelle.

Al mirar hacia atrás, Han vio a un humano sorprendentemente alto y muy bien vestido que se dirigía hacia ellos. Lo acompañaba una mujer de belleza etérea que portaba un maletín de aspecto caro. Han tardó en reaccionar.

—Letrado Oxic —dijo Leia sorprendida.

—Princesa Leia —asintió Oxic.

Han no dejaba de mirar a unos y a otros. Leia señaló a los ladrones de la nave, que ya habían sido esposados.

—¿De verdad son clientes suyos? ¡No puede ser!

—Me han contratado como su abogado.

Leia no se lo creyó.

—¿Y ha hecho usted todo el camino desde Epica, o resultó que andaba ya por el vecindario?

—Pues me encontraba cerrando unos asuntos en Vaced Menor y me llamaron desde el *Halcón Milenario*.

Leia señaló otra vez a los secuestradores de la nave.

—¿De verdad espera que me crea que estos dos tipos pueden contratar los servicios legales de uno de los abogados más caros de la galaxia?

Oxic se encogió de hombros.

—No debería fijarse sólo en la apariencia. —Señaló a la mujer que lo acompañaba y añadió—: Mi ayudante personal, Koi Quire; la Princesa Leia Organa Solo.

Leia abrió los ojos atónita ante lo que estaba viendo.

—¡Eres firrerrea!

Koi Quire sonrió e hizo una reverencia a la princesa.

—Yo iba a bordo de la nave dormitorio que usted descubrió hace mucho tiempo. Es un honor para mí poder agradecérselo en persona después de tanto tiempo.

—Abogado —dijo Climm—; sus clientes serán acusados de robar una nave estelar.

—Añada a los cargos el allanamiento —soltó Han—. Esta nave es prácticamente nuestra casa.

—¿Han dejado su apartamento de Coruscant? —le preguntó Oxic a Leia.

—No pero…

—En ese caso me temo que no les resultará fácil incluir el allanamiento para una nave. Es más, mis clientes han devuelto la nave exactamente a donde estaba cuando la cogieron.

—Eso no es cierto —gritó Han—; eso lo ha hecho el *Halcón*.

—Dudo que pueda probarlo —meditó Oxic en voz alta—. Quizá admitamos que se han ido a dar una vuelta en una nave robada.

Han no daba crédito.

—¡Han robado la nave!

Oxic lo miró sin inmutarse.

—Tendrá que demostrar que lo intentaron.

Han se volvió hacia los ladrones.

—¿Cómo subisteis a bordo?

—Os aconsejo que no digáis nada que pueda incriminaros aún más —dijo Oxic por encima de la cabeza de Han.

Leia estaba ya lista para ver salir humo de las orejas de Han cuando Oxic se volvió hacia ella.

—Princesa Leia, ¿podemos hablar un segundo en privado?

Leia asintió.

—No tardaré —le dijo a Allana cuando se dispuso a seguir los pasos de Oxic. Después le dijo al abogado—: Espero que me expliques qué está pasando, Lestra —le dijo, mirándole a los ojos cuando ya nadie más los escuchaba.

Él le sonrió de manera más informal.

—Princesa Leia, estoy seguro de que no quiere usted pasar más tiempo en Vaced del estrictamente necesario. Si mis clientes siguen mi consejo y se declaran inocentes, usted, el capitán Solo y su pupila tendrán que permanecer aquí hasta que todo se haya arreglado. Además, deberán regresar para el juicio si el caso requiriese uno. Por si eso fuera poco, tendrían que hospedarse en un hotel, suponiendo que haya alguno en Vaced, el tiempo que tarde ese oficial en completar el proceso de búsqueda de pruebas delictivas.

—Me alegra ver que no has perdido tu toque especial, Lestra —dijo Leia entre risas.

—Sólo es mi deber —dijo Oxic—. Obviamente ustedes deciden si presentan o no cargos; de todas formas tengo la impresión de que los jueces de Vaced aceptarán la libertad condicional de mis clientes hasta el juicio, si es que se mantienen los cargos. Por respeto a usted, ya que nos conocemos desde hace mucho tiempo, intentaré convencer a mis clientes de que se declaren culpables de conducir una nave ajena y uso indebido de la propiedad privada. De ese modo, usted y el capitán Solo podrán recibir el coste total del carburante y la compensación por los agravantes causados.

Leia miró detenidamente al abogado.

—Lestra, ahora en serio, ¿qué haces aquí?

—Cubrir las necesidades legales de mis clientes.

—¿A mí tampoco me vas a contar la verdad?

—Es un tema legal, Princesa. La confidencialidad abogado-cliente es inquebrantable.

Leia forzó un suspiro.

—De acuerdo, Lestra, se lo diré a Han.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Han bruscamente cuando ella se le hubo acercado—. Además, ¿quién es? ¿De qué le conoces?

—Ya te lo contaré más tarde. Ahora tenemos que tomar una decisión importante.

Allana se acercó a ellos para escuchar el resumen de Leia, tras el cual Han gritó sus propias conclusiones.

—¡Esto es montón de poodoo, abogado!

—¡Han! —le recriminó Leia mientras colocaba las manos sobre las orejas de Allana, aunque las dos, en realidad, se estaban riendo.

—Lo siento, capitán Solo —dijo Oxic—; no se lo tome como algo personal.

Han se volvió hacia el jefe de policía.

—¿Podemos seguir adelante con lo del robo o no?

Climm se quitó el sombrero y se rascó la cabeza.

—A lo mejor no a largo plazo. Pero es cierto que puede que el juez lo admita a trámite con la intención de que ustedes se queden más tiempo, porque es un gran admirador suyo.

—Genial —dijo Han rotundamente. Amenazó con la mirada a los dos ladrones, miró a Oxic y le dijo—: Esta batalla la ha ganado usted, abogado. Pero espero por su bien que nunca nos encontremos en situación inversa.

—Lo tendré en cuenta, capitán.

Han echó pestes en voz alta.

—Pilotar una nave robada —dijo y sacudió la cabeza—. Cuanto antes nos larguemos de este pedrusco, mejor.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

—El nombre de la firrerrea es Koi Quire —le explicó Jadak a Poste mientras observaban lo que ocurría desde un muelle contiguo al del *Halcón*—. Vino a verme a la clínica Aurora alegando ser la agente de una compañía de seguros llamada Salud y Vida. El tipo alto que está con ella es Lestra Oxic. Su holoimagen estaba por todo el despacho del médico jefe de Aurora. Y también era el abogado que defendía a los colicoides el otro día en Holess.

—¿Y son los que te persiguen desde el día de Nar Shaddaa?

—Sí, me perseguían a mí y ahora también al *Halcón* porque Oxic sabe que lo necesitamos para encontrar el tesoro.

Poste frunció el ceño.

—¿Desde cuándo sabes todo esto?

—Sólo desde Holess.

—¿Y por qué no me lo dijiste? ¿Para no preocuparme?

Jadak le dio una palmada en la espalda.

—Es que sólo quiero lo mejor para ti. Y ahora tenemos que subir a bordo del *Halcón*.

—¡Estás loco! El droide de protocolo me reconocerá —le dijo a Jadak boquiabierto.

—Nadie hace caso a los droides —dijo Jadak con la mirada puesta en la entrada al muelle del *Halcón*—. Si los Solo se quedan en Vaced, intentaremos llevárnoslo de nuevo. Si deciden irse ahora… tú sígueme el juego.

—Claro, hasta ahora nos ha ido muy bien.

No llevaban mucho tiempo en el puerto espacial de Vaced y, a excepción de los Solo, todos parecían marcharse. Los agentes subieron a los dos supuestos ladrones al anticuado deslizador terrestre y partieron rumbo a la ciudad. El jefe de policía se llevó a Oxic y a Koi Quire en el deslizador alquilado en el que habían llegado.

—Vamos —le dijo Jadak a su compañero en el momento en que los dos deslizadores se hubieron marchado.

Han estaba inspeccionando el tren de aterrizaje del *Halcón* cuando ellos entraron en el muelle. Al oírlos, salió de debajo de la mandíbula de estribor blandiendo el bláster.

—Sólo queríamos asegurarnos de que todo está bien, capitán —dijo Jadak.

Han enfundó el arma.

—Claro, si dejamos a un lado que un par de ladrones de naves se van de rositas…

—Injusticia provinciana —dijo Poste.

—A mí me lo vas a decir; pero que funcionen los cargos de robo… —se quejó Han, dejando que se perdieran sus palabras—. Maldita sea.

—¿Podemos ayudarle en algo? —preguntó Jadak.

—No puedo creerme que esos dos tipos intentaran llevarse mi nave —dijo, negando lo ocurrido con la cabeza.

—El *Halcón* es tan famoso como usted. Seguro que todo el mundo se enteró de que estaba aquí.

Han los miró con recelo.

—Pero si nadie iba a poder venderla.

—Pero sí pintarla, quitarle los cañones, instalar un teles-pondedor identificativo…

—Pero entonces no sería el *Halcón* —dijo Han, sonriendo mientras recorría con la mirada la nave—. Es más, lograron sabotear los sistemas anti-intrusos de seguridad.

Jadak lo miró unos instantes.

—Supongo que ahora se dirigirán a Nar Shaddaa para seguir buscando a antiguos dueños.

—Puede —contestó Han distraído—; no estoy seguro. Esta peculiar excursión ya nos ha traído varios sobresaltos —dijo, mirando a Jadak—. ¿Por qué lo pregunta? ¿Qué estaba pensando, Fargil?

—Quisiera pedirles un favor muy grande; me preguntaba si nos podrían llevar hasta Toprawa.

Han esperó más detalles.

—Necesitamos varias piezas para algunas máquinas del rancho —prosiguió Jadak—, y si emitimos un pedido desde aquí, tardaremos semanas en recibir el envío. No podemos permitirnos el lujo de cerrar tanto tiempo.

—Le entiendo perfectamente —dijo Han mientras se frotaba la barbilla—. Toprawa, ¿eh? Bueno, ¿por qué no? No nos queda tan a desmano. Sería una forma de agradecerle a usted toda la información que nos ha facilitado y a ti —dijo, mirando ahora a Poste— por avisarnos de que se llevaban el *Halcón*.

—Un placer, capitán.

—Y gracias por pagar en el Eatery’s. ¿Necesitan subir algo a bordo para el viaje?

Jadak señaló sus mochilas.

—Con eso será suficiente.

—De acuerdo, entonces —dijo Han mientras les indicaba que subieran por la rampa de acceso—. Bienvenidos a bordo.

Han los siguió por la rampa hasta el pasillo, donde Leia y Allana permanecían de pie junto al droide de protocolo desactivado.

—Llevaremos a Quip y a Mag hasta Toprawa —anunció Han.

Leia intentó disimular su sorpresa mirando al droide.

—No quisimos encenderlo hasta que llegaras tú —dijo Allana.

Han movió la cabeza del droide como intentando despertarlo.

—¿Os habéis fijado? Es la última vez que lo dejamos solo en la nave.

Han buscó el interruptor situado en la parte trasera de la cabeza del droide y lo activó.

—¿Qué? ¿Quiénes son? ¿Qué hacen en la nave? —dijo C-3PO—. ¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

—-Que te han desactivado, eso es lo que ocurre —le contestó Han—. ¿Por qué no me avisaste por el intercomunicador cuando saltó el sistema de alarmas?

—Lo intenté, de verdad, capitán Solo, pero alguien… ¡tú!

Demasiado tarde, Poste había intentado esconderse detrás de Jadak.

—Tranquilo, Trespeó, son nuestros pasajeros. Estás nervioso.

—Pero capitán…

—Ni una palabra más, Trespeó —dijo Han con el dedo índice en tono amenazante—. Y lo digo en serio.

C-3PO se incorporó.

—Trespeó, ven y ayúdanos a preparar el *Halcón* para la hora de la comida —dijo Allana.

—Por supuesto, señorita —dijo, arrastrando los pies tras Leia y Allana—. Total, a mí nadie me escucha.

Jadak empujó a Poste con los nudillos en la espalda en dirección a la bodega principal. Allí, se le escapó una exclamación de sorpresa auténtica.

—Si no lo supiera a ciencia cierta, no creería que son la misma nave. —Echó un vistazo a la escalera que llevaba a las torretas y al pasar la mano por el panel de mandos de la estación de ingeniería dijo—: Ha hecho un gran trabajo desde que yo la tuve, Solo. Incluso tiene una mesa de holojuegos.

Han miró a su alrededor.

—La mayoría de los cambios que le hice yo no se ven, hay que experimentarlos. El tablero de dejarik es, en realidad, el segundo que tiene el *Halcón*. El primero se lo puso un equipo de circo.

—¿Un circo? —se rió abiertamente Jadak.

—Parlay Thorp le vendió la nave al circo Molpol, y con el dinero que consiguió por ella abrió un centro médico. Debería ir a visitarla; ahora trabaja en el centro médico Aurora.

—¿Aurora? —Jadak tragó saliva.

—El dueño del circo se la vendió a un corredor de apuestas —continuó Han— y éste acabó perdiéndola contra… bueno, contra otro jugador: Lando Calrissian.

—¿El general Calrissian? —se interesó Poste.

—Hace mucho tiempo que Lando no ostenta este título honorífico —sonrió Han—, pero sí, el general Calrissian. —Han se volvió y señaló el banco que rodeaba la mesa redonda de los holojuegos. Después dijo—: Tomen asiento y pónganse cómodos. Voy a encender la nave.

Poste esperó a que Han desapareciera y se volvió hacia Jadak.

—No veo al droide hacker por ninguna parte —dijo en voz baja.

—A lo mejor se fue cuando los hombres de Oxic empezaron a perseguirte a ti.

—Puede… —Poste no dejaba de mirar a todos lados, incluso debajo del sillón de aceleración.

—Escucha —dijo Jadak—, cuando hayamos despegado, tienes que conseguir que Han Solo salga de la cabina para poder quedarme yo allí a solas.

—¿Y cómo se supone que voy a hacer eso?

—Empieza a hablarle de las modificaciones que le ha hecho a la nave, el hiperimpulsor punto cinco, los turbolásers, lo que se te ocurra. Por lo que he comprobado, no dejará pasar la oportunidad de alardear durante un rato.

—Odio que la gente se siente en mi sitio —dijo Han cuando Leia entró en la cabina y se aseguró al asiento del copiloto—; excepto tú, claro.

—Por supuesto.

Han intentaba regular el asiento otra vez.

—¿Sabes cuando has ajustado a la perfección tu asiento y después viene alguien que se pone a jugar con él?

—¡Qué dura es la vida! —dijo Leia.

Él le frunció el ceño y señaló el panel de control con un movimiento de barbilla.

—¿Podemos despegar?

—Sin problemas.

Han habilitó los repulsores y elevó la nave hacia el exterior del muelle. El puerto espacial quedaba cada vez más lejos.

—¿Y Allana?

—Enseñándoles a los pasajeros sus juguetes favoritos. —Leia lo miró por encima del hombro y preguntó—: ¿Confías en ellos?

—Veo que tú no —contestó él, mirando a su esposa.

Leia miró por el ventanal unos instantes; el cielo azul de Vaced se estaba oscureciendo y la nave ascendía hasta ver cómo iban apareciendo las estrellas.

--Sobre Mag no tengo mucho que decir, a no ser que está como un pez fuera del agua. Pero en cuanto a Quip, hay algo que no me cuadra.

—¿Crees que su historia era falsa?

—No es eso; de hecho, lo que nos ha contado me suena como cierto, incluso cuando mencionó a Bail. Pero me dio la sensación de que sí le conocía.

—Bueno, ambos estuvieron allí cuando se creó la Alianza. A lo mejor sus caminos se cruzaron o tuvieron trato en algún momento. Fue más o menos lo que dijo.

—Sí, me dio más o menos esa sensación, pero yo creo que había algo más. Cuando nos contó la parte de que se había enamorado del *Halcón*, sí daba la sensación en que había sentimiento tras sus palabras; no obstante, cuando llegó a la parte de Bilbringi y su cambio de opinión, era como si omitiese detalles cruciales.

—¿No ocurrió como nos contó él?

—No estoy segura. Simplemente no sentí remordimientos por su parte; noté que sí se sentía mal por lo ocurrido pero como si se hubiera distanciado mucho de los hechos o como si estuviera contando la historia de otra persona.

—Yo veo normal que se distancie de los hechos; han pasado más de cincuenta años. Si yo le contara a alguien la historia de lo que hice en Ylesia por aquel entonces, seguramente sonase como si no me arrepintiese de nada; y sí lo hago.

Leia suspiró.

—Supongo que estás en lo cierto; quizá esté sospechando demasiado después de lo que nos pasó en Taris.

—Ya, y ahora dos extraños intentan robarnos el *Halcón*.

—Lo que me inquieta es que su abogado resulte ser Lestra Oxic —dijo Leia.

—No sé de qué me suena ese nombre.

Leia giró su asiento hacia Han.

—Le conozco prácticamente de toda la vida. Representó a muchos de los llamados partidarios del régimen durante los años que precedieron a las Guerras Clon.

Han puso cara de extrañeza.

—¿Estás de broma? No aparenta ni la mitad de los años. Primero Quip Fargil y ahora Lestra Oxic, pero ¿qué estoy haciendo mal yo?

Leia se rió.

—Lestra es uno de los patrocinadores del centro Aurora, y no simplemente como proveedor de dinero. Visitaba Alderaan con frecuencia cuando yo vivía allí. El y Bail mantenían muchas charlas privadas. Bail respetaba a Lestra porque seguía siendo amigo y representante de los enemigos de Palpatine, a pesar de que haciendo tal cosa ponía en riesgo su carrera y su propia vida. Por eso no entiendo que también represente a estos dos ladrones de Vaced…

—¿Lo hará como una buena obra social?

—Una opción como otra cualquiera. ¿Sabías que era el abogado de los colicoides de ese caso reciente?

—El que perdió. Pues a lo mejor por eso ahora acepta cualquier oferta.

Leia se burló de aquella idea.

—Es mucho más rico de lo que incluso tú podrías soñar. Dicen que tiene una de las colecciones más extensas de arte de la República que hay en Coruscant.

Han se lo pensó un momento.

—No creerás que él mismo contrató a los ladrones para añadir el *Halcón* a su colección.

—Teniendo en cuenta su pasado, no me extrañaría.

Antes de que Han pudiera contestar, alguien dijo:

—Permiso para entrar a la cabina, capitán.

Han vio a Mag de pie en la escotilla y le hizo señas para que entrara.

—Tome asiento.

Por el ventanal se veía la pequeña luna de Vaced, en cuarto creciente, envuelta en sombras.

—Su nave es aún más sorprendente de lo que había imaginado —dijo Poste—. Quip me había hablado mucho de ella, pero supongo que no esperaba encontrarme una nave de cien años en tan buen estado.

—Ciento tres —le corrigió Han—. ¿Quip presume mucho de haber bautizado la nave?

—¿Quip? Nunca. Sólo un puñado de tipos en Vaced lo conocen por ese nombre en vez del actual Vec, y ni siquiera ellos saben que llegó a ser dueño del *Halcón.* Además, le da tanta pena haberse deshecho de ella que prefiere no contarle a nadie su historia. Cree que algún antiguo miembro de la Alianza Rebelde puede estar todavía buscándolo a punta de pistola. Por eso me sorprendió tanto que aceptara reunirse con ustedes.

—Una historia como la de Quip no puede esconderse para siempre. En algún momento tiene que salir a la luz.

—Quip dice que el *Halcón* lleva un hiperimpulsor punto cinco.

—Cierto, con un generador Isu-Sim de la serie cuatro-cero-uno.

—Increíble —dijo Poste—. ¿Qué fuente de energía lleva?

—Quadex.

—¿Y el sublumínico?

—Un par de Giordyne SRB-cuatro-dos modificado, por supuesto.

—¿Escudos deflectores?

—Generador Torplex, con el apoyo de un stasis Novaldex.

Poste dejó escapar un silbido de asombro.

—Si tuviera tiempo, capitán, me gustaría que me enseñase la nave antes de llegar a Toprawa.

—Podemos darnos una vuelta ahora —dijo Han—. En cuanto hagamos el salto a la velocidad de la luz, habilitaré el piloto automático. —Giró sobre la silla desde el ordenador de navegación y miró a su esposa Leia para decirle—: A no ser que quieras coger tú el timón.

Leia negó con la cabeza.

—Le prometí a Amelia que la ayudaría a preparar algo para comer.

—No se molesten por nuestra culpa —se excusó Poste.

—No es ninguna molestia —dijo Leia mientras se soltaba el arnés del asiento—; simplemente no queremos que C-3PO se encargue de todo.

Han estudió las coordenadas que el Rubicon le había indicado.

—Listo; empezaremos por los motores sublumínicos.

Al otro lado del ventanal, centelleaban las estrellas.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Jadak inició una partida de dejarik contra el ordenador del holojuego y aparentó estar absorto controlando el bestiario de holocriaturas cuando primero Leia y después Han y Poste dejaron la cabina para dirigirse a popa. Jadak esperó a que desaparecieran tras la curva del pasillo circular y después detuvo el juego, se levantó de la mesa y echó a correr por el conector hacia la cabina. Se plantó sobre la silla del piloto y giró de lado a lado hasta colocarse frente al ordenador de navegación.

De todos los cambios que había sufrido el YT-1300 durante las últimas décadas, la cabina era la parte que menos modificaciones presentaba desde aquellos días en los que la nave se había llamado *Emisario Estelar.* Han Solo, o alguien antes que él, había añadido un par de sillas más y el tablero de mandos estaba plagado de diferentes palancas e interruptores desconcertantes que reflejaban los cambios de los sistemas de propulsión y de orientación y los sensores. También estaban los controles de los láseres cuádruples y el repetidor Zumbador Terrestre. Por lo demás, la cabina tenía una apariencia muy similar a como la recordaba Jadak y con el mero hecho de sentarse en la silla del piloto se sentía como si hubiera retrocedido en el tiempo. Era como si esperase encontrar a Reeze sentado en la silla de al lado, quejándose de tal o cual cosa.

Jadak estudió el ordenador de navegación, que todavía presentaba la placa original de aleación con el nombre Rubicon en relieve. Se habían formado puntos de óxido alrededor de los pernos que lo aseguraban al mamparo, pero el teclado era relativamente nuevo. Se fijó de nuevo en las letras y leyó en voz alta: «Rubicon». De repente, buscó algo en el bolsillo y sacó un trozo de plastipapel en el que había varios garabatos. Garabatos que él mismo había dibujado para intentar descifrar la frase mnemotécnica que el senador Des'sein le había hecho memo rizar.

Miró de nuevo el ordenador y estudió la frase escrita a mano. Con el dedo índice seguía las letras escritas en el plastipapel.

—R… u… b… i… c… o…

Se le aceleró el corazón y miró fijamente el papel.

—Restaurar… —dijo en voz baja. Movía el dedo sobre las letras y repetía—: R… e… s… —De repente se paró.

¿Reiniciar? Reiniciar… Rubicon… Miraba del ordenador al papel y del papel al ordenador una y otra vez.

—Reiniciar Rubicon para…

En el teclado había algunas tedas marcadas con números y letras. ¿Habían diseñado la frase mnemotécnica para recordar a quien la supiera que tenía que reiniciar el Rubicon con los números representados por las nueve letras de las dos últimas palabras? De ser así, ¿los números representaban las coordenadas espacio-temporales o era que la secuencia numérica en sí era el código?

En cualquier caso, suponía que el *Halcón* no respondería, y menos cambiaría de trayectoria; no mientras se encontraran en el hiperespacio. Pero a lo mejor sí conseguía el nombre o las coordenadas estelares del mundo que guardaba el tesoro. De ser así, Jadak ya no necesitaría el *Halcón* para nada más. Se bajaría con Poste en Toprawa cuando los Solo los dejasen allí y, de una manera u otra, llegarían por su cuenta a Nar Shaddaa, o cualquier otro sitio en el que pudieran decidir cómo ganar los créditos necesarios para financiarse una expedición en busca del tesoro.

Se centró en el teclado del ordenador de navegación y le dio al botón de reiniciar. Con los dedos índice tecleó el código de nueve dígitos. Como respuesta, el ordenador emitió un leve quejido pero no apareció ningún mapa en pantalla; tampoco mostró ninguna coordenada. En lugar de eso, Jadak oyó un grito de reproche procedente de algún otro lugar de la nave.

Cualquiera que hubiera visto retorcerse a Han por el pasillo circular del *Halcón* creería que estaba interpretando una versión cutre de un baile sacorriano muy típico en Corellia durante los años previos a la batalla de Yavin. Pero lo que ocurría en realidad era que Han estaba intentando sacar del bolsillo de sus pantalones el transpondedor arcaico que Allana había descubierto semanas antes y que ahora le estaba dando varias descargas eléctricas en el muslo.

El aparato vibraba sobre la palma de su mano cuando al fin logró sacarlo y estaba a punto de aplastarlo a pisotones cuando, de repente, se detuvo. En aquel momento, Jadak había llegado corriendo desde la cabina y se encontraba de pie justo en el centro de la bodega principal; Han y Poste aparecieron por un lado y Leia, Allana y el droide de protocolo por el otro. Ninguno de ellos parecía estar muy contento.

—Este maldito chisme se ha encendido en mis pantalones —gritó Han.

—A lo mejor nuestro amigo Mag, o cualquiera que sea su nombre real, nos lo puede explicar.

Jadak oyó de repente un sonido que creía olvidado: el silbido de una espada láser al activarse. Y de repente, él y Poste se encontraban arrinconados contra el sofá de aceleración de la mesa de holojuegos.

—Al suelo —ordenó Leia—, los dos.

Poste se sentó y Jadak imitó a su compañero.

—La última vez que vi una de ésas, colgaba del cinturón del maestro Jedi J'oopi Shé —le dijo Jadak a Leia.

—¿Qué? —exclamó con una mirada inquisitiva.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Han, mirando a Jadak y a su esposa alternativamente.

—Díselo, Trespeó.

C-3PO levantó un brazo y señaló a Poste.

—Capitán Solo, él fue el responsable de que se inhabilitaran las comunicaciones, y también quien me apagó. Aunque he de decir que fue con la ayuda de un desagradable droide hacker.

Han miró primero a Poste y luego a Jadak.

—¿Vosotros trabajáis para los dos que intentaron robarnos la nave?

Jadak negó con la cabeza.

—Digamos más bien que somos el equipo contrario.

Han desenfundó su bláster y avanzó hacia la mesa; tras él, Leia desactivó la espada láser y se sentó con Allana en la estación de ingeniería.

—¿Cuál es tu nombre real? —le preguntó Han a Poste.

—Flitcher Poste —dijo él en voz baja—, y siento mucho lo de…

—¿Y el tuyo? —preguntó a Jadak sin dejar acabar a su compañero.

—Tobb Jadak. —Señalando a Poste con la cabeza dijo—: El está en esto porque yo le obligué, nada más.

—Entonces serás tú el que nos tenga que dar muchas explicaciones.

Jadak exhaló el aire por la nariz y se apoyó contra el respaldo del sofá.

—¿Se acuerda cuando le dije en el restaurante que no tenía ni idea de quién había tenido el *Halcón* antes del criminal de Nar Shaddaa? Pues le mentí: yo piloté esta nave antes que él —dijo, señalándose a sí mismo en el pecho.

Han frunció el ceño todo lo que pudo.

—Pero ¿cuándo tue eso?

—Pues… hace unos setenta y dos años. Por aquel entonces se llamaba *Emisario Estelar*.

—¿Y cómo pilotabas, en pañales? —se rió Han—. Es imposible que seas mucho mayor que yo.

—Desde luego que lo soy, capitán. Al menos unos veinticinco años estándar.

Han lo miró fijamente.

—Pero entonces, sumarían cerca de cien.

—¿A qué maestro Jedi ha mencionado? —preguntó de repente Leia.

—Un kadas'sa nikto de la vieja orden. El maestro Shé estaba presente cuando recibí las últimas órdenes respecto al *Emisario*… al *Halcón*.

—¿Te estás enterando de algo? —preguntó Han, mirando a su esposa.

Leia no le contestó.

—¿Cuándo y dónde sucedió eso que dice? —le preguntó a Jadak.

—En el anexo del Senado, el último mes de la guerra. El año en que usted nació, si no me equivoco.

Leia puso los brazos en jarras.

—No se equivoca, pero tampoco era secreto de Estado.

—¿Hay algo de cierto en todo esto, Jadak? —preguntó Han.

—Todo es cierto.

—O sea, que eres un piloto centenario enamorado del *Halcón*, ¿no?

—No voy a negar que adoro esta nave, capitán Solo, pero la verdad es que no la quiero. Sólo me interesan los secretos que guarda.

Allana echó a correr hacia él desde la estación de ingeniería antes de que Leia pudiera impedírselo.

—¿Qué secretos? —preguntó con los ojos muy abiertos por la repentina ilusión.

Jadak miró a la niña y luego a Han.

—El transpondedor que tiene tu padre… creo que lo instaló en el *Halcón* el maestro Shé justo antes de que yo partiese con la nave en la que, se suponía, iba a ser su última misión.

—¿El Jedi lo embarcó en esta misión? —preguntó Leia.

—Yo trabajaba para una organización llamada Grupo República —contestó Jadak.

—¿El grupo encubierto que era partidario del régimen?

—Ese mismo, Princesa Leia. Trabajé para ellos durante diez años llevando a cabo todo tipo de misiones con esta misma nave. Aquel día en el Senado me ordenaron entregarla a una ranger antariana en Toprawa, una mujer llamada Folee. Supuestamente, ella se encargaría del *Halcón* a partir de aquel momento. Lo que ocurre es que nunca llegué a Toprawa. Los pilotos clon nos siguieron a la salida de Coruscant y el láser de un crucero de la República golpeó nuestra nave. Mi compañero y yo saltamos en el último momento a Nar Shaddaa, pero no pudimos maniobrar a tiempo. —Jadak se tomó un respiro antes de continuar—: Chocamos contra un crucero de carga y mi compañero falleció.

—Siento lo ocurrido, Jadak —dijo Han—. De todas formas aún no entiendo dónde has pasado estos últimos sesenta años, más o menos.

—En coma —dijo Jadak sin alterar el tono de voz—. En un centro médico cercano a Nar Shaddaa las dos primeras décadas y en las instalaciones de Aurora el resto del tiempo.

—Nosotros estuvimos allí hace poco —dijo Allana.

—Hablando con la doctora Parlay Thorp, supongo —asintió Jadak—. De todas formas, no creo que ella tenga nada que ver en todo esto.

—¿Qué ver en qué? —preguntó Leia.

—El juego de escondite que me traigo con Lestra Oxic. El fue quien se encargó de que me trasladaran de Nar Shaddaa a Aurora y él es quien ha enviado a sus secuaces tras de mí desde que me desperté. Los dos que intentaron llevarse su nave en Vaced trabajan para él, al igual que el doctor que supervisó mi rehabilitación, el doctor Sompa.

—También hablamos con él —dijo Leia—. De hecho, incluso Parlay habló de usted.

Jadak reflexionó sobre estas últimas palabras.

—Eso explica por qué Oxic supo que el *Halcón* era, en realidad, el *Emisario Estelar*. —Miró de nuevo a Han y continuó—: Oxic se enteró de que yo estaba buscando la nave.

Cuando me relacionó con el *Halcón,* decidió robarlo porque de ese modo yo no tendría más remedio que acudir a él si quería parte del premio.

—¡Lo sabía! —exclamó Allana—. Hay un tesoro.

La mirada de Han pasó de Allana a Jadak.

—¿Es cierto?

—El *Halcón* tiene la clave para localizar un tesoro que a mí me describieron como «suficiente para restaurar el honor de la República en la galaxia».

Leia arrugó la cara.

—¿Honor?

—¿Créditos? —preguntó Han—. ¿Aurodium? ¿Qué tipo de tesoro?

—No lo sé —contestó Jadak.

—¿Y cómo sabe el *Halcón* dónde está escondido el tesoro?

—El Grupo República lo programó para ello. Vieron cómo iban las cosas con Palpatine y se prepararon para el momento en el que pudieran quitarle el poder. Lo que no pudieron prever era cómo acabarían las Guerras Clon, ni que asesinarían a los Jedi, ni que el Emperador sería prácticamente intocable.

Han enfundó de nuevo el bláster y empezó a calmarse.

—Entonces, el tesoro podría consistir en un montón de armas.

—Puede —contestó Jadak, mirando a Han—; o una combinación de armas y metales preciosos.

—El Grupo República dijo honor —intervino Leia—, no fuerza.

Han se detuvo un momento y se volvió hacia la mesa de holojuegos.

—¿Cómo se enteró Oxic de lo del tesoro? ¿También era miembro del grupo?

—Tengo una ligera idea —contestó Leia—. Por lo que yo sé, él no pertenecía al grupo, pero era amigo íntimo de muchos de ellos. Supongo que alguno se lo contaría.

Han consideró la idea.

—¿Y por qué no le dijo directamente dónde estaba el tesoro?

—Seguramente la localización exacta fuera un secreto —dijo Leia—. Quien sea que le contó la historia a Oxic sólo sabía que el *Halcón* era la clave para encontrarlo y que Tobb Jadak fue la última persona que la pilotó.

—¿Vamos a buscar el tesoro? —preguntó Allana.

Han evitó la pregunta.

—Lo primero es comprobar que no han instalado ningún localizador en la nave, no vaya a ser que Oxic tenga pensado seguirnos. No podremos escanear el casco hasta que volvamos al espacio real, pero revisaremos todo el interior. —Han se dirigió a C-3PO—: Ya sabes lo que hay que hacer.

—Empezaré ahora mismo, capitán Solo.

Han se volvió hacia Poste.

—Trespeó dijo que ibas con un droide hacker.

Poste tragó saliva y asintió.

—Cierto, estaba conmigo en la cabina cuando los secuaces de Oxic saltaron sobre mí. Puede que desembarcara mientras me perseguían por toda la nave.

—¿Puede? ¿Quieres decir que a lo mejor sigue a bordo?

—Sólo digo que yo no lo vi bajar —aclaró Poste.

—¡Trespeó! —gritó Han—. ¡Cambio de prioridades! —De repente, se acordó de cómo había empezado todo el lío, abrió el puño izquierdo, vio el transpondedor y preguntó—: ¿Por qué se activó esto de repente?

—Porque introduje el código en el ordenador de navegación —explicó Jadak.

Han lo examinó con la mirada.

—Es decir, el transpondedor recibió la señal e intentó transmitir algo.

—Tenemos que devolverlo a su sitio —dijo Allana ya de camino al mamparo de la estación de ingeniería.

Leia miró a Han esperando una respuesta.

—Esto es una locura —contestó él.

—No —replicó Allana—; es una búsqueda del tesoro.

—En el casco no hay nada —anunció Han desde la silla del piloto.

Leia y Allana estaban junto a él; Jadak y Poste en los asientos traseros. A través del ventanal se vislumbraban de nuevo las estrellas y el Halcón iba a la deriva sin rumbo fijo. Han se volvió hacia el intercomunicador de la nave y dijo:

—Trespeó, ¿por qué te está llevando tanto tiempo?

En la voz del droide, procedente de los altavoces de cabina, se percibió un tono de angustia.

—Lo estoy haciendo todo lo rápido que puedo, capitán Solo. En las zonas de carga no hay ningún localizador. Revisaré el resto del *Halcón* desde popa.

—Perfecto, pero que sea rápido.

Han apagó el audio antes de que C-3PO pudiera responder.

—Hay que estar siempre encima de él —dijo Han por encima del hombro.

—Los chicos de Oxic no son tontos, sólo son incompetentes —dijo Jadak—. Seguro que contaron con que usted inspeccionaría la nave en busca de localizadores.

—Ya, pero ¿para qué arriesgarse?

—Capitán Solo —dijo C-3PO unos segundos más tarde—, recibo una señal anómala desde el acceso a la cápsula de escape.

—¿Es posible que se haya activado el localizador de una de las cápsulas? —preguntó Leia.

—Puede —dijo Han mientras se acercaba al micrófono del intercomunicador—. No te muevas de ahí, Trespeó. Vamos de camino.

Los cinco abandonaron la cabina y se dirigieron a la bodega trasera del *Halcón*. C-3PO echaba un ojo al acceso a las cápsulas y sus fotorreceptores brillaban en la oscuridad.

—Creo —empezó a decir cuando Han se agachó en el hueco y alumbró las zonas más oscuras. Se dio la vuelta, estiró el cuello hacia el techo y dirigió el haz de luz hacia un punto por encima de la escotilla.

—De acuerdo —dijo Han—, más vale que salgas de ahí.

—¿Qué van a hacerme? —preguntó una voz mecánica un tanto áspera.

—Dependerá de lo que me cuentes.

—Yo sólo seguía instrucciones.

—Ya, ésa es la excusa de todo el mundo. Ahora sal de ahí antes de que decida usar el disruptor.

En cuanto Han hubo regresado a la bodega, el droide hacker, de hocico largo, se dejó caer desde la vía de acceso a las cápsulas de escape, temblando a un metro de altura sobre la cubierta.

Han puso un conector de datos en la mano de C-3PO.

—Todo tuyo.

—Gracias, capitán Solo.

El droide hacker flotaba hacia atrás, en dirección al mamparo del pasillo central.

—Eh, a ver qué haces con esa cosa, tiene una sonda en uno de los extremos.

C-3PO localizó el puerto de entrada bajo el hocico del hacker e insertó la sonda para estudiar los datos alfanuméricos que aparecían en pantalla.

—Tiene un localizador, capitán.

—Es un localizador antirrobo que mi maestro instala en todos los artículos que alquila —se defendió el hacker.

—¿Desde cuánto está emitiendo señales? —preguntó Han.

—Desde que despegamos, ¡pero no es culpa mía!

Han asintió mirando a C-3PO.

—Adelante.

C-3PO realizó varios ajustes en la sonda y lo desactivó. Los fotorreceptores parpadearon y el droide hacker se dejó caer lentamente sobre la cubierta, donde cayó como un cacharro.

—¿Podemos poner ya el transpondedor en su sitio? —preguntó Allana mientras todos los demás seguían mirando al droide.

Leia había perdido la cuenta del número de veces que Allana había formulado aquella misma pregunta. Le puso una mano sobre el hombro a su nieta y miró a Han.

Este se mordió los labios pensando una respuesta y después forzó una carcajada.

—¿Qué podría pasar?

—¿Puedo hacerlo yo? ¡Por favor!

—Claro que sí —le contestó Han—. Al fin y al cabo tú lo encontraste.

—Seguramente haya que introducir el código en el ordenador de navegación —dijo Jadak.

Han asintió y sacó el transpondedor del bolsillo.

—Leia, tú tomarás el timón mientras Amelia y yo devolvemos este aparatito a su sitio.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Poste.

—Tú te quedarás con Trespeó vigilando al droide.

Los seis tripulantes se dividieron en tres equipos. Unos minutos más tarde, Han estaba en la bodega principal mirando cómo Allana colocaba el transpondedor en el hueco del mamparo. La aleación de la que estaba hecho se mimetizaba con su entorno y daba la sensación de que desaparecía.

—¡Aquí estamos listos! —gritó Han.

En la cabina, Leia miraba cómo Jadak reiniciaba el Rubicon e insertaba un código numérico. En aquel mismo instante aparecieron en pantalla unas coordenadas espacio-temporales. Y el *Halcón Milenario* saltó al hiperespacio.

—Has perdido la señal —dijo Lestra Oxic.

El dueño de la agencia de alquiler, Druul, gesticuló con desdén.

—Han encontrado el localizador principal, el obvio. Pero hay un sistema más discreto que va integrado en el caparazón y que seguirá funcionando aunque desactiven el droide. Es un dispositivo que se vale de la propia nave como antena.

El monitor del despacho de Druul empezó a emitir pitidos.

—¿Qué le había dicho? —preguntó Druul.

Lestra miró a Koi Quire, que le regaló una sutil mueca de aprecio.

—¿Dónde está la nave?

—En el espacio real, aunque en ningún sitio en particular —contestó Druul mientras con dos de sus ojos examinaba el mapa estelar que aparecía en pantalla—. En los alrededores de Hydian, puede que a poco menos de la mitad de camino hacia Toprawa.

—¿Y ahora qué? —preguntó Oxic.

Uno de los ojos de Druul lo miró fijamente.

—Eso depende de usted; al fin y al cabo usted es quien paga.

—Paciencia, Lestra —dijo Quire—. Ahora que hemos llegado hasta aquí… Además, Remata y Cynner siguen detenidos.

—¿Quién se va a encargar de la fianza?

—Un residente se encargará de todo.

Oxic se quedó en silencio y notó que se calmaba poco a poco. Si las cosas hubieran salido según lo planeado, ahora tendría al *Halcón* y a Jadak. Aún así, tenía una posibilidad gracias al droide hacker que había alquilado Poste. Tenía que ser una señal de

que estaba destinado a conseguir el tesoro. Y como había dicho Quire, si había llegado tan lejos…

—La nave ha saltado a la velocidad de la luz otra vez —dijo Druul de repente.

Oxic se acercó corriendo a la pantalla.

—¿Adonde van? ¿Muestra algún posible destino?

Druul pedía información al ordenador.

—Muestra algunas coordenadas; si me dan un momento les diré a qué se refieren. —En la pantalla salían unos datos alfanuméricos y una serie de mapas estelares que parpadeaban en pantalla.

—¡Deme un nombre! —gritó Oxic—. Necesito saber el nombre del mundo al que van.

Druul prestó toda su atención a la pantalla y después se volvió hacia Oxic.

—Tandun III.

—Nunca había oído hablar de él —le dijo Oxic a Quire, que se encogió de hombros—. No importa. Vamos, rápido, a la nave.

Con su tecnología orgánica, con sus tentaculosos coordinadores de guerra y los dovin basals, que generaban gravedad, los extragalácticos yuuzhan vong lograron superar todas las amenazas que se encontraron en la galaxia. Pero si el Halcón *había hecho distinción entre coralitos y cazas TIE, se había guardado esas diferencias para él y había luchado valientemente desde el Borde Exterior al Núcleo, contra todos sus contrincantes.*

Durante un tiempo, tras la terrible muerte de Chewbacca en Sernpidal, al principio de la invasión, Han había deseado en secreto que el Halcón *no funcionara. Sabía que era imposible que una nave echara de menos a su piloto como el piloto echaría de menos a su nave; pero deseaba que, de algún modo, el Halcón notase la pérdida de aquel toque especial del wookiee o que, al menos, sin él no funcionara tan bien. Nadie le había dedicado más tiempo que Chewbacca, y a pesar de todas las veces que se había quejado de la nave, la amaba casi tanto como Han. Por eso cuando comprobó que el* Halcón *no reflejaba la pena y la desesperación de Han, éste pensó en retirar la nave del servicio.*

Han se había cuestionado si sería capaz de volver a poner un pie en el YT sin su amigo, mucho más si sería capaz de volver a pilotarla. Para él, el Halcón *se convirtió en una especie de nave fantasma.*

De repente, un buen día Han decidió vengarse de los yuuzhan vong y la rabia lo llevó a involucrar al Halcón en la revancha. En mitad de aquella campaña solitaria, se dio cuenta de que aunque había perdido a su mejor amigo, Leia estaba allí para cubrir no sólo el asiento de copiloto de Chewbacca, sino también el vacío que había dejado el wookiee en el corazón de Han.

Del mismo modo en que los yuuzhan vong habían dejado huellas de ellos mismos y de su ferocidad exótica en Coruscant y un puñado de mundos más, la guerra en sí había abierto heridas que no acababan de curar, cicatrices que se negaban a desaparecer. Chewbacca era una de ellas; Anakin, el hijo más joven de los Solo, que parecía predestinado a vivir para siempre, otra. Y años más tarde, la muerte de Jacen reavivó de nuevo aquel sentimiento de angustia.

Jacen, en cierto modo, casi había logrado entenderá los yuuzhan vongy había pedido a la Fuerza una solución pacífica al conflicto. Pero acabó… muerto y se fundió con la Fuerza más que desaparecer en ella. ¿O era que, como a veces había llegado a pensar Han, simplemente se había exiliado al igual que los yuuzhan vong cuando se marcharon al mundo de Zonama Sekot para avanzar hacia la redención?

CAPÍTULO TREINTA

—Lo de las carreras de swoop, ¿formaba parte del pasado de Quip Fargil o del tuyo? —preguntó Han.

—Esa parte era mía, se me fue colando entre la historia de Fargil. Participé en todos los grandes circuitos antes de la guerra, las Guerras Clon.

—Igual que yo, pero antes de la guerra civil galáctica.

Jadak miró a su interlocutor.

—Parece que tenemos más cosas en común de lo que esperábamos, capitán Solo.

—O de lo que nos gustaría admitir.

Jadak se rió al ver indicios de sonrisa en los ojos de Han, y éste se unió a las carcajadas. El Halcón Milenario había regresado al hiperespacio y ahora los dos se encontraban sentados, uno junto al otro, en la cabina. El asiento de Han estaba mirando hacia la escotilla y él tenía los pies, enfundados en las botas, sobre uno de los asientos traseros, con las piernas cruzadas.

—¿Puedo hacer una pregunta personal? —preguntó Han.

—Hágala, y ya veré si la contesto.

—Todos esos años que estuviste en coma… supongo que muchos de tus familiares y amigos fueron muriendo.

—Todos.

Han bajó los pies del asiento y se incorporó correctamente en el suyo. Al hablar, bajó la voz, como si estuviera conspirando algo.

—Esta búsqueda nuestra, lo de la historia del *Halcón*, comenzó como un juego. Yo siempre había querido saber quién había pilotado la nave antes de que Lando Calrissian la ganara en Bespin, pero jamás me había imaginado que terminaría investigando con Leia y Amelia. Y ahora resulta que hay mucho más de lo que esperaba detrás del *Halcón*. ¡No está nada mal! Aunque la verdad es que, no sé por qué, pensé que iba a ser una búsqueda insulsa.

Jadak inspiró por la nariz, nervioso.

—Pido disculpas por la parte que nos toca a Poste y a mí.

—Olvídalo. Simplemente tengo curiosidad; ¿te despiertas sesenta y pico años después y lo primero que haces es buscar una nave?

—Ya se lo he dicho, empecé a buscar la nave simplemente por lo que había después, por el adonde me iba a llevar.

—Ya, ese supuesto tesoro.

Jadak se tragó lo que iba a decir.

—Bueno, ¿no le parece suficiente? Usted se casó con una princesa, pero seguro que estaba locamente enamorado.

Han lo miró enfadado y después se relajó.

—Si te soy sincero, sí me atrajo la idea de ser rico, durante un año estándar, más o menos.

—¿Y qué le hizo cambiar de opinión?

—Empecé a preocuparme por la gente con la que me había involucrado.

—La Alianza Rebelde —dijo Jadak, que se volvió hacia Han—. Bueno, pues ya es otra cosa más que tenemos en común. Puede que crea que unas décadas en coma harían olvidar a cualquiera, pero no es cierto. Cuando desperté, me sentía exactamente igual que en el momento en que Reeze y yo chocamos contra el crucero corelliano: que tenía que cumplir una misión; que debía entregar el *Emisario Estelar* como me habían ordenado. —Su cabeza se movió en señal de tristeza y dijo—: Todavía no me he quitado de encima esa sensación.

—¿Ir a Tandun III te ayudará a liberarte?

—Estoy seguro de que sí.

—Y si no encontramos ningún tesoro, ¿qué?

—Al menos habré intentado entregar la nave.

El ordenador de navegación emitió un sonido; Han miró la pantalla y giró el asiento para sentarse frente a él.

—Reversión en breve.

Jadak miró por el ventanal emocionado. Tras unos instantes de rotación, las estrellas confirmaron su punto en el espacio y la silueta de un mundo lejano se fue haciendo cada vez más grande. Han cambió los vectores y giró el Halcón para acercarse a Tandun III con la luz de las estrellas a sus espaldas.

—A ver qué nos cuentan los escáneres de largo alcance —dijo Han.

Jadak vio como la expresión facial del capitán iba cambiando a medida que comprobaba la información. De repente:

—¡Trespeó! ¡Ven inmediatamente!

—Ya voy, capitán Solo —contestó C-3PO.

El sonido de las pisadas del droide invadió el conector y segundos más tarde, el droide entró en la cabina seguido de Leia, Allana y Poste.

—¿Qué era lo que nos habías dicho de Tandun III? —preguntó Han.

C-3PO ladeó la cabeza.

—Dije que los primeros estudios sobre este mundo se llevaron a cabo hace doce mil doscientos cincuenta años bajo la supervisión de un tal doctor Beramsh, cuya expedición partió de Ord Mantell. Describieron Tandun III como un planeta joven en un sistema solar joven, exuberante y válido para los humanos y humanoides que dependen del oxígeno. La gravedad del planeta es similar a la estándar y está salpicado de las ruinas de

centros de población antiguos. El doctor Beramsh sugirió que lo habían construido los rakata. No se sabe muy bien por qué, quizá por la distancia a la que está de la ruta hydiana, nunca colonizaron Tandun III, aunque sí hay indicios de que se han llevado a cabo nuevos estudios cuando Finis Valorum ostentaba el cargo de Canciller de la República.

Han frunció el ceño y presionó la pantalla con el dedo índice.

—Vale, pues mira lo que pone aquí y dime si tú describirías Tandun III como un planeta joven.

C-3PO se coló entre Han y Jadak para estudiar la información que aparecía en pantalla.

—Oh, no —dijo.

—Oh, sí —dijo Han.

—¿Qué ocurre, Han? —preguntó Leia por encima del hombro de C-3PO.

—A ver qué nos cuenta ahora Trespeó con la información nueva.

El droide se volvió hacia Leia.

—Los escáneres revelan extensas áreas de actividad volcánica y tectónica. Aunque sí se puede respirar, la atmósfera tiene altos contenidos de dióxido de carbono, metano y azufre. La temperatura en la superficie ha provocado que grandes masas de tierra del hemisferio norte no sean habitables para la mayoría de las especies extremofílicas. En resumen, el planeta está paralizado por unas fuerzas catastróficas que seguramente acaben por destruirlo.

—¿Hay señales de vida? —preguntó Leia.

—Los bosques intactos del hemisferio sur sí muestran vida —dijo Han—, pero dudo que alguna de las especies que encontremos allí abajo puedan considerarse «inteligentes». Sea lo que fuere que escondieron aquí, tiene que estar enterrado bajo lava o cenizas volcánicas. —Al fijarse en la expresión de Allana, añadió—: De todas formas, para asegurarnos, nos acercaremos un poco más.

Cuando pudo ver Tandun III con la luz de las estrellas, Han giró bruscamente el *Halcón* para alejarlo del hemisferio norte de aquel planeta. Comenzó el descenso en una zona despejada cercana al polo sur y ajustó los escáneres para que la pantalla mostrara imágenes en vídeo de lo que veían. La electricidad estática volvió loca a la pantalla antes de que se estabilizaran las imágenes.

—Oh, no —dijo Han, como si se desinflara.

Mirando por encima de su hombro, Leia se llevó la mano a la boca.

—Oh, Han.

Poste se puso de puntillas para intentar ver qué ocurría en la pantalla y Jadak se inclinó hacia la izquierda con la misma intención.

—Nunca antes había visto una vegetación similar a ésta —dijo.

—Eso es porque estuviste durmiendo mientras crecía —le contestó Han casi sin abrir la boca—. ¿Ves aquel acantilado que parece la proa de una nave? Aquello que ves se llama coral yorik. ¿Y aquellos árboles que parecen manchados de sangre? Son s'teenis.

¿Y todo este bosque? Se llama tampasi. Aquel pájaro, aquel de allí, se llama scherkil hla, o como quieras decirlo.

Jadak levantó una ceja y dijo:

—¿Podrías traducir todo eso a mi idioma?

—Estas palabras no tienen traducción —dijo Leia, que tenía un brazo sobre los hombros de Allana en actitud protectora—, son palabras yuuzhan vong.

Poste dejó escapar un silbido.

—En Nal Hutta hubo un tiempo en el que todo tenía este aspecto.

—Este sitio lo han moldeado a su gusto los yuuzhan vong —dijo Han—. Ya ocurrió también en otros mundos, incluso en Coruscant.

—Recuerdo haber leído algo al respecto —asintió Jadak.

Han miró a Leia.

—¿Crees que habrá algún yammosk allá abajo? No, ¿verdad?

—Un coordinador de guerra de los yuuzhan vong —le explicó Leia a Jadak—, una criatura que controla las transformaciones.

—Y de haber alguno —dijo Han—, estarán luchando contra lo imposible. Este planeta está a punto de deshacerse a pedazos.

Leia oyó un suspiro de decepción procedente de Allana.

—Creo que no vamos a poder encontrar el tesoro, cielo.

—Eso si es cierto que había alguno —dijo Han. Leia le dio un leve golpe con el codo y añadió—: Vamos, me refiero a que seguro que los biots de los vong han acabado con todo.

—Eh, no te pongas triste —le dijo Leia a Allana—. Hemos encontrado el escondite; simplemente no podemos hacernos con el cofre del tesoro.

—En *Castle Creep* siempre lo consiguen —dijo ella.

Jadak echó un vistazo al exterior por el ventanal.

—El Grupo República debió de pedirle ayuda a los rangers antarianos para construir algún tipo de depósito; una especie de almacén.

—Si de verdad hubo algo, hace tiempo que habrá desaparecido.

Con una mano en la palanca, Han estaba a punto de ascender hacia la torturada atmósfera de Tandun III cuando se detuvo de repente.

—¿Qué ocurre? —preguntó rápidamente Jadak.

—La nave detecta una señal —dijo Han mientras con su mano libre le daba a algunos botones—; es muy débil.

—¿Alguna baliza de auxilio?

—Sólo una baliza —contestó Han.

Jadak estudió la pantalla de comunicaciones.

—Procede de una frecuencia encubierta del Grupo República —le dijo a Han—. Sea lo que sea lo que hay ahí abajo, ha reconocido la nave.

—Es imposible que haya alguien vivo ahí —dijo Leia.

—A lo mejor no hay nadie —dijo Jadak—; pero puede ser que la instalación siga estando operativa.

Leia miraba de Han a Jadak y viceversa.

—¿De verdad pretendéis que bajemos a ver qué es?

—Claro que no —dijo Jadak. Después, miró a Han y dijo—: ¿O sí?

Han consideró las opciones.

—No digo que lo pretendamos, pero si lo hiciésemos, sería por Amelia —dijo mientras miraba a su esposa—. Creo que se lo debemos; aunque sólo sea echar un vistazo general. ¿O no?

—¡Sí! —dijo Allana.

Han se concentró en los mandos.

—Abrochaos los cinturones; va a ser una entrada dura.

Han se inclinó hacia la palanca y aceleró. El Halcón inclinó el morro y se sumergió en la atmósfera, entre nubes heladas y terraplenes oscuros, y descendió hacia la baliza.

Fuertes ráfagas de viento empezaron a zarandear la nave y los relámpagos se abrían paso en el cielo en todas direcciones. Han acariciaba los mandos como si estuviera animando al *Halcón* a seguir su curso entre el caos. El YT, como respuesta a los estímulos, viró de repente y planeó antes de descender sobre las copas de los árboles, cuyas ramas en zigzag parecían intentar abrazarla. En la distancia, los volcanes arrojaban fuego y un humo espeso hacia el aire, ya bastante cargado de azufre, y peinaban el suelo alfombrado con ríos de lava burbujeante. El granizo y la lluvia golpeaban el morro del *Halcón* y se evaporaba mucho antes de llegar al suelo incandescente. Desde los agujeros de las colinas líquidas salían volando rocas del tamaño de casas pequeñas. Seguían acercándose a la baliza y la nave se abría paso entre ráfagas de ceniza volcánica ahora y rescoldos calientes después. Al oeste, la luna principal de Tandun III colgaba del cielo como un ojo guiñado.

—Eso es lo que yo llamo un vuelo intrépido, capitán Solo —dijo Jadak a punto de gritar.

Había cedido el asiento de copiloto a Leia y él se había sentado en el de navegante, listo para prestar la ayuda necesaria. Allana, Poste y C-3PO habían vuelto a la bodega principal.

—¡No iba a dejar que pensara que mi reputación eran sólo chismorreos!

—Ahora lo veo todo mucho más claro —dijo Jadak sin perder de vista la pantalla—. Los sensores topográficos no encuentran el lugar encubierto.

—No deberíamos haber borrado aquellos viejos programas —dijo Leia.

—¿No es la primera vez que entran en un mundo vong? —preguntó Jadak al oído de Han.

—No, también entramos en Coruscant —dijo Han, señalando a Leia—. Llegamos con el *Halcón* hasta el mismísimo Senado, de hecho.

—Para la nave debió de ser como volver a casa —dijo Jadak.

Han había abierto la boca para contestar cuando el comu-nicador emitió una señales reconocibles. Jadak comprobó las pantallas y extendió su brazo entre Han y Leia señalando hacia un bosque elevado en la distancia.

—La señal viene de aquella meseta.

Han comprobó la información en silencio.

—Puede que no sea una meseta —dijo al final—. ¿Os acordáis de lo que dijo Trespeó sobre unas antiguas ruinas? Creo que eso forma parte de ellas.

—Como los templos Massassi en Yavin IV —dijo Leia.

—Yavin —dijo Jadak—. Donde destruyeron el arma del Emperador, ¿no?

—La primera arma, sí —dijo Han, sonriendo—. También estabas dormido entonces, ¿eh?

—Veo que me perdí toda la diversión.

—Esta vez no.

Han sobrevoló el montículo e iniciaron un giro amplio, a menos velocidad, para que el *Halcón* se acercara de nuevo. Bajo la sima de espinas, la estructura tenía cuatro caras y una parte piramidal aplastada en lo alto, todo sobre una base circular. Alrededor había cientos de montículos pequeños, todos de igual tamaño y, aparentemente, formaban parte del complejo ruinoso.

Han aceleró de nuevo y activó los repulsores para que el YT planeara directamente sobre la estructura.

—La señal viene de ahí dentro.

Jadak se inclinó sobre el ventanal.

—Puede que ahí debajo haya una pista de aterrizaje; a lo mejor algo similar a un turboascensor.

Han utilizó los motores de posición para maniobrar el Halcón hacia uno de los laterales de la estructura. Después descendió hasta que la nave estuvo a ras de la cumbre plana.

—Capitán Solo, si está pensando en utilizar el láser cuádruple…

Han lo interrumpió con un resoplido burlón.

—No tengo pensado arrasarlo todo —dijo mientras sus manos iban de interruptor en interruptor por toda la consola—. Una de las primeras cosas que hice cuando conseguí el *Halcón* fue instalarle un bláster retráctil en la proa. Nos ha librado de muchos líos innecesarios.

Han puso en pantalla una retícula con el objetivo a alcanzar; activó el arma y con cada uno de los disparos dejaba al descubierto una pequeña franja de aquella vieja plataforma escondida bajo el impenetrable embrollo de árboles espinosos. Un procedimiento tedioso que llevó más tiempo de lo esperado; pero al final, la BlasTech Ax-108 había despejado una plataforma algo más grande que la nave. Han elevó el

Halcón y lo colocó directamente encima de la base expuesta. De repente, miles de escarabajos amarronados salieron disparados, aturdidos.

—¿Y ahora qué? —preguntó—. ¿Cuáles son las palabras mágicas?

Jadak hizo una mueca de concentración.

—A lo mejor hay que posar la nave encima.

—¿Por qué no intentarlo?

Con la mano firme sobre el mando del repulsor, Han empezó a descender la nave metro por metro. En contra del viento cargado de ceniza, el *Halcón* descendió hasta los quince metros de altura y, de repente, Leia gritó:

—¡Para!

Varios flashes atestaron la pantalla con sus luces.

—Una especie de identificador está escaneando la nave —dijo.

—Estará confirmando que se trata del *Emisario Estelar*—sugirió Jadak.

—BufF, en ese caso la llevamos clara. Desde que la tengo yo, hemos cambiado el transpondedor del registro tantas veces que ni me acuerdo.

Leia seguía mirando fijamente la pantalla.

—El identificador no está preguntando nada al transpondedor; está intentando establecer una coincidencia física entre la nave y la plataforma.

—Una especie de plantilla —dijo Han—. Podríamos intentar posarnos, pero el turboelevador no nos dejará avanzar hasta que el identificador dé la orden.

—Entonces, ¿por qué hace eso? —preguntó Leia—. El *Halcón* y el *Emisario Estelar* son la misma nave.

—La llave es la misma —meditó Han—, pero puede que la cerradura haya cambiado.

—Es que no son la misma nave —dijo Jadak unos segundos después—. El *Emisario* se reconstruyó con piezas de un antiguo YT-1300p.

—Y pesa unos doscientos kilos menos —dijo Han—, pero eso debería dar igual. La serie P tenía un perfil casi idéntico. Las diferencias están casi todas dentro: en la cabina y en la zona de carga.

—Casi idéntico.

—No voy a empezar a desmembrar la nave —aseguró Han mientras se giraba en la silla para mirar hacia la escotilla—. ¡Trespeó!

—Ya voy, capitán Solo.

Cuando el droide llegó a la cabina, Han ya había activado dos esquemas, uno al lado del otro; uno del *Halcón* y el otro de una YT-1300p.

—¿Qué hay de raro en estas imágenes? —preguntó Han. Cuando el droide hubo mostrado indicios de confusión, Han continuó—: La plataforma de aterrizaje sólo responderá a una YT-1300 de serie. ¿Cuáles son las diferencias que presenta el *Halcón*?

C-3PO fijó sus fotorreceptores en los esquemas y respondió casi de inmediato.

—Las cápsulas de escape, capitán Solo.

Han, Leia y Jadak examinaron al detalle los esquemas.

—Es imposible —dijo Han.

—Es por la posición de la mismas, capitán. La número uno y la número cuatro del *Halcón Milenario* sobrepasan tres coma dos centímetros por cada lado. La diferencia es bastante obvia, capitán Solo.

—Tiene razón —dijo Jadak.

—No le des la razón —murmuró Han. Sin embargo, el capitán logró esbozar una sonrisa cuando miró a C-3PO de nuevo y le dijo—: Baja y activa la descarga manual de las cápsulas número uno y número cuatro. Habilita sus localizadores por si podemos recuperarlas antes de irnos.

—Sí, capitán.

—Ve con él, Poste.

—Vaya encarguitos me hacen…

—Ese droide es una maravilla —dijo Jadak cuando los dos se hubieron ido.

—No lo digas por ahí, pero no sé qué haría sin él.

Han maniobró el *Halcón* hacia atrás hasta situarse sobre el claro con la esperanza de que las cápsulas no aterrizaran sobre los árboles espinosos.

Cuando se iluminaron dos de los indicadores de la consola, indicando que habían lanzado dos cápsulas, Han movió de nuevo la nave hacia delante y la situó sobre el centro de la plataforma.

Bajo ellos, cobraron vida múltiples lucecillas, configuradas para comprobar el perfil de la nave.

—¡Nos ha reconocido! —gritó Leia.

Pero Han no movió la nave.

—Estas instalaciones llevan aquí más de sesenta años, veinte de los cuales han estado enterradas bajo el follaje de los yuuzhan vong. No sabemos en qué condiciones está el elevador —dijo, mirando a Leia—. Quiero que desembarquéis todos del *Halcón* antes de posarla sobre la plataforma.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Cuando hubieron descendido la rampa, el viento había aumentado considerablemente y en el aire resonaba el estridente ruido de los escarabajos centinelas y el estruendo de las erupciones volcánicas y los truenos en la lejanía. Los rescoldos, la ceniza y unas gotas de lluvia realmente grandes volaban sobre ellos obligándolos a bajar la cabeza y correr hacia el borde de la plataforma. Allí, miles de apestosos escarabajos dweebit corrían descontroladamente hacia la vegetación espinosa y las abejas luciérnaga se arremolinaban sobre sus cabezas.

El *Halcón* luchaba contra las ráfagas de viento que lo zarandeaban, pero los repulsores de inclinación lo mantenían en su sitio mientras proseguía con el descenso hacia la plataforma iluminada. Jadak corrió hacia el borde frontal de la plataforma y se situó donde Han pudiera verlo por el ventanal para señalizarle con los brazos hacia dónde debía mover la nave; tenía que aterrizar exactamente sobre la línea de puntos que describía la forma del *Halcón*.

Leia empezó a preocuparse; confiaba plenamente en la habilidad de Han para aterrizar sin problemas, pero las condiciones empeoraban a toda velocidad. La estructura bajo ella no dejaba de temblar.

—¡Trespeó! —Cuando el droide se volvió hacia ella, Leia le señaló un lugar más seguro al otro lado de la plataforma y le ordenó—: ¡Llévate a Amelia hacia allí!

El viento se tragó la respuesta de 03po, pero él obedeció y se llevó a Allana de la mano. El *Halcón* ya sólo estaba a cinco metros del suelo cuando el tren de aterrizaje se soltó y aquel lado de la nave chocó contra la plataforma. Del interior de la plataforma llegó un sonido de maquinaria antigua que se ponía en funcionamiento: piezas enormes que se deslizaban a un lado, ruedas dentadas que se activaban y un turboelevador que empezaba a bajar hacia la estructura y se llevaba con él la nave inclinada y todos aquellos que la rodeaban. Los repulsores del *Halcón* seguían manteniendo la parte de estribor en el aire, unos metros sobre la superficie de la plataforma pero, de repente, el elevador se inclinó hacia el otro lado.

Leia resbalaba hacia el borde del hueco cuando una mano la agarró por el brazo. Cuando miró hacia arriba vio a Fitcher, tumbado, agarrado con una mano a una de las balizas y con la otra a su muñeca. En aquel mismo instante escucharon gritar a Allana y al girar la cabeza vieron cómo la niña y C-3PO se desplomaban por el hueco que había

dejado el elevador al volcar. Ambos aterrizaron sobre el follaje que había crecido por los muros interiores de la pirámide.

—¡Abuela! —gritó Allana.

Leia se puso de cuclillas para invocar a la Fuerza. Seguía agarrada a Poste y miró hacia el fondo; C-3PO había caído de espaldas sobre la vegetación y había conseguido agarrarse a unas ramas; Allana le había caído encima, con lo que se libró de las espinas. Sin embargo, su posición no era segura. Los indicadores que poblaban el lugar estaban demasiado separados y no se veía entre el follaje. Era posible que el fondo se encontrara a varios metros de profundidad.

—¡Agárrate al cuello de Trespeó! —gritó Leia—. ¡Trespeó, no dejes que se caiga! Aguantad, voy a por vosotros.

No obstante, cuando pronunció esas palabras ya sabía que no podría llegar hasta ellos. La Fuerza no confería poderes sobrehumanos; ésos había que ganarlos con la práctica y la distancia entre ella y Allana era mucho mayor de la que podía cubrir. En aquel instante experimentó la misma falta de confianza en sí misma que había experimentado tres años antes en Coruscant cuando intentó mantener la posición del *Halcón* durante un aterrizaje complicado. De repente, ganó sangre fría.

No habían luchado tanto como para perder ahora a otro miembro de la familia.

Las manos de Han volaban sobre el tablero de mandos con la precisión de un teclista durante un concierto. Los repulsores delanteros izquierdos del *Halcón* funcionaban intermitentemente y habían levantado la mandíbula del elevador para que la nave girase y se colocara paralela a él. No obstante, era imposible posarse sobre el elevador porque, de hacerlo, el *Halcón* podría resbalar y caer también.

Escondidos entre la vegetación que había crecido pegada a la estructura, había numerosos indicadores instalados en las paredes interiores que parpadeaban, añadiendo aún más luz a la ya procedente de las luces y los reflectores del *Halcón.* Aún así, Han no veía nada más allá de veinte metros frente al él. Momentos antes, Leia, Allana, C-3PO y Poste estaban a babor de la nave, pero ahora habían desaparecido de su campo visual. Han se temía que les hubiera pasado algo, como ya le había ocurrido a Jadak. Estaba señalizando los movimientos que debía seguir el *Halcón,* cuando de repente se encontró con los brazos extendidos hacia los lados sobre aquella superficie inclinada y apoyado únicamente en las yemas de los dedos y los pies, torcidos.

A juzgar por cómo se había inclinado el elevador, Han supuso que, por alguna razón, lo habían diseñado a tal efecto, lo que significaba que el eje que movía aquel dispositivo estaba ajustado bajo la plataforma. Durante unos segundos consideró sus opciones; si se equivocaba, el tren de aterrizaje de estribor se vería seriamente dañado; si estaba en lo cierto, podría poner las cosas en su sitio otra vez.

Respiró profundamente y después, manejando con precisión los mandos de los repulsores, dejó que la nave se apoyara con fuerza sobre el tren de aterrizaje de estribor. Nada más tocar la superficie de la plataforma, ésta se niveló de nuevo pero, al hacerlo, la

mandíbula del *Halcón* recibió un golpe que afectó a los reactores. Una vez más, la nave se inclinó hacia babor y el elevador se inclinó en la misma dirección.

Jadak acaba de recomponer su postura justo cuando la mandíbula de babor del *Halcón* empezaba a caer. Preparado por si algo semejante tenía lugar, echó a correr hacia la nave y se valió del movimiento del elevador para impulsarse hacia el morro romo del ventanal frontal, donde quedó colgando como si la cabina se hubiera partido en dos.

La expresión facial de Han era un amalgama de asombro, rabia y admiración.

—¿Puede abrir la escotilla de acceso a la mandíbula desde la cabina? —gritó Jadak con una mejilla aplastada contra el transpariacero.

Han se arrastró sobre el panel de control para escucharlo mejor.

—¡Repite!

—¡Abre la escotilla! ¡Intentaré arreglar los reactores!

Han asintió, se sentó de nuevo sobre el asiento del piloto y accionó un par de interruptores del mamparo trasero. Jadak esperó a que Han levantara el pulgar en señal de permiso; después, se dejó caer de nuevo sobre el turboelevador inclinado y pudo deslizarse bajo la nave. Cuando hubo llegado al tren de aterrizaje delantero se detuvo y trepó hacia la mandíbula en dirección a la escotilla. Una vez allí, se coló hacia el interior de la nave.

Leia y Poste ni siquiera habían intentado incorporarse, pero sí se habían aprovechado del repentino cambio de posición del elevador para trepar hasta los indicadores que dibujaban el perfil del YT. Leia seguía preocupada por Allana y C-3PO, que sujetaba a la niña por un brazo.

Con ayuda de la Fuerza, Leia dio resistencia a Poste, fuerzas a Allana y apoyo a Han, que empezaba a ver sus habilidades mermadas por el miedo que tenía a que les pasara algo a ella y a Allana. Al igual que su esposa, Han quería evitar a toda costa que su nieta se hiciera daño. Pero en lo más profundo de su interior, enterrados bajo la angustia, se encontraban los pensamientos sobre Jacen. Le pedía a Jacen que le ayudara.

Por primera vez, Leia se dio cuenta de todo el dolor y sufrimiento que albergaba Han. Y se agarró a la fuente de conflictos de Han.

—Hija, escúchame —le gritó a Allana—. Tu padre entendía a los seres que transformaron este mundo. Mucho antes de que tú nacieras, hubo una gran guerra contra ellos, pero tu padre utilizó la fuerza para buscar la paz, y nadie era capaz de superar sus poderes, ni siquiera los demás Jedi. El quería que tú crecieras en una galaxia sin guerras; quería protegerte a toda costa. Ahora, yo quiero que busques en tu interior, Allana, para encontrarle. Sé que es doloroso, pero necesitas encontrar a tu padre. Fúndete con tus sentimientos. ¡Usa la Fuerza!

Han intentaba no preocuparse por Leia y Allana, pero era inútil. Minutos antes, sus manos parecían acariciar el panel de mandos como el mejor de los genios y ahora se movía con torpeza entre los mandos de los repulsores y de los reactores. Otro revés como el anterior, y el *Halcón* podría caerse por el precipicio llevándose consigo a todos los que estaban allí.

Jadak seguía dentro de la plataforma móvil de mantenimiento, en el interior de la mandíbula. Sin embargo, nada de lo que estaba intentando arreglar parecía funcionar.

Leia… Allana… Jacen…

Eso fue suficiente. La improvisación de Jadak surtió efecto, pero uno para el que Han no estaba preparado. Los presurizadores y los reactores defectuosos volvieron a la vida con tanta fuerza que el *Halcón* osciló hacia estribor y golpeó la superficie del turboelevador. La cubierta cayó, también con tanta fuerza que inclinó al resto y casi lanza a Jadak fuera de la plataforma móvil de mantenimiento. Tras recuperarse de su propio descuido, Han inclinó la nave a babor y envió a Jadak contra la mandíbula. Al mismo tiempo, el turboelevador empezó a funcionar. Sin perder un segundo, entonces, Han situó el *Halcón* sobre la plataforma, ahora horizontal, y el turboelevador inició un descenso suave hacia el interior de la pirámide.

Han se inclinó todo lo que pudo sobre el ventanal y vio a Jadak salir por la escotilla de acceso a la zona de mantenimiento y subir hacia lo alto de la mandíbula del *Halcón*. Se agarró a los soportes de los reflectores y se descolgó hasta cubierta. Han miró hacia fuera y no vio señales de Leia, Allana, C-3PO o Poste.

Leia y Poste seguían colgando de los indicadores de luz, pero se libraron de caer al abismo cuando una sacudida de la plataforma elevadora casi los catapultó hacia el *Halcón*. La cubierta se había nivelado y empezaba a bajar cada vez más rápido. Pero ahora, Allana y C-3PO, que seguían enganchados a la vegetación, habían quedado por encima de la nave. Leia se apresuró hacia el borde del turboelevador y extendió el brazo hacia Allana.

Pero a quien vio fue a Jacen; no con los ojos, pero sí con la mente. Jacen seguía viviendo en su hija. El corazón le dio un vuelco y las lágrimas empezaron a recorrer sus mejillas.

De la parte interior de las paredes de aquella estructura, el exótico follaje caía como si fuera a por ella y el *Halcón*. Al mismo tiempo, Allana y C-3PO lograron desenredarse de la vegetación espinosa y dio la sensación de que caminaban por el aire hasta la zona frontal de la cubierta, llevados por la Fuerza. Leia corrió hacia su nieta y la abrazó con fuerza.

La voz de Allana sonó diminuta e indecisa cuando habló.

—Yo no debería ser capaz de hacer algo así, ¿no?

—Al contrario —le contestó Leia mientras se limpiaba las lágrimas que le recorrían la cara—. Has nacido para hacerlo.

Acompañadas de Poste, Jadak y C-3PO, Leia y Allana se dirigían a la rampa de embarque cuando Han se acercó corriendo, con mirada de sorpresa y la boca abierta. Al verlas, su expresión cambió por completo. Corrió hacia ellas para abrazarlas y se mantuvieron en esa posición hasta que el turboelevador finalizó el descenso.

Se encendieron más indicadores luminosos y el ambiente se llenó de una electricidad estática que dio a aquel muelle cavernoso un aspecto fantasmagórico. El sonido de los escarabajos centinela quedaba ya lejos, pero las abejas luciérnaga zumbaban sobre sus cabezas y el suelo que se infiltraba en la estructura estaba repleto de larvas de insectos y tritones del color de la sangre arterial. Y por si eso fuera poco, el suelo temblaba al ritmo del mismísimo Tandun III.

Han ya estaba trazando un plan de escape y levantó la vista hacia el techo.

—No podemos quedarnos aquí; esto podría caerse en cualquier momento.

—Echemos sólo un vistazo —dijo Jadak.

Allana paró de mordisquearse las uñas hasta que Han asintió fervientemente.

Se bajaron del elevador y los seis se dirigieron a un pasadizo abovedado que marcaba la entrada a una cámara mucho más luminosa si cabe. C-3PO cerraba la comitiva, a paso lento, con la cabeza ladeada como si intentara responder a algo que acababa de oír. Después se apresuró para alcanzar a los demás.

—Yo sé qué es esto —dijo Leia en voz alta para que todos pudieran oírla a pesar de los truenos que reverberaban en la cámara—. Era el emblema de la República.

Colgado sobre varios soportes en el antiguo muro, con tres metros de alto y tres de ancho, el emblema era un símbolo estelar con ocho radios dibujados en el medio de una circunferencia cuyo perímetro estaba diseñado con trazos discontinuos. Aparte de varias cajas vacías, no había nada más en la estancia.

Leia se acercó a tocar aquel metal luminoso.

—Hubo un emblema idéntico a éste en el Tribunal de Justicia de Alderaan, hasta la declaración de Palpatine…

—Pero no es éste —dijo una voz que procedía de detrás de donde estaban ellos.

Han había desenfundado su bláster antes incluso de acabar de volverse; Leia, su espada láser, que brillaba frente a ella. Se les acercaban Lestra Oxic y su ayudante Koi Quire, acompañados de cuatro guardaespaldas armados, dos de los cuales eran los mismos que habían intentado robar el *Halcón* en Vaced.

—¡Lestra! —dijo Leia—. Nos has seguido.

—La verdad, querida, es que fue el dueño de la tienda de alquileres de Vaced. Creo que ya ha interpuesto una denuncia por haberle robado el droide hacker.

—Y tú vienes a ver si nos hace falta un abogado, ¿no? —contestó Jadak.

Oxic hizo señas a sus hombres de que enfundaran las armas e hizo una reverencia a Jadak.

—-Un placer conocerle al fin, capitán, después de todos estos años.

—No espere que yo le conteste lo mismo.

—No, pero quizá cambie de opinión cuando sepa la historia completa —contestó Oxic con las cejas arqueadas.

Jadak miró a Koi Quire.

—¿Qué ocurre? ¿La compañía de seguros no le paga suficiente?

—Yo también me alegro de volver a verle —dijo Quire, con una ligera sonrisa—. ¿Sigue en pie la oferta de llevarme a dar una vuelta?

—Puede.

Leia desactivó la espada láser y la colgó del cinturón.

—Veamos entonces si nos hace cambiar de opinión a todos, Lestra.

Oxic sonrió y señaló el emblema.

—Esto que ven aquí es una pieza histórica que lleva ochenta años estándar desaparecida. La Princesa Leia estaba en lo cierto cuando lo reconoció como el emblema de la República. Pero éste en concreto —dijo mientras daba un paso hacia él y alzaba la mano con respeto para tocarlo— presidió durante un tiempo el podio de la Rotonda del Senado. Está hecho de aurodium, orichalum y coruscantium y adornado con media docena de metales preciosos y aleación de igual valor. Se lo conocía como la Insignia de la Unidad. Pero a los siete años de reinado del entonces Canciller Supremo Palpatine desapareció del Senado durante una renovación de la Rotonda. Lo sustituyeron por una réplica.

Oxic miró a Jadak.

—Lo robaron los miembros del Grupo República, capitán Jadak, y lo trajeron hasta aquí para salvaguardarlo hasta que se pudiera…

—… restaurar el honor de la República en la galaxia.

—Exacto, capitán —contestó Oxic con una amplia sonrisa—. Un símbolo que serviría para levantar el ánimo de aquellos que se habían permitido caer bajo el dominio del Emperador. —Se paró unos instantes y prosiguió su discurso—: Bueno, todos sabemos que incluso las mejores semillas no siempre dan fruto. Durante una restauración que había ordenado el general Grievous en Coruscant se descubrió que el emblema era, en realidad, una falsificación. Al Emperador no le importó y a la mayoría de los miembros del Senado en aquel momento tampoco. Pero los coleccionistas de arte y escultura de la República han rastreado la galaxia en su busca desde entonces. —Se volvió para admirar la pieza de nuevo y añadió—: Y aquí está, al fin.

Oxic permaneció en silencio y varios temblores de tierra azotaron la estancia. Han enfundó su bláster y acercó a Leia y a Allana hacia él.

—Llevo casi cincuenta años buscándolo —dijo casi para sí mismo—. Por eso no dejé que muriese en aquella clínica de Nar Shaddaa a la que lo habían evacuado tras el accidente, capitán Jadak. —Miró por encima del hombro hacia atrás y continuó—: Obviamente se merece una parte del premio por haberme traído hasta aquí. Pero seamos sinceros: usted ni siquiera sabía qué estaba buscando, ni si era de verdad una riqueza

absoluta o se trataba de un sueño. Además, el *Halcón Milenario* fue la verdadera llave de este particular cofre del tesoro. Por eso considero que soy yo quien debe quedarse el premio. Yo sí sabía, y desde el principio, qué estaba buscando, y lo que yo gasté en tiempo, energía y créditos supera con creces la contribución de todos ustedes juntos.

Oxic sacó del bolsillo una sonda pequeña y cilindrica. Con el escáner de ese dispositivo se acercó a la parte más accesible del emblema y leyó la información resultante.

—El valor de los metales preciosos en sí es prácticamente nulo —dijo—. Pero la pieza entera es la que va a valer millones en mi colección. Seré la envidia de todos aquellos que intentaron encontrarla…

Oxic miró más de cerca la pantalla y él mismo interrumpió su discurso.

—¡No puede ser! —dijo con voz temblorosa. Presionó con fuerza el escáner sobre otra sección del emblema y volvió a repetir—: ¡No puede ser!

Le temblaban las manos como nunca y sus movimientos no tenían nada que ver con los terremotos que estaban teniendo lugar allí en Tandun III, que, por cierto, aumentaban en duración e intensidad.

—¡No puede ser! —Oxic golpeaba el emblema como si la sonda fuera en realidad un cuchillo y después se separó de él con las manos en la cabeza. Koi Quire y el nautolano se acercaron enseguida para evitar que cayera al suelo de rodillas.

Sin mirar a Leia, Han dijo:

—¿Te conté alguna vez mis aventuras con Chewbacca en las criptas de…?

—Xim el Déspota —terminó ella la frase—. En Dellalt, sí. Esa pequeña historia me la estoy guardando para el capítulo siete de mi libro.

—¿Libro? —dijo él extrañado.

—*El sinvergüenza, el peludo y yo.* Segundo volumen de mis memorias.

—¿Quién es un sinvergüenza? —preguntó sorprendido.

Oxic lanzó la sonda al suelo y se liberó de los brazos del nautolano para ponerse en pie, mostrando así toda su altura.

—¡Es falso! ¡Una copia! —Se arrastró hasta el muro y se apoyó contra él con un brazo, sobre el que empezó a sollozar. Continuó lamentándose—: No vale ni los metales con los que lo construyeron.

El suelo volvió a temblar, con más intensidad.

Oxic se recompuso y se volvió hacia Koi Quire, que llevaba los ojos pintados de rojo pasión.

—Obviamente el Grupo República nunca supo que el emblema que se llevaron de la Rotonda también era falso. Lo que me hace pensar que el de oro auténtico tuvo que desaparecer incluso antes; quizá en la primera fase de la renovación. —Miró inquisitivamente a Quire y preguntó—: ¿Quién se encargó de dirigir las obras de reconstrucción?

—Hermanos Naffiff —dijo ella.

—Sils Naffiff, ¡claro! —exclamó Oxic, blandiendo los puños—. Por eso ahora es más rico de lo que todos pudiéramos soñar. Seguramente consiguió una réplica antes de iniciar las obras, incluso. —Su mirada se posó en Jadak y añadió—: ¿O será que el emblema real lo robó la persona a la que tenías que entregarle el *Emisario Estelar*?

—Una ranger antariana —contestó Jadak.

—Sí, sí. No me extrañaría nada que esa gente saqueara el botín.

—Pues será mejor que siga con sus elucubraciones en otro sitio, abogado —advirtió Han.

De repente, un terremoto más fuerte que los anteriores sacudió la estancia y tiró a Oxic y a Quire al suelo. Los soportes del emblema se aflojaron y todo empezó a temblar. Justo cuando Jadak ayudaba a Quire a levantarse, el emblema cayó al suelo y se hizo añicos.

—Un destino justo —dijo Oxic disgustado mientras se volvía hacia Jadak y Poste—. ¿Qué me dirían si les propongo que se unan a nosotros para seguir buscando el tesoro? Les pagaré bien; además, Jadak, ¿acaso tiene alguna otra cosa que hacer?

Jadak miró a Koi Quire y ésta sonrió.

—Me apunto —dijo.

—Yo también —añadió Poste.

—Yo también quiero ir —dijo Allana.

Leia la interrumpió enseguida.

—Ni lo sueñes, niña. Tú no tendrás más remedio que quedarte con nosotros.

Todos ellos se abalanzaron hacia el muelle de entrada, donde la luz había disminuido considerablemente. Han miró hacia arriba y vio una horda de grichas yuuzhan vong que intentaban sellar el hueco del elevador.

—Es imposible que el *Halcón* salga por ahí —dijo Oxic—. En mi yate hay sitio para todos, capitán Solo.

Han miró hacia aquel yate elegante que había entrado tras el *Halcón* y luego a Oxic.

—¿Y dejarlo aquí?

—¿No se ha parado a pensar que a lo mejor ésta debería ser su última misión? ¿Qué debería quedar enterrado aquí, ahora que ha cumplido su objetivo?

Han se mantuvo en silencio durante unos instantes.

—Habrá cumplido su objetivo final cuando yo lo diga.

Oxic asintió en señal de respeto.

—Como ustedes vean. Princesa Leia, Amelia, C-3PO… espero volver a verles, y en condiciones más favorables.

Han estrechó la mano de Jadak.

—Tenéis las mochilas en el *Halcón*.

—No nos harán falta.

—Cuídese, capitán —dijo Han.

—Lo mismo digo, capitán.

—Y no estaría mal crecer un poco, ¿eh? —dijo Han cuando Jadak y Poste se dirigían hacia la nave de Oxic—. Sería bueno que empezara a actuar conforme a su edad.

—Lo intentaré con una condición.

—¿Cuál?

—Que cuide bien de mi nave.

Los Solo abordaron el *Halcón* a toda velocidad pero tuvieron que apurar a C-3PO para que les siguiera el paso. Han derrapó en el pasillo central para volverse hacia Leia.

—Entre tú yTrespeó tendréis que levantarla. ¡Rápido!

Sus ojos buscaron la cara de su marido.

—Enseguida, ¡para algo lleva láseres cuádruples!

Leia se mordió el labio inferior y asintió.

—Lo sé —dijo Han cuando C-3PO entró en el pasillo—. Será difícil. Hay que girarla ciento ochenta grados y levantar el morro. Yo me encargaré del resto. ¿Entendido, Trespeó?

—Entendido, capitán Solo.

Han sonrió.

—Y asegúrate de que no le pasa nada.

—Ni un arañazo —dijo Leia cuando Han se agachó por la escalerilla.

Leia ya había arrancado los repulsores cuando Han se aseguró al asiento y agarró los mandos de las dos armas gemelas. Fuera, los muros de la estructura caían al suelo y sobre el casco del *Halcón* se apilaban pedazos del tejado de la plataforma de aterrizaje. No tardó en caerse el tejado entero y enterrar la nave. Han vio cómo el elegante yate de Oxic realizaba una rotación exacta y ascendía por la estrecha abertura.

—Elevamos nave —le dijo Leia a Han por el intercomunicador.

El *Halcón* levitó sobre la superficie del turboelevador, giró y se orientó. Los reactores de proa arrancaron, las mandíbulas se elevaron y Han esperaba. Los cuádruples traquetearon y los disparos deshicieron el trabajo que tanto esfuerzo había requerido por parte de los gricha.

—Leia, ¡ahora!

De los muros cayeron grandes trozos de vegetación y también piedras de gran tamaño que rebotaban contra el acorazado de la nave. Con una barba de árboles espinosos yuuzhan vong, el *Halcón* salió disparado de la antigua estructura hacia el cielo dejando tras de sí una estela cegadora de energía.

El yate de Oxic viraba cuando el *Halcón* lo adelantó y partió hacia el espacio a toda velocidad. Para entonces, Han ya estaba en la cabina, sentado junto al ordenador de navegación con Allana. Atrapado en la agonía de Tandun III, el *Halcón* se resistía como un trozo de mármol en una licuadora.

—Su silla, capitán Solo —dijo C-3PO, levantándose.

Han le dio una palmada en la espalda.

—Tranquilo, lingote de oro. Te mereces un paseo en primera fila.

—¿Lograremos escapar? —preguntó Allana visiblemente afectada.

—Pues claro —dijo Han, atusándole el pelo—. Igual que en ese programa de la HoloRed.

Impasibles, las estrellas aparecían y perdían brillo a medida que el *Halcón* ganaba altura. Cuando se hubieron alejado lo suficiente del planeta, Leia viró ampliamente hasta situar la nave de nuevo en dirección a Tandun III, que se abría como un huevo que está a punto de mostrar una criatura de fuego puro en su interior.

Un silencio incómodo se apoderó del planeta mientras éste se deshacía por completo. Durante un segundo brilló como una estrella, justo antes de que sus trozos salieran volando al vacío del espacio. El *Halcón,* casi por voluntad propia, elevó la potencia para evitar la onda expansiva que se difuminó en la noche.

Uno de los indicadores del tablero de mandos se encendió y Leia miró la pantalla.

—Los reactores de aterrizaje y los repulsores no funcionan.

Han se levantó y aporreó el tablero por encima de la cabeza de Allana; el indicador se apagó.

—Todo listo de nuevo —dijo Leia, sonriendo por encima del hombro.

Han suspiró.

—Voy a tener que arreglar ese reactor.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

—Esta palanca controla los motores que usa el *Halcón* para viajar a través del espacio real —dijo Han—. Esta de aquí lleva la nave al hiperespacio; y el ordenador de navegación indica cuándo es seguro saltar a la velocidad de la luz.

—¿Y éstas? —preguntó Allana mientras señalaba un par de controladores de bola que estaba a la izquierda del monitor central.

—Si todo va bien, no tendrías que tocarlos jamás. Controlan los cañones láser.

Sólo estaban ellos dos en la cabina; Han en la silla del piloto y Allana sentada en su regazo. Leia estaba en la bodega principal intentando contactar con Luke por el intercomunicador y C-3PO embalaba el droide hacker para enviarlo de vuelta a Vaced. Con la libertad que le daba el piloto automático, el *Halcón* ronroneaba por el espacio interestelar.

—¿Puedo virar yo?

Han la colocó frente al volante.

—Claro, adelante.

Allana jugó con el panel de control.

—¿Puedo hacer que vaya más deprisa?

—¿Alcanzas el acelerador?

La niña estiró su brazo derecho y emitió un quejido de esfuerzo.

—¡Lo tengo!

—¡Vaya! No tan rápido —rió Han, contento de haber activado el compensador de inercia.

Allana dejó el timón y se subió al asiento del copiloto.

—Creo que vas a ser una piloto excepcional —le dijo Han.

—¿Cómo la tía Jaina?

—Eso es, como la tía Jaina.

Allana inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Se va a casar con Jag?

—No lo sé —dijo Han, sonriendo—. Se lo preguntaremos cuando la veamos.

—¿Tu abuelo te enseñó a pilotar una nave estelar?

—No —contestó Han pensativo—. Nunca conocí a mi abuelo.

—Podríamos buscarlo.

—Creo que ya nos hemos embarcado en bastantes búsquedas por el momento —contestó Han entre risas.

—¿Por qué?

—Vaya, sí que tienes preguntas —dijo Han mientras la miraba—. Pero tengo una buena noticia para ti. ¿Quieres ir a ver a mamá? Estamos cerca del Consorcio Hapes, con un salto pequeño al hiperespacio estaríamos allí enseguida.

Allana sonrió.

—Sí que quiero ver a mamá —dijo, mirando a Han—. Y si no le importa, me gustaría quedarme más tiempo contigo y con la abuela.

—¿En serio?

—Sí —asintió Allana.

—Pero tienes que saber que no siempre va a haber búsquedas de tesoros. A veces, la abuela y yo simplemente nos sentamos a no hacer nada.

—Yo también puedo hacer eso —aseguró Allana—. Además, ¿cómo sabes que no va a aparecer otra aventura?

Han abrió la boca para responder cuando Leia entró en la cabina con C-3PO detrás. Su mirada les hizo entender que traía novedades.

—¿Qué ocurre?

—El gobierno de la Alianza Galáctica está planeando presentar cargos contra Luke.

—¿Cargos? ¿Qué ha hecho esta vez?

Leia miró breve y deliberadamente a Allana.

—Negligencia en el cumplimiento del deber.

Han no daba crédito. Entonces, el gobierno de Daala había decidido culpar a Luke de haber dejado que Jacen acabara en el lado oscuro. «¿Es que nunca va a acabar todo esto?».

—¿Y cómo se lo han tomado los Jedi? —preguntó.

—No muy en serio.

—Quizá hagan bien. A lo mejor Daala lo hace porque tiene que hacerlo, no porque quiera.

Leia meneó la cabeza.

—Luke va a necesitar nuestra ayuda, Han.

—Y tanto que sí —contestó Han.

Allana miró a C-3PO.

—Trespeó, ¡vamos a ayudar a rescatar al Maestro Luke!

—Oh, cielos, otra vez no.

Han y Leia se echaron a reír.

—Abrochaos los cinturones —dijo Han—. Nunca se sabe qué puede deparar el viaje.

El *Halcón Milenario* respondió a su petición de potencia con entusiasmo. Cumplía órdenes de dirigirse a Coruscant y estaba deseando hacerlo; el viejo pero venerable YT-1300 reunió todas sus fuerzas para pasar a la velocidad de la luz y saltó como un rayo hacia el hiperespacio, perdiéndose de vista.